

Revisado
1968


UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5320137478

BIBLIOTECA RELIGIOSA:

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO 14.

HISTORIA DE LA IGLESIA

DESDE SU FUNDACION

HASTA EL PONTIFICADO DE N. SS. P.

GREGORIO XVI:

CONTIENE LA EXPOSICION SUCESIVA Y CIRCUNSTANCIADA DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES Y LAS REFLEXIONES Y ACLARACIONES NECESARIAS PARA FACILITAR SU GENERAL INTELIGENCIA;

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. RECEVEUR,

PRESBITERO Y CATEDRATICO EN LA SORBONA.

TOMO VI.

MADRID: 1843.
Imprenta de D. José Felix Palacios, *editor.*

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO XVII.

Desde la muerte de Justiniano hasta la de S. Gregorio el Grande.

DE 565 Á 604.

El emperador Justino, sucesor de Justiniano, ostentó algun zelo en favor de la religion: levantó el destierro á los obispos excepto á S. Eutiquio, y expuso su fé sobre la Trinidad y la Encarnacion en un edicto que aprobaron los ortodoxos. En él exhortaba á los cismáticos á reunirse á la iglesia; pero dejaba entrèver claramente la intencion de no molestarlos; de suerte que sus exhortaciones no produjeron efecto. No mostró la misma tolerancia con los herejes. La secta de los gayanitas ó incorruptibles habia comenzado de nuevo á celebrar reuniones en Alejandría, y como eran muchos, eligieron obispo á su arcediano. El emperador le mandó prender, y le envió desterrado. Los teodosianos ó corrupticolas eligieron tambien un obispo; pero le consagraron secretamente. Las costumbres de Justino no corespondian

con mucho á este zelo aparente: entregábase á las pasiones mas vergonzosas y extravagantes: su avaricia era insaciable; y lo vendia todo, hasta los obispados. En el año prlmero de su reinado restableció la libertad del divorcio abrogado por Justiniano. En el de 570 echó de Antioquía al patriarca Anastasio só pretexto de que disipaba los bienes de la iglesia; pero en realidad porque el patriarca no habia querido darle dinero; y puso en su lugar á Gregorio, que ocupó aquella silla cerca de catorce años. Este habia practicado la vida monástica desde su juventud y gobernado sucesivamente varios monasterios; y era abad del monte Sinai cuando le pusieron en la silla de Antioquía, donde se distinguió como su predecesor por su firmeza, prudencia y caridad. No tardó en declararse la guerra entre los persas y los romanos, y mientras que era asolado el territorio del imperio, continuaba Justino abandonado á los mas torpes deleites. Advertianle todos los designios de los enemigos y el desórden en que se hallaba su ejército; pero él no queria creer estas noticias desagradables, y los persas llevando por todas partes el incendio y la muerte avanzaron casi sin resistencia hasta Antioquía, cuyos habitantes huyeron. El emperador, no pudiendo ya poner en duda lo que tantas veces le habian repetido, quedó tan consternado que perdió el juicio. La emperatriz hizo que diera el título de cesar á Tiberio Constantino, cuya clemencia, bondad y desinterés son elogiados. De allí á cuatro años fue declarado Augusto, y sucedió á Justino que murió pocos dias despues, en 5 de octubre del año 578, á los trece de su reinado. En el anterior habia muerto Juan el Escolástico, patriarca de Constantinopla; y Tiberio á ruego de los fieles llamó entonces del destierro á S. Eutiquio, cuya vuelta se celebró con las demostraciones de la mas pura alegria: el pueblo

salió en tropel á recibirle, y se iluminó toda la ciudad (1).

Bajo el reinado de Justino fue invadida la Italia por los lombardos, originarios de la Escandinavia, y establecidos en una parte de la Pannonia hacia unos cuatrocientos años. Entraron por la Venecia en el de 568 bajo la conducta de su rey Alboino, y se apoderaron de todo el pais hasta mas allá de la Toscana, excepto Ravena, Roma y algunas otras plazas fuertes. El obispo de Aquileya temiendo su furor se retiró á la isla de Grado, donde estableció su silla. Felix, obispo de Treviso, tuvo valor para salir al encuentro á Alboino, y consiguió que no tocasen á los bienes de su iglesia. Los lombardos eran arrianos; pero llevaban consigo otros muchos bárbaros de la Germania, muchos de ellos paganos. Alboino fue muerto el año 572 por artificio de su mujer Rosemunda; y tambien fue asesinado su sucesor Clefis al cabo de diez y ocho meses. Despues de su muerte estuvieron los lombardos diez años sin reyes: sus jefes eran treinta duques, y cada uno de estos mandaba soberanamente en la ciudad de que era gobernador. Esta anarquía aumentó la desolacion de las provincias, y multiplicó en todas partes las muertes y las atrocidades. Las iglesias eran despojadas y destruidas, los campos asolados, las ciudades entregadas á saco, y los habitantes degollados ó reducidos al cautiverio. Los lombardos habian cogido cerca de Nocera á un diácono á quien iban á quitar la vida: un santo sacerdote, llamado Santulo, pidió que se le permitiera cuidar de aquel hasta el último instante, y prometió responder de su persona con la cabeza. A media noche viendo dormida la tropa le dejó escaparse. Al dia siguiente quisieron los lombardos ma-

(1) Evag. lib. V. — Theoph.

tar á Santulo., y uno de ellos fue ya á cortarle la cabeza; pero el santo pidió un rato para hacer oracion, y despues levantada ya la espada sobre él dijo en alta voz: «S. Juan, deteneos.» Y al punto quedó el brazo del bárbaro tendido y sin movimiento. Todos los espectadores dieron un grito de admiracion, y rogaron al santo que curara el brazo paralizado: hizo en efecto este segundo milagro: pero antes obligó á jurar al lombardo que en su vida se sirviera de la espada para matar á un cristiano. Obró el mismo prodigio S. Hospicio que vivia encerrado en una torre cerca de Niza, y se sustentaba con un poco de pan. Habia predicho la irrupcion de los lombardos, y aconsejaba á todo el mundo aun á los solitarios que se retiraran á paises mas seguros: creyeronle, y tambien se le quisieron llevar; pero él respondió: «No temais por mí, que no me matarán.» Los lombardos penetraron de allí á poco en las Galias bajo la conducta de tres de sus duques, y arrasaron las provincias contiguas á los Alpes. Habiendo querido uno de aquellos bárbaros matar á San Hospicio, quedó tambien súbitamente paralítico de un brazo, y despues de haber sido curado por el santo abrazó la vida monástica. Los lombardos arruinaron el monasterio del monte Casino como lo habia predicho San Benito; pero todos los monges lograron salvarse, y se refugiaron en Roma, donde construyeron un monasterio cerca del palacio de Letran. Como parte de estos bárbaros eran paganos, hicieron muchos mártires matando á los primeros que se resistian á tomar parte en sus sacrificios idolátricos (1).

El Papa Juan III murió el año 573: habia consagrado una iglesia en reverencia de los apóstoles San-

(1) Paul. Diac. lib. II. — Greg. Tur. IV. — Greg. M. Dial. II et III.

tiago y S. Felipe; de donde se cree que ha venido el uso de celebrar la fiesta de los dos apóstoles en el mismo dia. Al cabo de mas de diez meses de vacante á resultas de los disturbios de Italia, se eligió por sucesor de aquel pontífice á Benedicto, apellidado Bonoso, que ocupó la santa sede cuatro años. Hallabase Roma sitiada por los lombardos cuando murió en el de 578. Esta circunstancia impidió esperar, segun la costumbre establecida habia algun tiempo, el consentimiento del emperador para consagrar á Pelagio II, que fue elegido en el mismo año á los cuatro meses de vacante.

Hicieronse algunos reglamentos de disciplina en dos concilios celebrados en Francia en el año 566: uno en Leon, en los estados del rey Gontran, y otro en Tours, en el reino de Chariberto. Los cánones del concilio de Leon no ofrecen nada notable, á no ser la excomunion contra los que quieren reducir á servidumbre las personas libres. Varios cánones del concilio de Tours llevan por objeto mantener la pureza de las costumbres clericales. Mándase que el obispo que sea casado esté siempre acompañado de clérigos aun en su aposento, y tan separado de su mujer, que las que sirven á esta no tengan ninguna comunicacion con los criados de sus clérigos. En casa de los obispos que no son casados, no debe habitar ninguna mujer. El arcipreste en el campo debe tener un clérigo que duerma en su habitacion. Se prohibe á los clérigos y monges dormir dos juntos en una misma cama. La entrada en los monasterios de hombres está vedada á las mujeres. Prohibense de nuevo los matrimonios de las religiosas, ya hayan recibido el velo de mano del obispo, ya hayan tomado solamente el hábito. Tambien se dice que las viudas no recibian bendicion para consagrarse á Dios. Por el tercer cánon se ve que ya entonces habia imágenes y cruces en los altares,

y que se conservaba la Eucaristía fuera del tiempo del sacrificio, porque se manda que el cuerpo de nuestro Señor no se ponga en el altar en el lugar de las imágenes, sino debajo de la cruz. El décimo octavo arregla muy circunstanciadamente el órden y duracion de la salmodia, y de los oficios para las diferentes estaciones. El vigésimo segundo manda echar de la iglesia á los que practican las supersticiones de los paganos en el primer dia del año, á los que ofrecen manjares sobre las sepulturas ó dan culto á las piedras, á los árboles ó á las fuentes. En el mismo concilio se ordena que cada ciudad y cada aldea cuide de sus pobres, á fin de que no vayan á mendigar como vagamundos. Por último se renueva el anatema contra los usurpadores de los bienes de la iglesia, y se añade que si despues de tres moniciones persisten en retenerlos, se pronunciarán contra ellos las maldiciones del salmo CVIII en el coro de la iglesia, hallándose reunido todo el clero.

Santa Radegunda escribió á los obispos de este concilio reclamando su proteccion en favor del monasterio que habia formado en Poitiers, y aquellos le respondieron en una carta en que declaran que las religiosas de sus diócesis que se hayan retirado á este monasterio y salgan despues de él, serán excomulgadas. Hácia el mismo tiempo pidió la santa reliquias al emperador Justino, que le envió un *lignum crucis* adornado de oro y piedras preciosas con muchas reliquias de los santos. En esta ocasion compuso el presbítero Fortunato el himno de la pasion *Vexilla regis prodeunt*. Habia nacido cerca de Treviso en Italia; pero habiéndose curado de una enfermedad de los ojos con el aceite de una lámpara que ardia ante el altar de S. Martin, hizo una peregrinacion al sepulcro de este, y de allí fue á Poitiers á buscar á santa Radegunda, donde pasó el resto de su vida.

Nos quedan once libros de poesías de este autor, la mayor parte sobre asuntos religiosos, y las vidas de San Martin, S. Hilario y S. Remigio y otros muchos santos. Sus versos son bastante armoniosos; pero la prosa llena de rimas y de antítesis afectadas se resiente del mal gusto de su siglo. Santa Radegunda introdujo la regla de S. Césareo en su monasterio, y murió el año 587.

En el de 567 habia fallecido Chariberto, rey de París, sin dejar mas que tres hijas: una de ellas se casó con el rey de Kent, en Inglaterra, y las otras dos se hicieron religiosas, la una en Tours, y la otra en Poitiers. Los estados de aquel monarca se repartieron entre sus tres hermanos; pero el odio violento que existia entre las reinas Brunequilda y Fredegunda, produjo un rompimiento entre Sigeberto y Chilperico, que expuso sus vasallos á toda suerte de calamidades. El rey Gontran reunió un concilio numeroso el año 573 en París para procurar terminar las desavenencias de aquellos: asistieron á él seis metropolitanos, entre otros Sapaudo de Arlés. El zelo de los obispos no pudo lograr la reconciliacion entre los dos hermanos. Teodeberto, hijo de Chilperico, arrasó una parte de la Aquitania, y la afligió con todas las plagas que pudieran haberse temido de un ejército de bárbaros. Las iglesias fueron incendiadas, los vasos sagrados robados, los clérigos asesinados, y las religiosas deshonradas. Sigeberto se apoderó de la mayor parte de los estados de Chilperico, y le obligó á encerrarse en Tournay. Cuando partia para sitiarle en esta ciudad, le anunció S. German de París que si se proponia atentar á la vida de su hermano pereceria él mismo desgraciadamente. No hizo caso de esta prediccion Sigeberto; pero cuando acababan de reconocerle por rey los francos de la Neustria, fue muerto

el año 575 por dos asesinos que enviara Fredegunda. Su muerte dejó libre á Chilperico que volvió inmediatamente á París, se apoderó de la reina Brunequilda y la condujo á Ruan. Childeberto, hijo de Brunequilda, que solo tenia cinco años, fue llevado á Metz por algunos servidores fieles, y reconocido rey de Austrasia. A poco tiempo Meroveo, hijo de Chilperico, pero de otra mujer que Fredegunda, se coligó y casó con Brunequilda, aunque era viuda de su tio. Chilperico muy irritado fue á Ruan, separó á su hijo de Brunequilda, y despues mandó ordenarle sacerdote, y le envió al monasterio de S. Cariles, en el Maine. Meroveo salió de él, y para librarse de las persecuciones de su padre se refugió en la iglesia de S. Martin de Tours. El rey envió á decir al obispo S. Gregorio que le echase de aquel asilo, amenazando en caso de negativa con entrar en el pais á sangre y fuego. «No es posible, respondió el santo prelado, que un rey católico quiera profanar unos lugares que respetaron siempre los godos arrianos;» y dejó á Meroveo en su asilo. Pero este príncipe, viendo que su padre comenzaba á ejecutar su amenaza, resolvió ir á unirse con Brunequilda, que habia hallado medio de escaparse de Ruan, y gobernaba el reino de Austrasia bajo el nombre de su hijo Childeberto (1).

Entretanto Chilperico mandó prender á Pretextato, obispo de Ruan, suponiendo que estaba de acuerdo con sus enemigos, y en el año 577 congregó en Paris un concilio de cuarenta y cinco obispos para juzgarle. Asistió el rey en persona y dijo á Pretextato: «¿Por qué os habeis atrevido á casar á mi hijo Meroveo con su tia? ¿Ignorais las prohibiciones de los cánones en esta materia? Y no habeis parado ahí, sino que habeis intenr-

(1) Gregor. Turon. lib. IV et V.

tado corromper á mis vasallos con dinero y hacer pasar mi corona á las sienes de otro.» Los francos al oir este discurso bramaban de cólera; pero Pretextato, rechazando con energía estas imputaciones, declaró que si habia hecho algunos presentes por motivos de gratitud, estaba lejos de haber tenido ánimo de excitar á la rebelion. Luego que el rey salió, el arcediano de Paris representó á los obispos cuán vergonzoso sería para ellos coadyuvar á la intriga urdida contra uno de sus compañeros, y S. Gregorio de Tours apoyó vigorosamente esta representacion. Los obispos no se atrevieron á declararse por no irritar á Fredegunda, y aun hubo entre ellos algunos cortesanos serviles que se apresuraron á denunciar á Gregorio. El rey le llamó y le dijo con emocion: «Vuestro carácter os obliga á hacer justicia á todo el mundo: ¿por qué me la negais á mí?» Luego le hizo algunas amenazas, y viendo la firmeza del obispo, trató de ganarle con la dulzura y le convidó á tomar algo á su mesa. Gregorio no consintió hasta que Chilperico le hubo prometido con juramento que dejaria obrar al concilio con libertad y no le exigiria nada contra los cánones. Por la noche envió Fredegunda á ofrecer descientas libras de plata á S. Gregorio si consentia en la condenacion de Pretextato, añadiendo que todos los demas obispos le habian dado la palabra. «Nada puede obligarme, respondió, á pronunciar una sentencia que no sea conforme con las reglas de la justicia.» El rey asistió tambien á la segunda sesion del concilio, y alegó algunos hechos nuevos contra Pretextato; pero el obispo se justificó tan claramente, que viéndose confundido Chilperico dijo á sus confidentes al salir de la asamblea: «Conozco que el acusado dice verdad: ¿qué haré yo para contentar á la reina?» Y luego añadió: «Id á buscarle y decidle, como

que sale de vosotros, que yo perdono fácilmente, y que si quiere humillarse y confesar lo que se le imputa, estais seguros de alcanzar su perdon.» Al dia siguiente congregados los obispos y presente el rey, se postró en tierra Pretextato, confesando que en efecto habia tratado de poner la corona en las sienes de Meroveo. Al punto Chilperico por una odiosa perfidia se echó á los pies de los obispos y les pidió justicia: luego hizo prender á Pretextato, y desde la prision le envió al destierro (1).

El mismo Gregorio de Tours estuvo expuesto á la calumnia, y tuvo que comparecer ante un concilio convocado en Braine, cerca de Soissons. Era acusado de que difamaba á la reina, imputándole un comercio criminal con un obispo. El acusador era Leudacto, antiguo conde de Tours, enemigo del obispo mucho tiempo habia, y el principal testigo era un subdiácono á quien el conde habia ganado con la promesa del obispado de aquella ciudad. Gregorio negó el propósito que se le imputaba, y el rey dijo á los obispos que si juzgaban conveniente referirse á la conciencia del prelado, él no se oponia. Los obispos respondieron que no era justo condenar á un prelado por el solo testimonio de un inferior, y asi quedó convenido que Gregorio se purgase por juramento, despues de decir la misa en tres altares. Hízolo este como se proponia, y el acusador fue excomulgado.

Chilperico tenia la ridícula vanidad de querer pasar por hábil literato y aun teólogo. Compuso un escrito en que defendia el sabelianismo, y trató de que los obispos le aprobaran; pero tuvo que renunciar á esta pre-

(1) Greg. Turon. lib. V.

tension por la resistencia de S. Gregorio de Tours y S. Salvio, obispo de Albi, á quienes leyó el escrito. Tambien compuso himnos y misas que no fueron aprobadas. No le salió mejor su proyecto de reformar la ortografía y añadir cuatro letras al alfabeto.

Gregorio, obispo de Tours, nació en la Auvernia de una familia noble hácia el año 544. Su padre Florencio era hermano de S. Galo, obispo de Clermont, y su madre Armentarlia era nieta de S. Gregorio, obispo de Langres. Gregorio se educó al lado de su tio S. Galo, y recibió las órdenes clericales por cumplir un voto que habia hecho estando enfermo en el sepulcro de S. Aligro. Muerto S. Galo, su sucesor Avito en el obispado de Clermont continuó la educacion de Gregorio, y le ordenó diácono luego que tuvo la edad prescrita por los cánones. Gregorio buscaba la compañía de las personas mas piadosas para aprovecharse de sus ejemplos, y visitaba á menudo los sepulcros de los santos, sobre todo el de S. Martin, donde recobró la salud en una grande enfermedad. Despues de la muerte de Eufronio, obispo de Tours, ocurrida en el año 573, se reunió el pueblo para nombrar su sucesor, y eligió á Gregorio por unánime consentimiento: le habian visto muchas veces en Tours, y era notoria la inocencia de su vida. Envióse una diputacion á Sigeberto, de quien era la ciudad, y el rey instó á Gregorio para que aceptase la carga que se le imponia, y que él rehusaba absolutamente. Porque no se fugase le consagró inmediatamente Gil, arzobispo de Reims: tenia Gregorio unos treinta años. Asistió á muchos concilios, donde dió pruebas de su sabiduría y de su zelo por la conservacion de la disciplina, ya se ha visto su firmeza en el de Paris: muchas veces reprendió enérgicamente al rey Chilperico por sus vicios. Decíase de él que era tan grande por

su virtud como pequeño por su estatura. Se le atribuyen muchos milagros, que él achacaba á S. Martin y otros santos cuyas reliquias llevaba siempre consigo. Era instruidísimo en la doctrina de la iglesia, como aparece por muchas disputas que él mismo refiere con dos arrianos, con el rey Chilperico y con uno de sus sacerdotes que negaba la resurreccion. En todas estas ocasiones emplea Gregorio con mucha oportunídad las pruebas sacadas de la sagrada escritura. En los últimos tiempos de su vida fue á Roma, donde le recibió muy bien el Papa S. Gregorio, y para honrar á la iglesia de Tours le dió una silla de oro. Murió el año 595 á los cincuenta y dos de edad y veinte y dos de episcopado. Quedan varios escritos suyos: el mas importante es su historia eclesiástica en diez libros. El primero contiene en compendio toda la série de los tiempos desde la creacion del mundo hasta la muerte de S. Martin. En los libros siguientes continúa la historia de las Galias y de los franceses hasta su tiempo. Los otros escritos suyos son ocho libros de los milagros y vida de los santos, á saber, dos libros de la Gloria de los mártires, uno de la Gloria de los confesores, cuatro sobre los milagros de S. Martin, y uno intitulado de la vida de los padres. Tambien habia compuesto un comentario sobre los salmos y un tratado de los oficios eclesiásticos; pero estas dos obras se han perdido. Entre los ilustres solitarios que existian en su tiempo, y cuya vida escribió, se notan S. Venancio, abad de un monasterio de Tours, que en lo sucesivo se erigió en iglesia colegial, y S. Senon que vivia recluido con algunos monges cerca de la misma ciudad, y que se hizo célebre por sus austeridades y milagros.

Habiendo perdido Fredegunda en el espacio de algunos meses tres hijos que habia tenido de Chilperico,

creyó ó fingió creer que su hermano primogénito, de otro matrimonio, les habia dado veneno; y bajo este pretexto le mandó asesinar inmediatamente. Pero despues de este nuevo crímen atormentada de los remordimientos dijo á su marido: «Dios que nos habia perdonado hasta aqui, nos castiga ahora quitándonos nuestros hijos: tratemos de aplacar su cólera, y distribuyamos en limosnas los tesoros que hemos amontonado por nuestra dureza con los pueblos.» Chilperico disminuyó los tributos é hizo grandes dádivas á los pobres y á las iglesias. Fue muerto el año 584 volviendo de una cacería, sin que pudiese descubrirse el asesino. Su viuda Fredegunda, sabiendo cuán aborrecida era, se refugió en la iglesia de Paris. Tenia un hijo llamado Clotario, de edad de cuatro meses nada mas, que sucedió en el reino de su padre; pero Gontran, rey de Borgoña, se apoderó de Paris, y ejerció la principal autoridad sobre los franceses.

Los ciudadanos de Ruan llamaron á su obispo Pretextato, y le repusieron en su silla: despues pasó á Paris para pedir á Gontran que mandara examinar su causa. Fredegunda alegó que no se debia remover una cuestion juzgada por cuarenta y cinco obispos; pero habiendo declarado el de Paris á nombre de todos los demas que Pretextato habia sido simplemente penitenciado, y no depuesto canónicamente, Gontran le mantuvo en la silla de Ruan, y Melanio que ocupaba su lugar, se retiró con Fredegunda. Esta se irritó sobremanera, y habiendo ido á Ruan á los dos años, hizo que uno de sus esclavos cosiera á puñaladas á Pretextato en la iglesia; mas no por eso dejó de ir con fingido dolor á buscar al obispo herido mortalmente, para manifestarle su intencion de perseguir y castigar al culpable. Pero no engañó al santo obispo, quien le dijo: «¿De dónde ha-

bia de partir el golpe sino de la mano que ha hecho derramar tanta sangre inocente, y hasta asesinar á los reyes?» El obispo de Bayeux, primer sufragáneo de la provincia, despues de consultados los obispos, mandó cerrar las iglesias de Ruan, y entredijo la celebracion del oficio divino, hasta que se descubriese el asesino. Al fin viéndose acusada Fredegunda con los indicios mas graves, quiso justificarse entregando al esclavo que habia cometido el asesinato; pero él declaró que para cometer este crímen habia recibido cien sueldos de oro de la reina con promesa de la libertad.

Gontran, rey de Borgoña, señaló su reinado con un gran zelo por la religion, y á pesar de algunas faltas considerables expiadas con el arrepentimiento y la penitencia mereció por sus virtudes ser contado entre los santos. Repartió limosnas cuantiosísimas, edificó muchos monasterios, celebró varios concilios y empleó su autoridad para llevar á efecto su reglamento. El primer concilio de Macon reunido el año 581 hizo diez y nueve cánones: los mas notables son el quinto que prohibe llevar armas ó el traje ó calzado de los seglares, y el noveno que manda ayunar el lunes, miércoles y viernes desde el dia de S. Martin hasta Natividad. Otro concilio congregado en la misma ciudad el año 585 hizo veinte cánones: el quinto ordena, só pena de excomunion, pagar los diezmos á los ministros de la religion, segun la ley de Dios y la costumbre inmemorial de los cristianos. El décimo quinto prescribe á los legos que honren á los clérigos mayores, es decir, á los que estan ordenados *in sacris*, y estatuye expresamente que cuando se encuentren, si los dos van á caballo, el lego salude descubriéndose la cabeza, y si el clérigo va á pie, se apee del caballo el lego para saludarle. El décimo octavo prohibe á los clérigos asistir á las sentencias de muerte y á su

ejecucion. Hubo en este concilio cuarenta y tres obispos y los diputados de quince ausentes. El rey Gontran confirmó estos cánones en un edicto en que prescribe en particular la puntual observancia del domingo, y manda en general á los obispos y magistrados que castiguen á los que no observen estas disposiciones. En el mismo año tuvo el obispo de Auxerre un sínodo de su clero, en que se hicieron varios estatutos: entre ellos es de notar la prohibicion de decir dos misas al dia en un mismo altar, de disfrazarse el primer dia del año, y de practicar supersticiones paganas, y por último un artículo en que se previene que las mujeres no reciban la Eucaristía en la mano desnuda, sino sobre un lienzo llamado dominical; uso que existia tambien en otras iglesias. Por estos estatutos se ve que los fieles recibian todavía la comunion en la mano.

En Galicia se habian celebrado dos concilios el año de 572, uno en Lugo, en que se confirmaron las erecciones de obispados hechas anteriormente, y el otro en Braga bajo la presidencia de S. Martin, en el que se hicieron diez cánones, varios de ellos dirigidos á prohibir la simonia y á mandar especialmente que no se exigiese nada por la administracion del bautismo, para que los pobres no se retrajeran de bautizar á sus hijos. Tambien es notable la prohibicion de celebrar sin estar en ayunas, só pretexto de misas por los difuntos. Algunos años mas adelante fue conquistada esta provincia por Leovigildo, rey de los visogodos, que arrastró parte de la nacion de los suevos al arrianismo. Este rey tenia dos hijos: Hermenegildo, el mayor de ellos, casó en el año 580 con la princesa Ingunda, hija del rey Sigeberto y de Brunequilda. Ingunda era fervorosa católica, y no se dejó vencer por los malos tratamientos y por las violencias que empleó su suegro para hacerla

abandonar la fé, y lo que es mas, convirtió á su marido Hermenegildo, que fue instruído y confirmado por S. Leandro, obispo de Sevilla. Luego que el rey supo esta conversion, comenzó á perseguir á los católicos: unos fueron desterrados y despojados de sus bienes, otros maltratados, aprisionados ó muertos con diferente género de suplicios. Muchos obispos fueron expulsados de sus sillas, y las iglesias privadas de sus rentas y privilegios. El rey juntó á la violencia todos los medios de seduccion, y logró hacer apostatar á algunos fieles. Sabiendo Hermenegildo que su padre procuraba perderle, quiso implorar el auxilio de los griegos, y envió á S. Leandro á Constantinopla para solicitar la intervencion del emperador en favor de los católicos: al mismo tiempo se unió al gobernador de algunas posesiones que el imperio conservaba todavía en España; pero Leovigildo corrrompió á este oficial con treinta mil sueldos de oro, y se apoderó de Hermenegildo, á quien mandó encerrar en una estrecha prision. Este príncipe jóven, reconociendo entre los grillos y las cadenas la vanidad de las grandezas mundanas, volvió todos sus afectos hácia la religion, y acrecentó los rigores de la prision con su austeridad, durmiendo sobre un cilicio, y orando sin cesar para conseguir la fuerza que necesitaba. Su padre ofreció restituirle la libertad si queria recibir la comunion de un obispo hereje, y no habiendo podldo persuadirle envió en un arrebato de cólera á un oficial para que le quitara la vida. Hermenegildo fue martirizado el año 586. No sobrevivió mucho Leovigildo á su hijo: arrepintióse de haberle quitado la vida, y reconoció la verdad de la religion católica; pero no la profesó públicamente por temor á sus vasallos: sin embargo se dice que pasó muchos dias en oracion pidiendo perdon á Dios de los males que habia causado á la iglesia. Como quiera habiendo

caido gravísimamente enfermo, llamó á S. Leandro, á quien habia desterrado, y le suplicó que trabajase en la conversion de su hijo Recaredo que debia, sucederle. Murió el año 587. Recaredo siguió el ejemplo de su hermano, y habiendo abjurado solemnemente la herejía en el primer año de su reinado, habló con tanta sabiduría á los obispos arrianos, que determinó casi á todos á hacerse católicos. Del mismo modo convirtió á la mayor parte de los visogodos, atrájo á los suevos que se habian dejado pervertir, y pronunció la exclusion de todo empleo y del servicio militar contra los herejes. No dejó de haber algunas tentativas de rebelion; pero las reprimió fácilmente (1).

Para consolidar la conversion de los godos congregó el rey un concilio en Toledo el año 589, al que asistieron setenta y dos obispos de España y de la Galia narbonense. Mandó leer una profesion de fé firmada por él y por la reina, en la que anatematizaban á Arrio y sus sectarios, y admitia los cuatro concilios generales, y generalmente todos los ortodoxos: despues se pronunciaron veinte y tres anatemas contra los principales errores de los arrianos, y se condenó en particular el concilio de Rímini. Los obispos y clérigos convertidos y los señores mas distinguidos firmaron estos artículos, y luego se hicieron veinte y tres cánones para restablecer la disciplina y remediar los desórdenes introducidos por la herejía. Como los obispos y sacerdotes arrianos vivian con sus mujeres, el concilio veda esta licencia á los que se han convertido, y los manda separar lecho, y si puede ser vivir aparte. Prohibe á los clérigos perseguir á sus hermanos ante los jueces seculares, só pena de per-

(1) Greg. Tur. lib. V *et seq.* — Greg. M. *Dial.* 3.

der su causa y ser excomulgados. Mandó cantar el símbolo de Nicea en la misa como se practicaba en Oriente. Hay muchos cánones concernientes á la administracion de los bienes eclesiásticos y á los privilegios de los clérigos. Se prescribe que se trate segun la severidad de los antiguos cánones á los que reinciden durante el tiempo de la penitencia ó despues de la reconciliacion. Se decretó abolir los restos del paganismo en toda España y la Galia con el concurso de la autoridad espiritual y temporal. Prohíbese sobre todo la odiosa práctica autorizada entre los paganos, de quitar la vida á los hijos que eran fruto de ilícito comercio. Por último queda prohibido á los judios obtener empleos y tener esclavos cristianos. El rey Recaredo confirmó los cánones y reglamentos de estos concilios con un decreto en que señala la pena de excomunion para los clérigos y la confiscacion ó el destierro para los legos, segun la calidad de la persona.

En el mismo año los obispos de la parte de las Galias sujeta á los visogodos celebraron un concilio en Narbona, en el que se hicieron tambien algunos reglamentos de disciplina. Se mandó tambien cantar el *Gloria Patri* al fin de los salmos, como una profesion de fé compendiada contra el arrianismo. Se prohibe á los sacerdotes salir del santuario durante la celebracion de la misa, y á los diáconos, subdiáconos y lectores quitarse el alba antes de concluido el oficio; lo que hace ver que el uso del alba era comun á los clérigos; pero solamente durante el servicio del altar. Se prohibe á los obispos ordenar un sacerdote ó un diácono que no sepa leer: los que esten ya ordenados y no quieran aprender á leer, seran privados de sus retribuciones. Vedase la celebracion del jueves en honor de Júpiter, y el trabajar en domingo, pena de una multa de diez sueldos de oro pa-

ra los hombres libres, y cien azotes para los esclavos. Estas penas manifiestan que los magistrados seculares asistian á este concilio, como lo habia mandado el rey en el de Toledo.

El Papa Pelagio para reprimir las incursiones devastadoras de los lombardos en Italia pidió auxilio al emperador, y cometió esta negociacion á Gregorio, diácono de la iglesia romana, que mas adelante fue Papa, y mereció por su mérito extraordinario el renombre de Grande. Este ilustre doctor era natural de Roma, y descendia de una familia tan distinguida por las virtudes como por la nobleza y opulencia. Su padre Gordiano era senador, y su madre Silvia es venerada como santa. Contaba entre sus antepasados al Papa Felix III, á cuyas nietas Emiliana y Tarsila tributa tambien la iglesia culto público. Gregorio fue pretor de Roma, es decir, principal magistrado para administrar la justicia en lo civil. Habiendo quedado en libertad de disponer de sus bienes por muerte de su padre, edificó y dotó seis monasterios en Sicilia, y convirtió su propia casa de Roma en otro, donde abrazó él la vida monástica. Alimentabase de legumbres crudas, y á pesar de la austeridad de este régimen estaba constantemente aplicado á la oracion ó al estudio, lo cual debilitó su salud y le sujetó á padecer continuas enfermedades. De allí á algun tiempo las instancias unánimes de los religiosos le obligaron á encargarse del gobierno del monasterio. Pasando un dia por una plaza de Roma, vió puestos en venta unos esclavos de particular hermosura, y sabiendo que eran de la Gran Bretaña y todavía paganos, exclamó: «¡Qué lastima que unos hombres de fisonomía tan interesante vivan bajo la potestad del demonio!» Inmediatamente fue á ver al Papa Benedicto, para suplicarle que enviára misioneros á los ingleses y le eligiese á él

para tan buena obra. El Papa consintió, aunque con dificultad; pero el pueblo romano salió en tropel al camino por donde el Papa iba á S. Pedro, y comenzó á gritar: «Ofendeis al príncipe de los apóstoles y causais la ruina de Roma si dejais marchar á Gregorio.» Al instante despachó el Papa correos para que volviera, y no le alcanzaron hasta despues de tres dias: tal prisa se habia dado á caminar temeroso de lo que sucedia. En seguida fue ordenado Gregorio cuando los siete diáconos de la iglesia romana, para lo cual le sacaron de su monasterio, y hacia poco que ejercia este cargo cuando el Papa le envió á Constantinopla con el título de legado ó apocrisiario en el año 578: en este puesto difícil ostentó el talento que tenia para la direccion de los negocios. Los personajes mas eminentes por su mérito y clase en la iglesia ó en el estado se hicieron sus admiradores ó sus amigos, y en particular trabó estrecha amistad con San Eulogio, que acababa de ser elegido patriarca de Alejandría, y con S. Leandro de Sevilla, que residia entonces en Constantinopla para desempeñar una comision del príncipe Hermenegildo. Aflijiase Gregorio al verse mezclado á su pesar en las agitaciones del mundo y en la discusion de los negocios temporales, de que habia tratado de apartarse para siempre despojándose de sus riquezas. Para mantenerse en el recogimiento y reponerse de las distracciones inseparables de su empleo, habia llevado en su compañía algunos monges de su comunidad, con quienes continuó practicando los ejercicios de la vida monástica, y solia tener piadosas conferencias: en esta ocasion compuso sus morales ó comentarios sobre el libro de Job.

Eutiquio, patriarca de Constantinopla, habia aventurado en un escrito que despues de la resurreccion nuestros cuerpos serian impalpables y mas sutiles que

el aire, que era un resto de los errores de Orígenes. San Gregorio trató de desengañarle, y no habiendo podido conseguirlo rompió todo trato con él. Supolo el emperador Tiberio, y llamó á entrambos á su presencia; y despues de haber oido las razones de uno y otro amenazó á Eutiquio que mandaria quemar su libro. Habiendo caido este enfermo á pocos dias retractó su error delante de muchos amigos de S. Gregorio: murió el año 582, y le sucedió Juan, llamado el Ayunador, que ocupó la silla trece años. S. Eutiquio habia obrado muchos milagros, y en su última enfermedad predijo la muerte próxima del emperador Tiberio. En efecto este príncipe murió el mismo año, y dejó el imperio á su yerno Mauricio, recomendable como él por su clemencia y adhesion á la religion. El nuevo emperador se acordó de la prediccion de S. Teodoro Siceota, quien visitado por aquel de vuelta de una expedicion contra los persas le anunció positivamente que ocuparia el trono imperial. Mauricio inmediatamente que se coronó escribió á Teodoro encomendándose á sus oraciones, y dió una renta anual de seiscientas fanegas de trigo á su monasterio.

S. Teodoro era natural de Siceon, cerca de Anastasiopolis, en la Galacia. Desde su niñez se distinguió por su tierna piedad, y sobre todo por una gran devocion á S. Jorge, á quien escogió mas adelante por patron de su monasterio. Mientras jugaban sus condiscípulos de la misma edad, él solia ir á la iglesia á leer la santa escritura. Abrazó muy jóven la vida solitaria, y se ejercitó en la penitencia mas austera. Desde Natividad hasta el domingo de Ramos permanecia encerrado en una cueva, sin comer mas que los sábados y domingos, y entonces solamente frutas ó yerbas. El obispo de Anastasiopolis penetrado de su eminente virtud le ordenó sa-

cerdote á la edad de diez y ocho años. Teodoro para aprovechar mejor la grácia de su nuevo estado se retiró por algun tiempo á una soledad apartada, y luego hizo la peregrinacion de Jerusalem, y visitó los monasterios y anacoretas esparcidos en los desiertos de la Palestina á fin de edificarse con su vida penitente, y procurar imitarlos. Luego que volvió, su fama y milagros le atrajeron pronto multitud de discípulos; y muerto el obispo de Anastasiopolis le obligaron á ocupar esta silla. Se aplicó enteramente por deber al bienestar de su pueblo; pero su inclinacion le llevaba al retiro: padeció mucho durante su episcopado. Por fin hácia el año 599 despues de haber gobernado su iglesia por espacio de diez, reunió el clero y el pueblo y les dijo: « Ya sabeis que me impusisteis este yugo á mi pesar: ya van mas de diez años que os molesto y me molestais: por tanto os ruego que busqueis otro pastor. Por mi parte no quiero serlo ya, y volveré á mi monasterio como un pobre monge para servir á Dios toda mi vida. » El metropolitano no podia resolverse á aceptar su renuncia; pero al cabo consintió dejándole las insignias episcopales.

A poco tiempo de haberse retirado el santo obispo le escribieron el emperador Mauricio, el patriarca Ciriaco y los grandes del imperio para que fuera á Constantinopla á darles su bendicion. Durante su corta estancia obró muchos milagros: entre otros curó de la lepra á un hijo del emperador; y alcanzó muchos privilegios para sus monasterios, que fueron exentos de la jurisdiccion de cualquier otro obispo, y quedaron sujetos solamente á la iglesia de Constantinopla. El patriarca Tomás, sucesor de Ciriaco, le llamó de nuevo á aquella ciudad, y noticioso de su llegada el emperador Focas le hizo ir á palacio y se encomendó á sus oracio-

nes. El santo le impuso las manos y calmó los dolores que le causaba la gota: al mismo tiempo le dió advertencias saludables, y le exhortó á corregirse de sus vicios. S. Teodoro murió hácia el año 612.

Por la misma época florecia en la Palestina el ilustre solitario S. Juan Clímaco. Entró en el monasterio del monte Sinai á la edad de diez y seis años; pero hasta de allí á cuatro no recibió la tonsura monástica, ni hizo profesion. Retiróse solo al pie de la montaña donde pasó la vida de anacoreta, y á los cuarenta años de soledad fue elegido abad del monte Sinai contra su voluntad. Habiéndole pedido Juan, abad de Raite, que escribiera algunos tratados espirituales para los monges, compuso su Escala del cielo, muy célebre entre las obras de piedad: por ella se le dió el renombre de Clímaco, de la palabra griega que significa escala. Compónese de treinta grados que sostienen todo el progreso de la vida interior desde la fuga del mundo hasta la oracion mas sublime. Hablando de la obediencia cuenta los ejemplos que habia admirado en un monasterio de Egipto cerca de Alejandría, compuesto de trescientos treinta monges bajo la conducta de un superior de consumada prudencia. Allí se veian ancianos con cuarenta ó cincuenta años de profesion, que obedecian con la simplicidad de unos niños. Las chanzas, las disputas y las conversaciones inútiles estaban absolutamente proscritas, y nadie se dedicaba mas que á edificar á sus hermanos. A alguna distancia de este monasterio habia otro pequeño, llamado la prision, donde se encerraban voluntariamente los del grande, que despues de su profesion habian incurrido en alguna falta considerable. Era un lugar horrible, obscuro y hediondo: todo respiraba allí penitencia y tristeza: no se encendia lumbre jamás: el alimento se reducia á pan y algunas

yerbas: la oracion era continua. Los monges que se encerraban en él, no salian hasta que Dios manifestaba al abad que le habia perdonado. Vivian separados uno á uno, cuando mas dos á dos, y se entregaban á las mas terribles austeridades para expiar sus culpas: unos pasaban la noche á campo raso y de pie para vencer el sueño: otros tenian las manos atadas á la espalda como malhechores públicos, y los ojos clavados constantemente en el suelo como indignos de mirar al cielo: muchos llevaban cadenas al cuello, en las manos y en los pies: todos daban gemidos espantosos, y derramaban continuamente lágrimas. Siempre tenian la muerte presente en su consideracion, y se preguntaban con un santo terror: ¿qué será de nosotros, y cuál será nuestro juicio? ¿Podemos esperar que Dios nos haga misericordia? S. Juan Clímaco pidió al abad que le dejara ver esta prision, y habitó un mes en ella: en su obra hace una pintura aterradora del estado á que se reducian voluntariamente aquellos monges penitentes. Todavía era abad del monte Sinai el año 600, cuando S. Gregorio el Grande le escribió encomendándose á sus oraciones, y le envió camas para un hospital próximo. S. Juan dejó este cargo al fin de sus dias, y se retiró á la soledad donde habia hecho antes la vida de anacoreta.

Otro solitario que vivia por entonces en el monasterio del monte Sinai, y se hizo igualmente célebre por sus escritos, es Anastasio, apellidado el Sinaita, á quien algunos autores confunden equivocadamente con el patriarca de Antioquía del mismo nombre. De él nos queda una obra intitulada Ὁδηγός ó guia, que es un método de controversia contra los herejes, especialmente contra los acéfalos, muchos libros de consideraciones anagógicas ó místicas sobre la creacion del mundo, cinco discursos dogmáticos y algunos sermones. Murió hácia el

año 615. Leoncio, monge de la laura de S. Sábas publicó asimismo varios escritos contra los herejes á fines del siglo VI; á saber, tres libros contra los errores de Nestorio y Eutiques, una respuesta á las objeciones de los acéfalos, y un tratado intitulado *De las sectas heréticas*, en el que se halla una exposicion sumaria de las antiguas herejías, y una historia mas extensa de las disputas ocasionadas por el eutiquianismo.

La ciudad de Antioquía que tantos desastres habia experimentado hacia cincuenta años, se arruinó en el de 589 á resultas de un terremoto, en el que perecieron cerca de sesenta mil personas. Gregorio, patriarca de esta ciudad, acusado de comercio criminal con su propia hermana, fue juzgado en el mismo año por un concilio reunido en Constantinopla, al que concurrieron muchos metropolitanos y todos los obispos de Oriente, ya en persona, ya por diputados. El senado tomó tambien parte en este proceso, y se nota que es nombrado antes que los metropolitanos. El obispo de Antioquía fue declarado inocente, y el acusador condenado á la pena de azotes y á destierro en castigo de su calumnia. Este concilio en que el patriarca de Constantinopla veia reconocidos de hecho los derechos de primacía y jurisdiccion que queria arrogarse en Oriente, sirvió de pretexto á Juan el Ayunador para usurpar el título de obispo ecuménico ó universal. Pero así que lo supo el Papa Pelagio, envió letras por las cuales en virtud de la autoridad apostólica anuló las actas de aquel concilio, y prohibió al arcediano Lorenzo, que habia sucedido á S. Gregorio como apocrisiario en Constantinopla, asistir á los oficios con Juan el Ayunador (1).

Ya hacia muchos años que los obispos de Milan ha-

(1) Evagr. lib. VI. —Greg. M. lib. IV. Epist. XXXVI.

bian renunciado al cisma, y suscrito la condenacion de los tres capítulos. Juan, obispo de Ravena, despues de hacer alguna resistencia consintió al cabo en seguir aquel ejemplo. Mas los obispos de la provincia de Istria se obstinaban en desechar el concilio quinto, y en continuar separados de la iglesia romana. Habiendo hecho la paz con los lombardos el exarca de Ravena, es decir, el gobernador de las provincias que el império conservaba aun en Italia; el Papa Pelagio escribió sucesivamente varias cartas á aquellos obispos exhortándolos á volver al seno de la unidad. Les representó con vivos colores que su separacion no podia tener ya ninguna excusa plausible: que sometidos casi todos los obispos de Occidente la resistencia tenaz de tan corto número era una rebelion manifiesta contra la autoridad de la iglesia; y que en vano intentaban prevalerse de la autoridad del Papa S. Leon, que habia confirmado el concilio de Calcedonia, y prohibido poner en cuestion lo que en él se definiera, porque esta confirmacion no recaia mas que sobre la definicion de fé, y no sobre los asuntos particulares. Despues hacia ver el Papa Pelagio que las decisiones del concilio quinto no menoscababan el de Calcedonia, y entraba en una discusion profunda de la cuestion de los tres capítulos para demostrar que con razon habian sido condenados. S. Gregorio fue quien redactó estas cartas, que no produjeron ningun resultado. Los obispos de Aquileya y otros puntos perseveraron en su obstinacion, y hasta fines del siglo siguiente no se extinguió del todo el cisma en aquella provincia. Sin embargo como el año 606, muerto el obispo Severo, á quien reconocian los cismáticos por su patriarca, le diesen estos un sucesor que se mantuvo en Aquileya por la proteccion de los lombardos; los católicos de la provincia eligieron por su parte un metropolitano que re-

sidió en Grado, á donde habian trasladado su silla los obispos de Aquileya desde la invasion de Alboino.

El Papa Pelagio murió el 8 de febrero del año 590 de una enfermedad contagiosa que hizo muchos estragos en Roma. El clero, el senado y el pueblo reunidos para la eleccion de su sucesor dieron unánimemente sus votos á S. Gregorio. Este empleó todos los medios posibles para oponerse, y no habiendo podido conseguirlo escribió secretamente al emperador Mauricio para suplicarle que no diera su consentimiento; mas el prefecto de Roma German que concibió alguna sospecha, despachó con toda dilijencia un correo que llegó antes que las cartas de Gregorio: en consecuencia el emperador remitió inmediatamente su aprobacion. Mientras llegaba la respuesta, viendo S. Gregorio que continuaba la peste con mucha violencia, prescribió una estacion y rogativas solemnes en la iglesia de santa María la Mayor, á donde debian concurrir en procesion el clero y todos los fieles de todas las parroquias. Creese que de ahí vino la procesion que se hace en Roma el dia de S. Marcos, y se llaman letanías mayores. Como S. Gregorio que habia sabido el paso dado por el prefecto de Roma, conocia que la respuesta del emperador habia de ser contraria á sus deseos; resolvió fugarse, y para eludir la vigilancia de las guardias puestas á la puerta de la ciudad se disfrazó, y se metió en un ceston de mimbres haciendo que le condujeran unos mercaderes. Tres dias estuvo oculto en una caverna enmedio de un bosque. Los romanos practicaron inmediatamente dilijencias para buscarle, y se hicieron ayunos y oraciones sin intermision hasta que descubierto al fin por indicios maravillosos fue llevádo á Roma. Entonces temió oponerse á las órdenes de la Providencia, y fue consagrado solemnemente el 3 de setiembre del año 590: ocupó la santa sede cerca de

catorce. Por sus cartas se ve cuán inconsolable le tenia su elevacion. «Estoy tan oprimido de dolor, escribia al patricio Narses, que me es imposible expresarlo: no veo por todas partes sino motivos de tristeza y afliccion. Sin cesar pienso en la perfecta tranquilidad que me han arrebatado, para meterme en unas ocupaciones que me disipan y me alejan del Señor.» Decia á la princesa Teoctista, hermana del emperador: «Me han vuelto al siglo só pretexto del episcopado, y estoy mas cargado de negocios temporales que cuando era seglar: he perdido la alegria que disfrutaba en mi retiro: allí estaba sin deseos y sin inquietud por todos los objetos de este mundo; y ahora me encuentro en continua zozobra, sino por mí, á lo menos por aquellos de quienes estoy encargado. Cuando despues de los negocios quiero recogerme interiormente, me persigue el tumulto de los vanos pensamientos, y hallo que mi corazon está muy lejos de mí. El emperador debe imputarse todas mis faltas por haber cometido un ministerio tan grande á una persona tan débil.» Los mismos sentimientos se encuentran en otras cartas dirigidas al patriarca Anastasio de Antioquía, á Juan de Constantinopla y á muchos personajes que habian contribuido á su eleccion, ó se habian apresurado á darle la enhorabuena. Como Juan, obispo de Ravena, y algunos otros amigos suyos le criticasen que se hubiera ocultado por huir del episcopado siendo él tan capaz de desempeñarle; tomó ocasion de allí para componer su Pastoral, en donde á fin de justificar su conducta expone toda la sublimidad y extension de las funciones del sacerdocio (1).

Habiendo sabido S. Leandro la eleccion de S. Gregorio le escribió para manifestarle su alegria: al mismo

(1) Greg. M. Epist. lib. I. — Vit. Greg.

tiempo le anunciaba la sólida conversion y la piedad del rey Recaredo, y le consultaba acerca de las tres inmersiones del bautismo de que abusaban los arrianos para autorizar sus errores. S. Gregorio no pudo responderle hasta pasados muchos meses, y disculpándose de esta tardanza le decia: «Estoy tan agobiado con las ocupaciones del episcopado, que tengo mas ganas de llorar que de hablar. Ya lo veis por mi negligencia en escribiros. No puedo expresar la alegria que siento de ver al rey Recaredo tan completamente convertido. Velad sobre él para que la santidad de su vida corresponda á la pureza de su fé. Con respecto á las tres inmersiones del bautismo nosotros las hacemos para expresar los tres dias de la sepultura, ó si se quiere las tres personas de la Trinidad, así como la inmersion única para significar la unidad de la naturaleza divina. Pero una vez que los herejes haciendo tres inmersiones quieren dar á entender una distincion de naturaleza entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, soy de parecer que no hagais mas que una sola inmersion.»

A pocos meses de su exaltacion, es decir, á principios del año 591 celebró S. Gregorio un concilio en Roma, y envió sus letras sinodales á los cuatro patriarcas. En ellas hace su profesion de fé segun costumbre, y declara que admite y reverencia los cuatro concilios generales como los cuatro Evangelios. «Profeso, añade, el mismo respeto al quinto donde fue condenada la supuesta carta de Ibbas, convencido Teodoro de dividir la persona del Mediador, y reprobados los escritos de Teodoreto contra S. Cirilo. Desecho todas las personas que estos venerables concilios desechan, y admito todas las que ellos honran; porque apoyándose sus decisiones en el consentimiento de la iglesia universal se pierde sin perjudicarles el que se atreve á atar á los que

ellos desatan, ó desatar á los que ellos atan.» Tambien se reunió una copia de esta circular al patriarca Anastasio arrojado de la silla de Antioquía, y el Papa escribió al emperador que si no queria permitir á este obispo volver á su iglesia le enviase á lo menos á Roma con el uso del palio.

En el mismo año intimó S. Gregorio de parte del emperador á Severo de Aquileya, jefe de los cismáticos de la provincia de Istria, que fuese con sus sectarios al concilio de Roma á fin de abjurar el cisma. Severo y los obispos de su partido enviaron representaciones al emperador, en las que protestaban su disposicion á someterse á la decision de aquel; pero no á la del Papa; añadiendo que sus pueblos antes sufririan la muerte que consentir en la reunion; y como muchos residian en las ciudades invadidas por los lombardos, temiendo Mauricio sin duda que se adhirieran al partido de estos bárbaros, escribió al sumo pontífice que difiriese esta cuestion hasta que la Italia estuviese mas tranquila. A poco tiempo los lombardos extendieron la devastacion á la Istria, y quemaron la ciudad de Grado, residencia de Severo. Con esta ocasion suplicó Juan de Ravena al Papa que enviara algun socorro á aquel obispo; mas S. Gregorio le respondió: «Debemos ejercer la caridad con los que son fieles á la iglesia antes de socorrer á sus adversarios. De la ciudad de Fano se han llevado muchos cautivos, y primero debo pensar en rescatarlos.»

En el año 593 murió Lorenzo, obispo de Milan, que habia aprobado la condenacion de los tres capítulos, y en su lugar fue elegido Constancio, diácono de la misma iglesia. Habiendo recibido S. Gregorio el decreto de eleccion juzgó conveniente que le aprobaran una multitud de milaneses que se habian refugiado en Génova para librarse de las hostilidades de los lombardos. A este

objeto diputó un subdiácono de la iglesia romana, y al darle la comision le dijo: «Si es aprobada la eleccion de Constancio, hareis que le consagren con nuestro consentimiento los obispos de la provincia, segun lá antigua costumbre, de suerte que la santa sede conserve su autoridad sin menoscabar los derechos de los otros.» Aquí se ve que los obispos del norte de Italia no eran consagrados por el mismo Papa como los de las provincias suburbicarias; sin embargo la consagracion no se hacia sin su consentimiento. Tambien puede notarse que deroga el uso particular que atribuia la consagracion del obispo de Milan al de Aquileya; pero el cisma de Istria hacia necesaria esta derogacion. Constancio se habia abstenido de hablar de los tres capítulos en la profesion de fé que envió al Papa: con todo algunos obispos de su provincia divulgaron la voz que se habia obligado por escrito á condenarlos; y bajo este pretexto se separaron de su comunion, y persuadieron á Teodelinda, reina de los lombardos y católica, que se separara tambien. S. Gregorio para atraer á aquellos obispos creyó que debia declarar en una carta escrita á Constancio para que se la enseñase, que no se habia tratado de los tres capítulos. Tambien escribió otra á Teodelinda, que Constancio no juzgó conveniente entregar, porque se hablaba del quinto concilio, y temia chocar demasiado con las preocupaciones de la reina: el Papa aprobó la conducta de este obispo, y remitió segunda carta en que se contentaba con aprobar los cuatro primeros concilios, y exhortar vivamente á la reina á que abrazara la comunion de Constancio y de la iglesia romana. Esta reserva del Papa S. Gregorio acerca del concilio quinto manifiesta que la iglesia creyó debia tolerar durante algun tiempo á aquellos que por un respeto mal entendido hácia el concilio de Calcedonia se re-

traian de aprobar la condenacion de los tres capítulos; pero sin razon se inferiria de aqui que se haya permitido mirar como dudosa la infalibilidad del concilio quinto ó combatir sus decisiones. Ya hemos dicho que la cuestion de los tres capítulos comprendia dos distintas, una de doctrina y otra de oportunidad; y aunque esta se habia decidido implícitamente con la primera, las prevenciones que existian sobre este punto podrian mirarse como un motivo suficiente para no instar demasiado á unos obispos obstinados, cuya resistencia hubiera arrastrado al cisma á muchos pueblos católicos. Ademas la prudente condescendencia de S. Gregorio dió felices resultados: muchos cismáticos se reunieron á la iglesia, y los afanes del caritativo pontífice consiguieron de allí á poco tiempo la reunion de otra multitud de ellos en las provincias de Istria.

Despues de un interregno de diez años eligieron los lombardos por rey á Autaris que prohibió bautizar los niños de esta nacion en la iglesia católica; pero murió el año 590 sin dejar sucesion. Su viuda Teodelinda era tan querida de los lombardos que prometieron reconocer como rey al que ella tomase por esposo, y eligió á Agilulfo, duque de Turin, que reinó veintiseis años. Teodelinda era católica, y en adelante hizo que el rey Agilulfo y toda la nacion abjurasen el arrianismo. Este pueblo prosiguió sus conquistas en Italia, y S. Gregorio compadecido de las desgracias de aquella provincia tuvo que buscar por sí los medios de ponerles término. El exarca de Ravena habia roto la paz, y no podia sostener la guerra. Ariulfo, duque de Espoleto, llegaba hasta las puertas de Roma á ejercer sus estragos y crueldades; de modo que el sensible pontífice cayó malo de pesadumbre. Las provincias del mediodia eran invadidas, y Nápoles corria inminente riesgo de caer en manos de los bárbaros. El año 595 fue el rey

Agilulfo en persona á sitiar á Roma que carecia de bastimentos y de tropa para su defensa. S. Gregorio hizo proposiciones de paz que el rey se mostró dispuesto á aceptar; pero el exarca no quiso ratificarlas, y el emperador se guió de los consejos de este gobernador. Continuaron pues los lombardos asolando la Italia, y llevaron tambien sus armas á la Cerdeña. En los escritos de S. Gregorio se halla la pintura del triste estado á que se veian reducidas aquellas provincias: las ciudades destruidas, las fortalezas arruinadas, los campos arrasados y desiertos: Roma señora en otro tiempo del mundo abandonada por sus ciudadanos, ó insultada por sus enemigos: una multitud de infelices eran llevados cautivos, y otros asesinados ó volvian con las manos cortadas. El santo pontífice escribia á la emperatriz: «Sabiendo que habia muchos idólatras en Cerdeña envié un obispo de Italia que convirtió á muchos; pero he sabido que los que sacrificaban á los ídolos, conseguian el permiso del juez pagándole un derecho, y que continúa exigiendo el mismo tributo á los que no sacrifican ya y estan bautizados. Reprendiéndole el obispo sobre esto respondió que habia comprado tan caro su empleo, que á no recurrir á tales medios no podria pagarle. La isla de Córcega está tan agobiada de impuestos, que sus habitantes apenas pueden satisfacerlos aunque vendan á sus hijos, por lo cual abandonan el imperio y buscan un asilo entre los lombardos..... Un oficial de marina en Sicilia es acusado de tantas vejaciones, rapiñas y confiscaciones injustas, que se necesitaria un volúmen para enumerarlas.» En una carta á un obispo que estaba en Oriente, se quejaba así del exarca de Ravena: «No puedo expresaros lo que nos hace padecer vuestro amigo Roman. Su mala conducta nos hace mas daño que las armas de los lombardos. Mejor tratados somos por los

enemigos que nos matan, que por los oficiales del imperio, cuyas rapiñas y fraudes nos llenan de amargura.» Por fin separado este exarca el año 597 su sucesor se concertó con el Papa para concluir un tratado de paz con los lombardos (1).

La iglesia de Roma poseia entonces patrimonios considerables en Italia, Sicilia, Cerdeña y Africa: la administracion de estos fondos estaba encargada á unos clérigos inferiores, cuyo jefe era ordinariamente un subdiácono. S Gregorio les hacia dar cuentas exactas de su administracion, y no se desdeñaba de entrar en las mas leves minuciosidades, ya para conservar en buen estado las rentas de su iglesia, ya para evitar que los que las administraban cometieran cualquiera vejacion. «Hemos sabido, escribia al subdiácono Pedro, administrador de los bienes de Sicilia, que se disminuye á los aldeanos el precio del trigo en tiempos de abundancia: queremos que se pague siempre al precio corriente y sin deduccion de lo que perece por los naufragios. Prohibimos que se exija á los colonos mas del precio de su arrendamiento, que fijareis por escrito para que no pueda recargarse despues de nuestra muerte; y sobre este precio tomareis lo que recibia el administrador en despojos. Cuidareis sobre todo de que no se usen pesos falsos al recibir los pagos de los colonos. Tambien hemos sabido que nuestros aldeanos son molestados en el pago del primer plazo de sus rentas, y que no habiendo vendido aun los frutos se ven obligados á tomar prestado con enormes intereses: por tanto mandamos que de los bienes de la iglesia les deis lo que habian de pedir prestado á extraños, y que recibais su pago poco á po-

(1) Paul. diac. Hist. Longob. lib. IV.—Greg. M. Epist. lib. IV.

co á medida que puedan, no sea que los artículos que les bastarian para cumplir de esta manera, no basten si apretándolos se los fuerza á vender á vil precio.»

No menor cuidado ponia S. Gregorio en vigilar por la buena inversion de estas rentas: distribuialas cuatro veces al año al clero, á los empleados de su casa, á las iglesias, oratorios, monasterios y hospitales de Roma y sus inmediaciones. Mucho tiempo despues se conservaba todavía en el palacio de Letran un libro grueso, que contenia el nombre, edad y condicion de todos los pobres, á quienes el caritativo pontífice repartia limosnas regulares, ya en Roma y los alrededores, ya en las provincias remotas. El primer dia de cada mes distribuia trigo, vino, legumbres, carne, pescado y aceite segun la estacion. Habia nombrado empleados para que diesen todos los dias en cada calle los socorros necesarios á los enfermos. Enviaba platos de su misma mesa á algunos pobres vergonzantes, y todos los dias convidaba á comer doce forasteros, entre los cuales se dice que recibió una vez al ángel de su guarda, y otra al mismo Jesucristo. Habiéndose hallado muerto á un pobre en una calle extraviada, S. Gregorio se abstuvo muchos dias de celebrar el santo sacrificio, como si hubiera sido culpable de aquella muerte. Ademas de estas limosnas regulares se ven en sus cartas muchos ejemplos de las dádivas y pensiones que satisfacia á diferentes personas. Era tan desinteresado, que ni aun queria recibir los presentes de estilo. «Nos debemos, escribia al obispo de Mesina, abolir las costumbres que son onerosas á las iglesias: continuad siguiendo el uso con respecto á los otros clérigos, y enviándoles lo que la misma costumbre ha establecido; pero os prohibimos que nos envieis nada en lo sucesivo (1).»

(1) Greg. M. Epist. lib. I. — Joan. diac. Vit. Greg.

Las atenciones que reclamaban los intereses temporales de la iglesia, no disminuian en nada su solícita vigilancia respecto de los asuntos espirituales: su incansable zelo abrazaba igualmente una multitud de pormenores y las necesidades generales de la religion; y á pesar de la debilidad de su salud la actividad de su cuidado bastaba para todo. Habiendo sabido un dia que una esclava jóven deseaba consagrarse á Dios en un monasterio, dió órden de comprarla y llevarla á Roma para proporcionarle el apetecido asilo, encargando sobre todo la prontitud en la ejecucion para que no se entibiase el fervor de la pobre doncella. Este hecho es capaz de dar á conocer la grandeza de la caridad de este santo Papa. Esforzábase en proporcionar á las iglesias buenos pastores: apoyaba con su autoridad á los que cumplian dignamente sus deberes, y reprendia con caridad á los que los descuidaban: trabajaba con todo su poder en hacer floreciente la iglesia por todas partes: corregia los abusos, reprimia los desórdenes, y mantenia la pureza de la disciplina. Al principio de su pontificado escribió al gobernador de Africa, exhortándole á reprimir á los maniqueos y donatistas que aun quedaban en la provincia, y mandó deponer á un obispo que por dinero permitia las juntas de los herejes en el lugar de su residencia. Tambien recomendó que no se eligieran los primados segun su antigüedad, como era costumbre en la Numidia, sino en consideracion á su mérito, y que fueran preferidos para esta dignidad los obispos de las ciudades á los de las villas, como mas capaces de resistir á los herejes. Mas adelante escribió varias cartas á diferentes obispos de Africa para exhortarlos á reprimir los abusos; y al cometerles el conocimiento de una causa llevada ante él, delegó un clérigo de la iglesia romana para que asistiera en su nombre al

concilio que se habia de celebrar con este motivo. Habiendo sabido en el año 594 que la audacia de los donatistas habia llegado hasta el punto de rebautizar á los católicos y echar á los obispos de sus iglesias, envió nuevas y enérgicas exhortaciones al gobernador de Africa para que hiciera cumplir las leyes contra aquellos sectarios. El primado de Cartago consiguió una del emperador Mauricio contra ellos, y para facilitar su ejecucion celebró un concilio, en que se mandó á todos los obispos que persiguieran á dichos herejes, pena de perder sus bienes y dignidades. S. Gregorio alabó mucho el zelo de este concilio, cuyas actas le fueron enviadas; pero añadió: «Temo que este decreto ofenda á los primados de las otras provincias.» Sin duda estos no creian que debian sujetarse á las leyes de un concilio de la provincia particular de Cartago.

S. Gregorio no omitia ningun medio de dulzura y conciliacion para persuadir á los judios que se convirtieran, y escribió al subdiácono Pedro y al diácono Cipriano, intendentes del patrimonio de la iglesia de Sicilia: «Soy de parecer que prometais en mi nombre una diminucion de la renta á los que se convierten, y no temais que esta diminucion sea perdida, porque suponiendo que ellos no se conviertan sinceramente, sus hijos se bautizarán con mejores disposiciones.» Pero no queria que se emplease la violencia ó la coaccion para hacerlos abrazar el cristianismo. Algunos judios de Italia, á quienes el comercio llevaba de cuando en cuando á Marsella, se le quejaron de que muchos de los suyos eran bautizados mas por fuerza que por persuasion: el Papa escribió á los obispos de Marsella y Arles que era preciso instruirlos ante todas cosas para convertirlos sólidamente, no fuera que recibiendo el bautismo por necesidad volviesen luego con mas peligro á su primera su-

persticion. Tambien se quejaron los judios de Caller en Cerdeña de que uno de ellos, recien convertido, se habia apoderado de la sinagoga, y puesto en ella una cruz con una efigie de la santísima Vírgen. S. Gregorio no vaciló en mandar entregarles la sinagoga, añadiendo que debia usarse con ellos de una moderacion propia para ocnvertirlos al cristianismo y no llevarlos á la fuerza.

La mayor parte de los aldeanos de la Cerdeña, y hasta los siervos de la iglesia de Caller, eran todavía idólatras; y como los obispos de la isla no trabajaban con bastante zelo en su conversion, envió S. Gregorio á predicar la fé un obispo de Italia y el abad del monasterio que habia fundado en Roma. Escribió á los nobles y á los señores territoriales, representándoles que darian cuenta á Dios de las almas de sus siervos, y les dijo: «Os han sido encomendados para que os sirvan en vuestros intereses temporales, á fin de que vosotros les proporcioneis bienes eternos. Si ellos hacen su deber, ¿por qué no haceis vosotros el vuestro? «En cuanto á los siervos de las iglesias escribia al obispo de Caller: ¿De qué me sirve exhortaros á convertir los extraños, si no haceis caso de las personas que dependen de vos? Cuidad de aplicaros de aquí en adelante; porque si sé que un obispo de Cerdeña tiene un solo aldeano idólatra, le castigaré severamente. Si el aldeano se obstina en su infidelidad, es menester imponerle tan fuerte tributo que por precision se dé á partido.» Tambien reprendió al obispo de Caller, porque habia excomulgado á una persona que le habia injuriado, y dice con este motivo que los cánones prohiben á los obispos emplear la excomunion para sus ofensas personales. El mayor número de idólatras de la Cerdeña se hallaban entre los Barbaricinos, cuyo jefe Hospiton habia recibido ya el bautismo. S. Gregorio le recomendó sus misioneros, y le exhortó

á procurar la salvacion de su nacion. El gobernador de la isla por los romanos, apoyando las intenciones del Papa, ofreció la paz á los barbaricinos con la condicion que abrazasen el cristianismo.

A resultas de las guerras que afligian á Italia, se habian arruinado muchas ciudades, y destruídose sus iglesias. S. Gregorio fijó su atencion en este mal desde el principio de su pontificado, y á fin de que la corta poblacion que quedaba no careciera de todo auxilio, se la encargó á los obispos mas próximos. Unió las iglesias de Miseno y Cumas, que eran inmediatas, y permitió al obispo residir donde quisiera; pero con la condicion de hacer celebrar los santos oficios en la iglesia donde no residiese. Del mismo modo reunió otros muchos obispados. La iglesia de Populonio estaba tan abandonada desde la muerte de S. Cerbonio, que no se administraba la penitencia á los moribundos, ni el bautismo á los niños. S. Gregorio mandó á Balbino, obispo de Roselle, que cuidase de aquella iglesia en calidad de visitador, y que pusiera un presbítero cardenal con dos diáconos y tres presbíteros en las parroquias rurales. Entonces se llamaban cardenales los obispos, presbíteros y diáconos titulares adscritos á una iglesia, para distinguirlos de los que la servian transitoriamente y por comision.

Habiendo sido expulsados de sus sillas muchos obispos de la Iliria por los bárbaros que asolaban el pais, el emperador mandó que se retiraran á los puntos donde todavía subsistian obispos, y que estos se encargasen de su manutencion. S. Gregorio que lo supo por el gobernador de la provincia, escribió á todos los obispos de Iliria que cumpliesen aquel deber, no solamente por obedecer al emperador, sino aun mas por obedecer á Dios que nos prescribe la caridad. Sin embargo declaró

que los obispos privados de su silla no tendrian ninguna autoridad en las iglesias que les dieran auxilio, y se contentarian con recibir su subsistencia.

El santo pontífice velaba escrupulosamente sobre la eleccion de los obispos en Italia y en Sicilia, donde ejercia una jurisdiccion particular. Demetrio, obispo de Nápoles, fue depuesto por crímenes que merecian la muerte: S. Gregorio escribió al clero, á los magistrados y al pueblo, que eligieran al punto un obispo, y entretanto envió á Nápoles á Pablo, obispo de Nepi, en calidad de visitador, permitiéndole que ordenase clérigos é hiciera las otras funciones episcopales. Asi no tenia reparo en beneficio de los fieles en mandar á un obispo dejar una iglesia pequeña, de que era titular, para gobernar en comision otra mas considerable. Los napolitanos enviaron al Papa un decreto de eleccion en favor de Florencio, subdiácono de la iglesia de Roma; pero este renunció con muchas lágrimas, y fue inflexible en su resolucion. S. Gregorio lo sintió tanto cuanto se habia alegrado de la eleccion, y despachó á los que le habian llevado el decreto, con una carta para el duque de Campania, en la que le rogaba que reuniese á los principales y al pueblo de Nápoles para elegir otro obispo. «Si no podeis conveniros en nadie, añadia, escoged á lo menos tres sugetos de notoria prudencia y probidad, y enviadlos aqui en nombre de todo el comun: quizá hallen en Roma alguno capaz de ser vuestro obispo.» Habiendo elegido algunos habitantes de Rimini á Otecatino por obispo, enviaron el decreto de eleccion á S. Gregorio para que le consagrase; pero este lo rehusó, y les escribió que eligieran otro, añadiendo que si no hallaban ninguno en su ciudad que tuviera las calidades requeridas, el clérigo encargado de su carta les designaria el que debian elegir.

A veces nombraba un solo visitador para varia iglesias inmediatas. Estos visitadores eran ordinariamente obispos; sin embargo á veces comisionaba solo un presbítero para que cuidara de una iglesia vacante y presidiera la eleccion. Escribió al subdiácono Pedro, rector del patrimonio de Sicilia, que examinara qué sugetos serian los mas propios para ocupar las sillas vacantes, y que los enviara á Roma despues de informarse de sus costumbres. Mas adelante habiendo consagrado obispo de Siracusa al abad de su monasterio de Roma, le nombró vicario suyo en toda la Sicilia. En general S. Gregorio queria que el obispo fuese elegido del clero de la misma ciudad en cuanto era posible. El obispo electo iba á Roma con el decreto de eleccion y las letras del visitador para que le consagrara el Papa: este no conferia la consagracion mas que á los obispos de las iglesias que dependian particularmente de la de Roma, y se llamaban por eso suburbicarias, á saber, las de la parte meridional de Italia en donde él era único arzobispo, y las de Sicilia y las otras islas, aunque tenian metropolitano. En cuanto al norte de Italia que dependia de las metrópolis de Milan y Aquileya, ya se ha visto que las consagraciones se hacian en la provincia: lo mismo sucedia en España, en Africa y en las Galias. El obispo de Arlés que era vicario de la santa sede en estas últimas tenia el derecho de convocar y presidir los concilios, y juzgar las causas de los obispos; pero no se ve que se le reservasen las consagraciones como al obispo de Tesalonica, que tenia el título de vicario en cuanto á la Iliria occidental. S. Gregorio al conferir el palio á S. Vigilio de Arlés, y nombrarle su vicario en el reino de Childeberto, reservaba expresamente los derechos de los metropolitanos, como los Papas sus predecesores. «Si sobreviene, añadió, alguna cuestion de fé ó

algun otro asunto importante, reunireis doce obispos para juzgarle, y si no puede decidirse nos remitireis su resolucion.» Cuidaba de que se celebrasen concilios en Africa para el enjuiciamento de los obispos, é intervenia en ellos por medio de sus delegados. Tambien envió un clérigo á España para juzgar á dos obispos que se quejaban de haber sido depuestos injustamente. En fin ejercia como cabeza de la iglesia su autoridad en Oriente para mantener los cánones y decidir los negocios importantes.

Acusado Adriano, obispo de Tebas, por dos diáconos depuestos ante el emperador Mauricio, éste segun los cánones remitió el conocimiento de la causa al metropolitano Juan de Larisa, el cual, aunque las acusaciones estaban destituidas de pruebas, condenó al obispo, le encerró en una estrecha prision, y allí le forzó á firmar su aquiescencia á la sentencia pronunciada contra él. Pero Adriano no dejó de interponer apelacion de ella, é hizo que se remitieran los autos procesales al emperador, quien cometió su exámen á Honorato, nuncio del Papa en Constantinopla, y á Sebastian, secretario de estado. Examinada cuidadosamente la causa, fue absuelto Adriano; con todo se consiguió nueva órden del emperador para remitir este auto á Juan, obispo de Justiniano, que tenia el título de primado y legado de la santa sede respecto de algunas provincias de Iliria. El obispo acusado no pudo ser convicto, y sin embargo fue depuesto. Entónces apeló al Papa y notificó esta apelacion á Juan de Justiniano, quien prometió al nuncio Honorato enviar agentes á Roma para sostener su sentencia. S. Gregorio aguardó mucho tiempo; pero viendo que no parecia nadie, ni de parte del primado. ni de parte del metropolitano, examinó los procedimientos seguidos ante ellos, y halló que sus sentencias

eran tan injustas en el fondo como irregulares en la forma. Repuso pues á Adriano en su silla, y condenó al primado á treinta dias de penitencia, durante los cuales habia de estar privado de la comunion, só pena de mas rigor si no obedecia. En cuanto á Juan de Larisa le escribió: «Mereceis ser privado de la comunion por haber despreciado el decreto de mi predecesor, que habia eximido al obispo de Tebas y su iglesia de vuestra jurisdiccion; sin embargo nos contentamos con intimaros que observeis este decreto en lo sucesivo, de modo que las pretensiones que podais tener contra Adriano, sean decididas por nuestros nuncios en Constantinopla, si son de mediana entidad, ó remitidas aqui ante la silla apostólica si son de consideracion; todo bajo pena de excomunion, de que no podreis ser absueltos, sino por órden del pontífice romano, excepto en el artículo de la muerte. Restituireis tambien todos los bienes muebles ó inmuebles de la iglesia de Tebas, de cuya retencion se os acusa, y cuyo estado es adjunto. Si hay alguna diferencia bajo este respeto, queremos que nuestro nuncio en Constantinopla tome conocimiento de ello (1).»

Natalis, obispo de Salonia, en Dalmacia, maltrataba al arcediano Honorato, que queria oponerse á que aquel diera las riquezas de la iglesia á sus parientes. Reunió pues un concilio de la provincia de que era metropolitano, para deponer aquel diácono, y dió su cargo á otro mas complaciente: luego ordenó presbítero á Honorato contra su voluntad. S. Gregorio intimó al obispo que le repusiera en sus funciones, y como su primera carta no produjese ningun efecto, le escribió: «Sabed que si lo diferís mas sereis privado del uso del pa-

(1) Greg. M. Epist. lib II.

lio que os fue concedido por la santa sede, y si todavía persistís, sereis separado de la comunion, despues de lo cual nos examinaremos jurídicamente si debeis continuar en el obispado. En cuanto al que habeis elevado al arcediananto en perjuicio de Honorato, le deponemos de esta dignidad; y si continua ejerciendo sus funciones, será excomulgado.» A poco tiempo murió Natalis, y San Gregorio escribió al subdiácono Antonino, rector del patrimonio de la iglesia romana en Dalmacia, que tomara las medidas nécesarias para asegurar la observancia de las reglas canónicas en la eleccion del nuevo obispo, y que le enviara el decreto de eleccion segun la costumbre, á fin de obtener su consentimiento para la consagracion. El diácono Honorato fue elegido por el clero de Salona; pero algunos se opusieron, y los obispos de la provincia prefirieron á un tal Máximo, que hizo que el emperador confirmara su eleccion, y que el exarca de Ravena le pusiera en posesion. En cuanto S. Gregorio tuvo noticia de este atentado, escribió á los obispos de Dalmacia, prohibiéndoles por la autoridad apostólica, y só pena de excomunion, consagrar un obispo para Salona sin su consentimiento; y habiendo sabido que Máximo habia sido puesto en posesion á mano armada, le entredijo toda funcion sacerdotal asi como átodos los que le habian consagrado: despues le citó á Roma para que diese cuenta de su conducta. Pero el intruso apoyado por el exarca no hizo ningun caso de las órdenes del sumo pontífice, y el mismo emperador participó á S. Gregorio que no aprobaba que se quisiera anular la eleccion de Máximo. Nada de esto venció la firmeza del Papa, quien escribió á Sabiniano, su nuncio en Constantinopla, que moriria antes que ver despreciada por su negligencia la autoridad de la santa sede. Tambien elevó quejasá la emperatriz, aunque mani-

festando que por respetos al emperador venia en reconocer la eleccion de Máximo, á pesar de haberse hecho contra su voluntad; pero añadió que por lo que miraba á la simonía, los sacrilegios y los otros crímenes de que era acusado Máximo, no podia ceder en ninguna manera, ni dejar de desplegar todo el rigor de las leyes canónicas contra él, si no se presentaba inmediatamente en Roma á justificarse. El intruso eludió mucho tiempo las órdenes del Papa y del emperador con diversos pretextos, y pidió ser juzgado en el lugar de su residencia. Viendo S. Gregorio su obstinada resistencia, reiteró la excomunion pronunciada contra él y contra los que le habian consagrado. Por fin el emperador dio órden al exarca Calinio que negociara un acomodamiento. El exarca se lo escribió á S. Gregorio, y quedó convenido que Máximo se trasladaria á Ravena y ejecutaria lo que le prescribiese el arzobispo Mariniano, delegado para juzgar su causa. Máximo tuvo que obedecer, y despues de haberse purgado por juramento de los crímenes de simonia é impureza, pidió públicamente perdon de sus otras culpas, y recibió la absolucion de Mariniano con una carta del Papa que le restablecia en la comunion de la iglesia. Esta cuestion habia durado muchos años, y no se terminó hasta el de 600.

En el de 595 celebró S. Gregorio un concilio en Roma, é hizo algunos reglamentos: el mas notable es el que prescribe que los Papas deberian tener clérigos ó monges en vez de legos para el servicio interior de su cámara. El puso en práctica este reglamento, y desde el principio de su pontificado reunió á su rededor algunos clérigos y monges de gran mérito, entre los que pueden citarse Agustin y Melito, á quienes envió despues á Inglaterra, Mariniano que fue obispo de Ravena, y Maximiano que lo fue de Siracusa y vicario de la

santa sede en Sicilia. Consultábalos en los negocios importantes, y practicaba con ellos los ejercicios de la vida monástica.

En este mismo concilio juzgó S. Gregorio dos causas que merecen notarse. Habiendo sido acusado de herejía Juan, presbítero de Calcedonia, el patriarca de Constantinopla nombró jueces que le condenaron, á pesar de la ortodoxia de su profesion de fé, y aunque sus acusadores eran incapaces de especificar los errores que le imputaban. Estos hechos se probaron con las actas del proceso; de suerte que S. Gregorio no vaciló en anular la sentencia y absolver al acusado. Otro presbítero, llamado Atanasio, monge del monasterio de Tamnaco, en Licaonia, era acusado de que combatia las decisiones del concilio de Efeso sobre ciertos puntos; pero S. Gregorio reconoció que habia impugnado ciertas proposiciones pelagianas, falsamente atribuidas á aquel concilio. Examinó el ejemplar que tenia la iglesia romana, y no halló en él nada parecido. Mandó llevar otro ejemplar antiquísimo que se conservaba en Ravena, y resultó conforme con el de Roma, y los diputados de Constantinopla tuvieron que reconocer que aquellas proposiciones heréticas no debian atribuirse al concilio de Efeso. Mas adelante escribió S. Gregorio al patricio Narses sobre este asunto: «He examinado cuidadosamente el concilio de Efeso, y juzgo que se ha hecho alguna alteracion en él como en el de Calcedonia, en el cual ha falsificado la iglesia de Constantinopla un pasaje. Buscad pues los ejemplares mas antiguos y desconfiad de los modernos. Los latinos son mucho mas verdaderos que los griegos, porque los nuestros que no se precian de tanta erudicion, no necesitan recurrir á la impostura.» Lo que se dice de la falsificacion del concilio de Calcedonia, puede referirse al famoso cánon concerniente á las pre-

rogativas de Constantinopla, ó bien de la variacion que se ha observado en algunos ejemplares, en los que se lee *de dos naturalezas*, en vez de la expresion *en dos naturalezas*. La resolucion de estas dos cuestiones manifiesta que el patriarca de Constantinopla, aun en la época en que tomaba el título arrogante de obispo universal, reconocia la jurisdiccion del Papa; porque es claro que Juan el Ayunador se sometia á esta jurisdiccion, toda vez que enviaba sus diputados con cartas y las piezas del proceso.

Mucho tiempo habia que S. Gregorio estaba incomodado con este patriarca. Le habia hecho algunas amonestaciones acerca de los malos tratamientos de que se quejaba el monge Atanasio, el cual habia sido apaleado en la iglesia de Constantinopla, y el patriarca se habia contentado con responder que no sabia lo que se le queria decir. Sobre esto le escribió el santo pontífice: «Mucho me ha sorprendido vuestra respuesta, porque si es verdadera, ¿qué cosa mas deplorable que ver tratados asi á los siervos de Dios sin que lo sepa el pastor que está presente? ¿Y si lo sabeis, ¿qué responder á esta palabra de la Escritura: «La boca que miente da la muerte al alma?» ¿En esto viene á parar esa grande abstinencia? Estas cartas traen vuestro nombre; pero no puedo creer que sean vuestras.» S. Gregorio atribuye esta miserable excusa á un jóven que estaba al lado del patriarca, á quien pide con instancia que no dé oidos á aquel intrigante si quiere conservar la paz con sus colegas. El Papa habia escrito al mismo tiempo al patricio Narses con respecto á este asunto: «Estoy dispuesto á seguirle con todo mi poder; y si veo que no se observan los cánones de la santa sede, Dios me inspirará lo que debo hacer contra los que los desprecian.»

En los procedimientos enviados á Roma contra el

presbítero Atanasio Juan el Ayunador usaba casi á cada renglon el título de obispo universal: S. Gregorio, justamente indignado, hizo que su nuncio le hablara dos veces, y luego le escribió en estos términos: «Bien sabeis qué paz encontrasteis en las iglesias, é ignoro por qué motivo intentais atribuiros un nuevo título capaz de escandalizar á todos vuestros hermanos. Os declarabais indigno del nombre de obispo, y ahora le quereis llevar vos solo. Pelagio, mi predecesor, os reprendió con calor, y desde que yo he sido llamado á gobernar la iglesia, he hecho que mis nuncios os hablen muchas veces. Os pido, os conjuro con toda la moderacion posible que os resistais á los que os adulan y os dan ese nombre lleno de extravagancia y de orgullo. ¿No sabeis que el concilio de Calcedonia ofrecia este honor á los obispos de Roma? Mas ninguno quiso admitirle, porque no pareciera que se arrogaba él solo el episcopado y le quitaba á todos sus hermanos.» S. Gregorio escribió al mismo tiempo á su nuncio acerca de los artificios de Juan, que apoyaba su título en la autoridad imperial. «El espera, decia, autorizar su vana pretension si yo escucho al emperador, ó irritarle contra mí si no le escucho. Mas yo camino en la rectitud sin temer mas que á Dios en este asunto. Despreciad tambien todo lo que parezca grande en este mundo. Ellos no pueden defendernos de las espadas de nuestros enemigos: nos han hecho perder nuestros bienes só pretexto de salvar el estado; y despues de eso todavía quisieran arrebatarnos la fé haciéndonos consentir en este título criminal.» S. Gregorio miraba este asunto como interesante para la fé, porque tocaba á la primacía de la santa sede, y preveia él las funestas resultas de la ambicion siempre creciente de los obispos de Constantinopla.

Esto le obligó á responder en los términos mas fuer-

tes á la carta del emperador en favor del patriarca. «Pueden mirarse, dice, las calamidades públicas como un castigo de la ambicion de los obispos. Toda la Europa está entregada á los bárbaros, las fortalezas arruinadas, las ciudades destruidas, las provincias asoladas, las tierras incultas, y los obispos en vez de llorar y humillarse buscan nuevos títulos para satisfacer su vanidad. Nosotros destruimos con nuestros ejemplos lo que sentamos con nuestras palabras. Nuestros huesos estan consumidos con los ayunos, y nuestro espíritu está hinchado de orgullo: tenemos el corazon altivo bajo de un traje despreciable, y aunque nos acostamos en la ceniza, no dejamos de aspirar á las mayores grandezas.» Todo esto era una alusion al exterior mortificado de Juan de Constantinopla. «El primado y el gobierno de toda la iglesia, continúa S. Gregorio, se dieron á San Pedro; y sin embargo no se le llama apóstol universal. ¿Defiendo yo mi causa particular? ¿No es la de Dios y de toda la iglesia? Muchos obispos de Constantinopla han sido herejes y aun heresiarcas, como Nestorio y Macedonio: si pues el que ocupa esa silla fuera obispo universal, toda la iglesia caeria con él. Por mi parte soy el siervo de todos los obispos mientras viven como obispos; pero si alguno levanta la cabeza contra Dios, espero que no abatirá la mia ni aun con la espada.» Así defendia este gran Papa, á pesar de su profunda humildad, la preeminencia de la santa sede con tanta dignidad como vigor. Para condenar con su ejemplo la orgullosa pretension del obispo de Constantinopla tomó el título de siervo de los siervos de Dios, que adoptaron luego sus sucesores. Escribiendo sobre la misma materia á la emperatriz Constantina se expresaba así: «Es cosa triste que el emperador tolere al que quiere llamarse solo obispo con desprecio de todos los demas. Confieso que

los pecados de Gregorio lo merecen; pero S. Pedro no tiene pecados por los cuales deba sufrir semejante tratamiento en vuestro tiempo.» Tambien dirigió una carta comun á los patriarcas de Alejandría y Antioquía, exhortándolos á unir sus esfuerzos con los suyos contra las pretensiones ambiciosas del obispo de Constantinopla. Referia toda la serie de este asunto, y continuaba: «Si se permite usar este título, se degrada á todos los patriarcas, y cuando caiga en el error el que se llama obispo universal, no habrá ya un obispo que haya perseverado en la fé. Os conjuro pues que seais fieles en conservar vuestras iglesias tales como las recibisteis. Si sobreviene alguna adversidad, perseveremos unánimes, y hagamos ver, hasta muriendo si es necesario, que no es nuestro interes particular el que nos mueve á condenar este título.» En otra carta escrita de allí á poco tiempo á S. Eulogio de Alejandría expone el Papa en estos términos el fundamento del primado de la santa sede y el orígen de la jurisdiccion patriarcal de las iglesias de Alejandría y Antioquía: «Aunque hubo muchos apóstoles, con todo la silla del príncipe de los apóstoles es la única que prevaleció tocante á la autoridad á causa de la primacía de S. Pedro, á quien se dijo: confirma á tus hermanos y apacienta mis ovejas. El elevó la silla de Roma, donde se fijó y terminó su vida mortal. La silla de Alejandría trae su honor del evangelista su discípulo, á quien envió allí. Afirmó la silla de Antioquía ocupándola siete años, aunque para salir despues. Así no es mas que una silla del mismo apóstol, en la cual sin embargo presiden ahora tres obispos por la autoridad divina (1).»

Todas las representaciones de S. Gregorio no pro-

(1) Greg. M. Epist. lib. IV. et VI.

dujeron ningun efecto, y el patriarca de Constantinopla persistió en conservar su título fastuoso hasta la muerte, acaecida de allí á poco tiempo en setiembre del año 595. Ademas de su austeridad que le granjeó el renombre de Ayunador, parecia tan desprendido de los bienes de este mundo que no se halló en su habitacion mas que una camita de madera con una manta de lana y un solo manteo; pero su orgullosa obstinacion hace que se le sospeche de hipócrita. Le sucedió el presbítero Ciriaco, recomendable por su mérito y virtud; pero que á ejemplo de Juan tomó el título de patriarca ecuménico. Con todo S. Gregorio no quiso romper la comunion con él por este motivo, y aun recibió muy bien á los diputados de Ciriaco que llevaron á Roma sus cartas sinódicas y su profesion de fé. Habia reconocido en él muchas cualidades buenas mientras era legado en Constantinopla, y le renovó sus antiguas protestas de amistad; pero prohibió á su nuncio asistir á la misa del patriarca mientras este no renunciase su título, porque conservando la unidad no queria descuidar lo que conceptuaba útil para reprimir el orgullo y la ambicion. Así explicó él mismo su conducta en sus respuestas al emperador y al patriarca Anastasio de Antioquía, que le habian exhortado á desistir de este negocio. « No debe mirarse, escribia al último, como poco importante un intento que propende á corromper la fé de la iglesia universal.» Anastasio habia sido repuesto dos años antes en la silla de Antioquía, vacante por la muerte del patriarca Gregorio; y la ocupó hasta el año 598.

La emperatriz Constantina habia pedido á S. Gregorio la cabeza de S. Pablo ó alguna otra parte de su cuerpo para colocarla en la iglesia que se estaba edificando en Constantinopla á honra de aquel apóstol; pero el santo doctor no aprobaba la costumbre, ya ordinaria

entre los griegos, y todavía desconocida de los occidentales de partir los cuerpos de los santos para trasladar sus reliquias á diversos parajes. Respondió pues á la emperatriz que no podia hacer lo que pedia, y que muchas personas que habian excavado aun por ignorancia cerca de los sepulcros de los mártires, habian muerto súbitamente ó de allí á poco tiempo. « Cuando los romanos, añadia, envian reliquias, no tocan á los cuerpos de los santos, sino que ponen sobre sus sepulcros algunos lienzos que permanecen expuestos por cierto tiempo, y luego los sacan para encerrarlos con la veneracion conveniente en la iglesia que debe dedicarse. Mas á fin de no frustrar vuestros piadosos deseos os enviaré sin tardanza algunas partículas de las cadenas que llevó S. Pedro, y que son muy milagrosas, si es que puedo limarlas. A veces vienen á pedir estas limaduras, y el obispo coje la lima y las saca á la primera tentativa; pero otras veces hace dilatados esfuerzos sin poder arrancar la menor partícula.»

Dos años antes habia promulgado el emperador Mauricio una ley prohibiendo que los que hubiesen ejercido cargos públicos entrasen en el clero ó en los monasterios, y que abrazasen la vida monástica los que estaban marcados en la mano como soldados enganchados. Enérgicas fueron las representaciones que hizo S. Gregorio sobre este punto. Comienza su carta manifestando que es culpable el que no dice la verdad á los príncipes: luego alaba la primera disposicion de la ley que excluye á los empleados públicos de la clericatura, porque mas bien quieren mudar de empleo que renunciar al mundo, y añade: « Pero me admiro de que se les prohiba retirarse á los monasterios, y la prohibicion de abrazar la vida monástica que se impone á los soldados, me atemoriza por vos. Esto es cerrar el camino del cielo á mu-

chos, porque aunque se pueda vivir santamente en el mundo, sin embargo hay muchas personas que necesitan el asilo de un monasterio. No puedo menos de deciros que esta ley es opuesta á la ley divina, y que la potestad que se os ha dado de lo alto sobre los hombres, no debe emplearse en poner obstáculos á su salvacion. ¿Qué respondereis al supremo juez cuando os reproche que por los beneficios de que os ha colmado habeis apartado á vuestros soldados de su servicio? Os conjuro por aquel juez terrible que no destruyais el fruto de vuestras buenas obras, sino que modereis ó revoqueis la ley.» S. Gregorio envió esta carta á Teodoro, su amigo particular y médico del emperador, y le dijo: «Si el motivo de esta ley es que las conversiones de los soldados disminuyen los ejércitos, debe considerar el emperador que venció á los persas menos con la fuerza de sus tropas que con la de sus oraciones. Ahora bien es extraño que aparte á sus soldados del servicio de aquel á quien debe su poderío. Os ruego que presenteis mi representacion al emperador en secreto y en tiempo oportuno. Valeos de la amistad con que os honra, para hablarle con libertad del interés de su conciencia enmedio de tantas ocupaciones que pueden impedirle pensar seriamente en ella. Si sois escuchado, procurareis el bien de su alma y de la vuestra; y si no lo sois, no dejará Dios sin recompensa los esfuerzos que hayais hecho.» El emperador atendió á las representaciones de S. Gregorio, y permitió á los soldados entrar á los monasterios, con tal que se los probase por tres años y se examinasen detenidamente los motivos de su retiro. En cuanto á los empleados públicos y á los que estaban metidos en negocios temporales, permitió admitirlos despues que hubiesen arreglado sus cuentas.

Como S. Gregorio habia abrazado la vida monástica,

se dedicó con un zelo perseverante á cuanto podia hacerla florecer. Hallanse en sus cartas multitud de reglamentos concernientes á los monges y religiosas; y en un concilio celebrado el año 601 hizo una constitucion para confirmar sus privilegios. Prohibe á todo obispo disminuir en nada los bienes, rentas ó títulos de los monasterios, y añade: « Si tienen alguna diferencia por ciertas heredades que pretendan pertenecer á sus iglesias elegirán abades ú otros árbitros temerosos de Dios para terminarlas pronto. Muerto el abad el sucesor será elegido por consentimiento libre y unánime de la comunidad, y saldrá de su seno. Si en ella no hay ninguno capaz, se sacará de los otros monasterios. El elegido será ordenado sin fraude ni venalidad, y despues no se podrá encomendar á otro el gobierno del monasterio, á no que el abad sea declarado culpable segun los cánones. No se podrá quitar al abad ninguno de sus monges contra su voluntad para agregarle al clero ó ponerle á la cabeza de otro monasterio; pero el abad podrá ofrecer para el servicio de la iglesia los que juzgue dignos, y el que haya pasado al clero no podrá ya morar en el monasterio. Prohibimos al obispo hacer el inventario de los bienes ó de los títulos del monasterio aun despues de muerto el abad, establecer su silla en él, ó promulgar el menor reglamento, á no ser con el consentimiento del abad, que debe tener siempre autoridad sobre los monges. »

Algunos años antes se habia perturbado la tranquilidad del monasterio de Poitiers, que fundara santa Radegunda, con la escandalosa rebelion de la monja Crodielda, hija del rey Charliberto. Despechada de no haber sido elegida abadesa salió del convento con Basina, su prima hermana, hija del rey Chilperico, y unas cuarenta monjas mas, que habia atraido á su partido.

En vano procuró contenerlas el obispo Meroveo: forzaron las puertas del monasterio y se marcharon á Tours, á pesar de los malos caminos y del rigor de la estacion. Esto era por febrero del año 589. S. Gregorio, obispo de Tours, les hizo presente que se exponian á ser excomulgadas por su rebelion y fuga; pero Crodielda no quiso dar oidos, y partió en busca del rey Gontran. En el camino muchas de aquellas religiosas fugitivas cedieron á la seduccion y se casaron. Gontran decretó que se reunieran los obispos para tomar conocimiento de aquel suceso; y mientras lo hacian, Crodielda reunió una tropa de vagabundos y malvados, y volviéndose á Poitiers con sus compañeras se estableció en la iglesia de S. Hilario, y declaró que no entraria en el monasterio hasta que fuese expulsada la abadesa. Gondegisilo, arzobispo de Burdeos, que habia pasado á Poitiers con algunos de sus sufragáneos, viendo la obstinacion de aquellas religiosas rebeldes las declaró excomulgadas. Entonces los foragidos que ellas habian reunido se precipitaron en la iglesia donde estaban los obispos, los maltrataron á golpes, hirieron gravemente á los diáconos y demas clérigos, y mataron á algunos. En seguida se apoderó Crodielda de las heredades del monasterio, y al año siguiente hizo que le invadieran los bandidos que tenia á sus órdenes, y que arrebataran á la abadesa para encerrarla en la casa que habitaba Basina. Por fin los reyes Childeberto y Gontran decretaron nueva junta de obispos para terminar estos desórdenes por las vias canónicas, y se mandó al conde de Poitiers que castigara á los sediciosos. Este los sacó del monasterio donde se habian atrincherado, y los castigó severamente. Restablecido así el órden los obispos oyeron las quejas y acusaciones presentadas por Crodielda y sus cómplices contra la abadesa. Como estas acusaciones no se fundaban en nin-

guna prueba, los prelados exhortaron á las religiosas rebeldes á pedir perdon de su culpa y entrar en su deber; pero ellas lo rehusaron y amenazaron terminantemente matar á la abadesa. Entonces los obispos las declararon excomulgadas hasta que hiciesen penitencia, y repusieron á la abadesa en el gobierno de su monasterio. Este asunto escandaloso se terminó en un concilio de Metz celebrado el mismo año 590: Basina pidió perdon, y prometió someterse á la abadesa: en cuanto á Crodieldа protestó que no volveria al monasterio mientras permaneciese en él la abadesa; sin embargo los obispos á ruego de Childeberto consintieron en levantarle la excomunion con tal que viviera tranquila en una hacienda que le concedió el monarca (1).

Este concilio de Metz se congregó para juzgar la causa de Gil, obispo de Reims, acusado de haber sido sobornado por el rey Chilperico para conspirar contra la causa de la reina Brunequilda y de su hijo Childeberto. Por mucho tiempo negó la traicion que se le imputaba; pero viéndose convencido con las pruebas mas fuertes, despues que le hubieron concedido tres dias para preparar su defensa, confesó sus crímenes y dijo á los obispos: «No dilatéis condenar á un culpable: yo merezco la muerte por haber obrado siempre contra el servicio del rey y de su madre: por mi consejo han sobrevenido aquellas guerras que causaron tantos estragos en las Galias.» Los obispos alcanzaron que se le perdonase la vida, y le depusieron: despues fue desterrado á Strasburgo. En su tesoro se halló mucho oro y plata, y se confiscó en provecho del rey lo que procedia de sus crímenes.

Por esta misma época murió S. Aredio, abad de un

(1) Greg. Tur. lib. IX et X.

monasterio que habia fundado en el Limosin, donde se hizo célebre por la curacion milagrosa de muchos enfermos. Habia sido canciller del rey Teodeberto, y despues de dejar la corte para consagrarse enteramente á Dios, empleó parte de sus bienes en edificar iglesias. Entre sus discípulos se distingue S. Vulfilaico, de nacion lombardo, que se retiró luego al pais de Tréveris, y edificó un monasterio sobre una montaña cerca del castillo de Ivois: allí mandó levantar una columna, donde permaneció mucho tiempo de pie y descalzo. El frio rigoroso le causó crueles padecimientos, y de resultas se le cayeron las uñas varias veces. Los pueblos á la redonda eran todavía paganos y adoraban en especial un ídolo gigantesco, famoso de mucho tiempo atrás bajo el título de Diana de los Ardennas. Tanto hizo Vulfilaico con sus exhortaciones y suplicios, que convirtió á aquellos idólatras, y los determinó á destruir aquel ídolo. Sin embargo los obispos le mandaron bajar de la columna, representándole que la diferencia de climas no le permitia imitar la vida de S. Simeon de Oriente: al punto obedeció y vivió en su monasterio. Este es el único ejemplo que se conoce de la vida de estilita en Occidente (1).

A fines del siglo X apareció en las Galias un impostor que se decia Cristo, y llevaba en su compañia una mujer que llamaba Maria. Fingia que obraba milagros y hacia predicciones, y amenazaba con enfermedades ó desgracias á los què no querian adorarle. Sedujo muchas gentes y hasta eclesiásticos. El pueblo le presentaba enfermos, y se divulgaba la voz que él los curaba con su contacto. Dábanle dinero y vestidos que repartia á los

(1) Greg. Tur. lib. VIII. — De Glor. conf. cap. IX.

pobres, y para aumentar la cantidad de sus limosnas desbalijaba á los pasajeros. Por fin viendo que ya le seguian tres mil personas, creyó que con esta multitud podia acometer á los que rehusaban reconocerle, y ya marchaba en órden de batalla en el Velay contra el obispo Aurelio cuando fue muerto. Dispersáronse de resultas sus secuaces, pero no se desengañaron. Gregorio Turonense dice que en todas las Galias hubo semejantes impostores que seducian á los pueblos con presagios.

Gontran, rey de Borgoña, murió el año 594 y dejó sus estados á su sobrino Childeberto, que ya reinaba en Austrasia. Al año siguiente promulgó este una ley prohibiendo los matrimonios incestuosos y el trabajo del domingo. A poco tiempo falleció, y le sucedieron sus dos hijos bajo la conducta de su abuela Brunequilda. Teodeberto reinó en Austrasia, y Teodorico ó Tierry en Borgoña. S. Gregorio escribió á los dos monarcas, recomendándoles el presbítero Cándido, intendente del patrimonio de la iglesia romana en las Galias, y los misioneros que enviaba entonces á Inglaterra. Al año inmediato escribió á la reina Brunequilda exhortándola á reprimir las órdenes simoniacas, á abolir los restos de la idolatría en los estados de aquellos reyes jóvenes, y á mantenerse alerta contra los cismáticos, que so pretexto de defender el concilio de Calcedonia trataban de sustraerse de la disciplina de la iglesia. Por fin en el año 599 envió S. Gregorio á las Galias á Ciriaco, abad de su monasterio de Roma, para que trabajara en la reforma de algunos abusos, de que se habia quejado ya á la reina Brunequilda y á S. Virgilio de Arles, legado de la santa sede. Para este efecto escribió una circular al mismo Virgilio, á Siagrio de Autun, á Eterio de Leon y á Desiderio de Viena. Quéjase en primer lugar de que se

confieran las sagradas órdenes por simonía, y combate los falsos pretextos con que se encubria aquel abuso: «Muchas veces, dice, sorprende el demonio con una apariencia de piedad persuadiendo que se reciba de mano de los ricos para dar á los pobres. Pero no es limosna el distribuir á estos los bienes mal adquiridos, y no hay ningun mérito en edificar hospitales y monasterios con el precio de las órdenes.» Despues desaprueba el que se confiera la dignidad episcopal á seglares ambiciosos, qué se apresuran á tonsurarse cuando hay que ocupar una silla, y son promovidos de un golpe al puesto mas eminente, sin haber ejercido las órdenes inferiores. Invoca contra este abuso la prohibicion de ordenar á un neófito que hace S. Pablo: «Porque se debe tener ahora, dice, por neófito al que es nuevo en el hábito de religion.» Estas palabras de S. Gregorio prueban que el hábito eclesiástico se distinguia del traje laical: en efecto los clérigos habian conservado el vestido talar de los romanos, que era muy diferente del traje de los bárbaros. S. Gregorio recomienda tambien que se prohiba á los clérigos vivir con otras mujeres que las que se exceptúan en los cánones, y manda celebrar concilios á lo menos una vez al año. «Empezad, añade, por congregar uno á solicitud del obispo Siagrio y del abad Ciriaco, para condenar todos los abusos contrarios á los cánones pena de anatema, y luego nos enviará Siagrio la relacion de él por medio de dicho abad.» El Papa comete este encargo á Siagrio, aunque simple obispo, porque sabia la influencia y autoridad que le daba su valimiento con los reyes y la reina Brunequilda. Ademas queria agradecer los buenos oficios prestados por este obispo á los misioneros de Inglaterra. Por esta razon le concedió tambien el palio, y dió el primer lugar en la provincia despues de Leon, que es la metrópoli, á

la iglesia de Auton, que ha conservado esta prerogativa.

El abad Ciriaco pasó en seguida á España, donde entregó el palio y una carta del Papa á S. Leandro, y otra con reliquias de S. Pedro y de la verdadera cruz al rey Recaredo. S. Gregorio felicitaba á este príncipe por su conversion y le daba al mismo tiempo algunos consejos, exhortándole sobre todo á la humildad, á la benignidad y á la castidad. Elogiábale tambien porque habiendo dado una ley contra los judios habia rehusado una gran suma de dinero por su revocacion. En varios concilios celebrados años atrás en España se habian hecho reglamentos para mantener la disciplina y reprimir los abusos introducidos por el arrianismo. Uno congregado en Sevilla el año 590 y presidido por S. Leandro decretó que si los sacerdotes y demas clérigos, despues de advertidos por el obispo, no echaban de sus casas á las mujeres extrañas, los jueces tendrian derecho de adjudicarselas como esclavas. Otro concilio tenido en Zaragoza dos años mas adelante hizo tres cánones: el primero declara que los presbíteros y diáconos arrianos, despues de haber abjurado la herejia, puedan ejercer sus funciones si tienen una vida pura y regular; pero que si no, sean degradados, porque la mayor parte de aquellos sacerdotes herejes no guardaban continencia. El segundo cánon ordena que las reliquias halladas entre los arrianos se entreguen á los obispos para ser probadas por el fuego. El tercero prescribe que se consagren de nuevo las iglesias que hayan consagrado los obispos arrianos despues de su conversion; pero sin haberse reconciliado solemnemente. Otros dos concilios, uno reunido en Toledo el año 597 y otro en Huesca al siguiente, hicieron tambien reglamentos para obligar á los presbíteros, diáconos y subdiáconos á guardar con-

tinencia; lo que manifiesta cuán dificil era desarraigar los hábitos que habian contraido los arrianos convertidos. Por último en un concilio celebrado en Barcelona el año 599, probablemente por diligencia del abad Ciriaco, se hicieron cuatro cánones: los tres primeros son concernientes á los abusos que habia condenado el Papa en su carta á los obispos de las Galias, y el cuarto ordena que las religiosas y penitentes que se hayan casado, queden excluidos de todo comercio con los fieles. San Leandro murió de allí á poco tiempo y le sucedió en la silla de Sevilla su hermano S. Isidoro. De S. Leandro queda una regla para las religiosas. El rey Recaredo le sobrevivió poco, y murió en el año 601 á los quince de reinado. Habíase hecho recomendable por su zelo religioso, y S. Isidoro nos dice que para acabar santamente su vida hizo su confesion pública en espíritu de penitencia.

El emperador Mauricio perdió la vida al año siguiente. Despues de una batalla desgraciada contra los avaros se habia resistido á pagar el rescate de los prisioneros romanos, aunque le pedian una suma muy reducida; y en virtud de esta resistencia el rey de los avaros mandó degollar á los prisioneros que eran doce mil. Lejos habia estado el emperador de prever este acto de barbarie; sin embargo le imputó á culpa suya, y envió presentes á muchas iglesias y monasterios para que pidieran á Dios que le castigase en esta vida mas bien que en la otra: asi lo consiguió. Queriendo obligar á las tropas á pasar el invierno mas allá del Danubio, se amotinaron y proclamaron emperador al centurion Focas: la mayor parte del pueblo de Constantinopla se declaró al punto contra Mauricio que tuvo que huir; pero fue cogido á poco, y Focàs mandó quitarle la vida el 27 de noviembre del año 602, haciendo degollar á su pre-

sencia á su hermano y cinco hijos. Habia uno todavía de pecho, á quien queria salvar la nodriza poniendo en su lugar á su propio hijo; pero no lo consintió Mauricio, y sobrellevó su triste suerte con valerosa resignacion. Durante esta cruel carniceria repetia las palabras del salmo: «Señor, tú eres justo, y tus juicios son equitativos. Perecieron al mismo tiempo muchos personajes de los mas distinguidos del imperio. Teodosio, primogénito de Mauricio, fue aprehendido mas adelante y condenado igualmente á muerte (1).

S. Gregorio escribió al nuevo emperador recomendándole los intereses de la religion, y exhortándole á poner término á los abusos introducidos en los reinados precedentes; lo que hace ver que estaba poco satisfecho del gobierno de Mauricio. En efecto este emperador habia rehusado constantemente enviar socorros á Italia contra los lombardos: se habia opuesto á las medidas que S. Gregorio quiso tomar al principio de su pontificado para la extincion del cisma en las provincias de Istria: habia apoyado la eleccion de Máximo de Salona, y no quiso obligar jamás á los obispos de Constantinopla á renunciar el título fastuoso de obispo universal: por fin las cosas habian llegado á un punto que no se encontraba ningun clérigo en la iglesia romana que quisiese aceptar el cargo de apocrisiario en Constantinopla, y exponerse á las insolencias que allí habia que sufrir. S. Gregorio á instancias de Focas consintió en enviar un nuncio, y escribió al mismo tiempo recomendándosele y solicitando auxilio contra los lombardos que habian comenzado otra vez la guerra; pero no tardaron en ajustar una tregua con los romanos.

(1) Teophylact. Simocat. *Hist. Maurit.*—Teophan.

Una de las obras mas importantes del pontificado de S. Gregorio fue la célebre mision que procuró la conversion de los ingleses. Ya se ha visto que estos pueblos habian entrado con los sajones en la Gran Bretaña á mediados del siglo V para socorrer á los bretones contra los pictos; pero habiendo vencido á los últimos volvieron sus armas contra los mismos bretones, y despues de una guerra muy larga lograron en el siglo siguiente apoderarse de la isla hasta Escocia, á excepcion del pais de Gales que quedó en poder de los bretones. Los vencedores repartieron sus conquistas y formaron siete reinos conocidos con el nombre de heptarquia. A los sajones tocaron tres, á saber, el reino de Essex, donde se halla Londres, el de Sussex, cuya capital es Chichester, y el de Wessex, donde está Salisbury. A los ingleses tocaron tambien tres, pero mucho mas extensos; á saber, el Estanglie que comprendia las provincias de Cambridge, de Sufolk y de Norfolk, el reino de Mercia, compuesto de todos los condados interiores de Inglaterra, y el de Northumberland, que contenia la Inglaterra septentrional. Los jutos, aliados de los sajones y anglos, se establecieron en el reino de Kent; pero fue gobernado por príncipes sajones.

Sentado S. Gregorio en la silla pontifical no perdió de vista el proyecto de trabajar en la conversion de aquellos pueblos, que habia formado antes. Encomendó al presbítero Cándido, administrador de los bienes de la iglesia romana en las Galias, que comprara unos cautivos ingleses jóvenes y los pusiera en monasterios con un sacerdote que los instruyera en la religion: asi queria prepararlos para la mision de Inglaterra. En el año 596 envió á esta isla á Agustin, paborde de su monasterio de S. Andres de Roma, y algunos otros religiosos. Estos misioneros se descorazonaron á las pocas jornadas,

por lo que oian decia del estado y costumbres bárbaras de la nacion inglesa, cuya lengua no entendian siquiera. Enviaron pues á Agustin á Roma para que rogara á S. Gregorio que no los expusiese á un viage tan peligroso y tan incierto en sus resultados, mas el santo Papa le despidió con una carta en que los mandaba ejecutar su empresa con zelo. Al mismo tiempo escribió á los reyes jóvenes de Borgoña y de Austrasia, á su abuela la reina Brunequilda y á muchos obispos de las Galias, pidiéndoles que protegiesen aquella buena obra, y facilitaran á los misioneros algunos cooperadores que conocieran el genio y la lengua de la nacion. Agustin abordó á una isla inmediata á la Gran Bretaña, en las costas del reino de Kent. Treinta y seis años hacia que reinaba allí Etelberto, descendiente por línea recta de Hengisto, jefe de las tropas sajonas que acudieron en socorro de los bretones. Habiéndose apoderado este jefe del pais de Kent, tomó el título de rey que transmitió á su hijo Esco: Etelberto era viznieto de este último y quinto rey de los sajones. Su dominacion se extendia á las otras provincias de que se hicieron dueños estos bárbaros en lo sucesivo, y aun á una parte del pais ocupado por los ingleses. La reina Berta, su esposa, era hija de Chariberto ó Chereberto, rey de Paris, y se habia casado con Etelberto con la condicion de conservar el libre ejercicio de la religion cristiana que profesaba; á cuyo efecto habia llevado consigo al obispo Luidardo (1).

Agustin envió al rey de Kent unos intérpretes franceses que habia tomado por órden de S. Gregorio; porque siendo los franceses é ingleses todos germanos, hablaban casi la misma lengua, y Agustin no hablaba mas

(1) Beda, *Hist.* lib. I. — Greg. Tur. lib. IV et IX.

que el latin. Este participaba al rey que habia ido de Roma á llevarle el conocimiento del Dios vivo y verdadero. El rey que ya habia oido hablar á la reina su esposa de la religion cristiana, respondió que daria audiencia á los misioneros, y de allí á algun tiempo pasó á la isla donde estaban y los recibió en campo raso, porque temia por una preocupacion pagana que si los oia en su palacio le sorprendieran con alguna operacion mágica. Los misioneros llegaron en procesion al lugar designado, llevando una cruz de plata y la imágen de Jesucristo, y cantando la letanía. El rey los mandó sentar, y Agustin le dijo que habian ido á enseñarle el modo de reinar despues de la muerte como reinaba en vida; pero mas gloriosamente, porque en este mundo no poseia mas que una corona perecedera expuesta á los embates de sus enemigos, en vez que en el cielo no tendria nada que temer y su dicha seria eterna. «Excelente discurso y promesas magníficas, respondió el rey; pero como son nuevas é inciertas no me puedo fiar de ellas, ni abandonar lo que he observado tanto tiempo há con toda la nacion de los ingleses. Sin embargo ya que habeis venido de muy lejos, y me parece que deseais participarnos lo que teneis por mejor y mas verdadero, no os quitaré que atraigais á vuestra religion los que podais persuadir, y quiero que se os suministre lo que necesiteis.»

Dióles pues alojamiento en la ciudad de Doroverne, llamada luego Cantorbery, que era la capital de su reino. Los misioneros entraron procesionalmente y se dedicaron á imitar la vida de los apóstoles y de los primeros fieles. Habia cerca de la ciudad una antigua iglesia edificada por los bretones en honra de S. Martin: allí acudia la reina á hacer oracion, y allí se congregaban tambien los misioneros para celebrar los oficios é

instruir á los catecúmenos, porque muchos ingleses movidos del ejemplo de sus virtudes no tardaron en pedir el bautismo. El rey mismo, reconociendo la verdad de su doctrina por los milagros que hacian para confirmarla, creyó al fin y se bautizó: desde entonces se multiplicaron prodigiosamente las conversiones. Etelberto estaba contentísimo y manifestaba su benevolencia á los que se hacian cristianos; pero no forzaba á nadie, porque habia aprendido de los misioneros que el servicio de Jesucristo debe ser voluntario. Para dar una forma durable á esta nueva iglesia estableció una silla episcopal dotada suficientemente en la ciudad de Cantorbery, y entonces pasó Agustin á Francia para que le ordenase obispo S. Virgilio de Arlés, legado de la santa sede. Inmediatamente volvió á Inglaterra, donde bautizó mas de diez mil personas el dia de Navidad del año 597. Para comunicar tan faustas nuevas á S. Gregorio y consultarle sobre diferentes artículos envió á Roma al presbítero Lorenzo.

Este no volvió hasta de allí á tres años; pero llevó otros muchos misioneros, siendo los principales Melito, Justo, Paulino y Rufiniano. El Papa le entregó cartas para el rey y la reina de los ingleses, para la reina Brunequilda y los reyes sus nietos, para el rey Clotario el Jóven, que gobernaba la Neustria, y en fin para una multitud de obispos de Francia, á quienes recomendaba la mision de Inglaterra. Tambien le dió dos cartas para Agustin: en la primera, despues de felicitarle por la conversion de los ingleses, añade: «Vuestra alegría, carísimo hermano mio, debe estar mezclada de temor. Sé que Dios ha obrado grandes milagros por vuestro medio en esa nacion; pero acordaos que cuando los discípulos enajenados de gozo decian á su divino maestro: «Señor, los demonios estan sujetos á nosotros en tu nom-

bre;» les respondió aquel: «No os alegreis de esta potestad, sino mas bien de que vuestros nombres estan escritos en el cielo.» Pensad que ese don de milagros no se os ha dado para vosotros, sino para aquellos cuya salvacion debeis procurar. Ya sabeis lo que dice la verdad misma en el Evangelio: Muchos vendrán á decirme: «Nosotros hemos hecho muchos milagros en tu nombre; y yo les declararé que no los he conocido jamás. Os hablo asi para humillaros; pero vuestra humildad debe ir acompañada de confianza, porque aunque soy pecador espero firmemente que se os perdonarán todos vuestros pecados, pues que habeis sido elegido para proporcionar la salvacion de los otros, y dar al cielo la alegria de la conversion de un pueblo tan grande.» Aqui se ve una prueba incontestable, ademas de otras muchas, de los milagros obrados por S. Agustin en Inglaterra. En la segunda carta, al concederle S. Gregorio el palio y la jurisdiccion sobre toda la Bretaña, le encomendaba que estableciera doce obispados dependientes del de Londres, y que enviara á York un obispo con la categoría de metropolitano, que deberia establecer tambien doce obispados en la provincia, si abrazaba el cristianismo. «Queremos, añadia, que esté sujeto á vuestra direccion; pero despues de vuestra muerte no dependerá en ninguna manera del obispo de Londres.» S. Agustin prefirió establecer su silla en la capital del reino de Kent; y habiéndole dado el rey una iglesia antigua, la dedicó bajo la advocacion de San Salvador, y la hizo su catedral. Asi el metropolitano de las provincias meridionales de Inglaterra no fue el obispo de Londres, sino el de Cantorbery.

Con estas cartas envió S. Gregorio una extensa memoria en respuesta á las dificultades que habia propuesto S. Agustin. La sustancia de su contenido es esta: «De

todas las rentas de la iglesia se deben hacer cuatro porciones: la primera para el obispo á causa de la hospitalidad que tiene que ejercer, la segunda para el clero, la tercera para los pobres y la cuarta para reparos. Por vuestra parte, estando enterado como estais de la vida monástica, no debeis vivir separado de vuestros clérigos, sino establecer la vida comun en la nueva iglesia de los ingleses, á ejemplo de la iglesia naciente. Los clérigos que no estan ordenados *in sacris*, y no pueden guardar continencia, deben casarse y recibir sus retribuciones fuera de la comunidad. Pero es menester cuidar que vivan segun la regla de la iglesia y en la práctica de las buenas obras.» S. Gregorio supone aqui la obligacion de la continencia para todos los clérigos ordenados *in sacris*, y por consiguiente para los subdiáconos, segun la disciplina establecida de mucho tiempo atrás en la iglesia romana y adoptada sucesivamente en la mayor parte de las otras. «Como todavía sois el único obispo de Inglaterra, por necesidad teneis que consagrarlos sin que os asistan otros; pero cuando vayan obispos de las Galias, os asistirán como testigos de la consagracion. Nos no os señalamos ninguna autoridad en las Galias con perjuicio del obispo de Arlés, que hace mucho tiempo ha recibido el palio de nuestros predecesores. En cuanto á los obispos bretones os confiamos enteramente su cuidado.»

Tocante á los impedimentos del matrimonio decide S. Gregorio que dos hermanos pueden casarse con dos hermanas: «Pero es un crímen, prosigue, casarse con la mujer de su hermano ó de su padre; y aunque la ley romana permita los matrimonios de los primos hermanos, la iglesia que cuenta este grado por el segundo, lo prohibe, y permite casarse en el tercero y cuarto grados.» Con todo debemos notar que la disciplina so-

bre este último punto no era la misma en todas partes. El Papa impone á las mujeres el deber de criar por sí á sus hijos, y decide tambien muchos casos sobre el uso del matrimonio y otras materias en que era necesario instruir á los recien convertidos. En cuanto á los templos de los falsos dioses S. Gregorio no es de parecer que se derriben, sino que se purifiquen con agua bendita, se pongan reliquias en ellos, y se consagren al culto del verdadero Dios. Como los idólatras inmolaban muchas víctimas en sus sacrificios, con que celebraban banquetes; el Papa consiente que en las fiestas de los mártires ó en otras solemnidades celebren los ingleses convertidos convites modestos en tiendas de hojas de árboles levantadas al rededor de las iglesias, á fin de que dejándoles algunos festejos sensibles, cuyo hábito han contraido, se les inspire mas facilmente el gozo interior.

En el año 604 consagró S. Agustin dos obispos, Justo y Melito, y envió á este á predicar la fé en la provincia de los sajones orientales, separada de la de Kent por el Támesis. Su capital era Londres, ya entonces ciudad de gran comercio. Habiendo hecho Melito muchas conversiones, mandó el rey Etelberto edificar en Londres una iglesia dedicada al apóstol S. Pablo para que fuese la catedral. Justo fue nombrado obispo de Rochester á veinte millas de Cantorbery al poniente: allí hizo construir el rey una iglesia de S. Andrés, y dió muchos bienes á entrambas, así como á la de Doroverne ó Cantorbery. La catedral de S. Agustin era una especie de monasterio donde vivia en comunidad con su clero compuesto de monges como él.

Los antiguos habitantes de la Gran Bretaña observaban muchas prácticas contrarias á la disciplina general de la iglesia. S. Agustin hizo cuanto pudo para re-

ducirlos; pero viéndolos inflexibles les predijo los males con que los oprimirian los ingleses; lo que se cumplió en adelante. Temeroso el santo obispo de que despues de su muerte se conmoviese el estado de la nueva iglesia si la metrópoli quedaba un instante sin pastor, creyó que debia prescindir del rigor de los cánones, y consagró obispo de Cantorbery á Lorenzo, uno de sus primeros compañeros en sus afanes apostólicos. Murió San Agustin hácia el año 607. Luego veremos las resultas de esta mision (1).

Enmedio de las vastísimas tareas que imponia á San Gregorio su solicitud pontifical, se dedicó á arreglar el órden y las oraciones del oficio para la iglesia romana; y sobre esta materia creemos que se debe entrar en algunos pormenores que darán á conocer la venerable antigüedad de nuestras ceremonias. Ya se ha visto que el Papa Gelasio habia formado una coleccion de las misas y de otras muchas oraciones. S. Gregorio introdujo algunas variaciones é hizo algunas adiciones, y lo recopiló todo en un volúmen que es su ritual. Así se llamaba en otro tiempo el libro que contenia las oraciones que debia decir el sacerdote al administrar los sacramentos, y sobre todo al celebrar el santo sacrificio. Para indicar las reglas que debian observarse, ó de otro modo las rúbricas, habia otro libro llamado *órden*. Los escritos que tenemos con el nombre de órden romano, son los mas antiguos que quedan en este género, y se cree que á lo menos son del tiempo de S. Gregorio. Se llaman órdenes romanos, porque cada pais tenia un órden particular para la liturgia y demas partes del oficio. No solamente la Grecia y el Oriente, sino las iglesias latinas, Africa, España, las Galias y la parte de Italia que de-

(1) Beda. *Hist.* lib. II.

pendia de Milan, tenian sus liturgias propias. Como las misas solemnes ó pontificales se celebraban sucesivamente en diferentes iglesias; el arcediano despues de la comunion anunciaba al pueblo dónde se debia celebrar el oficio siguiente, y esto es lo que se llamaba estacion. En Roma habia cuatro clases de iglesias: las patriarcales ó pontificales, llamadas particularmente basílicas, como S. Juan de Letran, S. Pedro del Vaticano, Santa María la Mayor, S. Lorenzo extramuros y Santa Cruz de Jerusalem: las titulares ó parroquiales gobernadas por presbíteros, cuyo jefe se llamaba el presbitero cardenal: á fines del siglo V habia treinta de estas: las diaconías que contenian hospitales y oficinas para la distribucion de limosnas, eran gobernadas por los siete diáconos regionarios y por un administrador de lo temporal. Por último habia oratorios que solian estar en los cementerios, y eran unas capillas á donde enviaba el obispo un sacerdote cuando juzgaba oportuno que se celebrase el santo sacrificio: tambien los habia en las casas particulares. Algunos oratorios tenian un presbítero cardenal ó titular para decir misa cuando lo deseaba el fundador ó en ciertos dias de devocion que atraian gran concurrencia de fieles. S. Gregorio fue quien fijó las estaciones en Roma, es decir, las iglesias en que debia celebrarse el oficio cada dia de la cuaresma, de las cuatro témporas ó de las festividades solemnes, y las señaló en su ritual como estan aun en el misal romano. En cuanto á las fiestas de los santos siempre se celebraban en las iglesias en que estaban sus reliquias. Para dar una idea de la misa pontifical indicaremos aquí las principales ceremonias marcadas en el antiguo órden romano para la del dia de Pascua.

Cuando el Papa hacia señal para empezar iba un subdiácono á avisar que se encendieran las velas, y en-

tonces se colocaban los cantores, y su jefe comenzaba la antífona para el *introito*, que era seguido del salmo entero de que ya no se dice mas que un versículo. Estas antífonas con el principio de los salmos estan marcadas en el antifonario de S. Gregorio segun hoy se dicen, comenzando por el primer domingo de adviento y continuando todo el año. Se llamaban *introito*, porque se cantaban mientras entraban los fieles en la iglesia y ocupaba cada uno su lugar. Inmediatamente que se oia cantar, salia el Papa de la sacristía apoyado en el primer diácono y precedido del turiferario y de siete acólitos cada uno con su candelero. Antes que llegase al altar, los diáconos que ya estaban en el santuario se quitaban las casullas ó planetas, porque todos hasta los acólitos las llevaban.

Llegado el Papa al altar hacia señal de decir el *Gloria Patri*, y concluia el salmo del *introito*. Despues de hacer oracion inclinado un rato para pedir el perdon de sus pecados besaba el Evangelio puesto enmedio del altar, y subia á su silla ante la cual se mantenia en pie vuelto hácia el Oriente: entonces se cantaba el *Kirie eleison*, y continuaba hasta que el Papa hacia señal. En seguida se volvia hácia el pueblo y comenzaba el *Gloria in excelsis*, y otra vez se volvia al Oriente hasta que se concluyera el himno. Segun el ritual de S. Gregorio solo el obispo decia el *Gloria in excelsis*, y eso únicamente los domingos y fiestas: los sacerdotes no le decian mas que por Pascua. Luego saludaba el Papa á los fieles diciendo: la paz sea con vosotros; se volvia al Oriente y decia la oracion ó colecta del dia. Aun las decimos nosotros tales como estan en el ritual de S. Gregorio. Despues de esta oracion el Papa se mantenia sentado y vuelto al pueblo, y hacia seña á los obispos y sacerdotes para que se sentaran. Ponianse estos á los lados, los

obispos á la derecha y los sacerdotes á la izquierda; en el semicírculo que cerraba el altar por detras. Inmediatamente el subdiácono que debia leer la epístola, subia á la tribuna un poco levantada al lado del coro. Leida la epístola el cantor subia á la tribuna con un antifonario y cantaba lo que llamamos gradual á causa de las gradas de la tribuna, ó responsorio, porque responde el coro al cantor. En seguida se cantaba *Alleluya* ó el *Tracto*, porque se decia con voz débil y pausada y como arrastrada. Todas estas oraciones se hallan todavía en el misal romano segun las vemos anotadas para cada dia en el antifonario de S. Gregorio. Luego el diácono recibida la bendicion del Papa iba delante del altar, besaba el Evangelio, le cogia en sus manos, y marchaba con dos subdiáconos, uno de los cuales llevaba el incensario, y con dos acólitos que los precedian con candeleros. El diácono subia á la tribuna y leia el Evangelio mirando al mediodía que era el lado de los hombres, porque estaban separados de las mujeres en la iglesia. Por las cuarenta homilías de S. Gregorio vemos que se leian los mismos evangelios que ahora en los mismos dias. Despues de la lectura del Evangelio le llevaba un diácono para que le besara todo el mundo. Aun no se decia entonces el símbolo en la misa en la iglesia romana. Si el Papa predicaba, como S. Gregorio hacia con frecuencia, era despues del Evangelio. Luego saludaba al pueblo con el *Dominus vobiscum*, y decia: *Oremus*, y el diácono se dirigia al altar acompañado de un acólito que llevaba el caliz y un corporal encima, y presentaba este al diácono, quien daba una punta á otro diácono para que le extendiese, porque era un mantel grande que cubria todo el altar. Entonces bajaba el Papa del santuario y se encaminaba al sitio del senado para recibir las ofrendas de los grandes segun su clase, es

decir, el pan y el vino para el sacrificio. El Papa tomaba los panes, y se iban echando en un mantel que tenian dos acólitos. El primero de los diáconos seguia al Papa, cogia las vinajeras de cada uno, y vertia el vino en un cáliz grande que tenia un subdiácono: á este seguia un acólito con otro vaso para desocupar el cáliz cuando estaba lleno. El Papa pasaba en seguida al lado de las mujeres y recibia sus ofrendas: asi todo el pueblo permanecia en su puesto. Los panes que se ofrecian eran redondos, y cada cual los hacia por sí.

El Papa volvía á su silla, se lavaba las manos, y el arcediano ponia en el altar los panes que se necesitaban para la comunion del pueblo: despues echaba el vino en el cáliz, y le mezclaba con un poco de agua haciendo la señal de la cruz. Entonces bajaba el Papa de su silla al altar, le besaba, y recibia las ofrendas de los presbíteros y diáconos, y la suya propia que le presentaba el primer diácono. Entretanto se cantaba el ofertorio, es decir, un salmo con su antífona, y concluido se inclinaba el Papa hácia el altar, y detras de él los obispos, prosbíteros y diáconos, y decia la oracion que llamamos secreta: en seguida comenzaba el prefacio del sacrificio. El ritual de S. Gregorio los pone diferentes para casi todas las misas. El Papa aguardaba que el coro hubiese cantado el *Sanctus* para comenzar el cánon, y le decia solo de pie delante del altar: los obispos, presbíteros y subdiáconos estaban en el santuario de pie é inclinados; que era la postura mas respetuosa para los domingos y demas dias en que no se arrodillaban los ministros del altar. El cánon de la misa está en el ritual de S. Gregorio palabra por palabra tal como hoy se dice: creese que añadió estas expresiones á la segunda oracion: *Diesque nostros in tua pace disponas.* El autor del tratado de los sacramentos atribuido á S. Ambrosio,

y que ciertamente es antiquísimo, trae el cánon casi entero y conforme al nuestro con muy poca diferencia. En los antiguos órdenes no se ve otra elevacion de la hostia que la que se hace al fin del cánon, diciendo: *Per ipsum et cum ipso.* Entonces el primer diácono tomaba el cáliz por las asas y le elevaba junto al Papa que le tocaba por el lado con las hostias. Al principio del cánon se daba la patena á un acólito para que la guardase, y la tenia delante del pecho envuelta en un paño puesto en forma de banda: al fin del cánon la llevaba al altar.

Despues de la oracion dominical y la siguiente decia el Papa: *La paz del Señor sea siempre con vosotros*: hacia tres signos de cruz sobre el cáliz, y ponia en él la hostia consagrada el dia anterior que le habian presentado al principio del sacrificio. Entonces el primer diácono daba el ósculo al primer obispo que se le daba al siguiente, y del mismo modo los otros por su órden: el pueblo tambien se daba el ósculo de paz, los hombres y las mujeres separadamente. Por último se hacia la fraccion de la Eucarístía: el Papa partia una hostia, y los obispos y presbíteros partian las demas. El arcediano hacia señal al coro para cantar el *Agnus Dei*, y se ponia al lado del Papa: despues otro diácono llevaba la patena con las hostias partidas. El papa que habia estado en su silla durante la fraccion, comulgaba de pie y vuelto al Oriente, y echaba en el cáliz que le presentaba el arcediano, una partícula de la hostia con que habia comulgado, diciendo las mismas palabras que dice hoy el sacerdote al mezclar las dos especies. Luego recibia la preciosa sangre de mano del primer diácono, quien echaba un poco en un vaso lleno de vino que tenia un acólito, y entonces se acercaban los obispos y presbíteros para comulgar de mano del Papa: el primer

diácono les daba la comunion de la preciosa sangre. El Papa bajaba de su silla para dar la comunion á los fieles de mas categoría, y el primer diácono le seguia para darles la especie del vino que recibian con un tubo de oro. En seguida los obispos y presbíteros llevaban la comunion al pueblo, acompañados de los diáconos para distribuir la especie del vino. Durante la comunion de los fieles cantaba el coro un salmo con una antifona. Concluida esta se levantaba el Papa de su silla é iba al altar donde decia el último *Dominus vobiscum*, sin volverse hácia el pueblo, y la oracion que llamamos poscomunion, y que entonces se llamaba la conclusion: luego un diácono con una señal del Papa despedia á los fieles diciéndoles: *Ite, missa est.* El Papa se volvia á la sacristía precedido del incensario y de los candeleros. Cuando el obispo oficiaba en su iglesia, hacia las mismas ceremonias que el Papa en Roma.

Ademas de las oraciones marcadas en el ritual habia otras menos solemnes que el celebrante decia en secreto, ya antes, ya durante la misa. Las preparaciones eran largas, y consistian en muchos salmos, versículos y oraciones que rezaba con sus ministros antes de revestirse y al ponerse los ornamentos. Oraba al ir al altar á recibir las ofrendas y al bendecir el incienso: recomendaba á los asistentes que orasen, diciendo: *Orate, fratres*; y oraba tambien en la comunion por él y por los demas.

En el ritual de S. Gregorio y en las rúbricas romanas se hallan ademas de las ceremonias de la misa las del bautismo, las de las órdenes y las de las procesiones con las bendiciones de los cirios, de la ceniza y otras muchas que hemos notado ya en el ritual de San Gelasio. A algunas personas les pareció mal que S. Gregorio hubiese adoptado ciertas prácticas de Constantino

pla; pero él hizo ver que solo habia restablecido costumbres antiguas, y como al parecer se temia que los griegos quisieran sacar ventaja de aquí, respondió: «¿Quién duda que esta iglesia está sometida á la santa sede, como el emperador y el obispo de Constantinopla lo testifican en toda ocasion? Si esta iglesia ú otra tiene alguna práctica buena, estoy pronto á imitar hasta al último de nuestros inferiores.»

S. Gregorio no se contentó con arreglar los rezos de la iglesia, sino que ordenó tambien el canto, y á él se debe lo que se llama aun el canto gregoriano. Para conservar su tradicion estableció en Roma una escuela de cantores, que subsistia todavía mas de trescientos años despues en tiempo del diácono Juan que escribió la vida de este ilustre Papa. En ella se guardaba con respeto el original de su antifonario y la silla en que se ponia para dar lecciones de canto á los clérigos jóvenes. Los misioneros que envió á la Gran Bretaña, llevaron consigo cantores de esta escuela, los cuales instruyeron tambien á los galos.

Es asombroso que S. Gregorio pudiese resistir á tantas tareas, porque su complexion naturalmente delicada se habia debilitado con las excesivas austeridades, de manera que su estómago no podia soportar mas que una corta cantidad de alimento, y se veia en la precision de tomarle á menudo para no desmayarse. Ademas le atormentaba una gota tan violenta que ponia muchas veces su vida en peligro. «Hace cerca de dos años, escribia en el de 600 á S. Eulogio de Alejandría, que estoy en la cama con tan grandes dolores en los pies, que apenas puedo los dias de fiesta permanecer levantado tres horas y celebrar el oficio: inmediatamente la violencia del mal me fuerza á acostarme otra vez.» Al año siguiente hablaba así de sus dolores: «Hace mucho tiempo que

no puedo levantarme, porque unas veces me atormenta la gota, y otras me abrasa un fuego interior que me quita igualmente las fuerzas y el ánimo. Ademas siento tantas incomodidades que no puedo especificarlas.»

Por fin consumido de sus enfermedades y trabajos murió el 12 de marzo del año 604 á los sesenta y cuatro ó muy cerca de edad, y trece, seis meses y diez dias de pontificado. Fue enterrado al extremo de la galería de la basílica de S. Pedro, cerca del lugar donde descansaban S. Leon y algunos otros Papas. No edificó nuevas iglesias; pero tuvo gran cuidado de reparar las antiguas. Destinó muchos fondos para alumbrar la iglesia de S. Pablo, por donde se ve que los templos debian estar magníficamente iluminados. Se conservó un palio, un ceñidor y un relicario que llevaba al cuello, y se cree fuese el pectoral. Se habia hecho retratar en el monasterio de S. Andres, á fin de que la vista de su retrato contuviese á los monges en el fervor con el recuerdo de su ejemplo y lecciones. Tenia grande estatura, hermosa frente, y una fisonomía noble y apacible. Llevaba una casulla de color de castaña sobre una dalmática: el palio le cubria las espaldas y colgaba por los lados: con la mano derecha estaba haciendo la señal de la cruz, y en la izquierda tenia el Evangelio. Juan diácono manifiesta que se acostumbraba pintar el Espíritu Santo en forma de paloma sobre la cabeza de S. Gregorio escribiendo.

De todos los antiguos Papas este es de quien nos quedan mas escritos, porque ademas de sus cartas, que pasan de ochocientas, divididas en ocho libros, se conservan cuarenta homilías sobre los evangelios del año, veintidos sobre el profeta Ezequiel, cuatro libros de diálogos, su Pastoral y el comentario ó los morales sobre Job. Habia comenzado esta última obra en Constantinopla á

instancias de S. Leandro y de algunos otros amigos con quienes se ocupaba santamente: expúsoles el principio de ella de viva voz, y dictó homilías sobre el resto. Cuando tuvo mas tiempo repasó cuidadosamente toda la obra é hizo un gran comentario dividido en treinta y cinco libros. Siempre ha sido estimadísima en la iglesia, y es una de las fuentes mas puras donde se puede beber la sana moral. S. Gregorio sigue ordinariamente por texto la version de S. Gerónimo que llama nueva; pero tambien cita la antigua, porque dice que la iglesia de Roma usa ambas á dos.

El Pastoral se compuso segun hemos dicho para responder á los que criticaban á S. Gregorio por haber querido rehusar con la fuga la carga del pontificado. Esta importante obra se divide en cuatro partes: la primera sobre la vocacion cuya necesidad prueba, y cuyas señales examina. El que tiene todas las calidades y las virtudes necesarias, no debe recibir una carga tan terrible, á no ser que le fuercen á ello; y el que no las tiene no debe recibirla aun cuando quieran obligarle. En el segundo libro manifiesta S. Gregorio cómo debe el pastor llamado legítimamente cumplir los deberes del cargo que no ha buscado, cuál debe ser su aplicacion á la oracion, á la instruccion y al alivio del prójimo, su humildad, su zelo y su discrecion. En el tercer libro señala las diferentes instrucciones que debe dar un pastor, acomodándose á las diferentes personas que está obligado á conducir é instruir, sobre lo cual se extiende circunstanciadamente el santo doctor. Por último en la cuarta parte ó libro muestra en pocas palabras cuán necesario es que un pastor haga frecuentes reflexiones sobre su conducta para instruirse á sí mismo y conservar el recogimiento y la humildad. Este excelente tratado fue tan estimado desde entonces que el emperador

Mauricio quiso tener una copia de él, y S. Anastasio, patriarca de Antioquía, le tradujo en griego para uso de las iglesias de Oriente.

S. Gregorio compuso sus diálogos á ruegos de los clérigos y monges que vivian en comunidad con él, y lo instaban á que escribiera para su edificacion una relacion de los milagros de que habían oido hablar. Escribió pues un diálogo entre él y el diácono Pedro, en que cuenta las historias maravillosas de muchos santos de Italia. Esta obra está distribuida en cuatro libros: el segundo se consagra todo entero á la vida de S. Benito: el primero y tercero hablan de muchos santos obispos, abades y monges de Italia, y el cuarto se emplea en probar la inmortalidad del alma. Con esta ocasion enseña que hay un purgatorio donde se purifican las almas por el fuego de las culpas leves que no expiaron en esta vida. Estos diálogos fueron recibidos con aplauso extraordinario. El Papa Zacarías los tradujo en griego unos ciento cincuenta años despues, y los griegos le estimaron tanto que dieron el renombre de diálogo á S. Gregorio. La reina Teodelinda se valió de ellos para la conversion de los lombardos, que podian averiguar por sí mismos la verdad de la mayor parte de estos prodigios obrados habia poco tiempo en personas de su nación.

El estilo de S. Gregorio se resiente del mal gusto de su siglo; pero este defecto se compensa ventajosamente con la uncion tierna que forma el carácter de su elocuencia. Las brillantes virtudes y el mérito eminente de este ilustre Papa que con razon ha recibido el cognomento de Grande, no le han preservado de los embates y de la amarga censura de los protestantes, los cuales no le perdonan el zelo que ostentó por la vida monástica, por el celibato y por otras prácticas consagradas con la tradicion constante de la iglesia. Pintanle como un

enemigo declarado de la ciencia y de la instruccion, y le acusan de haber prohibido el estudio de los autores profanos, de haber procurado destruir las obras de Ciceron y de Tito Livio, y por último de haber ocasionado la pérdida de una multitud de libros antiguos con el incendio de la biblioteca palatina. No nos detendremos á discutir estas acusaciones, que no se fundan en ninguna prueba, y se desmienten con todas las circunstancias de la vida de S. Gregorio. Baste notar que los hechos que se le imputan no se apoyan en ningun testimonio contemporáneo, y que los refieren por primera vez y en virtud de rumores vagos é inciertos unos autores que vivian mas de cinco siglos despues de S. Gregorio.

La historia eclesiástica de Evagrio, compuesta para continuar la de Teodoreto, concluye unos años antes de la muerte de S. Gregorio, es decir, en el de 595.

LIBRO XVIII.

Desde la muerte de S. Gregorio el Grande hasta la conquista de la Siria y del Egipto por los musulmanes.

DE 604 Á 640.

El sucesor del Papa S. Gregorio fue Sabiniano elegido el 1.° de setiembre del año 604: su pontificado duró poco mas de uno entero. Bonifacio III que le sucedió, tampoco ocupó la santa sede mas que unos nueve meses. Este Papa determinó al emperador Focas á prohibir que el patriarca de Constantinopla tomase el título de patriarca ecuménico ó universal. Celebró un concilio de setenta y dos obispos, en el que pronunció la pena de excomunion contra cualquiera que en vida del Papa ó de su obispo se atreviera á tratar del nombramiento de su sucesor, añadiendo que solamente tres dias despues de los funerales se reunieran el clero y los fieles para proceder á la eleccion. Al cabo de nueve meses de vacante fue nombrado Bonifacio IV el 25 de agosto, y ocupó la silla apostólica cerca de siete años: pidió al emperador Focas el templo edificado en Roma por Agripa con el nombre de Panteon, porque

estaba consagrado á todos los dioses, y le convirtió en iglesia que dedicó á la santísima Vírgen y á todos los mártires. De ahí vino la fiesta de Todos los Santos, que desde entonces comenzó á celebrarse en Roma.

Continuaba en la Venecia el cisma ocasionado por la cuestion de los tres capítulos, y S. Columbano, á ruego del rey de los lombardos que le habia dado un asilo en sus estados, escribió una carta al Papa en la que se ve que habia adoptado las preocupaciones de algunos occidentales contra el quinto concilio. Este ilustre abad habia nacido en Irlanda hácia el año 560. Despues de haber vivido muchos en el monasterio de Bancor, el mas célebre de aquella isla, que contenia hasta tres mil monges, obtuvo permiso del superior para salir de su pais á la edad de treinta años, y pasó á las Galias con doce compañeros. Recorrió muchas provincias exhortando en todas partes los pueblos á la penitencia y apoyando sus predicaciones con el ejemplo de sus virtudes. No tardó en llegar su fama hasta la corte de Gontran, rey de Borgoña, que le convidó á establecerse en sus estados y le ofreció cuanto pidiese. El santo abad respondió que no deseaba otra cosa que practicar la pobreza y la penitencia á ejemplo de Jesucristo, y se retiró á los desiertos de los Vosgas, donde fundó su primer monasterio en el antiguo castillo arruinado de Anegray. Allí vivia con sus compañeros y se alimentaba de yerbas y legumbres. Pronto acudieron los pueblos de todas partes á recibir sus instrucciones y á solicitar la curacion de las enfermedades por sus oraciones. Como el número de sus discípulos aumentaba diariamente, buscó un paraje en el mismo desierto para construir otro monasterio, y eligió otro castillo arruinado llamado Luxeuil, á tres leguas de Anegray. A poco tiempo se llenó este monasterio y tuvo que fun-

dar otro, que llamó fuentes (Fontaines) por sus abundantes aguas. A cada uno de estos monasterios dió superiores de conocida piedad. El residia alternativamente ya en uno, ya en otro, y les dictó una regla que se practicó mucho tiempo en las Galias, y que todavía poseemos. Es sucinta, y S. Columbano recomienda en ella con especialidad la obediencia, la pobreza y el desinterés, la humildad, la castidad, la mortificacion interior y exterior, el silencio y la discrecion. Prescribe que no se tome alimento hasta la tarde, es decir, á nona, y que se reduzca á yerbas, legumbres y harina desleida en agua con un panecillo. Ha de proporcionarse el alimento al trabajo, y hacer de modo que cada dia se ayune, se ore, se trabaje, y se lea. La salmodia se arregla asi: á las horas del dia que dividen el trabajo, á saber, tercia, sexta y nona, tres salmos con versículos: al principio de la noche, es decir, á vísperas, doce salmos. El oficio de la noche es diferente segun la diversidad de las estaciones: los sábados y domingos no es el mismo que los demas dias. En los seis meses de invierno treinta y seis salmos con doce antífonas, porque á cada una precedian tres salmos. El sábado y domingo setenta y cinco salmos con veinte y cinco antífonas: al fin de cada salmo se arrodillaban los monges. Ademas de la oracion comun S. Columbano señala la obligacion de orar en particular, y advierte que lo esencial es la oracion interior y la aplicacion continua del espíritu á Dios.

Despues de la regla se halla el penitencial, es decir, el modo de corregir las faltas ordinarias de los monges. El castigo mas frecuente es la disciplina: á veces son condenados al silencio ó á ayunos extraordinarios. Los monges debian hacer la señal de la cruz sobre todo lo que tomaban, y pedir la bendicion del superior

y presentarse delante de la cruz al salir del monasterio y al volver. Cuando salian llevaban ordinariamente consigo oleo bendito para ungir á los enfermos: tambien llevaban la Eucaristía, y hay penitencias para los que dejaban corromper las especies. S. Columbano no usaba mas que vasos de cobre para celebrar el santo sacrificio, y sus mismos monges hacian el pan que ofrecian. Hay otro penitencial de S. Columbano, que marca las penas canónicas para todo género de pecados y para toda clase de personas.

El santo abad conservaba en Luxeuil el uso de Irlanda de celebrar la Pascua el dia catorce de la luna cuando era domingo. Los obispos de Francia le molestaron por esto, y él escribió una carta al Papa S. Gregorio en que defiende su costumbre con mucha libertad: dice que ha leido su Pastoral con suma satisfaccion y le pide sus comentarios sobre Ezequiel. Hácia el mismo tiempo escribió sobre el mismo asunto á muchos obispos de Francia congregados en concilio. «¡Ojalá, dice, que os hubieseis reunido con mas frecuencia, y que si las turbaciones de nuestra época no os permiten celebrar concilios una ó dos veces al año, segun los cánones, lo hicieseis á lo menos cuanto mas á menudo fuera posible para tener á los débiles en el temor y excitar el zelo de los mas fervorosos! Nosotros deseamos seguir hasta la muerte los usos de nuestros antepasados. Ved lo que debeis hacer con unos pobres viejos extranjeros: yo creo que os será mas útil consolarlos que inquietarlos.» Mas no queriendo permitirle que siguiera su costumbre, se dirigió al Papa Bonifacio IV y le envió copias de las cartas que habia escrito á S. Gregorio y no le habian sido entregadas. «Nosotros vivimos, dice, en desiertos sin incomodar á nadie, y pedimos conservar la paz y la unidad eclesiástica como S. Policarpo

con el Papa Aniceto, y que segun los cánones de los ciento cincuenta padres del concilio de Constantinopla puedan vivir segun sus leyes las iglesias que estan en paises bárbaros.» Por donde se ve que S. Columbano conocia la antigüedad eclesiástica. Tierry, rey de Borgoña, respetaba mucho al santo abad, cuyos monasterios estaban en sus estados: visitábale á menudo, y se encomendaba humildemente á sus oraciones. Pero San Columbano le reprendia su vida escandalosa, y le instaba á que abandonara sus concubinas para unirse á una mujer lejítima. Un dia que el rey le envió algunos manjares de su mesa, no quiso admitirlos el santo diciendo: «Escrito está que el Altísimo desecha los presentes de los impíos.» A estas palabras se rompieron las vasijas y se derramaron el vino y los manjares. Los criados del rey asustados fueron á dar cuenta á su amo, quien á la mañana siguiente se presentó al santo abad prometiendo corregirse; pero no cumplió su palabra. Entonces S. Columbano le amenazó con la cólera del cielo si no ponia fin á sus desórdenes. La reina Brunequilda, ofendida ya de que el santo le habia negado la entrada en su monasterio, se irritó sobremanera de estas amonestaciones, porque temia que una reina jóven le quitase su valimiento, y no perdonó diligencia para indisponer al rey con el santo abad: valióse sobre todo de la influencia de algunos obispos que ya estaban incomodados con S. Columbano por la celebracion de la Pascua.

El rey Tierry le desterró á Besançon el año 409; pero como no estaba custodiado se volvió á Luxeuil: á poco quiso el rey obligarle á regresar á su pais. El santo abad habia resuelto no obedecer y dejar que le sacaran del lugar en que creia que le detenia la voluntad de Dios; pero viendo que su resistencia ponia en

peligro á sus hermanos, se marchó voluntariamente sintió esta separacion como si le hubieran arrancado las entrañas. Al punto fue conducido á Nantes donde habia de embarcarse: al pasar por Auxerre predijo que dentro de tres años Clotario seria dueño de los estados de Tierry, y repitió esta prediccion delante del obispo de Tours. Tambien obró muchos milagros en este viaje, y entre otros curó á un ciego de muchos años en Orleans. Luego que le embarcaron, como el viento rechazase la nave que debia transportarle á Irlanda, los marineros creyeron que la causa era el cumplimiento de las órdenes dadas contra el santo abad, y le pusieron en libertad. Entonces fue á buscar á Clotario II, rey de Neustria, que recorria las costas del Oceano: le dió consejos saludables para la reforma de su corte, y le anunció que dentro de tres años pasarian á su dominio los reinos de Tierry y Teodeberto. Clotario le recibió como un ángel del cielo, y le ofreció todas las ventajas posibles para detenerle en su reino; pero S. Columbano no las aceptó por no aumentar la division entre este príncipe y Tierry: solo le rogó que le diera una escolta para conducirle al reino de Teodeberto desde donde quería pasar á Italia. Al entrar en París halló un poseso á la puerta y le libró de los espíritus malignos. En Meaux fue recibido respetuosamente por el conde Agnerico, que se encargó de conducirle á Austrasia. El santo hombre bendijo la casa de este piadoso señor y consagró á Dios su hija Fara, todavía muy jóven y despues célebre. Esta fundó un monasterio de que fue abadesa y que se llamó Faremonstier (monasterio de Fara). S. Faron, uno de los hijos de Agnerico, despues de haber edificado al rey Clotario y su corte con su piedad, fue promovido á la silla de Meaux. Otro abrazó la vida monástica bajo la

conducta de S. Columbano y llegó á ser obispo de Laon. Al pasar el santo abad por el pueblo de Ussy-sur-Marne fue recibido por un señor llamado Autario, á cuyos hijos Adon y Dadon, todavía pequeños, bendijo: estos asi como su padre se hicieron famosos por su santidad. Por fin llegó á la corte de Teodeberto que le recibió con alegría. Muchos discípulos suyos de Luxeuil habian ido á reunirse con él, y el rey les prometió una morada cómoda en la frontera de sus estados, desde donde podrian predicar la fé á los paganos. Aceptada la oferta se embarcó S. Columbano en el Rin y se adelantó por la Suiza hasta el extremo del lago de Zurich. Un dia que los idólatras de aquel pais estaban reunidos al rededor de una enorme cuba de cerveza para ofrecer un sacrificio á uno de sus dioses, se acercó el santo á ellos, sopló sobre la cuba que se hizo astillas, y luego los exhortó á abandonar aquellas supersticiones. Muchos se bautizaron, y otros que ya lo estaban volvieron al cristianismo que habian abandonado. Pero habiendo quemado un discípulo suyo el templo de los idólatras por un exceso de zelo, el santo abad tuvo que huir con sus compañeros, y se retiró á un lugar llamado Bregents cerca del lago de Constanza donde habitó tres años.

Entretanto estalló la guerra entre los reyes Tierry y Teodeberto; y S. Columbano fue á buscar á este último y le aconsejó que se ordenara clérigo ú entrara monge para no perder su reino y el del cielo. Ridícula pareció la proposicion al rey y á los cortesanos, quienes respondieron que jamás ningun rey merovingio habia tomado voluntariamente este partido. «Si no lo haceis de grado, respondió S. Columbano, pronto lo hareis por fuerza.» En efecto vencido Teodeberto y preso por traicion fue enviado á Brunequilda, que le hizo

entrar en el estado eclesiástico, y á pocos dias mandó quitarle la vida. Tambien murió Tierry en el año 613 á pocos meses de Teodeberto y dejó cuatro hijos de sus concubinas. Brunequilda quiso poner el cetro en poder del primogénito Sigeberto; pero el rey Clotario le declaró la guerra, se apoderó de él y de dos de sus hermanos, y á los tres les quitó la vida: tambien aprehendió é hizo perecer cruelmente á la famosa Brunequilda. Asi quedó único rey de los franceses segun la prediccion de S. Columbano. Hacia poco tiempo que el santo abad se habia retirado á Italia con sus compañeros, excepto S. Galo que no pudo partir por estar enfermo, y fundó un célebre monasterio cerca del lago de Constanza. Clotario envió á S. Eustasio, abad de Luxeuil, en busca de S. Columbano para rogarle que volviera á su reino; pero el santo anciano no quiso dejar su nueva morada, y únicamente escribió una carta al rey en que le daba consejos para corregirle de sus defectos. Clotario recibió esta carta con extremada alegría, protegió el monasterio de Luxeuil y le señaló grandes rentas. S. Columbano habia sido muy bien recibido en Italia por Agilulfo, rey de los lombardos, quien le dió unas tierras de labor en un lugar llamado Bobio, donde edificó aquel un monasterio que se hizo muy célebre. Allí murió el santo abad hácia el año 615: sus reliquias obraron una multitud de milagros (1).

En el mismo año murió el Papa S. Bonifacio, á quien habia escrito S. Columbano acerca de los tres capítulos: fundó un monasterio en su casa, y le adjudicó grandes rentas. Su sucesor S. Deusdedit no ocupó la silla mas que tres años: este es el primer Papa de quien

(1) *Vit. S. Columb.* — *Vit. S. Gal.* — *Fredeg.*

se tienen bulas con sello de plomo. El solio pontificio estuvo vacante mas de un año, á lo menos segun la opinion mas comun. Bonifacio V, que sucedió á aquel, no fue consagrado hasta fines del año 619. Escribió, segun veremos mas adelante, al rey de Northumberland exhortándole á abrazar el cristianismo, y murió el año 625. En el mismo fue nombrado Honorio, que ocupó la santa sede unos trece años: edificó y reparó muchas iglesias en Roma y les hizo grandes dádivas: logró extinguir á lo menos por algun tiempo el cisma que contaba ya mas de setenta años de duracion en la provincia de Istria con motivo de los tres capítulos; pero por desgracia su conducta respecto de la herejía de los monotelitas ha mancillado su memoria (1).

El rey Clotario, dueño de todas las provincias que pertenecian á los franceses, congregó un concilio nacional en París el año 614, y concurrieron á él setenta y nueve obispos: este es el mas numeroso que hasta aqui hemos visto en las Galias. Se hicieron quince cánones, muchos de ellos dirigidos á asegurar la libertad de las elecciones episcopales. El primero declara que en lugar del obispo muerto se consagre gratuitamente al que han ya elegido el metropolitano con los obispos de la provincia y el clero y el pueblo de la ciudad, y que si acontece de otro modo por el poder de alguno ó por negligencia, sea nula la eleccion. El segundo estatuye que ningun obispo pueda elegir á su sucesor, y que nadie pueda ocupar su lugar mientras viva, á no que sea depuesto canónicamente ó acometido de una enfermedad incurable que le imposibilite para llenar sus funciones. El cuarto prohibe á todo juez castigar ó condenar á un clérigo sin el consentimiento de su obis-

(1) Anast. Vit. Pontif.

po. El décimo ordena que todas las donaciones hechas á la iglesia por los obispos y clérigos surtan su efecto, aunque no se hayan observado extrictamente las formalidades legales. El décimo quinto previene que ningun judio pueda ejercer cargos ó funciones públicas sobre los cristianos á no ser que se bautice con toda su familia. Clotario publicó un edicto para la ejecucion de los reglamentos de este concilio; pero con algunas modificaciones. Asi en cuanto á las elecciones episcopales dice que el sugeto elegido por los obispos, el clero y el pueblo sea consagrado con el consentimiento del príncipe, y que si es sacado de la corte ó presentado por el rey no deba ser consagrado sino en consideracion á su mérito. Ademas se ve al fin de este edicto que le aprobaron en el mismo concilio los obispos y la nobleza, porque el rey y sus principales oficiales asistian á los concilios para sancionar con la autoridad secular las decisiones que debian tomarse sobre asuntos mixtos que exigian el concurso de las dos potestades.

Habia en la corte de Clotario multitud de señores piadosos, muchos de los cuales han merecido ser colocados en el número de los santos. Ya hemos citado á S. Faron y luego hablaremos de S. Audoeno y S. Eloy: tambien debemos apuntar entre los mas célebres á San Arnulfo y S. Romarico. Uno y otro habian servido en la corte de Teodeberto, cuyo primer ministro era S. Arnulfo, y muerto aquel rey pasaron al servicio de Clotario. S. Romarico entró á poco en el monasterio de Luxeuil, y despues con el beneplácito de S. Eustasio se retiró á uno de sus estados cerca de los Vosgas, donde fundó dos monasterios, uno para mujeres y otro para hombres. El primer abad de este fué S. Amado que habia sido algun tiempo monge en Agaune y luego anacoreta: la primera abadesa del de mujeres fue san-

ta Matefledis. Como este monasterio se acrecentó mucho en poco tiempo, el santo fundador estableció la salmodia perpétua y dividió la comunidad en siete coros de doce religiosas cada uno, que alternaban para cantar sin interrupcion las alabanzas de Dios. Tal fue el origen de la célebre abadia de Remiremont: los benedictinos de la congregacion de S. Venecion ocuparon en lo sucesivo el monasterio de hombres. Apenas pasó S. Arnulfo á la corte de Clotario, cuando habiendo vacado la silla de Metz le pidió el pueblo á una voz por obispo, aunque era seglar y casado. Tuvo que aceptar por fuerza esta dignidad, y su muger se retiró á Tréveris donde tomó el velo de religiosa. Habia tenido en ella dos hijos, Angesis que fue el tronco de los reyes carlovingios, y San Clodoardo que llegó á ser obispo de Metz como su padre. Sin embargo S. Arnulfo era demasiado útil al monarca para que este le permitiera ausentarse: asi es que continuó despues de ser obispo residiendo en la corte de Clotario donde ocupaba el primer lugar; pero redobló sus limosnas y austeridades. Solia pasar muchos dias sin comer: su alimento se reducia á pan y agua, y siempre llevaba un cilicio debajo de los hábitos: al mismo tiempo desempeñaba con mucho zelo el ministerio pastoral, hasta que de alli á unos diez años consiguió permiso para dejar su silla y la corte, y retirarse con algunos religiosos á una soledad próxima á Remiremont, donde murió hácia el año 640. Le sucedió S. Goerico que habia servido como él en la corte de Clotario, donde trabó estrecha amistad con S. Desiderio, tesorero del rey y despues obispo de Cahors.

S. Lope, arzobispo de Sens, habia permanecido fiel al príncipe Sigeberto despues de la muerte de Tierry, y Clotario prevenido por los enemigos del santo obispo le habia desterrado: pero desengañado despues por San

Vinebaldo, abad de S. Lope de Troyes, le levantó el destierro, se postró para pedirle perdon, y le envió á su iglesia con grandes presentes. Este santo arzobispo, natural de Orleans y descendiente de una familia entroncada con los reyes, era sobrino de S. Aunacario, obispo de Auxerre, y sucedió á S. Artemio el año 609. Entre los muchos obispos cuyas virtudes ilustraban las iglesias de las Galias hácia esta época, solamente citaremos á San Domnolo de Viena, S. Austregisilo de Bourges, S. Beltran de Mans, que fundó tres monasterios y dos hospitales en esta ciudad, y S. Lecino de Angers que era pariente del rey Clotario y habia renunciado las grandezas del mundo para entrar en el clero. Se conserva un testamento de S. Beltran, por el que instituye sus herederos á la iglesia catedral y otra que habia edificado en honor de S. Pedro y S. Pablo.

La indisciplina de un monge llamado Agrestino turbó por este tiempo la tranquilidad del monasterio de Luxeuil: habia sido aquel secretario del rey Teodeberto, y abandonado este empleo y todos sus bienes por abrazar la vida monástica bajo la direccion de San Eustasio, y despues pidió permiso para predicar el Evangelio á los paganos de la comarca porque todavía los habia en el pais de los germanos, y S. Eustasio trabajaba con fruto en su conversion. Solia Agrestino extender sus predicaciones mas allá del Rin; y habiendose adelantado hasta la Norica ó Baviera y aun hasta la Istria, cayó en el cisma ocasionado por los tres capítulos: á su regreso quiso seducir á S. Eustasio, quien despues de haber intentado en vano reducirle se vió en la necesidad de echarle del monasterio. Fue tal el despecho de Agrestino, que comenzó á desacreditar la regla de San Columbano; y como tenia relaciones con muchas personas de cuenta y señaladamente con el opispo de Gine-

bra, consiguió hacer algunos partidarios. El rey Clotario que miraba con sumo respeto á S. Columbano y S. Eustasio, reunió varios obispos en Macon el año 524 para tratar de poner fin á este escándalo. Las objeciones que opuso Agrestino á la regla de Luxeuil fueron frívolas, y recaian las mas sobre algunos usos particulares de los monges, tales como la forma irlandesa de su tonsura que figuraba una media corona abierta en la parte anterior de la cabeza. S. Eustasio despues de responder sin dificultad á todos estos cargos añadió: « Yo te cito en el juicio de Dios este mismo año para que defiendas tu causa. » Cumplióse esta amenaza profética, y el monge rebelde que juntaba la lubricidad á los demas vicios, fue muerto de un hachazo un mes antes de concluirse el año por un criado, en el acto de disfrutar á su muger. San Eustasio murió tambien de alli á poco tiempo, y fue elegido para sucederle S. Vaideberto su discípulo que gobernó el monasterio de Luxeuil por espacio de cuarenta años.

Fue este un plantel de santos obispos y abades. No habiendo podido S. Deicola seguir á S. Columbano á Italia fundó el monasterio de Lure en la diócesis de Besançon. S. Valerio, natural de Auvernia, despues de haber practicado algun tiempo la vida monástica en su pais y en Luxueil, pasó á la Neustria con otro monge llamado Valdolen para predicar la fé á los idólatras y consiguió que el rey Clotario le diese el terreno de Leucone en el territorio de Amiens donde comenzó á edificar un monasterio pequeño. Alli murió hácia el año 622. Es de notar que rezaba dos oficios, el galicano y el de S. Columbano. A poco tiempo de su muerte fueron perseguidos sus discípulos y se vieron obligados á abandonar aquel monasterio. S. Blimundo, uno de ellos, se retiró hasta Bobio bajo la direccion de S. Atalo; pero luego volvió á Francia, y con la proteccion de Clota-

rio se estableció otra vez en Leucone, abolió los restos del paganismo y reedificó el monasterio que llevó el nombre de S. Valerio.

Por este tiempo fundó S. Ricario el célebre monasterio de Centulo en la misma provincia, que luego llevó el nombre del santo fundador. Este, natural de la misma provincia y descendiente de una familia noble y rica, vivió primero desordenadamente; mas convertido por dos santos sacerdotes irlandeses á quienes admitió en su casa, hizo una penitencia tan austera que no comia mas que dos veces á la semana y entonces solo pan de cebada en el cual echaba ceniza. No tardó en dár libertad á todos sus esclavos, y habiéndose ordenado sacerdote predicó con mucho fruto en las comarcas vecinas y llevó su zelo hasta la Gran Bretaña. El rey Dagoberto venerando sus virtudes fue á verle para encomendarse á sus oraciones y aprovecharse de sus instrucciones: el santo sacerdote le habló enérgicamente de la vanidad de las grandezas humanas y de la cuenta terrible que darán los que gobiernan. Murió en su monasterio, y sus reliquias obraron muchos milagros.

Cuentanse cinco ilustres obispos sacados de Luxeuil por este tiempo ó algunos años mas adelante, á saber, San Chagnoaldo de Laon, hermano de S. Faron, S. Acario de Noyon, S. Audomaro de Teruana y de Boloña, S. Ragnacario de Basilea y S. Donato de Besançon. Este último era hijo de Vandalen, duque de la Borgoña de la otra parte del Jura, y le habia sacado de pila S. Columbano, quien le llamó Donato porque Dios le habia concedido á sus oraciones. Fundó en su ciudad episcopal el monasterio de S. Pablo, al que dió las reglas de S. Benito y San Columbano. Su madre Flavia fundó un monasterio de religiosas bajo la advocacion de nuestra Señora en la misma ciudad.

S. Donato y S. Chagnoaldo asistieron al concilio celebrado en Reims el año 625: concurrieron á él mas de cuarenta obispos de todas las provincias de las Galias. Confirmáronse los cánones del concilio de Paris celebrado diez años antes, y se hicieron otros muchos sobre diversos puntos de disciplina. Prohibe pena de excomunion sacar de las iglesias á los que buscan asilo en ellas á no ser que se les prometa con juramento no quitarles la vida, ni mutilarlos, ni ponerlos en el tormento; pero tambien ha de prometer el refugiado antes de recobrar la libertad que cumplirá la penitencia canónica señalada á su crímen. El que cometa homicidio voluntario, quedará excomulgado toda la vida; y si hace penitencia recibirá el viático á la hora de la muerte. Se prohibe observar los agüeros ó las ceremonias de los paganos, asistir á sus sacrificios ó comer manjares ofrecidos á los ídolos: los que lo hagan despues de amonestados quedarán sujetos á la penitencia. Se veda á los jueces seculares imponer cargas públicas á los clérigos ó condenarlos á alguna pena sin el consentimiento del obispo. Se prescribe que solo se excomulgue por razones legítimas, y se añade que el concilio de la provincia juzgará de la validez de la excomunion. Por último despues de algunos otros reglamentos que nada ofrecen de notable, se manda que no se consagre ningun obispo que no sea nacido en el pais y haya sido elegido por los votos del clero, del pueblo y de los obispos de la provincia. Ya se ha visto que esta regla era recomendada y observada por S. Gregorio el Grande, y se cuenta que S. Galo elegido para el obispado de Constanza no le admitió dando por principal razon su calidad de extranjero. Entre los obispos del concilio de Reims pueden señalarse como los mas célebres S. Arnulfo de Metz, S. Sulpicio el piadoso, arzobispo de Bourges, S. Sindulfo de

Viena y S. Cuniberto de Colonia. El rey Clótario habia pedido á S. Sulpicio antes que fuese promovido al obispado para que desempeñara el cargo de abad en sus ejércitos: lo que manifiesta que los reyes llevaban monges en su comitiva para celebrar el oficio divino. S. Cuniberto fué ministro del rey Dagoberto y de Clodoveo II su sucesor.

Clotario II murió el año 628: seis antes habia dado el reino de Austrasia á su hijo Dagoberto, que gobernó con mucha equidad y sabiduria por los consejos de Pipino, ministro de palacio, y de S. Cuniberto, obispo de Colonia. Pero habiendo quedado dueño Dagoberto de toda la monarquia por muerte de su padre, se condujo mas bien como pagano que como cristiano á pesar de algunas obras exteriores de religion. Dilapidó á sus vasallos y aun saqueó las iglesias por aumentar su tesoro, y se abandonó sin reserva á las pasiones mas vergonzosas. Tuvo tres mujeres á un tiempo con el título de reinas y tan gran número de concubinas que no se han contado: mandó recopilar y redactar mas correctamente las leyes de todos los pueblos bárbaros sujetos á su obediencia, es decir, de los francos, asi salios como ripuarios, de los bávaros y de los alemanes. Estas diversas leyes no establecian otras penas que multas y composiciones pecuniarias para todos los crímenes cometidos contra particulares, aun para los homicidios. Asi se arregla la composicion que se debe por la muerte de los obispos, de los sacerdotes y de los demas clérigos. Se da el derecho de asilo á las iglesias en favor de los culpables ó de los siervos, y se castiga á los que le violan con una multa para la iglesia y para el príncipe. La observancia del domingo se prescribe só pena de castigo corporal para los siervos y de servidumbre para los hombres libres despues de tres correcciones. Se ve que los

siervos de la iglesia, ademas de pagar diezmo, trabajaban por carga onerosa la mitad de la semana, es decir, tres dias para la iglesia y tres para ellos. Dagoberto murió á principios del año 638 y fue enterrado en la iglesia de S. Dionisio, que luego se hizo sepultura ordinaria de los reyes de Francia. Habia adornado ricamente esta iglesia y aumentado los edificios del monasterio: tambien le habia donado tierras considerables, y establecido la salmodia perpétua á ejemplo del monasterio de Agaune. Este rey dejó dos hijos, Sigeberto II á quien habia nombrado ya rey de Austrasia, y Clodovéo II á quien tocaron los reinos de Neustria y Borgoña. (1)

Los vicios de Dagoberto hicierón brillar con mas vivo resplandor las virtudes de S. Eloy y de S. Audoeno, que pasaron de la corte de Clotario á la de este príncipe. S. Eloy habia nacido cerca de Limoges hácia el año 568 de una familia cristiana y sin duda romana como lo manifiesta su nombre latino Eligio y el de su padre Euquerio. Sus padres le instruyeron esmeradamente en la religion, y observando mucha aplicacion en él le entregaron á un platero, director de la casa de moneda en Limoges, que le enseñó su arte en poco tiempo. A la edad de treinta años tuvo que ir por algunos negocios á la corte de Clotario II que estaba entonces en Paris. El tesorero del rey le tomó bajo su proteccion y le dedicó á trabajar en la moneda y en las demas obras de su profesion. Queriendo el rey hacer una silla magnífica adornada de oro y piedras preciosas, y no encontrando operarios en palacio que pudiesen ejecutar su idea, indicó el tesorero á Eloy á quien mandó el Rey dar la cantidad de oro y piedras que se juzgaban necesarias. Eloy se puso á trabajar al instante y llevó dos sillas en vez de una. A vista de la primera admiró Clotario la ha-

(1) Fredeg. cap. LVIII et seqq.

bilidad del artífice; pero le asombró mucho mas su fidelidad cuando vió la segunda. Notando mucha discrecion en sus respuestas le hizo partícipe de su confianza y le nombró director de la moneda. Para ganarle mas quiso el Rey que prestara el juramento de fidelidad; pero Eloy temiendo jurar sin necesidad no podia resolverse á ello; y como Clotario insistia, y Eloy pensaba que ó habia de ofender á Dios ó desagradar al rey, se puso á llorar. Sus lágrimas conmovieron á este, y dijo que esta delicadeza de conciencia le aseguraba mas de su fidelidad que todos los juramentos que pudiera haber hecho. Cuando llegó Eloy á edad mas madura queriendo tranquilizar su conciencia, repasó en la amargura de su corazon su conducta desde la niñez, é hizo una confesion de toda su vida á los pies de un sacerdote: este es el primer ejemplo que se halla de una confesion general. Muerto Clotario gozó tan gran favor con el rey Dagoberto, que á veces se granjeó la envidia y el odio de los malos cuyos designios contrariaba. Continuaba trabajando en su arte, y todavía se ve su nombre en muchas monedas de oro acuñadas en Paris bajo los reinados de Dagoberto y su hijo Clodoveo. Tenia un esclavo sajon á quien instruyó en la virtud, y que se hizo célebre con el nombre de S. Tealdo. Tambien se nombra entre sus criados á Bauderico, su liberto; Tituano, su ayuda de cámara, que fue mártir; Buchino, que habia sido pagano y fue abad de Ferriere, Andres, Martin y Juan que por sus diligencias entraron en el clero. S. Eloy cuando trabajaba tenia delante un libro abierto para ocupar al mismo tiempo su espíritu y nutrir su corazon de las verdades santas de la religion. En su aposento se veian algunos libros colocados sobre tablas, principalmente las santas escrituras con las explicaciones de los santos padres. Muchos de sus criados cantaban con él las horas canónicas del

dia y de la noche. Enmedio de su habitacion habia colgadas muchas reliquias, ante las cuales se postraba sobre un cilicio para orar, y á veces pasaba así toda la noche. Interrumpia á menudo su lectura para levantar los ojos al cielo, suspirar y derramar lágrimas, porque estaba penetrado del espíritu de compuncion. Aun cuando le llamara el rey, no dejaba sus ejercicios de piedad hasta concluirlos. Jamás salia de su aposento sin hacer oracion y la señal de la cruz, y al volver lo primero era implorar el auxilio divino.

Al principio llevaba vestidos magníficos y á veces todos de seda, aunque todavía era rara, porque el uso de los gusanos de seda no vino de las Indias hasta mediados del siglo VI. Tenia ceñidores y bolsas guarnecidas de oro y de piedras preciosas. Pero luego que hizo mayores progresos en la virtud, dió todos aquellos adornos á los pobres, y vestia tan sencillamente que muchas veces le servia una cuerda de ceñidor. Sus limosnas eran cuantiosísimas: repartia todo lo que recibia de la liberalidad del rey, y mantenia todos los dias una multitud de necesitados á quienes servia por sí. No comia carne ni bebia vino, y solia ayunar dos ó tres dias seguidos. Tenia una devocion particular á rescatar los cautivos: iba á donde vendian esclavos, y compraba á veces cincuenta y ciento á un tiempo, sobre todo sajones que eran vendidos á manadas. Restituíales la libertad y les daba á escoger, ó volverse á sus casas ó quedarse con él y entrar en monasterios. Fundó dos célebres uno en Solignac cerca de Limoges, donde puso monges traidos de Luxeuil, y en poco tiempo llegaron á juntarse hasta ciento y cincuenta de diferentes paises que ejercian varios oficios y vivian con grande regularidad. S. Eloy queria retirarse á él; pero la Providencia le destinaba á otra parte. Fundó otro monasterio para mujeres en Paris en la

casa que le habia dado el rey: allí estableció una disciplina rigorosísima, reunió hasta trescientas religiosas, y nombró Abadesa á santa Aura. Este monasterio subsistió mucho tiempo con el nombre de S. Eloy, y en lo sucesivo se unieron las rentas á la mesa episcopal de Paris y se dió la casa á los clérigos regulares barnabitas. S. Eloy hizo un cementerio para las religiosas fuera de la ciudad con una iglesia dedicada á S. Pablo, que se ha convertido en una gran parroquia. Empleó su arte para adornar de oro y pedreria las urnas de muchos santos, entre otros de S. German de Paris, de S. Dionisio, de S. Martin de Tours, de Santa Genoveva, de S. Quintin y de S. Severino. S. Eloy tenia el don de milagros, y obró muchísimos de los mas patentes. En Paris curó á un cojo que lo era hacia muchos años, y restituyó la vista á un ciego que le pidió que hiciese la señal de la cruz sobre él. Todavía era seglar y ya tenia la autoridad y zelo de un obispo: descubrió á muchos impostores que engañaban á la gente sencilla, é hizo que un concilio de Orleans condenara á un hereje que corrompia la fé de los fieles.

Muerto S. Acario, obispo de Noyon, fue elegido San Eloy para sucederle. Las diócesis de Noyon y de Tournay se habian unido en tiempo de S. Medardo mas de cien años antes, y dependian de ellas la Flandes y los paganos de Gante y de Courtray. Muchísimos pueblos de estos eran todavía gentiles, y mostraban extremada aversion al cristianismo: esta era la principal razon que movia á darles un pastor tan zeloso como S. Eloy. Cuando él vió que no podia de ninguna manera rehusar el obispado, quiso á lo menos observar las reglas y no permitió consagrarse hasta que hizo algun tiempo la vida clerical. Fue consagrado obispo el año 640, y entonces brillaron con nuevo esplendor todas sus virtudes manifestan-

dose particularmente su zelo en la conversion de los infieles. Visitaba con diligencia las ciudades de su vasta diócesis y todos los pueblos que no habian recibido aun el Evangelio, los flamencos, los habitantes de Amberes, los frisones, los suevos y otros hasta el mar. Al principio eran como unas fieras dispuestas á despedazarle; pero él no deseaba otra cosa que el martirio: luego considerando aquellos bárbaros su bondad, su dulzura, su vida pobre y frugal comenzaron á admirarle y acudieron con anhelo á oir sus instrucciones. El santo obispo inclinaba con sus discursos aquellos entendimientos groseros al amor de las cosas celestiales. Por Pascua bautizaba anualmente una multitud de los que habia ganado en el curso del año; y entre una porcion de niños se veia acercarse á la sagrada pila hombres y mugeres en el último periodo de su vida, y recibir la túnica blanca de los neófitos. Pero su zelo experimentó á veces contradicciones hasta de los mismos fieles que le afligieron sin desalentarle. Un dia de S. Pedro predicando en una parroquia inmediata á Noyon, habló terriblemente contra los bailes y otras diversiones criminales ó peligrosas: los habitantes se amotinaron, y resolvieron quitar la vida á su obispo antes que dejar sus costumbres. S. Eloy lo supo, y lejos de amedrentarle los perversos designios de aquellos volvió allá y predicó todavia con mas fuerza contra tales desórdenes, resuelto á verter su sangre si era preciso: su zelo fue pagado con injurias y ultrajes. Por último viendo que no adelantaba nada con sus predicaciones empleó la autoridad y fulminó excomunion contra aquel pueblo indocil. Poco tardaron muchos de sus habitantes en sentir la cólera divina con castigos manifiestos que cambiaron favorablemente sus disposiciones.

S. Eloy extenuado por sus contínuos afanes fue aco-

metido de una fiebre que poco á poco debilitó sus fuerzas, y Dios le avisó que se acercaba su última hora. La víspera de morir dirigió un discurso muy tierno á sus criados y discípulos exhórtandolos á adelantar cada dia en los sentimientos de piedad que habia procurado inspirarles, y señaló á cada uno en particular los mejores monasterios á donde debian retirarse. Al dia siguiente 1.° de setiembre del año 659, despues de haberlos abrazado, murió encomendando su alma á Dios. Tenia setenta años y algunos meses, y llevaba cerca de veinte años de obispo. Con la noticia de su enfermedad habia salido de Paris la reina Batilde con sus hijos, los grandes de la corte y un séquito numeroso, y llegó al dia siguiente de la muerte de S. Eloy por la mañana. Inmediatamente dió órden de hacer los preparativos para la traslacion del cadaver al monasterio de Chelles: otros querian transportarle á Paris; pero el pueblo de Noyon se opuso fuertemente, y hubo que dejarle las reliquias de su pastor (1).

S. Audoeno llamado tambien Dadon era hijo de Autario, señor franco establecido en Brie que recibió á San Columbano en su casa. Desde sus primeros años entró con su hermano Adon en la corte del rey Clotario, y habiendo contraido estrecha amistad con S. Eloy concibió como este un soberano desprecio á las vanidades mundanas, y resolvió juntamente con su hermano consagrarse del todo á Dios. Adon lo ejecutó de alli á algun tiempo y fundó el monasterio de Jouarre sobre el Marne, donde estableció una comunidad numerosa bajo la regla de S. Columbano, y alli se retiró él. Tambien fundó un monasterio de religiosas, cuya primera abadesa fue santa Teodechilda, hermana de S. Agilberto,

(1) *Vit. S. Elig.*

obispo de Paris; todavía subsistia este monasterio en el último siglo. S. Audoeno tuvo gran valimiento en la corte del rey Dagoberto cuyo canciller llegó á ser, y se conservan documentos originales firmados de su puño como tal. Consiguió que el rey le diera un terreno en los bosques de Brie, donde fundó un monasterio con intencion de abrazar la vida religiosa; pero no lo consintieron ni el monarca, ni sus grandes. Asistió á la consagracion de la iglesia de este monasterio que hicieron S. Faron y S. Amando, y por consejo del primero puso los ojos en S. Agilo, discípulo de S. Columbano, para gobernar la nueva comunidad. Pero los monges de Luxeuil querian conservar á S. Agilo para nombrarle su abad, al mismo tiempo que las ciudades de Metz, Langres y Besançon deseaban tenerle de obispo; de modo que fueron necesarios todo el valimiento de San Audoeno y la autoridad del rey para ponerle en Rebais, cuyo abad fue nombrado por un concilio que se celebró en Clichy el 1.° de mayo del año 636. Muerto S. Roman, arzobispo de Ruan, fue elegido á una voz San Audoeno para sucederle; mas quiso como S. Eloy pasar por las diferentes órdenes clericales, y recibió con él la consagracion episcopal en la ciudad de Ruan cuya silla ocupó cuarenta y tres años (1). Tuvo muchos discipulos célebres que daremos á conocer mas adelante: tambien hablaremos de S. Audomaro y S. Amando que trabajaron mucho tiempo con tanto fruto como zelo en la conversion de los idólatras de Flandes y los Paises Bajos.

En España sucedió al rey Recaredo su hijo Liuva, que aunque joven prometia mucho por su buena índole; pero no reinó mas que dos años. Rebelóse Witerico, le despojó del reino, mandó cortarle la mano derecha y

(1) *Vit. S. Audoen. et S. Agil.*

luego quitarle la vida, y usurpando el cetro de los godos reinó siete años. A su muerte fue reconocido rey Gundemaro, que declaró á la ciudad de Toledo, residencia de los monarcas godos y metrópoli de toda la provincia cartaginense. Durante casi todo el siglo VII fue bastante próspero el estado de la iglesia de España: se celebraron muchos concilios, y se fundaron gran número de monasterios. A Gundemaro sucedió Sisebuto, bajo cuyo reinado se celebró el segundo concilio de Sevilla en el año 619. Asistieron á él ocho obispos, y el primero era S. Isidoro, arzobispo de Sevilla: estaba presente todo el clero de la ciudad y dos seglares con el título de ilustres. Los decretos de este concilio se dividen en trece capítulos segun las materias; pero no hubo mas que tres sesiones: son reglamentos generales con motivo de diferentes asuntos particulares. Se determina que haya lugar á la prescripcion de treinta años según las decisiones pontificias entre dos obispos que disputen la posesion de algunas iglesias particulares. Ningun obispo podrá destituir á un presbítero ó diácono sino en un concilio. Se reservan á solos los obispos muchas funciones, algunas de las cuales se comunican hoy á los sacerdotes. Se decide que los obispos no puedan administrar los bienes de la iglesia sin tener un ecónomo por testigo de su conducta. Se nota que los clérigos se distinguian de los seglares en el traje. Prohibese á los obispos suprimir ningun monasterio, ni despojarlos de sus bienes. Los monasterios de religiosas serán gobernados por monges; pero las habitaciones de estos estarán distantes. El abad solo visitará el monasterio, y no podrá hablar mas que á la superiora en presencia de dos ó tres monjas; de modo que las visitas sean raras y las conversaciones breves.

Sisebuto murió el año 621, y le sucedió su hijo Re-

caredo II que reinó solo tres meses. A su muerte dieron los godos la corona á Suintila, que al principio se hizo amar por sus grandes acciones, porque acabó de arrojar á los romanos de España, y la reunió toda bajo su dominacion. Pero en el año 625 habiendo dado á reconocer como rey á su hijo Ricimeno, todavía niño, se atrajo el odio de los grandes, y Sisenando, uno de estos, ayudado por Dagoberto, rey de Francia, se alzó con la corona el año 631. Suintila fue depuesto á los diez de reinado. Sisenando para afirmar su dominacion dispuso que el cuarto concilio de Toledo prohibiera por su último canon que nadie excite sediciones, ni usurpe el reino. «Cuando muera el príncipe, añade este canon, los grandes de toda la nacion con los obispos le darán un sucesor.» Por estas palabras se ve que el reino de los godos era electivo y que los obispos tomaban parte en la eleccion. Este cuarto concilio de Toledo se celebró el año 633, y asistieron á él sesenta y dos obispos, presididos por S. Isidoro de Sevilla: habia tambien otros cinco metropolitanos, á saber, los de Narbona, Mérida, Braga, Toledo y Tarragona, porque este concilio era nacional y comprendia toda España y la parte de la Galía sujeta á los Godos. Era entonces arzobispo de Toledo S. Julian, muy célebre por su santidad. Ademas de los sesenta y dos obispos concurrieron siete diputados de los ausentes. Luego que estuvieron todos congregados en la iglesia de Santa Leocadia, entró el rey Sisenando con algunos señores; y habiéndose postrado en tierra delante de los obispos, los conjuró con lágrimas que rogaran á Dios por él. Despues los exhortó á conservar los derechos de la iglesia y á corregir los abusos. Los padres hicieron setenta y un cánones: el primero de ellos es una profesion de fé en que se prueban los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion contra las principales

herejias, y se dice expresamente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Se censura fuertemente la negligencia de los obispos en celebrar concilios como la causa primordial de la relajacion de la disciplina, y se manda congregarlos á lo menos una vez al año. Si se trata de la fé ó de un asunto comun; el concilio será general de toda España y la Galia: en cuanto á los asuntos particulares se celebrarán los concilios en cada provincia en el lugar señalado por el metropolitano hácia mediados de mayo.

La forma observada en la celebracion de los concilios se marca circunstanciadamente en este; lo que no se encuentra en otra parte, y no debe dudarse que venia de una antigua tradicion. A la primera hora del dia se hará salir toda la gente de la iglesia y se cerrarán las puertas. Todos los porteros estarán á aquella por donde deben entrar los obispos, que entrarán todos juntos, y tomarán asiento segun la antigüedad de su consagracion: despues de los obispos deben entrar los presbíteros y tras de estos los diáconos. Los obispos se sentarán á la redonda, los presbíteros detras de ellos, y los diáconos de pie delante de los obispos. Tambien entrarán los seglares que el concilio juzgue dignos, y los notarios para leer y escribir lo que sea necesario, y se guardarán las puertas. Luego que los obispos hayan ocupado su lugar, dirá el primero de los diáconos: Orad; é inmediatamente se postrarán todos en tierra, orarán y meditarán un rato en silencio: un obispo de los mas antiguos se levantará para hacer una oracion en alta voz, y los otros continuarán postrados. Concluida la oracion y habiendo respondido todos *amen*, dirá el primer diácono: Levantaos; y todos se levantarán y guardarán un profundo silencio. Entonces un diácono revestido de alba llevará el libro de los cánones enmedio de la

asamblea y leerá los que hablan de la celebracion de los concilios. En seguida el obispo metropolitano exhortará á los que tienen algun asunto que le propongan, y no se pasará á uno nuevo sin haber zanjado el primero. Si alguno de fuera, clérigo ó seglar, quiere dirigirse al concilio, manifestará su asunto por el arcediano de la metrópoli, y entonces se le permitirá la entrada. Ningun obispo saldrá de la sesion hasta que se concluya, ni se separará del concilio hasta que todo esté terminado, para que pueda firmar las decisiones.

Por el segundo cánon se manda que no haya diversidad de oficios en las iglesias particulares, porque no parezca á los hombres groseros que es un cisma. « Así, añaden los padres, observaremos un mismo órden de rezar y salmodiar en toda España, y una misma forma para la celebracion de la misa y para los oficios de la noche y la mañana. » S. Isidoro era el alma de este concilio, y se ve por sus escritos cuán instruido estaba en los oficios eclesiásticos: así se le mira como el autor principal de la antigua liturgia de España llamada despues mozárabe; sin embargo él mismo manifiesta que su hermano S. Leandro habia trabajado mucho en ella. Para evitar la diversidad de las ceremonias hace el concilio muchos reglamentos. Manda que los metropolitanos avisen á sus comprovinciales del santo dia de Pascua, y que todos la celebren en uno mismo. Se administrará el bautismo con una sola inmersion, para que no parezca que se aprueba á los arrianos que hacian tres. Las iglesias no estarán cerradas el viernes santo, sino que se celebrará el oficio, se instruirá al pueblo sobre la pasion de nuestro Señor, y se le exhortará á pedir perdon de sus pecados en alta voz. En todas partes se bendecirá el cirio la víspera de Pascua para honrar la santa noche de resurreccion. No se cantará alle-

luya en toda la cuaresma, porque es un tiempo de tristeza y penitencia. Se ve por uno de los cánones de este concilio que se administraba la comunion á cada uno en su puesto como en Roma: los presbíteros y diáconos la recibian delante del altar, y los otros clérigos en el coro. El concilio manda decir la oracion dominical todos los dias en el oficio público y particular, y prueba esta obligacion con la autoridad de S. Cipriano, de S. Hilario y de S. Agustin. Desde Pascua hasta Pentecostés se leerá el libro del Apocalipsis. Los diáconos llevarán un *orario* ó estola y no dos, y no tendrá adorno de oro ni de ningun color. La tonsura de todos los clérigos será igual, es decir, la cabeza afeitada por arriba con un cerquillo. Se renuevan las reglas concernientes á las elecciones de los obispos, particularmente en cuanto á la libertad de los sufragios, y se expresan todas las irregularidades. Se prescribe á los obispos, presbíteros y diáconos que tengan *sincelas*, es decir, personas edificantes que duerman en su aposento y sean testigos constantes de sus acciones. Los clérigos jóvenes habitarán juntos y bajo la inspeccion de un anciano prudente. Los que hayan consultado á los áugures, arúspices ú otros adivinos, serán depuestos y encerrados en un monasterio á hacer penitencia. En el cánon veintiocho se ven las insignias distintivas que recibian los clérigos al ordenarse: para los obispos era el *orario* ó estola, el anillo y el báculo pastoral: para los presbíteros el *orario* y la casulla: para los diáconos el *orario* y el alba; y para los subdiáconos la patena y el cáliz. Queda prohibido inscribir en el clero á los que públicamente se hayan confesado culpables de un pecado mortal. Habia todavía viudas consagradas á Dios por una profesion pública, que tomaban el hábito en presencia del obispo sin entrar en una comunidad: el concilio

les prohibe casarse así como á las otras religiosas. Los obispos no deben emplear á los monges en obras serviles para su provecho, ni aceptar la comision de juzgar á los criminales, á no que se prometa con juramento perdonarles la vida. No se forzará á los judíos á profesar la fé que deben abrazar voluntariamente; pero se pondrá á sus hijos en monasterios ó con personas de piedad para que se instruyan en la religion cristiana.

Chintila sucedió á su hermano Sisenando el año 636, y en el mismo asistió al quinto concilio de Toledo con los principales señores de su corte. En él se hicieron nueve cánones dirigidos casi todos á asegurar y afirmar el poder de aquel. Se recomienda la observancia del concilio precedente, y se manda que su decreto tocante á la seguridad del príncipe se lea en todos los concilios de España. Se pronuncia anatema contra los que quieran ascender al trono sin la aceptacion del pueblo y la eleccion de la nobleza. A los diez y ocho meses se celebró el sexto concilio de Toledo, en el que habia cuarenta y dos obispos y cinco diputados de los ausentes. En él se decretó con el consentimiento del rey Chintila y de los grandes que en adelante no subiese ningun rey al trono sin prometer con juramento que no consentiria ningun hereje ni infiel en el reino: contra los que violen este juramento y contra sus cómplices se fulminará anatema. Tambien se renovó la prohibicion de atentar á la vida del rey ó de conjurarse contra él; lo que demuestra cuán poco afirmado estaba el poder real.

S. Isidoro de Sevilla habia muerto algun tiempo antes despues de una larga carrera episcopal, que no fue mas que una serie de tareas apostólicas y de buenas obras. Cuando vió próximo su fin aumentó de tal modo sus limosnas, que durante seis meses acudió una mul-

titud de pobres á su casa desde la mañana hasta la noche. Conociendo que se agravaba su mal salió de su morada con dos obispos que habia llamado, y se trasladó á la iglesia de S. Vicente con numeroso séquito de clérigos, religiosos y pueblo que lloraban á gritos. Llegado á la iglesia se mantuvo enmedio del coro delante de la barandilla del altar, y mandó retirar á las mujeres mas lejos. Uno de los obispos le cubrió del cilicio y otro de ceniza, y luego levantó S. Isidoro las manos al cielo, hizo oracion en alta voz para pedir perdon de sus pecados, y recibió el cuerpo y sangre de nuestro Señor de mano de los obispos: despues se encomendó á las oraciones de todos los asistentes, les pidió perdon, condonó las deudas á sus deudores, recomendó á todos la caridad mútua, y mandó distribuir á los pobres el dinero que le quedaba. Esto era el sábado santo: habiendo vuelto á su casa murió de allí á cuatro dias, el 4 de abril del año 636.

S. Isidoro ha dejado muchos escritos sobre diferentes materias. El mas considerable y al mismo tiempo el mas célebre es un tratado de los orígenes ó etimologías, compuesto á instancias de Braulio, obispo de Zaragoza, que le concluyó y dividió en veinte libros, porque S. Isidoro le habia dejado imperfecto. Trata de casi todas las artes y de todas las ciencias, comenzando por la gramática y las demas artes liberales. Limítase á algunos principios generales, y no da á veces mas que breves definiciones acompañadas de etimologías, que no siempre parecen acertadas; pero se aprende el verdadero sentido de muchas palabras griegas y latinas, cuya tradicion era aun viva.

La obra mas útil con respecto á la disciplina es la de los oficios eclesiásticos, en que describe todas las horas y todas las partes del oficio que son las mismas que

hoy, y atribuye los himnos de él á S. Hilario y S. Ambrosio. Expone tambien el órden de las oraciones del sacrificio segun se hallan en la misa mozárabe que es la antigua liturgia de España. Comienza como la nuestra por el *Introito* con algunos versículos del salmo, en seguida el *Gloria in excelsis*, excepto en adviento y cuaresma, y la primera oracion, luego una profecía ó leccion del antiguo Testamento, el gradual, la epístola y el Evangelio, despues del cual se canta *alleluya*. Entonces se hace la ofrenda que el sacerdote acompaña con algunas oraciones semejantes á las nuestras, y se, canta el ofertorio: hasta aquí llega la misa de los catecúmenos. El sacerdote se lava la manos y dice la oracion secreta, saluda al pueblo, y lee en alta voz la oracion que es el principio de la misa de los fieles. Esta es una exhortacion al pueblo para celebrar santamente la fiesta, y luego dice tres veces el pueblo *Agios*, esto es, santo en griego. S. Isidoro añade: «Nuestros obispos, á saber, el Papa de Roma y los otros, presentan su ofrenda á Dios por sí, por su clero y por su pueblo. Todos los sacerdotes, los diáconos, los clérigos y el pueblo ofrecen tambien haciendo memoria de los santos apóstoles y mártires. Entonces se rezan sus nombres. El sacerdote pide luego por los vivos y por los difuntos. La cuarta oracion es por la paz: el sacerdote exhorta á los asistentes á una union perfecta, y al punto se da el santo ósculo. Despues con las manos extendidas pronuncia en alta voz la oracion que corresponde á nuestro prefacio, y al fin de ella se dice *Sanctus* como entre nosotros. El sacerdote se inclina y dice las oraciones de la consagracion que llamamos el cánon, reza la antífona para la fraccion de la hostia, y teniéndola sobre el cáliz para enseñarla al pueblo dice: «Profesemos de boca lo que creemos de corazon.» Entonces canta el coro el símbolo de Constantinopla. En-

tretanto el sacerdote rompe la hostia en nueve partículas que coloca en la patena en forma de cruz: cada una tiene el nombre de un misterio, á saber, Encarnacion, Natividad, Circuncision, Aparicion ó Epifanía, Pasion, Muerte, Resurreccion, Gloria y Reino. En seguida el sacerdote hace conmemoracion de los vivos, y dice el *Pater noster*: á la mayor parte de las peticiones responde el pueblo *amen*. El sacerdote pone en el cáliz la partícula llamada *reino*, diciendo: «Las cosas santas son para los santos;» y denotando como nosotros la union del cuerpo y la sangre. Inmediatamente da la bendicion semejante á nuestras bendiciones episcopales de los dias solemnes: toma la partícula llamada gloria, y teniéndola sobre el cáliz hace conmemoracion de los difuntos. Consume esta partícula y luego todas las demas y la sangre preciosa. Se canta la antífona de la comunion, y en seguida el sacerdote dice una oracion, y el diácono despide al pueblo. Tal es la misa mozárabe, que no se celebra ya mas que en una capilla de la iglesia de Toledo.

El libro de los oficios de S. Isidoro contiene tambien otros puntos notables de disciplina. «En toda la iglesia, dice, se recibe la Eucaristía en ayunas, y el vino debe mezclarse con el agua. Los que han muerto á la gracia por el pecado, deben hacer penitencia antes de acercarse á aquella. Los otros no deben alejarse mucho tiempo de ella; pero los casados deben guardar continencia algunos dias antes de la comunion. En toda la iglesia se ofrece el sacrificio por los difuntos; lo que prueba que es una tradicion apostólica.» Indica en este tratado que las fiestas de la iglesia son ademas del domingo Natividad, Epifanía, Ascension, jueves, viernes y sábado santo, la dedicacion de las iglesias y las fiestas de los apóstoles y de los mártires. «Nosotros celebra-

mos, dice, las fiestas de los mártires para animarnos á imitarlos y para encomendarnos á sus oraciones; pero no los honramos con el culto de latria que solo conviene á Dios: por eso no les ofrecemos el sacrificio.» Habla de los *corepíscopos*, que todavía subsistian como vicarios de los obispos en el campo con la potestad de ordenar lectores, subdiáconos y exorcistas. Dice que los presbíteros y diáconos no hacen penitencia sino delante de Dios, y los otros la hacen públicamente. Se concede la penitencia al fin de la vida, aunque se tenga por sospechosa. Los penitentes se dejan crecer la barba y el cabello, se postran sobre el cilicio, y se cubren de ceniza. S. Isidoro cuenta entre los ayunos de la iglesia las cuatro témporas de Pentecostés y del mes de setiembre ademas de la cuaresma; pero no habla de las de diciembre, sin embargo que se observaban en Italia desde el tiempo de S. Leon. Mas señala otros dos ayunos que no observamos ya, el uno á 1.° de noviembre y el otro á 1.° de enero, á fin de abolir las comilonas supersticiosas que celebraban los paganos en honor de Jano. Nota tambien que el ayuno del viernes era universal, y que los mas agregaban el sábado: nosotros hemos reducido este ayuno á la abstinencia. Por último S. Isidoro observa que los usos de las iglesias son diferentes sobre muchos puntos, y que cada uno debe conformarse con la disciplina de aquella en que vive.

Tambien tenemos una regla que compuso S. Isidoro para el monasterio de Honori. Por ella vemos cuanto amaba el santo prelado la vida monástica, y puede servirnos para la inteligencia de las otras reglas, y sobre todo de la de S. Benito. S. Isidoro quiere que la clausura del monasterio sea rigorosa, y que esté lejos de él la granja: que las celdas de los religiosos esten cerca de la iglesia, la enfermeria mas distante y el jardin dentro

del cercado. Los novicios serán probados tres meses en la hospedería. Darán todos sus bienes á los pobres ó al monasterio, y prometerán por escrito permanecer en la casa. Aquellos que sus padres hayan dado al monasterio, quedarán obligados para siempre. Se admitirá á los esclavos si lo consiente su amo, y á los hombres casados con tal que la mujer haga voto de continencia. Todos los años por Pentecostés harán los monges una declaracion de que no guardan nada propio. Todos los monges estan sujetos al trabajo de manos segun el precepto de S. Pablo y el ejemplo de los patriarcas. Cada uno debe trabajar, no solamente para su subsistencia, sino para la de los pobres. Los que estan robustos y no trabajan, pecan doblemente por la ociosidad y el mal ejemplo. Esta regla prescribe unas seis horas de trabajo y tres de lectura al dia. Los monges trabajarán en la huerta y en la cocina, y dejarán los edificios y el cultivo de las tierras á los siervos. El abad debe ser de edad madura y experimentado en el ejercicio de todas las virtudes, y ha de practicar el primero todo lo que prescriba á los demas. Tendrá conferencia tres veces á la semana despues de tercia; y comerá siempre en comunidad sin ninguna distincion y tan pobremente como los otros. El alimento de los monjes consistirá en yerbas y legumbres, y los dias solemnes podrán á veces usar de carnes ligeras, es decir, de aves: tambien se permite un poco de vino; pero cada cual podrá abstenerse de él asi como de la carne. Se comerá desde Pentecostés hasta principios de otoño, y el resto del año solo habrá cena: en la cuaresma se ayunará á pan y agua. Los monges no llevarán ropa blanca, y no afectarán ni limpieza, ni negligencia en sus vestidos. Dormirán todos en la misma sala, si es posible, ó á lo menos diez en un mismo dormitorio que deberá estar alumbrado toda la noche. Esta regla

enumera largamente las faltas, ya graves, ya leves, y castiga estas con una separacion de la comunidad por espacio de tres dias, y deja el castigo de las otras á la discrecion del abad. Prohibe expulsar á un monje por ninguna falta á fin de no exponer su salvacion á mayores peligros; pero se le obligará á hacer penitencia en el monasterio. Señala circunstanciadamente las funciones de cada oficio: el paborde era como un procurador para los asuntos de fuera: el sacristan cuidaba de la iglesia: otro del vestuario y de los muebles: el portero de los huéspedes, el cillero de las provisiones de boca, de los graneros y del ganado: los semaneros del servicio de mesa: otro de las labores del huerto: otro de instruir á los niños dados al monasterio, y otro de distribuir las limosnas. Es tambien de notar en esta regla que se debe ofrecer el sacrificio por los muertos antes de enterrarlos, y cada año al dia siguiente de Pentecostes por todos los difuntos. Habia en la provincia de Sevilla gran número de monasterios recien fundados: S. Isidoro hizo que se decretara en el segundo concilio de aquella ciudad que no fuese lícito á los obispos suprimir ninguno, ni despojarlos de sus bienes.

Entre las otras obras de S. Isidoro debemos citar sus comentarios sobre varios libros de la Biblia y entre otros sobre el cántico de los cánticos, dos libros de mucha solidez para probar la verdad de la religion contra los judios, una crónica que se extiende hasta el reinado de Heraclio, una historia de los godos y de los suevos, el tratado de los escritores eclesiásticos que sirve de continuacion á los de S. Gerónimo y Gennadio, y por último tres obras de piedad muy estimadas, á saber, los Soliloquios, el tratado del desprecio del mundo y una coleccion de pensamientos cristianos sacados de los escritos de S. Gregorio.

S. Eladio de Toledo que murió algunos años antes que S. Isidoro, habia ocupado uno de los primeros puestos en la corte; pero ya entonces practicaba los ejercicios de la vida religiosa en cuanto le era posible. Siempre que podia huir de la confusion de los negocios, iba al famoso monasterio Agaliense, cerca de Toledo, y tomaba parte en los ejercicios y ocupaciones de los monjes: al cabo se retiró enteramente á esta comunidad cuyo abad llegó á ser, y de allí fue sacado en su vejez y contra su voluntad para ocupar la silla de Toledo. Falleció por los años de 632 despues de haber gobernado esta iglesia diez y ocho. Fue admirable sobre todo por su humildad y por su tierna caridad para con los pobres.

Lo que hemos referido de la liturgia mozárabe, nos obliga á decir tambien algo de la antigua liturgia galicana. Empezaba como la de España y Roma por el salmo de introito, despues del cual se decia el Kirie eleison, seguido de un primer prefacio, que era una corta exhortacion á pasar santamente la fiesta: luego se leia una leccion del antiguo testamento, tras esta una antífona ó salmo, y el sacerdote rezaba la primera oracion: en seguida el subdiácono leia la epístola, y el diácono se dirigia á la tribuna á leer el Evangelio. En las fiestas de los santos precedia la lectura de sus actas á estas tres lecciones. Si habia sermon era despues del Evangelio: luego se hacia salir á los catecúmenos y excomulgados, y el diácono sacaba los vasos sagrados de la sacristía, y todos los fieles de uno y otro sexo le ofrecian pan y vino. El sacerdote ponia lo que se necesitaba de una y otra especie sobre el altar, y cubria el caliz con la hijuela: se leian los dípticos, y dicha una oracion por el sacerdote se daban los fieles el ósculo de paz, á que seguia otra oracion. En seguida se decia el prefacio que

era diferente para cada misa: comenzaba como en todas las iglesias del mundo por estas palabras solemnes *sursum corda*, y concluia con el *Santus* cantado por todo el pueblo. Despues de la consagracion y las demas oraciones todo el pueblo cantaba tambien el *pater noster* como en Oriente, mientras que en Roma le cantaba el sacerdote solo como en el dia. El obispo daba la bendicion á los fieles, y se administraba la comunion que todos iban á recibir al altar. Los que no recibian la Eucaristía, tomaban unos panes benditos como señal de que estaban en la comunion de la iglesia. Se ve que las liturgias presentaban diferencias bastante considerables en el órden de las oraciones y en las partes accesorias del sacrificio; pero en todas el fondo era el mismo como de institucion divina ó apostólica.

Despues de la muerte de S. Agustin de Cantorbery continuó su sucesor Lorenzo trabajando en el acrecentamiento de la nueva iglesia de Inglaterra, y extendió igualmente su zelo á las iglesias del pais de Gales ocupado por los bretones. Estos como los irlandeses celebraban la fiesta de Pascua el dia catorce de la luna cuando caia en domingo, en vez de diferirla para el domingo siguiente segun el decreto de Nicea y la práctica de la iglesia universal. Ademas tenian muchos usos contrarios á la disciplina de la iglesia romana, sobre todo en la administracion del bautismo. Por último era tanta la aversion á los sajones é ingleses que se habian apoderado de su pais, que se negaban á proporcionarles por su parte la luz del Evangelio. S. Agustin habia intentado hacerlos mudar de opinion y reconocer la jurisdiccion que habia recibido del Papa, cuyo legado era, y habia tenido muchas conferencias con los obispos y principales doctores de los bretones, especialmente

los del célebre monasterio de Bancor, tan poblado que se dividia en siete partes y la mas pequeña contenia trescientos monges; pero todos los esfuerzos del santo obispo y aun la curacion milagrosa de un ciego obrada á presencia de ellos habian sido infructuosos. El arzobispo Lorenzo hizo nuevas tentativas, y juntamente con Justo y Melito escribió á los bretones y á los de Irlanda para persuadirlos que siguieran la práctica de la iglesia universal. Tampoco produjeron efecto estas cartas (1).

A poco tiempo sufrió la iglesia de Inglaterra un trastorno violento. En el año 616 murió el rey Etelberto á los cincuenta y seis de reinado: por sus virtudes ha merecido ser puesto en el número de los santos. De su primera mujer Berta dejó un hijo llamado Edbaldo ó Etelbaldo que le succedió, y dos hijas que fueron célebres por su piedad. Edbaldo abandonó la religion cristiana, y se entregó á todo género de vicios. Su ejemplo fue una ocasion de apostasía para los que no habian abrazado el cristianismo sino por complacer á Etelberto, y volvieron á la idolatría y á su vida licenciosa. El rey de Essex ó de los sajones orientales murió tambien hácia la misma época, y dejó tres hijos asimismo paganos que volvieron á ejercer públicamente la idolatría, y aun echaron á los misioneros de sus estados. Los obispos de Londres y de Rochester, desalentados con la inutilidad de sus afanes y las persecuciones que tenian que sufrir, se retiraron á la Galia. Lorenzo de Cantorbery estaba resuelto á irse tambien; pero se le apareció de noche S. Pedro, le reprendió fuertemente y le castigó por su poco ánimo. Despues de esta correccion milagrosa se expuso á todos los peligros y trabajos para sostener la

(1) Beda *Hist.* lib. II.

obra de Dios. El rey Edbaldo le escuchó propicio y se convirtió; pero no pudo atraer á los que habian renunciado á la religion.

Su hermana mayor se casó con Edwino, quinto rey de Nortumbria, entonces el mas pujante de los ingleses. Esta princesa llamada Edelburga procuró la conversion del rey y de sus vasallos. Cuando Edwino pidió su mano, se le contestó que no era lícito dar una doncella cristiana á un pagano. Edwino declaró que no se negaba á abrazar la religion cristiana, si despues de examinarla maduramente la juzgaba la mas santa y digna de Dios. En virtud de esta respuesta se le envió la princesa acompañada de Paulino, que fue consagrado obispo de aquel reino el 21 de julio del año 625. Llegado á Nortumbria trabajó en fortalecer en la fé á los pocos cristianos que iban con él, y aun trató de convertir á los paganos; pero al principio con muy poco fruto. El Papa Bonifacio, sabiendo las buenas disposiciones del rey Edwino, le escribió una carta en que le exhortaba á hacerse cristiano, y le representaba la grandeza dél verdadero Dios, la vanidad de los ídolos y el ejemplo de los otros príncipes y sobre todo del rey Edbaldo su vecino. Asimismo escribió á la reina Edelburga para que hiciera todos los esfuerzos á fin de ganar para Dios al rey su esposo. Al mismo tiempo les envió presentes de parte de S. Pedro, á quien llama el protector de los ingleses. No tuvo la satisfaccion de saber el efecto que sus cartas habian producido, porque murió de alli á poco tiempo.

Edwino permitió bautizar una hija que habia tenido en la reina Edelburga; y al partir á hacer la guerra al rey de Wessex ó de los sajones occidentales que habia intentado asesinarle, prometió abrazar el cristianismo si alcanzaba la victoria, y desde entonces se abstuvo de toda

supersticion idolátrica. Habiendo vuelto victorioso hizo que le instruyese el obispo Paulino, y despues de maduras reflexiones resolvió recibir el bautismo, y no pidió mas que el tiempo conveniente para disponer á los principales de la nacion á que se bautizaran con él. Un pontífice de los ídolos en quien tenia el rey mas confianza, oyendo hablar á S. Paulino de la verdadera religion, exclamó: «Bien veía yo hace mucho tiempo que lo que adorabamos no era nada, porque cuanto mas buscaba la verdad entre nosotros menos la encontraba. Ahora la veo brillar en esta doctrina que nos puede proporcionar la verdadera vida y la felicidad eterna. «Este pontífice fue el primero que destruyó públicamente todo lo que servia de apoyo á la idolatria, y aconsejó al rey que empleara su autoridad para establecer el cristianismo. Edwino fue bautizado en York el dia de Pascua del año 627 con toda la nobleza y mucha gente del pueblo. Inmediatamente comenzó á construir una gran iglesia que sirviera de catedral á Paulino, quien puso su silla en York cuyo primer obispo fue. Era tan grande el fervor del pueblo, que habiendo ido Paulino un dia con el rey y la reina al territorio de Adregin estuvo catequizando y bautizando treinta dias sin interrupcion desde por la mañana hasta por la noche. Al principio bautizaba en los rios, porque no se habian podido construir aun bautisterios; lo que manifiesta que se bautizaba por inmersion. El Papa Honorio escribió al punto á Edwino felicitandole por su conversion, y exhortandole á la perseverancia. Al mismo tiempo envió el palio á los metropolitanos de York y de Cantorbery con potestad de consagrar recíprocamente á sus sucesores sin tener que recurrir á Roma. Despues de la muerte de Lorenzo S. Melito gobernó la iglesia de Cantorbery, donde le sucedió Justo que no tardó en volver con él á Inglaterra. Muerto

este último fue elegido en su lugar Honorato á quien consagró Paulino.

El rey Edwino era tan zeloso por la fé que persuadió al rey de Estaglie que la abrazara con todo su pueblo. El obispo Felix, natural de Borgoña y consagrado allí, fue enviado por el arzobispo de Cantorbery á aquella nacion de los ingleses orientales, y trabajó con tanto fruto que convirtió toda la provincia. Estableció su silla en Dummok, donde murió al cabo de diez y siete años. S. Paulino de York predicó tambien la fé en las provincias comarcanas, y convirtió al gobernador de Lincoln, donde edificó una iglesia. La paz era tan profunda en los estados del rey Edwino que llegó á ser proverbial; pero este buen príncipe no vivió mas que cuarenta y ocho años, y fue muerto el de 633 combatiendo con el rey de Gales que se habia rebelado y reunido con Penda, príncipe ingles de la nacion de los mercios. La victoria fue la ruina de la iglesia naciente de Nortumbria porque Penda era pagano como todo su pueblo, y Cadawallo, rey de Gales, aunque cristiano de profesion, no daba oidos mas que á su odio furioso contra los ingleses. Queria exterminarlos de la Gran Bretaña, y mandaba matar hasta las mujeres y los niños sin ningun respeto hácia la religion cristiana que habian abrazado. Los pueblos de Gales estaban tan irritados contra ellos, que no tenian mas comercio con los ingleses cristianos, que con los paganos: esta incomunicacion duraba todavia en tiempo de Beda cien años despues. Enmedio de esta desolacion de la iglesia y del reino de Nortumbria. Paulino se vió reducido á huir con la reina Edelburga y sus hijos y se retiró al reino de Kent, donde gobernó la iglesia de Rochester cuyo obispo acababa de fallecer. En York dejó al diácono Santiago para cuidar de los cristianos.

Por la muerte de S. Edwino se dividió el reino de Nortumbria entre dos príncipes que despues de haberse bautizado reincidieron en la idolatria; pero á poco tiempo fueron ambos derrotados y muertos por Cadawallo. Oswaldo hermano de uno de dichos príncipes y sobrino de Edwino tomó la corona y con un corto ejército deshizo las numerosas tropas del rey breton que fue muerto en la batalla. Atribuyóse esta victoria á la piedad del príncipe, porque antes del combate plantó una cruz á la cabeza de su campamento é hizo gritar á todo el ejército: «Arrodillemonos y pidamos al Dios Todopoderoso que nos defienda de nuestro soberbio enemigo.» Este sitio se llamó despues el campo celestial, y se obraron allí muchos milagros. Luego que Oswaldo quedó dueño del reino pensó en hacer cristiana toda la nacion. Se habia instruido y bautizado en el célebre monasterio de Hy, fundado á fines del siglo anterior en la isla de Ykolmkill en las costas de Escocia al norte de Irlanda, y alli envió á pedir un misionero capaz de trabajar en la conversion de sus vasallos. Primeramente le enviaron un sacerdote de un caracter duro, que no produjo ningun resultado; mas despues fue elegido otro llamado Aidano que se consagró obispo, y su mision dió frutos copiosisimos. No sabia la lengua inglesa mas que imperfectamente; pero el rey que habia aprendido la de los Irlandeses en el tiempo que habia estado refugiado entre ellos, se complacia en servirle de intérprete; lo que acreditaba su ministerio evangélico á los ojos del pueblo. Cada dia iban nuevos misioneros á predicar la fé en los estados del rey Oswaldo, y los que eran sacerdotes administraban el bautismo. El rey edificaba iglesias en diferentes lugares y daba terrenos para fundar monasterios, donde aprendia la juventud inglesa las letras y la disciplina

regular, porque la mayor parte de estos misioneros irlandeses eran monjes formados en el monasterio de Hy. Era entonces su abad el presbítero Segenio quien envió á S. Aidano á Inglaterra con algunos otros monjes. Este con permiso del rey estableció su silla episcopal en Lindisfarne, península que dista cuatro millas de Warwick en Escocia, y que la marea reducia á isla dos veces al dia: despues se llamó isla santa. S. Aidano predicaba mas aun con sus ejemplos que con sus discursos. Siempre viajaba á pie aun en las excursiones mas penosas, y mostrando un desprendimiento absoluto de los bienes del mundo, en cuanto los príncipes ó los grandes le hacian algunos donativos, se apresuraba á distribuirlos á los primeros pobres que encontraba. El rey Oswaldo hizo tambien admirables progresos en la virtud. Era el rey mas poderoso de Inglaterra, y dominaba cuatro naciones de esta isla que hablaban cada una su lengua, bretones, pictos, escoceses é ingleses; mas aprovechandose de las instrucciones de S Aidano se hizo humilde, afable para con sus vasallos y caritativo sin límites: no cesaba de asistir á los pobres y á los enfermos, y pasaba una parte de la noche en oracion. En su tiempo, S. Birino, enviado á Inglaterra por el Papa Honorio, predicó la fé en el reino de Wessex ó de los sajones occidentales que todavía eran idólatras, y estableció su silla en Dorcester despues de haber convertido al rey y gran parte de la nacion. Meidulfo, piadoso y sabio solitario, fundó á poco tiempo el célebre monasterio de Malmesbury en este mismo pais. Oswaldo fue muerto en una batalla el año 642, á la edad de treinta y ocho, por Penda, aquel mismo rey de los mercios que ocasionó la muerte de S. Edwino. El lugar en que pereció S. Oswaldo, se hizo célebre por muchos milagros: llevaban tierra de alli, y echándola en agua curaba á los enfermos. A aquel

santo rey sucedió su hermano Oswino que reinó ocho años. En el segundo de su reinado murió S. Paulino, antes arzobispo de York y entonces obispo de Rochester en el reino de Kent: su sucesor fue Itamar natural del pais y recomendable por su erencia y virtud: le consagró Honorio arzobispo de Cantorbery. Cuatro años antes habia muerto Edbaldo, rey de Kent, á quien sucedió su hijo Erconberto que reinó veinte y cuatro años. Este fue el primer rey ingles que ordenó por edicto derribar los ídolos en todo su reino y observar el ayuno de cuaresma imponiendo penas á los contraventores. Su hija Eartongata se consagró á Dios y pasó al monasterio de santa Fara en Francia, cuya abadesa fue mas adelante. Como en Inglaterra habia pocos monasterios, muchas personas pasaban á los de Francia, y otras enviaban sus hijas para que se instruyeran en la piedad (1).

Mientras que la fé se propagaba entre las naciones bárbaras del Occidente, las iglesias de Oriente sufrian calamidades de toda especie. Habiendo muerto Ciriaco de Constantinopla en el año 606, le sucedió Tomás, diácono y tesorero de la iglesia mayor. Como este nuevo patriarca hubiese sabido que muchas cruces se habian movido por sí mismas de un modo milagroso, llamó á S. Teodoro Siceota á Constantinopla y le preguntó qué significaba aquel prodigio. El santo le respondió que aquel movimiento de la cruz anunciaba la próxima irrupcion de los bárbaros, la ruina de las iglesias, la desolacion de las provincias y el derramamiento de mucha sangre. Tomás debió á las oraciones de S. Teodoro la gracia de morir para no ser testigo de estos desastres. Su sucesor fue Sergio, uno de los autores de la secta de los monotelitas, que ocu-

(1) Beda, *Hist.* lib. III.

pó la silla patriarcal cerca de treinta años. En el de 607 murió S. Eulogio de Alejandría despues de haber prestado grandes servicios á la iglesia: habia compuesto muchos escritos contra los novacianos y eutiquianos de que no quedan mas que fragmentos. Su sucesor Teodoro solo gobernó dos años aquella iglesia, y fue degollado por los herejes. En su lugar se puso á Juan, apellidado despues el Limosnero, célebre por su virtud y zelo á favor de la fé y por sus limosnas increibles. Por el mismo tiempo mataron los judíos á S. Anastasio segundo, patriarca de Antioquía, en una sedicion que excitaron contra los cristianos, y le arrastraron ignominiosamente por la ciudad: con él perecieron muchos ciudadanos de los principales. Se ve por la muerte desastrosa de estos dos patriarcas cuán débil era el gobierno de Focas. Los persas asolaban el imperio, y se formaban diariamente conjuraciones que Focas trataba de prevenir derramando la sangre de los personajes mas ilustres. Al fin le destronó la del gobernador de Africa, cuyo hijo Heraclio pasó á Constantinopla á instancias del senado con una fuerte flota que arribó el domingo 4 de octubre del año 610. Al dia siguiente fue sacado Focas de la iglesia donde se habia refugiado, y llevado á la presencia de Heraclio, que mandó cortarle la mano derecha y la cabeza: una y otra fueron paseadas por la ciudad, y el cadaver arrastrado ignominiosamente y por último reducido á cenizas. En el mismo dia el patriarca Sergio coronó emperador á Heraclio que reinó treinta años.

Los persas habian roto la paz en tiempo de Focas só pretexto de vengar la muerte de Mauricio y sus hijos. En el primer año del reinado de Heraclio tomaron á Edesa y á Apamea y llegaron hasta

Antioquía: luego se apoderaron de Cesarea de Capadocia y de Damasco; y habiendo pasado el Jordan el año 614 conquistaron la Palestina y la ciudad de Jerusalem. Mataron muchos miles de clérigos, monjes, religiosas y vírgenes: incendiaron las iglesias, hasta la del Santo Sepulcro, y arrebataron todos los objetos preciosos, vasos sagrados sin cuento y reliquias con sus urnas, entre otras la verdadera cruz. El patriarca Zacarías fue llevado cautivo con una multitud del pueblo. Los judíos compraron muchos de estos esclavos para matarlos, y perecieron así cerca de cien mil personas. El patricio Nicetas pudo salvar dos reliquias preciosas, la esponja y la lanza de la pasion, y las envió á Constantinopla. La esponja estuvo expuesta al pueblo en la iglesia mayor el 14 de setiembre, fiesta de la Exaltacion de la Cruz, y la lanza unas seis semanas despues (1).

Ocho dias antes de la toma de Jerusalem una tropa de árabes embistió la laura de S. Sabas. Todos los solitarios habian huido, excepto cuarenta y cuatro de los mas ancianos y virtuosos: los bárbaros despues de haber saqueado la iglesia cogieron á aquellos viejos venerables, los atormentaron desapiadadamente muchos dias seguidos para obligarlos á descubrir los tesoros que en su concepto tenian escondidos; y por fin viendo frustradas sus esperanzas se enfurecieron y los despedazaron. Sus cuerpos estuvieron mucho tiempo insepultos; pero despues de retirarse los bárbaros, Modesto, abad del monasterio de S. Teodosio, los recogió todos y los enterró con solemnidad. La iglesia honra á estos cuarenta y cuatro solitarios como otros tantos mártires. El abad Modesto en ausencia del patriarca

(1) Theophan.—Chron. Pasch.

Zacarías se encargó de la diócesis de Jerusalem y de todos los monasterios del desierto. Hizo reedificar las iglesias incendiadas, y en esta ocasion recibió grandes socorros de S. Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, cuya inagotable caridad se ostentó particularmente en estas calamidades públicas. Los estragos que los persas hacian en la Palestina y la Siria, obligaron á una multitud de personas de todas condiciones á buscar un asilo en Egipto. Juan recibió á todos los que acudieron á él y atendió á todas sus necesidades: proporcionó los auxilios necesarios á los enfermos y heridos en los hospitales, y dió órden de tenerlos y cuidarlos allí mientras ellos quisieran permanecer: él los visitaba dos ó tres veces á la semana. Mandaba dar diariamente una moneda de plata á todos los indigentes para su subsistencia, y doble cantidad á las mujeres para preservarlas de los peligros á que está expuesta la debilidad de su sexo. Habiéndose presentado á recibir limosna algunas personas ricamente vestidas y con brazaletes de oro, los encargados de la distribucion se quejaron al patriarca, quien respondió: «Si quereis ser mis ecónomos ó mas bien los de Jesucristo, obedeced simplemente el precepto evangélico de dar á todos los que piden. Aun cuando todos los pobres del mundo acudieran á Alejandría, no agotarian los inmensos tesoros del Señor.» Sin embargo la multitud de refugiados y la carestía de víveres ocasionada por la escasez apuraron muy pronto todos los ahorros de la iglesia. El santo patriarca tomó á préstamo unas mil libras de oro de varios ciudadanos religiosos; mas cuando las hubo gastado, como cada cual empezase á temer por sí, no halló quien le diese prestado. Entonces un habitante rico que deseaba ser diácono, aunque habia sido casado dos veces, le ofreció doscientas fanegas de trigo y ciento ochenta li-

bras de oro para sus limosnas si queria ordenarle. «Este recurso, respondió el santo, me vendria muy á tiempo; pero como vuestra ofrenda no es pura, no puedo recibirla.» Inmediatamente fueron á anunciarle el arribo de dos grandes naves que habia enviado á Sicilia en busca de trigo. No contento con asistir asi á todos los que se presentaban á él, envió á las provincias asoladas algunas personas de confianza con dinero, víveres y vestidos para socorrer á los infelices que no habian podido retirarse á otra parte, y partieron dos obispos y el abad del monte S. Antonio con sumas de consideracion para redimir á los cautivos. Remitió al abad Modesto de Jerusalem mil sacos de trigo candeal y otros tantos de legumbres, mil cajas de pescado seco, mil toneles de vino, mil operarios de Egipto y otras tantas piezas de oro y libras de hierro para reparar las iglesias de la Palestina. Por aqui pueden calcularse las riquezas de la iglesia de Alejandría, asi como por la suma de cuatro mil libras de oro que encontró el santo obispo en el tesoro episcopal al tiempo de su consagracion. Ademas se lee en la vida del mismo que esta iglesia perdió un dia en una borrasca trece grandes naves cargadas (1).

S. Juan el Limosnero era natural de Chipre é hijo del gobernador de la isla: habiendo perdido su mujer y sus hijos se dió enteramente á la práctica de las buenas obras, edificó monasterios, fundó hospitales para los pobres, los enfermos y los estranjeros, y fue admirable desde entonces por sus grandes limosnas. No era mas que simple seglar cuando le eligieron para ocupar la silla de Alejandría; pero sus eminentes virtudes parecieron motivo bastante para dispensar en esta parte. En

(1) Leont. *Vit. S. Juan.*

cuanto fue consagrado llamó á los ecónomos de la iglesia y les dijo: «Id por toda la ciudad y traedme una lista exacta de todos mis amos.» Preguntaronle con asombro qué entendia por sus amos, y él respondió: «Son los que vosotros llamais los pobres.» Ascendian estos á mas de siete mil y quinientos, y mandó darles limosnas todos los dias. Cuidó de evitar que se usasen pesos y medidas falsas en la ciudad, y publicó un decreto en su nombre imponiendo á los contraventores pena de confiscacion de todos sus bienes en beneficio de los pobres; lo que manifiesta cuál era la autoridad de los patriarcas de Alejandría aun en lo temporal. Habiendo descubierto que los empleados de la iglesia se dejában sobornar para obrar con parcialidad en el rescate de los cautivos, llamó á aquellos á su presencia; y sin hacerles ningun cargo aumentó sus salarios prohibiéndoles recibir nada de nadie: quedaron tan penetrados de este proceder, que muchos ni aun quisieron recibir el aumento de asignacion. Supo tambien que la multitud de empleados y secretarios impedia que llegasen libremente las quejas á sus oidos: resolvió pues dar audiencia pública dos veces á la semana, para lo cual se sentaba á la puerta de la iglesia todos los miércoles y viernes, y estaba conversando familiarmente con unos pocos amigos á fin de que todos pudiesen acercarse con confianza. Un dia que habia esperado desde por la mañana hasta mediodia sin que se hubiese presentado nadie á la audiencia, se retiró derramando lágrimas. S. Sofronio que estaba presente, le preguntó en voz baja la causa, y S. Juan le respondió: «Porque no tengo ninguna buena obra que ofrecer hoy por expiacion de mis pecados.» «Al contrario, repuso Sofronio, debeis alegraros de haber pacificado tan bien vuestro rebaño, que todos viven juntos sin desavenencia como los ángeles.» El santo patriarca

no podia consentir que se le tratara á él mejor que al último de los pobres. Dormia en una mala cama con un cobertor hecho pedazos: un habitante de los principales de la ciudad le dió otro que habia costado treinta y seis piezas de plata: el santo le admitió por no desairarle; pero la idea de que tantos pobres se morian de hambre y miseria le trajo inquieto toda la noche y no le dejó dormir. A la mañana siguiente envió á vender el cobertor para distribuir su precio en limosnas. El que se le habia regalado le compró y se le remitió otra vez. El santo le vendió segunda y tercera vez, y dijo al rico piadoso que siempre le compraba: «Veremos quién de los dos se cansa antes.» Solia ir él mismo á asistir á los moribundos, y encargaba con instancia que se cuidara de mandar decir misas por ellos. Hacia labrar poco á poco su sepulcro, y mandó que fuesen á avisarle con frecuencia que le acabara á fin de tener mas presente la idea de la muerte. Todos los discursos inútiles estaban desterrados de sus conversaciones, cuya materia eran ó los asuntos de su iglesia, ó la vida de los santos, ó conferencias sobre la santa escritura y la teologia. Instruia á su pueblo con zelo y cuidaba de preservarle de la seduccion de los herejes que abundaban en su diócesis. Viendo un dia que muchos fieles se salian de la iglesia despues del Evangelio, se salió él tambien y se sentó en medio de ellos; y como manifestasen su sorpresa les dijo el patriarca: «Hijos mios, donde estan las ovejas allí debe estar el pastor. Por vosotros asisto yo á la iglesia, porque yo podria decir misa en mi casa.» Por donde se ve que los obispos tenian ya entonces oratorios ó capillas domésticas. S. Juan honraba particularmente á los monjes y se complacia en su compañia. Sus amigos y confidentes mas intimos eran Juan Mosco y So-

fronio, ambos célebres por sus virtudes monásticas. Respetábalos como sus padres, y en todo se guiaba por su parecer. Como eran muy sabios los empleaba útilmente para combatir á los severianos y demas sectarios, y trabajaron en esto con tanto fruto que apartaron de la herejía muchos lugares y monasterios. El santo patriarca encargaba cuidadosamente á los fieles que no comunicaran jamás con los herejes aun cuando debieran privarse toda la vida de la comunion cristiana, es decir, del ejercicio público de la religion. La invasion de los persas en Egipto le obligó á huir y se retiró á la isla de Chipre donde murió á poco tiempo hácia el año 618. Juan Mosco abrazó la vida monástica en el célebre monasterio de S. Teodosio de Palestina, y S. Sofronio, natural de Damasco, habia entablado amistad con él aun antes de renunciar al mundo. Las correrías de los bárbaros que asolaban el Oriente, los obligaron á mudar á menudo de residencia, y despues de haberse retirado sucesivamente á muchas lauras de la Palestina y de la Siria, fueron juntos á Egipto donde visitaron los monasterios de mas nombradía. Una irrupcion de los bárbaros habia dispersado á los solitarios de Scetis; pero Sofronio y Mosco encontraron todavía algunos que los admiraron con la relacion de las virtudes que acostumbraban practicar. Para manifestar hasta qué punto se llevaba allí el desprendimiento les contaron que habiendo necesitado un monge enfermo un remedio en que entraba el vinagre, no se halló este ingrediente en las cuatro lauras, que contenian unos tres mil y quinientos solitarios. No menos edificados quedaron en la Tebaida, en Antinoo y en las inmediaciones de Alejandría. El temor de los persas los obligó á salir de Egipto al mismo tiempo que S. Juan el Limosnero, y se retiraron á Chipre con algunos discípulos: luego pasaron á Roma,

donde murió Juan Mosco á poco tiempo. Allí compuso su Prado espiritual, que llamó asi para denotar que estaba todo sembrado de flores, es decir, de milagros ó grandes ejemplos de virtud que habia aprendido en sus diversos viages. Este libro se divide en doscientos diez y nueve capítulos dispuestos mas bien segun el órden de materias que el de tiempo: su estilo es sencillo, pero variado y facil. Mosco cita en todas partes los autores de cuya boca habia sabido aquellas historias, y refiere ingénuamente los hechos como los habia oido contar, dejando al lector que haga reflexiones. A pesar de algunas narraciones singulares ó pueriles se hallan muchas cosas edificantes, y son de notar muchas pruebas de la fé y disciplina de la iglesia. Un hereje severiano, furioso porque su mujer habia recibido la comunion de los católicos, la cogió de la garganta y la obligó á echar la sagrada hostia que arrojó al lodo; pero la arrebató un relámpago. De allí á dos dias se le apareció un etiope cubierto de andrajos, y le dijo: «Yo soy el sacrílego que hirió á Jesucristo en la mejilla, y tú acabas de incurrir en la misma condenacion que yo.» El hereje se convirtió, abrazó la vida monástica, y no cesó de llorar su pecado. Esta historia ofrece una prueba incontestable de la fé de la iglesia tocante á la presencia real. Juan Mosco dedicó su Prado espiritual á Sofronio, su discípulo mas distinguido; lo que ha hecho que atribuya à veces á este último, y es de creer que tuvó mucha parte en aquella obra. Sofronio se volvió al Oriente, donde segun veremos muy pronto ejercitó su zelo contra la herejía de los monotelitas.

Entretanto continuaban los persas haciendo estragos. Invadieron el Egipto, la Libia y hasta la Etiopia, y de todas partes se llevaron un botin riquísimo

y una multitud de cautivos. Tambien entraron en el Asia menor, y avanzaron hasta Calcedonia, de suerte que se veia su ejército desde Constantinopla. El emperador Heraclio logró á fuerza de presentes que se retirara el general persa, y en seguida envió muchas veces embajadores al rey Cosroas pidiéndole la paz; pero este respondió que no la concederia sino con la condicion de que los romanos dejasen el cristianismo por el culto del sol. Preparóse pues Heraclio á sostener la guerra: pidió dinero prestado á las iglesias, levantó nuevas tropas, concluyó la paz con los avaros que invadieron el imperio por el lado de la Tracia, y habiendo celebrado con mucha piedad la fiesta de Pascua del año 622, se puso en marcha al dia siguiente para las fronteras de Persia. Luego que hubo reunido su ejército, recordó á los soldados todos los males que los persas habian causado al imperio y á la religion.» Ya veis, les dijo, cómo los enemigos de Dios han asolado nuestro pais, dejado desiertas nuestras ciudades, quemado los santuarios, manchado de sangre los altares destinados al sacrificio incruento, y profanado las iglesias con sus disoluciones y liviandades.» Despues teniendo en la mano una imágen de Jesucristo que se creia no haber sido pintada por mano de ningun hombre, juró pelear con ellos hasta morir. Reanimadas asi las tropas ganó una completa victoria en la Armenia, entró al año siguiente en la Persia, y tomó y quemó la ciudad de Gazac, donde habia un templo famoso del fuego con un palacio que contenia una estátua de Cosroas sentada bajo una bóveda que representaba el cielo, y alrededor de este rey el sol, la luna y las estrellas y unos genios de pie que le ofrecian cetros. Despues de haber purificado Heraclio su ejército por espacio de tres dias, abrió el libro de los Evangelios para decidir donde debian pasar el in-

bierno; lo que manifiesta que la supersticion de la suerte de los santos se practicaba en Oriente lo mismo que en Occidente. Restituyó la libertad á cuarenta mil cautivos y les suministró todos los auxilios necesarios con una caridad que hizo grande mella en aquellos bárbaros. En las campañas siguientes el emperador prosiguió sus triunfos; y Cosroas furioso mandó despojar todas las iglesias de su reino, obligó á los cristianos á abrazar la secta de Nestorio ó la de los jacobitas, y condenó á muerte muchos cautivos y entre otros S. Anastasio, de nacion persa, que habiendo abrazado el cristianismo se habia retirado á un monasterio de la Palestina. Le atormentaron muchos dias seguidos para hacerle abjurar la fé; y como se mostrase invencible, mandó Cosroas ahorcarle con otros setenta compañeros. En fin el año 627 ganó Heraclio una batalla decisiva en que no perdió mas que sesenta hombres, y los bárbaros sufrieron una derrota completa. Entonces penetró en lo interior de la Persia, persiguiendo siempre á Cosroas, que á pesar de sus reveses se obstinaba en no admitir la paz. A poco tiempo cayó enfermo este monarca y quiso coronar á Mardesan, su hijo y de su mas querida concubina: irritado sobremanera Siroes, que era el primogénito, se rebeló, tomó el título de rey y trató con Heraclio: no tardó la traicion en cundir por los restos del ejército persa. Cosroas fue preso, cargado de cadenas y encerrado en un tenebroso calabozo que habia construido para guardar sus tesoros. A su vista fueron degollados el hijo que habia querido coronar, y todos sus demas hijos, y él pereció tambien despues de haber sufrido los tratamientos mas bárbaros é ignominiosos por espacio de cinco dias (1).

(1) Teoph. Chon. Pasch. — Cedren.

Siroes, muerto su padre, concluyó una paz sólida con Heraclio el año 628, y le restituyó todos los cristianos cautivos en Persia, entre otros Zacarias, patriarca de Jerusalem, juntamente con los maderos de la verdadera cruz, arrebatados catorce años antes. Esta preciosa reliquia fue llevada al pronto á Constantinopla; pero al año siguiente se embarcó Heraclio para conducirla á Jerusalem y dar gracias á Dios por sus victorias. La cruz estaba en su caja y en el mismo estado que cuando se la llevaron. El patriarca y su clero reconocieron los candados enteros, y abrieron la caja con la llave ordinaria: la cruz estuvo expuesta á la adoracion del pueblo, y luego se entregó á la iglesia donde habia costumbre de guardarla. La iglesia latina celebra el dia 14 de setiembre la memoria de la santa cruz restituida por Heraclio; pero los griegos no hacen mencion sino de la aparicion de la cruz á Constantino, aunque unos y otros llaman igualmente á esta fiesta la Exaltacion de la Cruz.

Hasta entonces habia mostrado Heraclio mucho zelo por la religion: echó á los judíos de Jerusalem y les prohibió acercarse á tres millas de distancia: restituyó á los católicos la iglesia de Edesa y las otras que habia dado Cosroas á los nestorianos: señaló rentas anuales á las iglesias de Constantinopla en pago de los vasos y albajas que se habia visto precisado á tomar para los gastos de la guerra; pero tuvo la desgracia de ceder á la artificiosa seduccion de algunos sectarios, y vino á ser el fautor de la herejía de los monotelitas. Como los eutiquianos veian condenados sus errores por la autoridad del concilio de Calcedonia y la decision de la iglesia universal; algunos juzgaron á propósito modificarlos ó encubrirlos á lo menos con otras fórmulas, y no poniendo reparo en reconocer dos naturalezas en Jesucristo, determina-

ban implícitamente la distincion de ellas por no querer admitir mas que una sola operacion y una sola voluntad; de suerte que intentaban por este medio aprobar al parecer el concilio de Calcedonia, sin abjurar por eso el fondo de su doctrina; porque era evidente que si la naturaleza humana no tenia voluntad ni accion propia, quedaba absorvida de hecho por la naturaleza divina, y el misterio de la redencion con todos los actos de la vida mortal de Jesucristo no presentaba ninguna realidad. Asi se volvia á caer en el eutiquianismo mas rigoroso. No tardaron los sectarios en conocer que sus errores no podian causar ilusion por hallarse poco encubiertos bajo esta nueva fórmula, y esforzándose en presentar como no decidida é inoportuna la cuestion de una ó dos operaciones en Jesucristo, se limitaron por algun tiempo á sostener expresamente la unidad de voluntad con la esperanza de que pasase con mas facilidad su doctrina bajo una fórmula asi limitada, que excluia al parecer simplemente dos voluntades contrarias. Por esto se les dió el nombre de monoteletas ó mas comunmente monotelitas, y consiguieron por este medio atraer á su partido muchos católicos, cuya fé sorprendieron con la ambigüedad de la última fórmula. Asi entre los monotelitas hubo eutiquianos rigorosos, que admitian la unidad de operacion y de voluntad como que encerraba implícitamente las dos naturalezas; semi-eutiquianos, que mirando las dos naturalezas como unidas, á pesar de la distincion, de manera que no formaban mas que una sola, no veian únicamente en la naturaleza humana un instrumento pasivo del Verbo encarnado, y representaban la unidad de operacion como una consecuencia de la unidad de persona; por último gran número de católicos, que sin declararse formalmente sobre una ó dos operaciones no dejaban de

conservar en realidad la creencia de la iglesia acerca de este punto, y si admitian la unidad de voluntad, era como exclusion de dos voluntades contrarias. Los semi-eutiquianos monotelitas, al reconocer la actividad y la facultad de querer en la naturaleza humana, se limitaban á disputar su ejercicio: los eutiquianos rigorosos desechaban la actividad misma; y esta diversidad de opiniones produjo las variaciones que se notaron segun las circunstancias en la exposicion de las doctrinas de la secta. Pero en el fondo los principios de unos y otros conducian á las mismas consecuencias.

Durante la guerra con los persas tratando Heraclio de atraer los partidos que habian despedazado la iglesia en Oriente, tuvo conferencias con cierto Pablo, jefe de los eutiquianos de Armenia, y con Anastasio, patriarca de los jacobitas de Antioquía, é instándolos para que admitieran el concilio de Calcedonia y confesaran dos naturalezas en Jesucristo, Anastasio, llevado de la esperanza de ser reconocido como patriarca de Oriente, respondió que consentia con tal que despues de la union de las dos naturalezas no se admitiese mas que una sola voluntad y una sola operacion. El emperador consultó sobre esta respuesta á Sergio de Constantinopla, quien no vaciló en aprobar la doctrina de Anastasio, porque siendo hijo de padres jacobitas, habia abrazado tambien de mucho tiempo atrás el monotelismo, cuyo autor dicen que fue Teodoro, obispo de Faran, en la Arabia. Sergio para dar mas crédito á este error compuso una carta fingida de Memnas al Papa Vigilio, en la que se enseñaba formalmente la unidad de operacion y de voluntad, y con toda diligencia la envió á Teodoro. En seguida la comunicó con una aprobacion de este último á Pablo el Tuerto, jefe de los eutiquianos, para atraerle á la comunion católica. Tam-

bien intentó reunir á la iglesia por este medio los sectarios de Pablo de Samosata, que teniendo á Jesucristo por simple hombre, no podian atribuirle mas que una operacion. Heraclio, recibida la respuesta de Sergio, creyó que podia facilmente poner término á las divisiones y ganar á los eutiquianos. Escribió pues á los principales obispos para que aprobaran la unidad de operacion, y pasando al pais de los lazos, propuso su proyecto á Ciro, metropolitano de Faside. Este como que titubeó al principio; pero habiendo visto la carta de Sergio al emperador, y consultado por sí á este patriarca que le envió con su respuesta la fingida carta de Mennas, se declaró partidario del monotelismo, favoreció el plan de Heraclio con todo su poder, y á poco tiempo consiguió en recompensa de su zelo la silla de Alejandría, que vacó en el año 630 por muerte de Jorge, sucesor de S. Juan el Limosnero (1).

Luego que Ciro ocupó esta silla, se puso de acuerdo con Teodoro de Faran, y trabajó segun el plan y miras del emperador en reunir á la iglesia las diferentes sectas de eutiquianos que abundaban mucho en Egipto. Para este objeto formó nueve artículos de doctrina sobre la Trinidad y la Encarnacion, todos ortodoxos, excepto el séptimo en que declaraba que el mismo Jesucristo producia las acciones divinas y humanas por una sola operacion teándrica, es decir, divina y humana á un mismo tiempo; de suerte que la distincion no existe mas que en nuestro entendimiento. S. Sofronio que se hallaba entonces en Alejandría, se echó á los pies del patriarca para persuadirle que suprimiera aquel artículo; pero sus representaciones fueron inútiles. Los teo-

(1) Teoph. — Cedren. — Mas. *Disp. cum Pyrh.*

dosianos y jacobitas no pusieron dificultad en firmar los nueve artículos de Ciro, y fueron todos juntos á recibir la comunion en la iglesia mayor de Alejandría. Esta reunion se efectuó el 3 de junio del año 623: los eutiquianos la consideraron como un triunfo, y decian públicamente que los defensores del concilio de Calcedonia se habian resuelto al cabo á reunirse á ellos, y que reconociendo una sola operacion confesaban tambien una sola naturaleza. Sofronio, no habiendo adelantado nada con el patriarca de Alejandria, marchó inmediatamente á Constantinopla para representar á Sergio contra estas novedades; pero no sacó mas fruto. Sergio aprobó la conducta y la doctrina de Ciro en una carta, en que se ve claramente su inclinacion al eutiquianismo. «Habeis tenido enteramente razon, le dice, en enseñar como S. Cirilo una naturaleza del Verbo encarnado y una hipóstasis compuesta, distinguiendo solo con el pensamiento las partes que entran en la union.» Habiendo sabido despues que Sofronio acababa de ser elegido patriarca de Jerusalem á su regreso á Oriente, quiso prevenir al Papa Honorio, y le escribió una carta artificiosa en que protesta primero que no quiere hacer nada sino de acuerdo con él: entrando luego en materia cuenta el orígen de la cuestion: pero tiene cuidado de omitir la parte que habia tomado en ella, y da á entender que no habia sabido nada hasta que Ciro le habia consultado: y viniendo á hablar de la reunion de los eutiquianos y de las gestiones de S. Sofronio añade: «Le hemos instado á que nos mostrase pasajes de los padres en que se enseñe claramente que hay que reconocer dos operaciones en Jesucristo; pero no ha podido hacerlo; de modo que no hemos juzgado conveniente condenar los artículos que han traido tantos herejes á admitir el concilio de Calcedonia. Sin em-

bargo para terminar estas disputas de palabras hemos escrito al patriarca de Alejandría, ahora que la reunion es cosa hecha, que no deje hablar mas de una ó dos operaciones, y que haga reconocer un solo y mismo Jesucristo, obrando las cosas divinas y humanas; porque la expresion de una sola operacion, aunque se encuentra en algunos padres, hace temer que se quieran confundir las dos naturalezas; y muchos se escandalizan del término de dos operaciones, porque no se encuentra en ningun padre, y ademas supone que se deben reconocer en Jesúcristo dos voluntades contrarias; lo cual es impío.» Por último Sergio afirma que el mismo S. Sofronio ha reconocido el inconveniente de estas disputas, y prometido no hablar mas ni de una ni de dos voluntades. Bien se ve cómo abundaban en esta carta las ocultaciones y la mentira.

Honorio engañado con estos artificios, creyendo que en efecto solo se trataba de una disputa de palabras, y deslumbrado con la esperanza de atraer al seno de la iglesia la multitud de sectas eutiquianas de que estaban llenos el Egipto y el Oriente, aplaudió el zelo aparente de Sergio, y aprobó en un todo su conducta. «Hemos recibido la carta en que nos manifestais que un tal Sofronio, entonces monge y ahora obispo de Jerusalem, ha suscitado disputas y nuevas cuestiones de palabras contra nuestro hermano Ciro, que enseña á los herejes convertidos una sola operacion en Jesucristo; pero que habiéndoseos presentado Sofronio ha desistido de sus quejas despues de recibir por escrito vuestras instrucciones, en las cuales hemos notado mucha prudencia, y os alabamos por haber terminado esta novedad de palabras capaces de escandalizar á los débiles. Nos confesamos una sola voluntad en Jesúcristo, porque la divinidad tomó nuestra naturaleza tal como estaba antes

de ser corrompida por el pecado, y no una naturaleza viciada con inclinaciones ó deseos contrarios á la ley del espíritu. No vemos que la Escritura ni los concilios nos autoricen para enseñar una ó dos operaciones; ó si alguno ha hablado asi por acomodarse á la debilidad de las inteligencias, no se debe formar un dogma, porque es una cosa manifiesta por toda la escritura que Jesucristo es uno solo que opera por la divinidad y la humanidad; pero no debe importarnos el saber si á causa de las obras de la divinidad y de la humanidad se ha de decir ó entender una sola ó dos operaciones, y dejamos esta cuestion de palabras á los gramáticos. Debemos desechar estas expresiones nuevas que son un germen de escándalos, no sea que las personas sencillas sorprendidas de los términos de dos operaciones nos crean nestorianos, ó al contrario se nos mire como eutiquianos si no admitimos mas que una sola.»

S. Sofronio promovido á la silla de Jerusalem á fines del mismo año 633 reunió inmediatamente un concilio de la Palestina, y segun la costumbre envió á los obispos de las primeras sillas una carta sinodal, que contenia su profesion de fé con una exposicion luminosa de la doctrina católica sobre las dos operaciones en Jesucristo. Señala circunstanciadamente las acciones propias de la naturaleza humana, las de la naturaleza divina y por fin las acciones mixtas en que intervenia el concurso de las dos naturalezas, como por ejemplo ciertos milagros en que una operacion corporal ejecutaba la obra de la potencia divina. A este último género aplica el término de operacion teándrica que se halla en las obras atribuidas á S. Dionisio Areopagita, aunque puede aplicarse igualmente á todas las acciones de la naturaleza humana en el sentido de estar sujetas á la direccion personal del Verbo divino. El Papa Honorio, aunque recibió esta

carta, no desistió de su anterior opinion y escribió á San Sofronio y á Ciro exhortandolos á abstenerse de los términos nuevos de una ó dos operaciones en la exposicion de la fé. Tambien envió otra carta á Sergio, en que le comunicaba lo que acababa de escribir á aquellos dos patriarcas, y explicandose de nuevo sobre esta disputa decia: « No hay que hablar de una ni de dos operaciones á causa de la poca inteligencia de los pueblos y para evitar las dificultades de muchas cuestiones interminables; pero debemos enseñar que cada una de las dos naturalezas en Jesucristo obra en perfecta armonia con la otra, la naturaleza divina lo que es de Dios, y la naturaleza humana lo que es de la humanidad. En vez de decir con algunos una sola operacion, se debe confesar un solo operante, un solo Cristo en dos naturalezas reales; y en vez de dos operaciones, dejando á un lado estas expresiones, confesar mas bien con nosotros dos naturalezas, es decir, la divinidad y la humanidad operando en la sola persona del hijo de Dios sin division ni confusion, cada una lo que le es propio. Los que usan de estas expresiones no discurren que segun que se atribuye á Jesucristo una ó dos naturalezas, se reconoce tambien una ó dos operaciones; lo que es grandisima impertinencia decir ó pensar. He creido que debia escribiros para mostraros la conformidad de mi fé con la vuestra, á fin de que estemos animados de un mismo espíritu.» Por las citas que hemos hecho se ve que Honorio enseñaba en el fondo la doctrina católica sobre las operaciones propias de cada una de las dos naturalezas, y que si no confesaba mas que una sola voluntad, era solamente en el sentido de excluir dos voluntades contrarias, ó en otros términos toda oposicion de la voluntad humana á la voluntad divina. Pero cometió la falta grave de expresarse acerca de una cuestion de fé en un lenguaje

obscuro y equívoco, de desaprobar como una novedad peligrosa la expresion clara y precisa del dogma católico, y de favorecer la herejía prescribiendo el mismo silencio á los partidarios del error que á los defensores de la verdad. Todo lo que puede decirse para disculparle es que las distancias de los lugares, las mentiras de Sergio y tal vez la ignorancia de la lengua griega le impedian conocer la importancia ó el objeto de la disputa, y prever las funestas consecuencias de su carta.

S. Sofronio continuó oponiéndose á los monotelitas y recopiló hasta seiscientos pasajes de los santos padres para combatir el error con la autoridad de la tradicion: ademas como el mal fuese creciendo de dia en dia, llamó á Estevan de Dora su primer sufragáneo, le llevó al Calvario y le dijo: « Vos dareis cuenta al que fue crucificado en este lugar si despreciais el peligro en que se encuentra la fé. Haced pues lo que no puedo yo hacer á causa de la incursion de los sarracenos: íd á presentaros á la silla apostólica donde estan los fundamentos incontrastables de la fé. Manifestad lo que aqui pasa, y no desistais de vuestras gestiones hasta que hayais logrado que se condenen estas novedades impías. Estevan no pudo resistirse á tan patética exhortacion y al punto se puso en camino; pero probablemente no llegó á Roma hasta despues de la muerte de Honorio. Este falleció en octubre del año 638, y fue su sucesor Severino que no se consagró hasta el mes de mayo del año 640, porque los monotelitas con su crédito retardaron el consentimiento del emperador. Este príncipe habia publicado á principios del año 639 un edicto compuesto en su nombre por Sergio y que se llamó *ectesis*, es decir, exposicion, como que era una explicacion de la fé. Comenzaba exponiendo la doctrina católica sobre la Trinidad, y acerca de

la Encarnacion marcaba claramente la unidad de persona y la distincion de las dos naturalezas; pero prohibia decir una ó dos operaciones, y daba despues como artículo de fé la unidad de voluntad. El patriarca Sergio congregó un concilio en Constantinopla para pasar este edicto, y luego que le hubieron aprobado los obispos, prohibió enseñar nada en contrario pena de entredicho absoluto para los clérigos y de excomunion para los monges y seglares. El patriarca de Alejandría no fue menos solícito para que se admitiese aquel en Egipto. Habiendo muerto Sergio de alli á poco tiempo, su sucesor Pirro reunió al punto un nuevo concilio, en el que mandó que todos los obispos aprobasen la ectesis pena de excomunion. El emperador la envió tambien al exarca de Ravena para que la sometiera á la aprobacion del nuevo papa, y no consintió en confirmar su eleccion hasta que los legados que fueron á Constantinopla dieron una promesa equívoca de futura aprobacion. Sin embargo el Papa Severino lejos de aprobar la ectesis condenó expresamente el monotelismo. No ocupó la santa sede mas que dos meses, y le sucedió Juan IV que fue consagrado hácia fines del mismo año 640. En el intervalo de su eleccion y su consagracion el clero de Roma segun la costumbre recibida, respondió á una carta que habian dirigido los irlandeses al papa Severino. Esta respuesta lleva los nombres de Hilario, arcipreste y vicario de la sede apostólica, Juan diacono, otro Juan, primicerio y tambien vicario de la santa sede, y por último Juan consejero. Aqui se ve quiénes tenian la principal autoridad durante la vacante, á saber, los jefes de los tres órdenes del clero, el arcipreste, el arcediano y el primicerio por los clérigos inferiores. El Papa Juan IV reunió un concilio en que condenó el monotelismo y la ectesis sin declarar nada contra las

personas, y se lo participó á Pirro de Constantinopla en cartas sinodales. Al saber Heraclio esta condenacion se apresuró á desaprobar la ectesis, y escribió al Papa que la habia compuesto muchisimo tiempo antes Sergio, quien le pidió que la firmara y publicara bajo su nombre. « Ahora, añadia, viendo que es un motivo de disputa declaro á todo el mundo que no soy su autor.» Heraclio murió de allí á poco tiempo en febrero del año 641: su primogénito y sucesor Constantino no le sobrevivió mas que unos tres meses. Creyóse que le habia envenenado la emperatriz Martina su madrastra, que queria sentar en el trono á su propio hijo Heracleonas; pero de allí á algunos meses el senado le desterró con su madre y reconoció emperador á Constante, hijo de Constantino, que reinó veinte y siete años. Durante estas revoluciones tuvo que huir el patriarca Pirro, y ocupó su lugar Pablo, quien no se mostró menos zeloso por el monotelismo. El Papa Juan IV habia escrito al emperador Constantino sin perder momento exhortandole á suprimir la ectesis: en esta carta al combatir el monotelismo testifica expresamente que Honorio no habia admitido la unidad de voluntad en su respuesta á Sergio en el sentido de que no habia mas que una para las dos naturalezas, sino solamente para excluir dos voluntades contrarias, es decir, una voluntad de la carne opuesta á la voluntad del espíritu como en nuestra naturaleza viciada por el pecado. S. Máximo hace notar en su conferencia con Pirro que este testimonio era mucho mas irrecusable, por cuanto el secretario encargado de redactar la carta del Papa á Constantino lo habia sido tambien de Honorio, y por consiguiente podia conocer el sentido de su respuesta mejor que nadie. El Papa Juan IV murió en octubre del año 642, y en el mismo le sucedió Teodoro que ocupó la santa sede seis años y me-

dio. Hácia esta misma época falleció S. Sofronio de Jerusalem; pero no se sabe en qué año. Ademas de su carta dogmática quedan muchos escritos suyos, la mayor parte no publicados aun; y algunos, entre otros una explicacion de la liturgia, no se han descubierto hasta hace poquisimo tiempo. Antes de morir tuvo el dolor de ver caer la ciudad de Jerusalem y la Palestina en poder de los musulmanes, que habian invadido ya gran parte del oriente (1).

Mahoma, autor de esta secta, era natural de la ciudad de la Meca en Arabia, donde nació hácia el año 570, y pertenecia á la tribu de los coraisitas ó corisios que presumian descender de Ismael por Cedar su hijo primogénito: primeramente se dedicó al comercio y fue á Damasco de Siria, donde le recibió de factor una viuda rica llamada Cadija: luego se casó con ella y tuvo una hija á quien puso por nombre Fátima. Hácia el año 608 comenzó Mahoma á declararse profeta, y como padecia accidentes de epilepsia hizo creer que estos eran unos éxtasis durante los cuales conversaba con el ángel Gabriel. Al principio lo persuadió á su mujer, á su esclavo, á su primo Alí y á Abubeker, hombre muy distinguido por su mérito y riquezas. Despues ganó otras cinco personas, y á los cuatro años se puso á predicar su doctrina. No intentaba establecer una religion nueva, sino únicamente restablecer en su pureza la de Abraham é Ismael, mas antigua, decia él, que la de los judios y cristianos.

Primeramente clamó con energia contra los idólatras, y sentó como punto fundamental de su doctrina la unidad de un Dios soberanamente perfecto y criador del universo. Enseñaba ademas que Dios habia enviado

(1) Theoph. — Act. S. Max. — *Disp. cum Pirrh.*

profetas en diversos tiempos para instruir á los hombres, á saber, Noé, Abraham, Moises, con los otros que los judios reconocen, y algunos árabes célebres en las tradiciones de su pais. El mayor de todos los profetas, añadia, fue Jesus, hijo de Maria, nacido milagrosamente sin que ella perdiese su virginidad: este es el Mesias, el Verbo, el espíritu de Dios. Los judios le quisieron matar por envidia; pero Dios le salvó por milagro. Juan, hijo de Zacarias, los apóstoles de Jesus y los mártirès son tambien santos. La ley de Moises y el Evangelio son libros divinos; pero los judios y los cristianos han alterado la verdad, y corrompido las santas escrituras. Por eso me ha enviado Dios para instruir á los árabes. Es menester pues renunciar á la idolatria y no adorar mas que á un solo Dios sin atribuirle nada que sea indigno de él, ni ningun hijo que divida con él el culto supremo que le es debido. Es menester reconocer á Mahoma por su profeta y creer en la resurreccion, en el juicio universal, en el infierno donde arderán eternamente los malos, y en el paraiso que es un jardin delicioso donde los buenos gozarán eternamente de todo género de placeres y deleites sensuales entre una multitud de mujeres hermosas. En cuanto á las prácticas exteriores de la religion Mahoma prescribió la oracion cinco veces al dia en ciertas horas y frecuentes abluciones como una disposicion necesaria para la oracion. Tambien ordena la abstinencia del vino, de la sangre y de la carne de puerco, el ayuno del mes Ramadan y la santificacion del viernes, y recomienda la peregrinacion á la Meca á lo menos una vez en la vida para visitar el famoso templo de la Caabah muy venerado de los árabes que atribuian su fundacion á Abraham. Mahoma prescribe á sus creyentes que se vuelvan siempre hácia aquel templo para hacer oracion. Insistió sobre

la necesidad de dar limosna y de pagar el diezmo; pero no cesaba de maldecir á los que él llamaba infieles. Excitaba á tomar las armas para la defensa y propagacion de su secta prometiendo el paraiso á todos los que murieran en aquellos combates. Mandaba exterminar á los idólatras y á los que abandonasen su doctrina una vez abrazada: por último enseñaba una predestinacion fatal que arreglaba el destino de cada uno de un modo inevitable. Por todos estos medios supo inspirar á sus sectarios un fanatismo ilimitado y un profundo desprecio de la muerte.

Mahoma hacia escribir sucesivamente las instrucciones que daba á sus discípulos, y llamó estos escritos Al-Coran, es decir, la lectura, ó como diriamos nosotros la escritura: decia que estos escritos le eran enviados del cielo por el ministerio del ángel Gabriel. Los discursos de Al-Coran carecen de razonamientos, enlace y conexion; pero no de plan. Propenden á autorizar la supuesta mision de Mahoma asegurando con extremada audacia que habla de parte de Dios, y alegando los ejemplos de Moises, de los otros profetas y de Jesucristo mismo, que siempre encontraron resistencia en los hombres. Cuenta muchas historias del antiguo y del nuevo testamento; pero casi todas alteradas y mezcladas con fábulas. Se nota cierta ignorancia grosera, como cuando confunde á Maria, hermana de Moises, con Maria, madre de Jesus; y hay contradicciones manifiestas y una infinidad de repeticiones. Sin embargo da preceptos de moral de cuando en cuando y prescribe ceremonias de religion ó leyes para el comercio de la vida; pero todo sin ningun órden. A veces hace su apologia esforzándose á responder á los cargos que se le dirigian: otras alienta á los suyos abatidos por una derrota ó cualquier otro accidente; y por todas partes esparce lugares

comunes sobre la majestad de Dios, su poder y su bondad, sobre la ingratitud de los hombres, sobre las penas y recompensas de la otra vida, procurando imitar con un estilo pomposo y figurado la elocuencia sublime de los profetas.

La doctrina que enseñaba y las prácticas que proponia, no eran nuevas para la mayor parte de los árabes; porque aunque entre ellos habia muchos idólatras, tambien abundaban los judios y cristianos. Los árabes, cualquiera que fuese su religion, eran por lo comun muy ignorantes, sobre todo en la Arabia Petrea á donde apenas concurrian extranjeros. Hacia poco que se habia introducido allí el uso de las letras, y ni aun Mahoma sabia leer ni escribir. Hasta entonces los árabes como todas las demas naciones conservaban sus genealogias é historias en verso; pero como estas tradiciones no se fijaban por medio de la escritura, estaban mezcladas con muchas fábulas. Ademas de la poesia tenian una especie de elocuencia, que consistia en pensamientos brillantes, figuras atrévidas y discursos enfáticos casi siempre sin órden ni exactitud en el raciocinio. Como Mahoma sobresalia en este género de elocuencia y daba con gentes ignorantisimas, les persuadió lo que quiso, porque hablaba de un modo conforme á sus preocupaciones sin hacer apenas otra cosa que reunir y comentar unas tradiciones y prácticas ya antiguas entre los árabes. Hacia mucho tiempo que los judios y cristianos les predicaban la unidad de Dios, y hasta los sabeos reconocian un primer ser soberanamente perfecto. El vino es raro en aquel pais esteril, y el calor aconseja mayor sobriedad. La circuncision, las abluciones frecuentes y la peregrinacion á la Meca eran prácticas establecidas mucho tiempo antes. Los habitantes estaban acostumbrados á ver á los cristianos orar siete veces al

dia y una parte de la noche, ayunar la cuaresma, pagar el diezmo y dar abundantes limosnas. Casi no quedaba ya mas que abolir entre aquellos pueblos la idolatria extinguida en todo el imperio romano y desacreditada por todo el mundo.

Mahoma encontró mucha oposicion, sobre todo entre los corisios. Tratabanle de insensato, de endemoniado y de impostor, y le pedian milagros en prueba de su mision; á lo que respondia que solo era enviado para predicar, y que Dios habia hecho bastantes milagros por Moises, Jesus y los otros profetas: en último recurso acudia á los lugares comunes sobre el poder de Dios, el juicio, el infierno y el paraiso. Los corisios despues de haberse declarado contra Mahoma le proscribieron por un escrito fijado en el templo de la Meca. Su doctrina habia hecho ya algunos progresos en el resto de la Arabia, particularmente en Medina, antigua ciudad de comercio á unas setenta leguas de la Meca por el lado del Egipto y de la Siria. Alli se refugió Mahoma, y de esta retirada famosa data la era mahometana llamada egira, es decir, huida. Comienza el 16 de julio del año 622 de Jesucristo. Mahoma, apoyado en Medina por un partido poderoso, levantó tropas, se puso á su frente y derrotó muchas veces á los corisios que al cabo hicieron tregua con él el año VI de la egira. Entonces sus sectarios le proclamaron solemnemente su soberano y él se dedicó á darles leyes. Mantuvo el uso de la poligamia con la libertad de repudiar las mujeres y volverlas á tomar muchas veces: él tuvo hasta quince sin contar un gran número de concubinas, dictó disposiciones para la educacion de los niños y el cuidado de los huérfanos, arregló las sucesiones, mandó escribir los contratos y guardar la buena fé en ellos. Hizo muchas leyes para mantener la disciplina militar y otras tocante á la reparticion del botin;

y la justicia que en esto observaba le atraia sin duda muchos partidarios. Habiendo roto la tregua los corisios en el año VIII de la egira, Mahoma marchó contra ellos con un ejército de diez mil hombres, entró en la Meca sin resistencia, y fue reconocido por profeta y soberano: se contentó con quitar la vida á sus mayores enemigos. Volvióse á Medina donde continuó residiendo siempre, y solo iba á la Meca en peregrinacion. Por último en el año XI de la egira y 632 de Jesucristo murió este famoso impostor á la edad de sesenta y tres, despues de haber conquistado toda la Arabia: de tantas mujeres como habia tenido no dejó mas hijos que Fátima, mujer de su primo Alí.

En el mismo dia de la muerte de Mahoma reconocieron los musulmanes por su sucesor á Abubeker, uno de sus primeros sectarios, que tomó el título de califa, es decir, vicario ó teniente del profeta. Recopiló en un solo volúmen el Coran que Mahoma habia mandado escribir en diversos tiempos y lugares, segun las ocasiones, y aun una parte solo se conservaba en la memoria de los musulmanes que lo tomaban de coro. Abubeker tenia mas de sesenta años, y solo reinó dos: eran elogiados con especialidad su desinterés y equidad. Todos los viernes, que son los dias de descanso para los musulmanes, les distribuia todo el dinero del tesoro público, y no se reservaba diariamente mas que unos veinticuatro sueldos de nuestra moneda. Al principio tuvo que apaciguar algunas revueltas, sobre todo las que ocasionaron tres nuevos falsos profetas; pero estos fueron derrotados, y disipados sus partidos. En su corto reinado subyugó Abubeker á los árabes, vasallos de los persas hácia el Irac ó antigua Caldea, y sus generales se adelantaron hasta la Siria. El sucesor de Abubeker fue Omar, que tomó con el título de califa el de

Emir-Al-Mumenin, es decir, comandante de los fieles, y estos títulos pasaron á sus sucesores. Observó exactamente la justicia, y siguió la costumbre de Abubeker de distribuir los fondos del tesoro todos los viernes. Reinó diez años, en los cuales extendieron los musulmanes sus conquistas con una rapidez prodigiosa. En el de 634 se apoderaron de Damasco, se establecieron en la Fenicia, vencieron á Heraclio, y le forzaron á abandonar la Siria. No tardaron en conseguir otra victoria de los generales imperiales, y ocuparon la mayor parte de las ciudades. Jerusalem al cabo de dos años de sitio se rindió por capitulacion en el de 636, y el santo patriarca Sofronio alcanzó de Omar que los habitantes conservarian sus bienes y el libre ejercicio de su religion. Previendo Heraclio la toma de esta ciudad, se habia llevado la verdadera cruz á Constantinopla. Omar entró en Jerusalem como en una ciudad santa, vestido de un simple cilicio de pelo de camello, y resolvió establecer allí un lugar de oracion para los musulmanes; á cuyo efecto eligió el lugar en que estuvo el templo de Salomon, y él mismo empezó á quitar las inmundicias de que estaba lleno. De allí á algunos años mandó construir una mezquita. La ciudad de Antioquía se rindió tambien el año 638, y obtuvo como Jerusalem y Damasco la conservacion de los bienes y el libre ejercicio de la religion para sus habitantes. Moavia, general de Omar, recibió el título de emir y el gobierno de todo el pais que poseian los musulmanes desde el Egipto hasta el Eufrates. Asi pasó la Siria á su dominacion despues de haber estado bajo la de los romanos durante setecientos cuatro años, desde que la conquistara Pompeyo en el de 688 de Roma. Damasco se hizo la capital de esta provincia, y fue disminuyendo poco á poco Antioquia que lo habia sido desde su fundacion por espacio de novecien-

tos cincuenta años: hoy no es mas que un lugar que apenas contiene cuatro mil almas. Al año siguiente 639 pasaron los musulmanes el Eufrates, tomaron á Edesa y toda la Mesopotamia, y conquistaron luego la mayor parte del imperio de los persas: esta conquista les proporcionó riquezas inmensas.

El califa Omar, despues de haberse hecho dueño de la Palestina y la Siria, envió un grande ejército á Egipto al mando de Amru, quien deshizo á las tropas romanas, sojuzgó todo el pais, y puso sitio á Alejandría que fue tomada el año 640 despues de haberse resistido catorce meses. Asi se apoderaron los musulmanes del Egipto que habia estado sujeto á los romanos 666 años desde la batalla de Accio, en la que Augusto derrotó á Antonio y Cleopatra. Alejandría dejó de ser la capital del Egipto; pero subsistió á causa de su puerto y comercio. Amru llamó á Benjamin, patriarca de los jacobitas, que habia estado escondido diez años, y le dió letras de salvaguardia. Desde entonces hubo siempre un patriarca jacobita ademas del melquita, es decir, el que seguia la religion del emperador. Entre los jacobitas ó severianos de Alejandría habia uno llamado Juan, y por sobrenombre el Gramático, muy estimado por su ciencia, y Amru le miraba con mucha consideracion: Juan le pidió los libros que habia en la biblioteca de Alejandría como inútiles á los musulmanes. Amru respondió que no podia disponer de ellos sin órden del califa: le escribió pues y recibió esta contestacion: «Si lo que los libros contienen concuerda con el libro de Dios, el libro de Dios nos basta: si contienen alguna cosa contraria á él, no los necesitamos. Así es menester deshacerse de ellos.» Amru mandó repartir los libros en los baños de Alejandría, y dicen que sirvieron para calentarlos por espa-

cio de seis meses aunque habia cuatro mil baños (1).

Omar fue asesinado por un esclavo persa, mientras estaba orando en público, el año 23 de la egira, y le sucedió Otoman, de la familia de Mahoma, bajo cuyo reinado acabaron los musulmanes la conquista de la Persia: Ildegerdis, último rey de esta nacion, fue muerto el año 652. Con el imperio de los persas se abolió la religion de los magos adoradores del fuego ó del sol; y los que no quisieron abandonar la idolatría para abrazar el mahometismo, se retiraron á las Indias, donde se han perpetuado hasta nuestros dias con los nombres de güebras y parsis. Los musulmanes bajo la conducta del gobernador de Egipto invadieron tambien las provincias del Africa hasta el estrecho de Gibraltar, impusieron un tributo á los habitantes, dejaron guarniciones en muchas plazas fuertes, y volvieron cargados de un botin riquísimo. Moavia, gobernador de Siria, creó una marina que le sirvió para hacer excursiones á las islas ó por las costas del imperio; y entonces ó poco despues fue cuando un tal Calinico dicen que inventó el fuego griego ó marinoto que quemaba bajo del agua. A la muerte de Otoman el imperio de los musulmanes comprendia la Arabia entera, la Persia, la Mesopotamia, la Siria, el Egipto y gran parte del Africa. Aquel califa aborrecido de muchos árabes de cuenta pereció en una insurreccion á los doce años de reinado. Inmediatamente sus enemigos proclamaron califa á Alí, yerno y primo de Mahoma. Moavia, gobernador de Siria, no quiso reconocerle, y atrajo á su partido á Amru, el conquistador del Egipto. Tambien se declaró contra Alí otro partido á cuya cabeza estaba Aicha, la mujer mas

(1) Aboulfar. *Hist. univ* — Teoph. — Elmacin. *Hist. Sacra.*

querida de Mahoma. Esta última faccion fue deshecha fácilmente; pero no sucedió lo mismo con el partido de Moavia, que se sostenia por la rivalidad de las provincias conquistadas contra la Arabia. Por último despues de muchos años de guerra tres árabes formaron el proyecto de terminar aquellas discordias sangrientas con el asesinato de Alí y de Moavia. Este solamente fue herido; pero Alí fue muerto el año 660 mientras estaba haciendo oracion en público. Sus partidarios le honraron como mártir, y su sepulcro se convirtió en lugar célebre de peregrinacion. Hasan, su hijo, proclamado califa, cedió á poco tiempo sus derechos á Moavia por una cantidad de dinero; y reconocido entonces este por único califa fue el tronco de la famosa dinastía de los Ommiadas. Con todo la familia de los Alidas conservó muchos partidarios en la Arabia; y de este suceso data la division de los musulmanes en dos sectas enemigas, los schiitas y los sunnitas. La primera mira á los Alidas como los únicos sucesores legítimos de Mahoma, y maldice á todos los demas califas como usurpadores é impíos: tambien desecha las tradiciones orales atribuidas por los sunnitas á Mahoma. Los turcos siguen esta última secta, y los persas la otra. Ademas de estas dos sectas enemigas existen otras cuatro principales y una multitud de subalternas, todas las cuales difieren en varios puntos; pero no dejan de tolerarse.

Despues de la invasion de los musulmanes quedaron reducidas las iglesias de Oriente á un estado deplorable: muchas estuvieron largo tiempo sin pastores ó en poder de herejes. Los nestorianos levantaron la cabeza en Siria, y los jacobitas ó eutiquianos en Egipto, y desde entonces casi no es ya posible hallar exactamente la sucesion de los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalem. Poco importaba á los musulmanes cuál era la

creencia de los cristianos sus vasallos; pero los que estaban en comunion con las sillas de Roma y Constantinopla, eran para ellos sospechosos de fidelidad á los emperadores, mientras que los jacobitas y nestorianos habian cooperado muchas veces al buen suceso de sus empresas: así la política persuadia á los musulmanes que los prefirieran á los católicos.

LIBRO XIX.

Desde la conquista de Oriente por los musulmanes hasta fin del siglo VII.

DE 640 Á 700.

Parte de la nacion de los lombardos continuaba profesando el arrianismo, y su rey Rotaris, elegido en el año 638, seguia tambien aquella herejía. Así casi todas las ciudades de su reino tenian dos obispos, uno católico y otro arriano. Rotaris reinó catorce años, y fué quien mandó redactar por escrito las leyes de los lombardos á los setenta y siete años de su entrada en Italia. Su hijo Rodoaldo que le sucedió el de 652, murió al siguiente, y fue reemplazado por Ariberto, bávaro de nacion, cuyo reinado duró ocho años. A su muerte se dividió el reino entre sus hijos Pertarito y Godeberto, ambos católicos; pero Godeberto pereció de allí á poco tiempo por la traicion de Grimoaldo, duque de Benevento, que hizo que le proclamaran los lombardos su rey. Pertarito obligado á huir volvió á ocupar el trono despues de muerto Grimoaldo el año 671, y dejó el reino á su hijo Cuniberto que reinó hasta fin del siglo VII. Muchos duques lombardos se aprovecharon de

las turbulencias del estado ó de la debilidad de los reyes para extender su dominacion ó conquistar poco á poco la independencia, y de ahí provinieron la mayor parte de las reducidas soberanías que veremos perpetuarse tanto tiempo en Italia.

La herejía de los monotelitas se sostenia en Oriente por la autoridad del emperador Constante y de Pablo, patriarca de Constantinopla. Habiendo recibido el Papa Teodoro las letras sinódicas de este último, en que el hipócrita sectario tenia buen cuidado de disimular sus errores; le escribió que aboliera la ectesis, y remitió adjunto á su carta un decreto que condenaba aquel edicto: al mismo tiempo envió dos legados para congregar un concilio y pronunciar la destitucion de Pirro, que habia tenido que dejar su silla sin ser juzgado canónicamente. Estas diligencias del Papa no produjeron ningun efecto, y no tardó en saber por las quejas de Sergio, metropolitano de la isla de Chipre, que la ectesis continuaba fijada públicamente en Constantinopla. Al señalar aquel obispo la protervia de los monotelitas, declaraba á nombre de toda su provincia que era adicto inviolablemente á la fé de S. Leon, y que queria seguir en todo la doctrina de la santa sede, cuya autoridad dice que tiene su orígen en la potestad dada á S. Pedro por Jesucristo. Estevan de Dora, enviado á Roma por San Sofronio, se quejó de que Pablo hubiese sostenido con su valimiento en Constantinopla á algunos obispos consagrados irregularmente en el patriarcado de Jerusalem, porque habia consentido en firmar la ectesis. Con este aviso el Papa Teodoro nombró á Estevan su vicario en Palestina con facultad de destituir á aquellos obispos si no abjuraban la herejía que habian aprobado. Despues hizo multiplicadas y eficaces amonestaciones á Pablo por medio de sus legados antes de resolverse á tomar medi-

das de rigor contra él; pero no adelantó nada con aquel patriarca obstinado, cuyos errores suscitaron tambien quejas de los obispos de Africa.

Los primados de la Numidia, de la Bizacena y de la Mauritania reunieron los concilios de sus provincias el año 646, y escribieron en comun una carta sinodal al Papa Teodoro en nombre de todos los obispos, rogándole que pusiese sus representaciones en conocimiento del patriarca de Constantinopla. Llaman al Papa padre de los padres, señor y cabeza de todos los pastores que hay en el mundo; y declaran que segun las antiguas reglas no debe tomarse ó adoptarse ninguna decision en las provincias mas remotas antes de someterla á la santa sede para que la confirme con su autoridad; y añaden que todas las iglesias deben recibir la doctrina de la fé de esta silla como de una fuente siempre pura. Un concilio de la provincia proconsular escribió tambien al patriarca de Constantinopla contra el monotelismo, y aun tenemos esta carta sinodal suscrita por sesenta y ocho obispos. Fue enviada al Papa como la de las otras provincias, y Victor, primado de Cartago, le rogó que la remitiese por sus legados. Por último los obispos de la Bizacena escribieron al mismo emperador suplicándole que obligase al patriarca Pablo á seguir la doctrina de toda la iglesia.

S. Máximo, que se hizo célebre por su zelo, afanes y padecimientos en favor de la fé católica, habia confundido el año anterior á Pirro, uno de los jefes del monotelismo en Africa. Aquel santo doctor era natural de Constantinopla, y pertenecia á una de las familias principales del imperio: recibió una educacion conforme á su nacimiento y llegó á ser uno de los hombres mas sabios de su siglo; pero su modestia igualaba á su mérito. Nombrado primer secretario de Heraclio contra

su voluntad, no tardó en dejar este cargo para encerrarse en el monasterio de Crisópolis, cerca de Calcedonia, donde por sus virtudes fue elegido abad á poco tiempo. Los progresos que hacia la herejía en Oriente, le determinaron á pasar de Constantinopla á Africa, donde descubrió á los obispos los artificios y sutilezas de los monotelitas, y sobre todo clamó con energia contra Pirro que se habia retirado de la misma provincia. El gobernador de Africa los convidó á celebrar una conferencia pública á que asistió él mismo con muchos obispos y otras personas distinguidas. S. Máximo hizo ver hasta la última evidencia por diversos pasajes de la sagrada escritura, de los concilios y de los santos padres, que para ser católico habia que reconocer dos voluntades y dos operaciones en Jesucristo: que este dogma era una consecuencia necesaria de las dos naturalezas; y que no se podia poner en duda sin destruir la integridad y la perfeccion de la naturaleza humana en la Encarnacion. Respondió con tanta solidez como precision á todas las objeciones de los monotelitas, y probó con los testimonios que hemos citado anteriormente, que se abusaba de las cartas de Honorio interpretando en el sentido de una voluntad única lo que este Papa habia escrito para excluir dos voluntades contrarias en la humanidad: por último demostró que la cuestion interesaba esencialmente á la fé, y que querer dejarla indecisa prohibiendo hablar de una ó dos operaciones, era dar un motivo de triunfo á los herejes. En efecto estos se burlaron de los católicos despues de la publicacion de la ectesis, y decian por zumba en los parajes públicos: «Los calcedonianos despues de haber sido nestorianos habian reconocido la verdad, y reunídose á nosotros confesando una sola operacion; y ahora no

sabiendo ya qué creer no quieren reconocer ni una ni dos.»

No pudiendo Pirro responder nada á las razones de S. Máximo declaró que estaba pronto á abjurar sus errores, y pidió permiso para pasar á Roma á fin de presentar al Papa una retractacion por escrito. S. Máximo marchó con él. El sumo pontífice acogió bondadosamente á Pirro, y despues de haber recibido su retractacion á presencia del clero y de los fieles le trató como obispo, mandó ponerle una silla cerca del altar, le dió dinero para hacer dádivas al pueblo, y le suministró todo lo que necesitaba para su manutencion á expensas de la iglesia romana. Pero habiendo pasado de allí á poco el inconstante patriarca á Ravena no tardó en reincidir en su error y en profesar de nuevo el monotelismo: es probable que se dejó ganar por el exarca con la esperanza de recobrar su silla. El Papa Teodoro, indignado de una recaida tan pronta, reunió los obispos y el clero en la iglesia de S. Pedro, y pronunció la deposicion de Pirro con anatema. Dícese que pidió el caliz y tomó un poco de la preciosa sangre de Jesucristo para firmar la sentencia (1).

El patriarca Pablo, estrechado con las cartas de los obispos de Africa y con las instancias reiteradas de los legados, se habia resuelto por fin á escribir al Papa para explicar su doctrina; pero en vez de retractar la herejía procuraba justificarla con las sutilezas ordinarias de los monotelitas, y sostenia descaradamente que todos los santos padres estaban de acuerdo para enseñar la unidad de voluntad, apoyándose sobre todo en la autoridad de Sergio y del Papa Honorio. Sin embargo como la ectesis continuaba suscitando las reclamaciones

(1) Theoph.—Anast. *Vit. Pontif.*

de los católicos, resolvió suprimirla, y persuadió al emperador que publicara un edicto para imponer silencio sobre estas cuestiones. Este edicto se llamó tipo ó fórmula. El emperador, ó mas bien el patriarca en su nombre, exponia primero el objeto de la controversia, alegaba sumariamente las razones de los dos partidos, y añadia: «Prohibimos á todos nuestros vasallos católicos que disputen en lo sucesivo de cualquiera manera que sea tocante á una ó dos operaciones, una ó dos voluntades. Mandamos que se atengan á las santas escrituras, á los cinco concilios ecuménicos y á los pasajes de los santos padres, cuya doctrina es la regla de la iglesia, sin añadir ó quitar nada, ni explicarlos segun las opiniones particulares; y que quede todo en el estado en que se hallaba antes de estas disputas como si no se hubieran promovido.» Luego declaraba suprimida la ectesis y pronunciaba penas contra los que contraviniesen á su decreto, á saber, la deposicion para los obispos y clérigos, la excomunion y expulsion del monasterio para los monges, y para los seglares la destitucion, la confiscacion de bienes ó el destierro y el castigo corporal segun la condicion de las personas. Este edicto, que se diferenciaba de la ectesis en que no declaraba expresamente la unidad de voluntad como esta, se publicó el año 648, y disgustó en igual grado á católicos y monotelitas.

Viendo el Papa Teodoro que ni sus cartas ni las advertencias de sus legados habian podido atraer el patriarca Pablo á la fé católica, pronunció sentencia de deposicion contra él. En cuanto lo supo este, derribó el altar que tenia el sumo pontífice en Constantinopla en el palacio de Placidia, donde habitaban los legados, á quienes prohibió celebrar allí los santos misterios. Tambien se propasó á cometer violencias con ellos, y en-

volvió en la misma persecucion á muchos obispos y otros católicos zelosos, de los cuales unos fueron encarcelados, otros desterrados, y otros maltratados cruelmente. El Papa Teodoro murió de allí á poco tiempo en mayo del año 649, y le sucedió S. Martin que habia sido legado en Constantinopla.

A los tres meses de su consagracion convocó este pontífice un concilio en la iglesia del palacio de Letran en Roma, y asistieron á él ciento cinco obispos de Italia, Sicilia, Cerdeña y algunos de Africa. Se observa que entre tantos obispos no hay un solo nombre bárbaro. El concilio se abrió el 5 de octubre del año 649, y tuvo cinco sesiones. En la primera expuso el Papa el objeto de la reunion y dijo en sustancia: «Bien sabeis los errores introducidos por Sergio de Constantinopla, Ciro, obispo de Alejandría, Pirro y Pablo, quienes han enseñado que no hay mas que una operacion de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo. Sergio compuso despues una exposicion herética bajo el nombre de Heraclio entonces reinante, en que sostiene que no hay mas que una voluntad en Jesucristo, como una consecuencia de una sola operacion. Pablo de Constantinopla ha sorprendido al emperador á ejemplo de Sergio, y le ha persuadido que publique un tipo que destruye la fé católica, prohibiendo decir una ó dos voluntades. Nuestros predecesores no cesaron de escribir á aquellos obispos de Constantinopla en diferentes tiempos usando de súplicas y reprensiones; pero todo fue inútil. Por tanto he juzgado necesario congregaros, á fin de que todos juntos en presencia de Dios que nos ve y nos juzgará, examinemos lo que mira á estas personas y sus errores.» En seguida se leyó una carta presentada por los diputados del obispo de Ravena, que se disculpaba de no poder asistir en persona al concilio, y

condenaba todos los escritos en que se sostenian dichos errores. El obispo de Aquileya hizo la observacion de que bastaban una ó dos personas para acusar á los patriarcas monotelitas en atencion á que sus escritos los convencian; y el concilio adoptó este parecer. Tal fue el objeto de la primera sesion. En la siguiente ordenó el Papa que la acusacion fuese propuesta ó por las partes interesadas, ó por el primicerio y los notarios de la iglesia romana en vista de los documentos auténticos sacados de sus archivos. Estevan, obispo de Dora, presentó una querella en forma que exponia toda la serie de la cuestion, y se mandó insertar en las actas, como tambien otro pedimento presentado por gran número de abades y monges griegos, muchos de ellos presbíteros ó diáconos, contra el monotelismo. Estos solicitaban que el Papa mandase traducir exactamente en griego la decision del concilio á fin de poder dar su consentimiento despues de enterados de ella; lo que significa que deseaban tener una traduccion aprobada por el concilio mismo, y no que quisiesen arrogarse el derecho de juzgar la definicion pronunciada por el Papa y los obispos, supuesto que al principio de su pedimento reconocen expresamente á la santa sede por cabeza de todas las iglesias, y añaden que todo el mundo aguarda con respeto su decision. Luego se leyeron las querellas que habian enviado al Papa Teodoro el metropolitano de la isla de Chipre y los obispos de Africa.

En la tercera sesion se leyeron los escritos de los monotelitas, á saber, diversos extractos de una obra de Teodoro, obispo de Faran, los artículos de Ciro con su aprobacion de la ectesis, las cartas de Sergio y de Pirro y unos extractos de los concilios celebrados por estos dos patriarcas para confirmar el edicto de Heraclio. El Papa

discutió á fondo la doctrina de los sectarios, combatió sus sutilezas é hizo resaltar los absurdos y contradicciones en que los habian precipitado sus sistemas heterodoxos. Uno de los principales argumentos de los monotelitas se fundaba en la operacion teándrica, de que se habla en las obras atribuidas á S. Dionisio Areopagita. Primeramente se patentizó que Sergio y Ciro habian variado su sentido con alteraciones ó supresiones, y luego se cuidó de explicar esta expresion como lo habia hecho S. Sofronio, porque ya no se disputaba la autoridad de estos libros desconocidos cien años antes. «La palabra teándrica, dice S. Martin, implica necesariamente dos operaciones. S. Dionisio usó de esta palabra compuesta para denotar asi su union en una sola persona, porque el mismo Jesucristo hacia humanamente las acciones divinas, y divinamente las acciones humanas. Este es lo que expresa S. Leon diciendo que cada naturaleza obra en él lo que le es propio; pero con la participacion de la otra.»

En la cuarta sesion hizo tambien el Papa algunas observaciones sobre los documentos leidos anteriormente, y manifestó que los sectarios se habian condenado á sí mismos con sus variaciones; «Porque Ciro, dice, pronunció anatema contra todo el que no diga que Jesucristo obra por una sola operacion: Sergio y Pirro lo aprobaron; y sin embargo los tres suscribieron la ectesis, que prohibe decir ya una, ya dos operaciones; luego incurrieron en su propio anatema. En seguida se trató de la causa de Pablo de Constantinopla: se leyeron su carta al Papa Teodoro y el tipo, cuyo autor era, y se hicieron notar tambien sus variaciones, porque despues de haber enseñado la unidad de voluntad en su carta prohibia defenderla en el tipo. Con respecto á este edicto se expresa asi el concilio: «Sin

duda es una ventaja que no haya disputa sobre la fé; pero no es lícito desechar el bien con el mal y la doctrina de los santos padres con la de los herejes. Esto es querer mantener las disputas en vez de extinguirlas, porque nadie puede renunciar á la defensa de la fé por apartarse de la herejía. Nos está mandado evitar el mal y obrar el bien, y no desechar el uno y el otro. Luego no se debe castigar indistintamente á los que enseñan una ó dos operaciones, una ó dos voluntades en Jesucristo, sino solamente á los que se apartan de la doctrina que enseñaron los padres. Asi aunque alabamos la buena intencion del emperador, desechamos las disposiciones de su edicto como opuestas á la regla de la iglesia, que no condena al silencio mas que á los enemigos de su doctrina, y prohibe afirmar ó negar al mismo tiempo la verdad y el error.» En la misma sesion se leyeron las definiciones de los concilios generales, y en la siguiente muchos pasajes de los padres, que condenaban evidentemente la herejia de los monotelitas, ya profesando en términos expresos dos operaciones y dos voluntades, ya probando separadamente la voluntad divina y la voluntad humana, ya por fin sentando que cada una de las dos naturalezas conservaba sus propiedades: despues para acabar de confundir á los monotelitas se produjeron muchos pasajes, en que los apolinaristas, los nestorianos, los eutiquianos y otros herejes enseñaban como una consecuencia de sus principios heterodoxos la unidad de operacion y de voluntad. Examinada asi la materia á fondo, el concilio pronunció su resolucion en veinte cánones, en que condena las diversas herejias sobre la Trinidad y la Encarnacion, y especialmente la de los monotelitas, y anatematiza á los que no admiten mas que una operacion ó una voluntad en Jesucristo, á los que no quieren decir ni una,

ni dos voluntades, á los que explican la operacion teándrica en el sentido de una sola operacion, ó se atreven á hacer nuevas exposiciones de fé y atribuir sus doctrinas heterodoxas á los padres y á los concilios. El canon diez y ocho anatematiza á Teodoro de Faran, Ciro de Alejandría, Sergio de Constantinopla, Pirro y Pablo sus sucesores y á todos los que participan de su herejía. Tambien se condenaron como impíos la ectesis y el tipo; pero por prudencia no se hizo ninguna declaracion en particular contra los emperadores. El Papa y despues de él todos los obispos presentes suscribieron estas definiciones: el obispo de Milan y otros que no habian podido asistir al concilio, las suscribieron luego, y aprobaron especialmente en su suscripcion la condenacion de las cinco personas y del tipo y ectesis.

El Papa S. Martin envió las actas de este concilio á diferentes iglesias de Oriente y Occidente con una circular en que exhortaba á todos los fieles á apartarse de la doctrina de los novadores sin dejarse intimidar por las amenazas de los hombres. Escribió en particular á los obispos de Africa manifestándoles que habia aprobado la fé contenida en sus cartas sinodales. S Amando, obispo de Maestrich, le habia consultado sobre la conducta que debia observar con algunos clérigos escandalosos y sobre la herejía de los monotelitas: el Papa aprovechó esta ocasion para enviar las actas de su concilio á las Galias, y se las encomendó al diputado de San Amando con una carta en que despues de felicitarle por sus desvelos y responder á sus consultas añadia: «Cuidareis de comunicar estas actas y nuestra circular á todo el mundo; y los obispos de vuestras provincias, despues de confirmar en concilio lo que hemos hecho por la fé, nos enviarán sus suscripciones. Rogad tambien al rey Sigeberto que nos envie obispos para que se encarguen

de la legacion de la santa sede y lleven al emperador las actas de nuestro concilio con las del vuestro.» Al remitir al emperador las actas del concilio de Roma acompañó una carta firmada de todos los obispos, por la que le exhortaba á mantener la fé católica, y para suavizar lo que podia mortificarle la condenacion del tipo, cuidaba de darle á entender que estaba bien persuadido de que él no habia publicado aquel edicto de motu propio sino por una inspiracion extraña.

S. Martin nombró á Juan de Filadelfia su vicario en los patriarcados de Antioquía y Jerusalem con facultad de poner obispos, presbíteros y diáconos en las iglesias católicas, de reconciliar á los que quieran renunciar á la herejía y confirmarlos en su título con tal que no haya otro inpedimento canónico. «Os damos estas facultades, le dice, á causa de la fatalidad de los tiempos y en virtud de la autoridad que tenemos de S. Pedro. Asi cuidad de proveer las iglesias de ministros sin tardanza, exhortad á los que ya estan dispuestos á convertirse, y haced que den su profésion de fé por escrito. En cuanto al falso obispo de Antioquía Macedonio despreciad sus reclamaciones y amenazas, porque la iglesia católica no le reconoce por obispo, no solamente porque usurpa su título contra los canónes sin haber sido elegido por el pueblo, sino tambien porque está unido á los herejes que le han nombrado en recompensa de su traicion. Lo mismo sucede con Pedro que suponen haber hecho obispo de Alejandría.» El Papa informó á las iglesias de Oriente de esta medida, y encargó á los obispos de Palestina y al abad del monasterio de S. Teodosio que auxiliaran á Juan de Filadelfia para el cumplimiento de su comision.

Grandemente se irritó el emperador al saber la condenacion de su edicto. Habia dado antes órden al exar-

ca de Ravena para que todos los obispos de Italia suscribieran el tipo, y el exarca no habia omitido diligencia para impedir la reunion del concilio y asegurar la persona del Papa; pero habia encontrado tantos obstáculos que no habia podido ejecutar su intento. El emperador tomó nuevas medidas, y el Papa fue preso el año 653 para ser conducido á Constantinopla como acusado de herejía y de crímen de estado, porque para colorar una violencia tan odiosa no se limitaron á reprochar al santo Papa la condenacion del tipo, sino que le acusaron de que no honraba á la santísima Virgen como madre de Dios, y de que habia enviado cartas y dinero á los musulmanes que acababan de invadir la Sicilia. El Papa estaba enfermo en la cama hacia mucho tiempo, y al saber los designios que contra él se fraguaban, hizo que le llevaran á la iglesia de Constantino, donde entraron con espada en mano los soldados encargados de prenderle y cometieron muchos desórdenes. Le sacaron de Roma á media noche para que no pudieran seguirle los clérigos, y le tuvieron embarcado tres meses sin permitirle á pesar de sus dolencias saltar á tierra ó recibir algun alivio en las islas donde tuvo que detenerse la tripulacion. Transportaronle á la de Naxos y allí le dejaron un año entero. Los fieles acudian solícitos á remediar sus necesidades; pero las guardias los robaban todo á su presencia, le llenaban de improperios, maltrataban á sus bienhechores, y los amenazaban con la indignacion del príncipe. Por fin el emperador mandó llevarle á Constantinopla, y despues de haberle tenido expuesto á los insultos del populacho desde la mañana hasta la noche le encerraron en una prision obscura donde permaneció tres meses condenado á las mas horribles privaciones: de allí le sacaron para hacerle un interrogatorio en que no se observó ninguna regla, y tuvieron que llevarle

porque no podia andar á causa de sus padecimientos. Los monotelitas á fin de asegurar su perdicion aparentaban tratarle como un criminal ya convicto de haber conspirado contra el emperador para entregar las provincias de Occidente á los enemigos del estado. Presentaron veinte testigos contra él, la mayor parte soldados ganados por dinero; y cuando S. Martin los vió entrar dijo sonriyéndose: «¿Son estos los testigos? ¿Son estos vuestros procedimientos?» Nadie le respondió; pero se mandó á los acusadores que juraran sobre los Evangelios decir verdad. El santo Papa temiendo aquella profanacion dijo á los magistrados: «Yo os pido en nombre de Dios que no los hagais jurar: ahorradles ese crímen y haced conmigo lo que querais.» Trató de justificarse acerca de una de las acusaciones, y comenzaba á hablar del tipo de Constante cuando le interrumpió el prefecto diciendo: «No nos hableis de doctrina: aqui se trata de crímen de estado. Todos somos cristianos y ortodoxos.» «¡Ojalá que asi fuese! dijo el ilustre acusado; pero en el dia terrible del juicio yo daré testimonio contra vosotros sobre este artículo.»

Luego que se oyeron todas las declaraciones fue conducido el santo Papa al patio de Palacio y de alli á una azotea, á fin de que el emperador pudiese ver por entre las celosias de su cámara los indignos tratamientos que aquel sufria. Se mandó al pueblo que le dijese anatema como á un traidor condenado; pero los mas en vez de obedecer bajaron los ojos arrasados en lágrimas, ó se retiraron ahogándose en sollozos. Luego le arrancaron los verdugos la estola, le despojaron de sus vestiduras, y no le dejaron mas que una simple túnica sin ceñidor y aun la rasgaron de arriba abajo por ambos lados. Echaronle una argolla al cuello, y asi le llevaron por la ciudad yendo delante el verdugo con una espada desenvainada

para denotar que estaba condenado á muerte. Cuando llegó al pretorio, le cargaron de cadenas y le encerraron en una prision, donde le metieron los verdugos con tanta brutalidad que se desolló fuertemente las piernas, y regó de sangre la escalera. Estaba tan extenuado de cansancio y de dolores, que se cayó muchas veces en el calabozo, y le echaron sobre un banco donde permaneció largo tiempo sin hablar y muerto de frio, porque estaba casi desnudo y era el mes de diciembre y el invierno rigorosísimo. Por fin movido á compasion el prefecto de Constantinopla le envió alimento y mandó quitarle las cadenas.

En esto cayó peligrosamente enfermo el patriarca Pablo, y habiendo ido á verle el emperador, le contó de qué manera habia sido tratado el Papa. Pablo dió un profundo suspiro, y volviéndose hácia la pared exclamó: «¡Ah! eso es lo que va á poner el sello á mi condenacion.» Luego suplicó encarecidamente al emperador que no llevase mas adelante los efectos de su odio. Murió á los pocos dias y Pirro volvió á su silla; pero tambien falleció á los cinco meses. Como los monotelitas se oponian á su reposicion por haberse retractado en Roma; el emperador mandó examinar al Papa sobre las circunstancias de aquella retractacion, y entre otras cosas se le preguntó de dónde sacaba Pirro su subsistencia, y qué pan se le daba. El santo Papa respondió: «No conoceis la iglesia romana: sabed que cualquiera que va allí á pedir hospitalidad, puede estar seguro de que no le faltará nada. Recibe pan blanquísimo y vinos de diferentes clases para él y para los criados de su casa. Juzgad por aqui cómo se debe tratar á un obispo.»

El Papa estuvo cerca de tres meses en su nuevo calabozo, y al cabo de este tiempo no atreviéndose el emperador á quitarle la vida, le relegó al Quersoneso donde

murió aquel á los seis meses el 16 de setiembre del año 655. La iglesia le honra como mártir el 12 de noviembre. La historia de sus padecimientos se encuentra en las cartas que escribió á algunos amigos, y en una memoria que envió un católico á los obispos de Occidente. S. Martin escribia asi desde el lugar de su destierro: «Si no nos envian algun socorro, nos veremos condenados á morir muy pronto porque nada puede hallarse aquí donde el hambre y la miseria son extremadas. Todos los habitantes del pais son idólatras, y los extranjeros que vienen á él adquieren sus costumbres sin tener ninguna caridad, ni aun la compasion natural que se halla entre los bárbaros. No podemos proporcionarnos nada sino por los barcos que vienen á cargar sal, y solo he podido comprar una fanega de trigo por cuatro sueldos de oro. Me admira la poca sensibilidad de mis amigos y sobre todo de los de la iglesia de Roma. ¿Qué temor humano puede impedirlos el cumplir el mandamiento del Señor con respecto á nos? Si aquella iglesia no tiene dinero, no carece de trigo, vino y otras provisiones, para proporcionarnos algun socorro. Con todo ruego á Dios por la intercesion de S. Pedro que los conserve inalterables en la fé ortodoxa, principalmente al pastor que ahora los gobierna (1).»

Este pastor era el Papa Eugenio, que habia sido elegido el 8 de setiembre del año 654. El emperador habia dado órden de elegir nuevo Papa despues de la prision de S. Martin, alegando que la silla estaba vacante só pretexto que este habia sido consagrado sin su consentimiento. La órden imperial se eludió todo el tiempo que fue posible; pero temiendo en Roma que el em-

(1) Martin *Epist.* XVI et XVII.

perador pusiese un monotelita en el solio pontificio se decidieron á elegir á Eugenio, que gobernaba la iglesia romana como arcipreste en ausencia del Papa. La carta que acabamos de citar, testifica que S. Martin habia aprobado aquella eleccion. Eugenio envió apocrisiarios á Constantinopla que se dejaron seducir con los artificios de los herejes; pero no quiso recibir las cartas sinódicas del patriarca Pedro, que habia sucedido á Pirro y no se explicaba claramente acerca de las dos operaciones y las dos voluntades. Murió este Papa el 1.º de junio del año 657, y le sucedió Vitaliano que ocupó la santa sede cerca de quince años.

S. Máximo que se habia mostrado uno de los adversarios mas zelosos del monotelismo, fué arrebatado como S. Martin y conducido á Constantinopla á principios del año 655 con Anastasio su discípulo y otro Anastasio que habia sido apocrisiario de la iglesia romana. En cuanto arribaron fueron separados unos de otros y encerrados casi desnudos en diferentes prisiones. A poco tiempo los llevaron á palacio donde sufrió Máximo un largo interrogatorio tocante á los crímenes de estado de que se le acusaba; pero confundió sin dificultad á los testigos presentados para calumniarle: llegó el descaro y la servil adulacion de un acusador hasta imputarle como un crímen de lesa magestad el haber dicho que el emperador no posee el sacerdocio. En seguida quisieron obligar á Anastasio su discípulo á que le acusara de haber maltratado á Pirro; y como no quisiese hacerlo le golpearon violentamente y le volvieron á la prision. En el mismo dia fueron dos oficiales á buscar á Máximo, y trataron de vencerle haciéndole presente que los apocrisiarios del Papa Eugenio llegados la víspera á Constantinopla consentian en comunicar con el patriarca Pedro; y en efecto se habian dejado engañar con las suti-

lezas de este último, que reconocia dos voluntades, añadiendo que estaban unidas para formar una sola. Pero S. Máximo respondió: » La desercion de estos legados no puede causar menoscabo alguno á la silla de Roma, porque no tienen carta para el patriarca;» y defendió la causa de la iglesia con tanto vigor y confundió tan bien los vanos efugios de los monotelitas, que muchas veces manifestaron los oficiales del emperador que no tenian nada que replicar. Propusoles que persuadieran á Constante que imitara el ejemplo de su abuelo Heraclio, el cual habia desaprobado la ectesis; pero despues de reflexionar algun tiempo y mostrar su perplejidad se retiraron diciéndole: «La dificultad es insuperable.» Muchas veces se dieron los mismos pasos con él, y siempre manifestó la misma firmeza. El patriarca Pedro en persona probó á seducir é intimidar á Máximo; y como le amenazase con anatema y sentencia de muerte, se contentó él con responder: «Hagase la voluntad de Dios.» Por último el emperador por consejo de los monotelitas desterró á Máximo y sus dos compañeros, que fueron conducidos á lugares distantes hácia las fronteras de Tracia sin ninguna provision para su subsistencia y casi sin vestido (1).

Sin embargo como habia grande empeño en ganar á Máximo porque se sabia de cuánta influencia era su ejemplo; le enviaron á Teodosio, obispo de Cesarea en Bitinia, y dos oficiales de los principales del imperio para que le persuadieran á comunicar con el patriarca. Pero el santo obligó á este obispo con la evidencia de la discusion á confesar que el tipo era un miserable expediente político que podia ser una ocasion de escándalo y perdicion para muchos: luego hizo ver que los pasa-

(1) Act. S. Maxim.

jes citados por el patriarca bajo el nombre de los padres eran sacados de los libros de Apolinar ó de Nestorio: ademas obligó á Teodosio á reconocer dos operaciones y dos voluntades en Jesucristo, y aun le hizo prometer sobre la cruz y los evangelios que se enviaria alguna persona á Roma en nombre del patriarca y del emperador para recibir la doctrina católica. De alli á poco tiempo fue llevado Máximo al monasterio de Regio cerca de Constantinopla, y fue el mismo Teodosio con dos patricios á instarle nuevamente que recibiera el tipo y comunicara con el patriarca, «porque sabemos, añadieron, que si consentís, todos seguirán vuestro ejemplo.» San Máximo se volvió al obispo y le recordó lo convenido, y como este alegase para disculparse la voluntad del emperador, el santo le echó en cara su perjurio y añadió que todas las potestades no le obligarian á hacer lo que se le exigia. Entonces se enfurecieron los patricios y dieron de puñadas al santo anciano, le arrancaron las barbas, y le escupieron en el rostro. El obispo logró con dificultad contener aquel arrebato brutal: ellos continuaron llenando de improperios y maldiciones á Máximo: despues le amenazaron que le expondrian á los insultos y malos tratamientos del populacho en la plaza pública, y uno de ellos añadió: «Yo te juro por la Trinidad que si los infieles nos dejan un poco de descanso, te juntaremos con el Papa que tan orgulloso está, y con todos los charlatanes de este pais, y os trataremos á cada uno como Martin fue tratado.» El emperador mandó que volvieran al santo á su primer destierro, y para hacerle odioso á los soldados que guardaban la frontera, le acusaron de que no reconocia á la santisima Virgen como madre de Dios; pero él confundió tan odiosa calumnia pronunciando anatema contra todo el que fuera culpable de tal error; y asi el comandante como los soldados le die-

ron las pruebas mas tiernas de su veneracion. Los mas de los oficiales salieron á recibirle con los presbíteros y diáconos que seguian el ejército para celebrar el oficio, y habia tanto anhelo por oir sus piadosos discursos, que los guardias por complacer á la corte le alejaron del campamento y le condujeron á otro paraje donde fue puesto en prision.

Algun tiempo despues le hicieron volver á Constantinopla con sus dos compañeros, y se juntó un conciliábulo para anatematizarlos, asi como al Papa S. Martin, San Sofronio y sus partidarios, es decir, á todos los ortodoxos: luego el conciliábulo en union con el senado pronunció esta sentencia contra ellos: «Ordenamos que el prefecto, aqui presente, os mande azotar con un vergajo, y cortar hasta la raiz la lengua que ha sido el instrumento de vuestras blasfemias, y la mano derecha que ha servido para escribirlas, y despues sereis paseados por los doce barrios de esta ciudad, y condenados á destierro y á prision perpetua.» La sentencia se ejecutó con todo rigor: el prefecto se apoderó de S. Máximo y de los dos Anastasios, mandó azotarlos y cortarles la lengua y la mano derecha, y los envió desterrados al pais de los lazos. Luego que llegaron, fueron separados, y se les quitó lo poco que tenian para sus necesidades, hasta el hilo y una aguja. No pudieron resistir mucho tiempo á tanto padecer y tantos tormentos: San Máximo predijo el dia de su muerte que fue el 13 de agosto del año 662: su discípulo Anastasio habia muerto un mes antes; y S. Anastasio el Apocrisiario murió tres años mas adelante, y mostró el resto de su vida el mismo zelo en defender la fé católica.

Nos quedan muchos escritos de S. Máximo, unos sobre el dogma, y otros sobre la moral: hay respuestas sobre muchas cuestiones de la Escritura; y como al leerlas él

ciese que eran difíciles de entender, añadió algunas explicaciones que recomienda como necesarias para comprender el texto. Sus tratados de moral no son mas que una serie de artículos que contienen máximas ó pensamientos sueltos sobre la vida espiritual. Escribió sobre las principales partes de la teología, y hay cinco diálogos suyos sobre la Trinidad, atribuidos en otro tiempo á S. Atanasio. Habla de la Encarnacion en todas sus obras dogmáticas y de controversia, y trata sobre todo la cuestion de las dos voluntades; ventila las mismas materias en varias cartas escritas á diferentes personas. S. Máximo comentó las obras atribuidas á S. Dionisio Areopagita, y no parece que las puso en duda. A ejemplo de la gerarquía eclesiástica de S. Dionisio, y siguiendo el mismo método, compuso su Mistagogia que es una explicacion alegórica de la misa.

La tiranía y crueldades del emperador Constante le habian hecho odioso al pueblo de Constantinopla. Tenia aquel un hermano llamado Teodosio, generalmente querido por sus buenas cualidades; y temiendo que le quisiesen proclamar emperador en lugar suyo, mandó ordenarle diácono y á pocos años quitarle la vida; pero luego se le apareció muchas veces en sueños con vestiduras de diácono y un cáliz lleno de sangre; y esta vision unida al odio y desprecio que le profesaban, le determinó á ausentarse de Constantinopla, que habia sido el teatro de sus crímenes. Se embarcó pues para Sicilia el año 661, y á los dos pasó á Italia para intentar la reconquista del territorio que poseian los lombardos en las provincias meridionales. Habiéndosele frustrado esta empresa, se dirigió á Roma donde dió algunas señales exteriores de religion: visitó muchas iglesias, asistió al santo sacrificio, y ofreció una alfombra tejida de oro á la basílica de S. Pedro. Pero solo habia ido á aquella

capital para asolarla: asi es que mandó quitar todos los adornos de bronce qne poseia, y hasta el techo de Santa María de los Mártires, llamada antes el Panteon. Despues de doce dias de estancia en Roma volvió á Sicilia y se fijó en Siracusa, donde no tardó en hacerse detestable por sus continuas exacciones. Al fin sus cortesanos conspiraron contra él, y fue asesinado en el baño el año 668: le sucedió su hijo Constantino, apellidado Pogonato, que tuvo la gloria de extinguir la herejía de los monotelitas (1).

La luz del Evangelio continuaba esparciéndose por las provincias remotas del Occidente donde reinaba aun la idolatría. S. Eloy, cuyo zelo y afanes hemos dado ya á conocer, fue auxiliado por S. Audomaro y S. Amando en la conversion de los pueblos de la Bélgica. S. Audomaro habia nacido cerca de Constanza, y se retiró con su padre al monasterio de Luixeuil bajo la direccion de S. Eustasio; allí se distinguió tanto por sus virtudes, que S. Acario de Noyon, que habia sido monje de Luixeuil con él, persuadió al rey Dagoberto que le sacara de su monasterio para colocarle en la silla de Teruana el año 637, porque la mayor parte de los pueblos de esta diócesis, convertidos á fines del siglo III, habian recaido en la idolatría, y necesitaban de un apóstol para obispo. S. Audomaro produjo una multitud de conversiones con su zelo y milagros, arruinó los templos, y abolió casi enteramente la idolatría. Los santos Mammolino, Ebertran y Bertino, los tres monjes de Luixeuil, sacerdotes y versados en las ciencias eclesiásticas, fueron á tomar parte en las tareas de su paisano S. Audomaro. Un señor convertido por este le dió terreno para fundar

(1) Teoph. *Chr.* —Paul. *Hist. Longob.* lib. V. —Anast. *in Vital.*

un monasterio, cuyo abad fue algun tiempo S. Mammolino antes de ascender á la silla de Noyon; y luego lo fue S. Bertino que dió nombre á aquel monasterio. S. Ebertran fue abad de la de S. Quintin en Vermandois. San Audomaro murió hácia el año 667. La ciudad de Teruana se arruinó en el siglo XVI, y la diócesis se dividió en dos nuevas, la de S. Audomaro y la de Boloña que hoy estan suprimidas.

S. Amando nació el año 589 cerca de Nantes de padres nobles y piadosos que le instruyeron desde la niñez en las santas letras. Pasados sus primeros años se retiró á un monasterio de la isla de Oye cerca de la de Rhe, en la costa de Poitou, y despues fue á Tours á orar en el sepulcro de S. Martin y entró en el clero de esta iglesia; pero de allí á algun tiempo se marchó á Bourges donde vivió quince años en una celda cubierto de un cilicio, sin comer mas que pan de cebada, ni beber sino agua. Muchos obispos, apoyados en la autoridad del rey Clotario, le obligaron á aceptar el obispado que admitió únicamente con la condicion de no estar agregado á ninguna iglesia particular, y de poder ir como los apóstoles á anunciar el Evangelio á diversos pueblos que todavía eran idólatras. Primeramente fue á predicar á la Bélgica donde rescataba tantos cautivos jóvenes como podia, y despues de instruirlos y bautizarlos los enviaba á diferentes iglesias: muchos llegaron á ser en adelante sacerdotes, abades y hasta obispos. Mucho tiempo hacia que nadie se habia atrevido á llevar la fé al pais de Gante á causa de la ferocidad de los habitantes y de su terrible aversion al cristianismo: á San Amando no le arredraron las dificultades; pero tuvo que sufrir extraordinariamente: fue rechazado muchas veces con ignominia, y maltratado por los idólatras, que cometieron la crueldad de arrojarle al rio. Los mismos que

le habian acompañado le abandonaron; pero él continuó sus predicaciones viviendo del trabajo de sus manos. Por último el milagro de la resurreccion de un muerto por las oraciones de un santo misionero convirtió á aquellos bárbaros, que acudieron en tropel á buscarle y rogarle los hiciera cristianos: ellos mismos destruian los templos con sus propias manos, y S. Amando les edificaba iglesias y monasterios con las dádivas del rey y de las personas piadosas. Despues de estos triunfos inesperados marchó en busca de los esclavones recien salidos del Norte, que se habian desparramado hasta mas allá del Danubio, y anunció el Evangelio á estos bárbaros con mucha libertad esperando conseguir la corona del martirio; pero como viese que cogia poco fruto, se volvió á los Paises Bajos. S. Amando reprendió al rey Dagoberto con entereza apostólica por el escándalo que daba á todo su reino: el príncipe sumamente irritado le expulsó de sus estados; y S. Amando aprovechó la ocasion para llevar la luz del Evangelio á regiones apartadas. Pero Dagoberto que enmedio de sus desórdenes conservaba todavía la fé, reconocido á la gracia que Dios le habia hecho de concederle un hijo, llamó al santo obispo, se echó á sus pies, y le rogó que bautizase al niño y fuese su padre espiritual. Como S. Amando no quisiese acceder á ello, hizo Dagoberto que le instasen S. Eloy y S. Audoeno que entonces eran sus principales oficiales: estos dos piadosos séglares representaron á S. Amando que dando aquella satisfaccion al rey tendria mayor libertad para predicar en todas partes y hacer mas bien. Cedió el santo obispo, y bautizó al príncipe, que se llamó Sigeberto, y en lo sucesivo hizo resplandecer en el trono de Austrasia tales virtudes que le valieron el culto público. Bajo el reinado de Sigeberto consintió S. Amando á instancias del rey y de muchos

obispos en encargarse de la iglesia de Maestricht. Esta silla estaba originariamente en Tongres; pero arruinada esta ciudad por Atila á mediados del siglo V se trasladó á Maestricht. S. Amando no pudo sufrir mucho tiempo la indocilidad de su pueblo y de su clero, y escribió sobre este punto al Papa S. Martin: á poco tiempo pasó él mismo á Roma, y consiguió permiso del sumo pontífice para renunciar su silla é ir á predicar otra vez la fé á los infieles. Cuando sus muchos años y la extenuacion de sus fuerzas no le permitieron ya trabajar en una obra tan penosa, se retiró al monasterio de Elnon que habia fundado cerca de Tournay, y que ha conservado su nombre hasta nuestros dias. Murió el año 679 á los noventa de edad. Habia fundado otros dos monasterios en Gante: uno de ellos llevaba el nombre de S. Bason, su discípulo, y el otro el de la montaña de Blandin donde fue edificado. Los dos tuvieron por primer abad á S. Flolberto que recibió á un santo obispo llamado Livino, el cual habia ido de Irlanda para predicar la fé en el mismo pais. Los bárbaros martirizaron á S. Livino cerca de Gante hácia el año 656.

Los discípulos de S. Amando fundaron tambien muchos monasterios en la Galia, la Bélgica y la Germania inferior. S. Guilano fundó hácia el año 652 la abadia que llevó su nombre en el Hainaut. Jonas, otro discípulo de S. Amando, fue el primer abad del Marchiennes. El monasterio de Nivelles fue fundado por consejo del santo obispo en favor de santa Gertrudis, hija de Pipino, ministro de palacio. Luego que esta santa fue abadesa, edificó otro monasterio á donde llamó muchos irlandeses, entre otros S. Foilan y S. Ultan, hermanos de S. Furso. Erchinoaldo, ministro de palacio, habia fundado un monasterio en Lagny sobre el Marne cerca de Chelles en favor de este último, y habia en diferen-

tes parajes otros varios destinados especialmente para los irlandeses que iban á Francia por devocion. S. Furso era irlandes, y descendia de una familia noble que le proporcionó una educacion brillante. Abandonó su pais por el deseo de la perfeccion, y se retiró á otra provincia de Irlanda, donde á poco tuvo que edificar un monasterio para sus muchos discípulos: luego fundó otro en la Gran Bretaña en un terreno que le dió Sigeberto, rey de los ingleses orientales; y como se veia frecuentemente distraido por las importunidades de una multitud de personas que recurrian á sus consejos, dejó la direccion del monasterio á su hermano Foilan, y vivió un año en la soledad con su otro hermano Ultan. Las correrias de los paganos le determinaron al fin á pasar á las Galias, y murió por los años de 650. S. Remaclio á quien S. Eloy habia nombrado abad de su monasterio de Solignac, fue promovido á la silla episcopal de Maestricht en reemplazo de S. Amando. Persuadió al rey Sigeberto que edificara los monasterios de Malmedi y Staveloes en el bosque de los Ardennas, y á los diez años de obispado se retiró á este último, donde concluyó santamente sus dias. Su sucesor en la silla de Maestricht fue, S. Teodardo, á quien quitaron la vida los usurpadores de los bienes de su iglesia.

Muchos discípulos de S. Audoeno fundaron asímismo monasterios, siendo los mas célebres los de Jumieges, S. Geremaro y S. Vandrilo. S. Geremaro habia renunciado sus bienes y abandonado la corte del rey Dagoberto por consejo de S. Audoeno, para abrazar la vida monástica, y edificó un monasterio cerca de Beauvais, que llevó su nombre. S. Vandrilo, criado tambien en la corte del rey Dagoberto, donde ejerció un empleo de consideracion, abrazó igualmente la vida monástica, y se reunió á S. Audoeno que le ordenó sacerdote. En

seguida habiendo conseguido de la liberalidad del rey el territorio de Fontenelle, cerca de Ruan, fundó un monasterio en el que llegó á haber en poco tiempo hasta trescientos monjes. Aunque el santo abad trabajaba con sus manos hasta en la vejez por dar ejemplo; se dedicaba tambien con zelo á la conversion de los idólatras que todavía quedaban en la comarca. Entre los discípulos de S. Vandrilo se distinguen S. Lamberto y San Ansberto, que los dos fueron abades de Fontenelle, y despues arzobispos, el primero de Leon y el segundo de Ruan; y S. Eremberto que fue obispo de Tolosa doce años, y al cabo de ellos volvió á su monasterio, donde murió hácia el de 671. En adelante el monasterio de Fontenelle se conoció con el nombre de S. Vandrilo. S. Filiberto se habia unido tambien á S. Audoeno en la corte del rey Dagoberto: renunció al mundo á la edad de veinte años, y se retiró al monasterio de Rebais, cuyo abad fue elegido á la muerte de S. Agilo. Habiendo visitado despues los monasterios mas célebres de Francia é Italia, y estudiado cuidadosamente las reglas de S. Basilio, S. Macario, S. Benito y S. Columbano; resolvió edificar un nuevo monasterio, á cuyo efecto alcanzó de la reina Batilde el terreno de Jumieges en la diócesis de Ruan. S. Filiberto puso al principio setenta monjes; pero muy pronto llegaron casi á quinientos.

Entre otros muchísimos monasterios que se fundaron hácia la misma época, debemos citar como los principales el famoso de Lobbes sobre el Sambra y otros tres de menos consideracion que edificó S. Landelino, señor francés, promovido al sacerdocio despues de haber expiado los desórdenes de su juventud con una austera penitencia; el de Haumont por un señor llamado Maldegar, que se hizo monje y estableció la regla de S. Benito; el de Mons que dió orígen á la ciudad de este

ombre, por Valdetrudis, mujer de Maldegar y parienta del rey; el de Maubeuge por su hermana santa Aldegunda; el de S. Judoco en el Ponthieu por S. Judoco, hermano de Judicael, rey de la Bretaña menor, que renunció tambien á la corona y se retiró á un monasterio; y el de S. Fiacrio en la diócesis de Meaux por un santo irlandes de este nombre, que se hizo célebre por muchos milagros. Varios santos obispos dejaron el báculo pastoral para abrazar la vida monástica: tales fueron S. Gomberto, arzobispo de Sens, que fundó el monasterio de Senones en las montañas de los Vosgas en donde murió hácia el año 675; S. Diosdado de Nevers, que fundó tambien en los Vosgas un monasterio llamado Jointure, y S. Hidulfo, bávaro de orígen, primero monje en la diócesis de Tréveris, y despues arzobispo de esta ciudad, de donde se retiró á los desiertos de los Vosgas para fundar un monasterio conocido con el nombre de Moyenmoustier.

Muerto Dagoberto se dividió el reino entre sus dos hijos Sigeberto II y Clodoveo II. Este último congregó un concilio en Chalons-Sur-Saone, en el que se hicieron veinte cánones: en el primero se decreta mantener la fé de Nicea, confirmada en Calcedonia; lo que parece una precaucion contra las novedades de los monotelitas: el objeto de los otros es asegurar la conservacion de los bienes de la iglesia, la libertad de las elecciones episcopales y la extirpacion de la simonía. Es notable la prohibicion de vender esclavos para enviarlos fuera del reino de Clodoveo, y la de las canciones deshonestas, la danza y las disputas en el recinto de las iglesias. Asistieron á este concilio unos cuarenta obispos, siendo los mas célebres S. Dodolen de Viena, S. Vulfolendo de Bourges, S. Audoeno de Ruan y S. Donato de Besançon. S. Vulfolendo habia sucedido á S. Sulpi-

cio, que no pudiendo ya á causa de su vejez sostener el peso del obispado, le pidió por coadjutor y murió de allí á algunos años. Tambien debemos citar á Diosdado de Macon; Paladio de Auxerre, Malardo de Chartres, Graciano de Chalons, Magno de Aviñon y Chadoindo de Mans, venerados como santos en sus diócesis. En este concilio no hubo ningun obispo del reino de Austrasia, donde reinaba Sigeberto. Este príncipe escribió lo siguiente á S. Desiderio, obispo de Cahors, con motivo de un concilio que queria celebrar S. Vulfolendo, arzobispo de Bourges: «Por deseos que tengamos de conservar los cánones, hemos convenido con los señores que no se congregue concilio en nuestro reino sin nuestra participacion. No rehusamos concederle cuando se juzgue necesario para el bien de la iglesia y del estado, con tal que se nos avise. Por tanto os rogamos que no concurrais á la asamblea que quiere celebrar S. Vulfolendo sin que sepais nuestra voluntad.»

S. Desiderio á quien va dirigida esta carta del rey Sigeberto, habia pasado la juventud en la corte de Clotario II y Dagoberto. En las cartas escritas con motivo de su eleccion á S. Sulpicio y demas obispos de la provincia, el rey Dagoberto nota expresamente el consentimiento del pueblo. S. Desiderio enriqueció su iglesia dejándole por testamento diez heredades en Quercy y veinte y cuatro en Albigeois, ademas de una casa magnífica que tenia en la ciudad de Alby, su patria. Dió mas de cuarenta fincas á diversos monasterios en estas dos provincias, y se dice que la iglesia catedral de Cahors es todavía la misma que él mandó edificar. Murió el año 650: quedan varias cartas suyas á obispos y otras personas. Tambien tenemos el testamento de S. Chadoindo, por el que nombró heredera á su iglesia, dejando diez y siete heredades á diferentes iglesias particulares.

Bajo el reinado de los dos hijos de Dagoberto la autoridad de los ministros de palacio comenzó insensiblemente á absorver la potestad real. Pipino que habia tenido este título en tiempo de Dagoberto, le conservó tambien con Sigeberto. Este príncipe, aprovechándose de los buenos consejos de Pipino y S. Cuniberto, que tenia á su lado, gobernó sabiamente y fue amado de sus vasallos. Pipino murió el año 640, muy llorado en Austrasia á causa de sus virtudes, que le merecieron ser reverenciado como santo en Nivelle de Brabante. Sus dos hijas Begga y Gertrudis son veneradas con culto público. Santa Begga se casó con Ansegiso, hijo de S. Arnulfo de Metz, y fue madre del célebre Pipino de Heristal. Santa Gertrudis habia resuelto ya á la edad de diez ó doce años consagrarse enteramente á Jesucristo; y como un dia le propusieran su casamiento con el hijo del gobernador de Austrasia, respondió: «Jesucristo es mi esposo y no quiero ningun otro.» Todo el mundo admiró su virtud, y no se la obligó á contraer un empeño tan contrario á su inclinacion. Itta su madre, cuya piedad era muy sólida, mandó edificar el monasterio de Nivelle, á donde muerto su esposo se retiró con su hija Gertrudis: nombrada esta abadesa le gobernó con una prudencia superior á su edad. Meditaba sin cesar la santa escritura, y se dice que la sabia casi toda de memoria. La austeridad de su penitencia, sus ayunos y sus vigilias casi contínuas le abreviaron la vida, y murió el año 668 á los treinta y tres de su edad.

S. Sigeberto, rey de Austrasia, falleció el 1.° de febrero del año 656: entonces quedó Clodoveo II dueño de toda la monarquía; pero no sobrevivió mucho á su hermano. El ministro de palacio bajo el reinado de Clodoveo fue Erchinoaldo ó Archambaldo, recomendable por sus excelentes cualidades. Compró una esclava

jóven llamada Batilde, que descendia de los antiguos sajones establecidos en Inglaterra, y admirando el talento, la prudencia y la modestia de esta doncella, la eligió para esposa del rey Clodoveo, su soberano: todo el mundo aprobó esta eleccion. La elevacion de Batilde sirvió para poner mas en evidencia su humildad, su caridad para con los pobres y su zelo por la religion. Tuvo tres hijos de su matrimonio, Clotario III, Childerico II y Teodorico III. Habiendo muerto su marido Clodoveo el año 656 á la edad de veinte y tres, quedó Batilde encargada de la tutela de sus hijos y de la regencia del reino, y dió á la iglesia el ejemplo de todas las virtudes, y al estado pruebas de su prudencia y sabiduría. Cuidaba de seguir en todo los consejos de S. Eloy, y cuando murió este santo obispo, le tributó los mayores honores: se dedicó á desterrar la simonía y á suprimir ciertas exacciones que reducian á los particulares á vender á sus hijos: fundó muchos monasterios, entre otros la célebre abadía de Corbie, y reedificó de nuevo el monasterio de Chelles que habia comenzado santa Clotilde. Cuando sus hijos estuvieron en edad de gobernar, se retiró á él, y se sujetó como la última religiosa á la abadesa Bertila, á quien habia llamado del monasterio de Jouarre. Murió Batilde por los años de 680.

Hizo dádivas cuantiosísimas á las iglesias y monasterios especialmente de Paris, Jumieges, Fontenelle, Faremoustier, Corbie, Jouarre y Luxeuil, y concedió tambien á muchos monasterios privilegios de exencion conformes en el fondo con las exenciones ya establecidas por S. Gregorio para los monjes de Italia. En la abadía de S. Dionisio se conservaba la carta original de Clodoveo II, en que declaraba que á su instancia habia concedido Landry, obispo de Paris, un privilegio á este monasterio, y que en consecuencia probibia que ningun

obispo ú otra persona se atreviese á disminuir nada de las rentas ó siervos del monasterio, ni aun á título de permuta, sin el consentimiento de la comunidad y el permiso del rey, ni sacar para llevarlos á la ciudad los cálices, cruces, ornamentos de altar, libros y otros muebles, con la carga de celebrar la salmodia perpetua de dia y de noche, segun la institucon del rey Dagoberto y el ejemplo del monasterio de Agaune.

En la coleccion de Marculfo se halla la fórmula de un privilegio mas circunstanciado. El obispo diocesano promete conferir las órdenes á aquel que le presenten el abad y la comunidad para ejercer sus funciones en el monasterio, bendecir un altar y enviar el santo crisma á los monjes todos los años, darles por abad el que ellos elijan, no arrogarse ningun derecho sobre los bienes del monasterio, ni sobre las ofrendas del altar, no entrar en él sino á instancia de los monjes y del abad, y retirarse despues de la celebracion de los santos misterios para no turbar la comunidad. Los monjes serán corregidos por el abad solo si puede, y únicamente en caso necesario le apoyará el obispo.

Marculfo era un monje que hizo de órden de San Landry una coleccion de las fórmulas usadas para los actos mas comunes, y la dividió en dos libros: el primero contiene principalmente las cartas reales, y el segundo los actos pasados entre particulares. En ella se ven muchas fórmulas tocante á la eleccion de los obispos, á saber, una solicitud del clero y pueblo pidiendo al rey por obispo cierto sugeto cuyo mérito conocian, y las órdenes expedidas por el rey al metropolitano para consagrar á tal obispo, á quien declara haber elegido con el dictámen de los obispos y grandes. Esta última fórmula manifiesta que los reyes principiaban á despreciar los reglamentos canónicos tocante á las elecciones, á no

ser que se la considere para expresar simplemente el consentimiento ó el deseo del rey.

Habiendo muerto Clotario III, rey de Neustria, en el año 670; se sentó en el trono su hermano Teodorico por la diligencia de Ebroino que gobernó con el nombre del monarca jóven. Pero como este ministro era aborrecido de los franceses por su crueldad y avaricia, los principales señores reunidos para dar sucesor á Clotario eligieron á Childerico II que ya reinaba en Austrasia: Teodorico fue encerrado en la abadía de S. Dionisio. Ebroino tuvo que tomar el hábito monástico en Luxeuil, y únicamente debió la vida á la mediacion de S. Leodegario, obispo de Autun, cuyo enemigo se habia declarado. S. Leodegario pertenecia á una de las primeras familias del reino, y sirvió desde su niñez en la corte del rey Clotario II. Luego fue enviado al lado de su tio, obispo de Poitiers, que le instruyó en las sagradas letras, le hizo su arcediano, y le cometió á poco el gobierno de la abadía de S. Maxencio. Su nombradía movió á la reina Batilde á llamarle á la corte; y habiendo vacado el obispado de Autun, juzgó que nadie era mas capaz que él de reparar el escándalo y los desórdenes ocasionados por la ambicion de los que aspiraban á aquella silla. Al principio tuvo S. Leodegario cierta influencia sobre Childerico, de quien vino á ser en alguna manera consejero; pero abandonándose despues este príncipe á sus pasiones, y no pudiendo sufrir las amonestaciones del santo obispo, concibió un odio tan violento contra él que resolvió muchas veces quitarle la vida. Detestado de los grandes por su tiranía, fue asesinado el año 673. Entonces S. Leodegario que habia tenido que refugiarse en Luxeuil, fue repuesto honrosamente en su silla. Teodorico volvió á ocupar el trono de Neustria á la muerte de Childerico. La Austrasia reco-

noció á Dagoberto II, hijo de Sigeberto. Ebroino salió tambien de Luxeuil, y sabiendo que Teodorico por consejo de S. Leodegario habia elegido ministro de palacio á Leudesio, hijo de Erchinoaldo, hizo que apareciese un hijo supuesto de Clotario III para oponerle á Teodorico, levantó tropas, asesinó á Leudesio en una conferencia, y embistió la ciudad de Autun para apoderarse de S. Leodegario. Los habitantes, fieles á un pastor tan zeloso y caritativo, se defendieron vigorosamente; pero el santo obispo, no queriendo exponer su pueblo, mandó abrir las puertas y se entregó. Inmediatamente le sacaron los ojos y le condujeron á la presencia de Ebroino, que mandó cortarle los labios y la lengua, y le encomendó á la custodia del conde Vaningo mientras ganaba á algunos obispos para que le depusieran, porque á pesar de su odio y furor no se atrevia á quitarle la vida sin que precediera un juicio canónico. S. Leodegario curó de sus heridas, y habló despues de una manera que pareció milagrosa. El conde Vaningo le honró como mártir, y le dió por morada el monasterio de Fecamp que habia fundado. Ebroino, que abandonando su fantasma de rey habia obligado á Teodorico á nombrarle ministro de su palacio, llamó á S. Leodegario al cabo de algunos años, encontró algunos obispos bastante complacientes para deponerle, y le entregó al conde de palacio para que le quitara la vida y arrojara el cadáver en un pozo enmedio de algun bosque á fin de que no pudiese hallarse. Pero la mujer del conde cuidó de que el santo obispo fuera enterrado en un oratorio, y se obraron muchos milagros en su sepulcro: en seguida se trasladaron sus reliquias al monasterio de S. Maxencio, cuyo abad habia sido. S. Leodegario fue condenado á muerte el año 678, y de allí á tres fue asesinado Ebroino: entonces volvió S. Lamberto, obispo de Maes-

tricht, á su iglesia, de donde habia sido expulsado á la muerte de Childerico. En este intervalo se habia retirado el santo obispo al monasterio de Stavelo, donde se sujetó como el último monje á todas las observancias monásticas.

En España era frecuente la reunion de concilios para mantener las reglas de la disciplina. Veintiocho obispos y once diputados de ausentes asistieron al séptimo de Toledo, congregado el año 646 bajo el reinado de Chindasvinto. En él se hicieron seis cánones, el primero de los cuales declara excomulgados por toda su vida á los clérigos que tomen partido con los revoltosos, porque el poder de los reyes godos estaba siempre mal seguro. Si el celebrante cae enfermo al consagrar los santos obispos, otro obispo ú otro presbítero podrá continuar y suplir su falta. Estos accidentes eran entonces mas frecuentes, particularmente los dias de ayuno, á causa de lo larga que era la liturgia; y de la avanzada edad de los obispos; y de ahí vino el uso de los presbíteros asistentes. Se prohibe á los obispos hacer las visitas con mas de cinco caballos. No se consentirán ermitaños vagamundos, ni reclusos ignorantes, y no se permitirá vivir en la soledad mas que á los que se hayan formado algun tiempo en los monasterios.

Despues de Chindasvinto reinó Recesvinto, que asistió al concilio octavo de Toledo el año 653, y mandó leer su profesion de fé, en la que declara que admite los cuatro concilios generales sin hablar del quinto. Los obispos formaron doce cánones, si pueden llamarse asi unos reglamentos escritos en estilo tan confuso y figurado que no es facil entenderlos. El primero contiene su profesion de fé, es decir, el símbolo de Nicea, tal como se decia en la misa, con la adicion *Filioque* al ha-

blar de la procesion del Espíritu Santo. El tercer cánon es contra la simonía. Hay cuatro contra la incontinencia de los clérigos, particularmente contra los subdiáconos que suponian poder casarse despues de ordenados. Los que sin una necesidad evidente hayan comido carne en la cuaresma, no la comerán en todo el año, ni comulgarán por Pascua. Los que se vean precisados á comerla por sus muchos años ó por enfermedad, no lo harán sin permiso del obispo. El rey deberá proteger la fé católica, y no cometer exaccion con sus vasallos, y lo jurará antes de tomar posesion del reino. Firmaron este concilio cincuenta y dos obispos y los diputados de diez ausentes y diez y seis condes de los principales oficiales del reino. Despues de las suscripciones hay un decreto del concilio tocante á la disposicion de los bienes del rey, y un edicto que le confirma. Asi se ve que los obispos de España tomaban parte con los grandes en el gobierno temporal.

El concilio noveno de Toledo celebrado dos años mas adelante hizo diez y siete cánones, muchos de ellos dirigidos á reprimir los abusos en la administracion de los bienes eclesiásticos, y á evitar que despues de la muerte del obispo los comprendan sus herederos en la sucesion. Da ó confirma á los fundadores de las iglesias y de los monasterios el derecho de presentar sacerdotes para servirlas sin que el obispo pueda nombrar otros en perjuicio de aquellos. Los hijos ilegítimos de los clérigos obligados á guardar continencia son asignados á la iglesia como esclavos. En el concilio décimo celebrado el año 656 se decreta que las viudas consagradas á Dios hagan su profesion por escrito ante el obispo ó su delegado, y que lleven un velo negro ó violado en la cabeza. Las que dejen este traje serán excomulgadas y encerradas en monasterios. En una homilía de S. Juan

Crisóstomo se ve que las vírgenes de su tiempo llevaban este velo.

En el año 666 doce obispos de Lusitania se reunieron en Mérida, que era la metrópoli, é hicieron veinte cánones que contienen algunas disposiciones notables. Cada obispo debe tener un arcipreste, un arcediano y un primicerio en su catedral: estos eran los tres jefes del clero. El obispo podrá sacar de las parroquias los presbíteros y diáconos que juzgue capaces de ayudarle, y los pondrá en su iglesia catedral; pero no dejarán de tener inspeccion sobre las iglesias de donde sean sacados, y de recibir sus rentas. Pondrán con el consentimiento del obispo sacerdotes que sirvan su cargo, y les darán pensiones. Las ofrendas hechas en la iglesia durante la misa se repartirán en tres porciones: la primera para el obispo, la segunda para los sacerdotes y diáconos, y la tercera para los subdiáconos y clérigos inferiores. Como muchas iglesias estaban á veces encomendadas á un solo sacerdote, porque cada una era por sí demasiado pobre para mantener el suyo; estatuye el concilio que en este caso debe el sacerdote ofrecer el sacrificio todos los domingos en cada una de dichas iglesias y pedir por los fundadores. Aqui se ve que un sacerdote podia en caso de necesidad celebrar muchas misas en un dia.

Despues de la muerte de Recesvinto ocurrida el año 672 fue elegido rey Wamba, á quien consagró en Toledo el arzobispo derramando sobre su cabeza óleo bendito: este es el primer ejemplo de ungir á los reyes. Habiendo desvanecido Wamba una conjuracion formada en la Galia narbonense contra él, convocó un concilio que se cuenta por el undécimo de Toledo, en el año 675. En él se hicieron diez y seis cánones de disciplina, la mayor parte concernientes á la conducta de los

obispos y clérigos. Hacia algun tiempo que se habia comenzado á elegir obispos de entre los bárbaros asi en España como en la Galia: muchos conservaban sus costumbres y caian en diferentes excesos que ocasionaron los reglamentos de este concilio. Por el cánon undécimo se ve que se daba la comunion bajo una sola especie á los moribundos. En el concilio cuarto de Braga, congregado el mismo año, hubo quejas de la dureza de algunos obispos para con sus diocesanos. Se manda que los diáconos lleven sobre sus hombros las reliquias encerradas en una urna. Se prohibe á los sacerdotes decir misa ó tomar la comunion sin tener el orario ó estola por cima de los hombros y cruzado delante del pecho. Tambien queda prohibido ofrecer para el sacrificio otra cosa que pan y vino mezclado con agua segun la decision de los antiguos concilios.

Habiendo padecido el rey Wamba una enfermedad grave que le privó del conocimiento; el obispo de Toledo segun la disciplina establecida en España le impuso la penitencia y le vistió el hábito monástico: luego que el rey recobró la salud, quiso permanecer en su estado de penitente, renunció la corona, y designó por sucesor á Ervigio. El nuevo monarca reunió al punto un concilio en Toledo el año 681 para que confirmara solemnemente su eleccion. Asistieron á él treinta y cinco obispos, cuatro abades y quince señores principales. Ervigio presentó un escrito en que rogaba al concilio que le asegurara la corona y aprobara algunos decretos que proponia. En consecuencia se hicieron varios cánones: el primero dice que en vista de la abdicacion de Wamba hecha por escrito delante de los señores, y de las declaraciones escritas en que pedia que Ervigio fuese elegido rey y consagrado por Julian de Toledo, el concilio declara á la nacion absuelta del juramento de

fidelidad hácia Wamba, y manda reconocer á Ervigio por rey legítimo y obedecerle pena de anatema. El segundo cánon decide que los que han recibido la penitencia y el hábito religioso en la enfermedad, sin haber manifestado deseos y despues de perdido el conocimiento, no dejan de estar sujetos á las obligaciones de los penitentes, y se les prohibe el ejercicio de todo cargo militar. Sin embargo se veda á los obispos imponer la penitencia á los que no la pidan. Se ve que el objeto de este cánon es precaver las turbulencias y las guerras civiles quitando á Wamba toda esperanza de recuperar el trono. El cánon sexto concede permiso al arzobispo de Toledo para consagrar el obispo elegido por el rey para las sillas vacantes; pero sin perjuicio de los derechos de cada provincia; lo que hace creer que aqui no se trata sino de un derecho otorgado solamente para algunas circunstancias extraordinarias. El concilio décimo tercero de Toledo, celebrado el año 683, hizo varios reglamentos concernientes á los negocios temporales como el precedente y á propuesta del rey, porque estos concilios á que concurrian los señores con los obispos, eran en cierto modo las asambleas de la nacion. Es de notar en el cánon décimo que se daba la penitencia aun á los obispos en las enfermedades graves.

La iglesia de Toledo tuvo sucesivamente muchos obispos célebres por sus virtudes y escritos. Elegido S. Eugenio para ocupar aquella silla huyó y se encerró en un monasterio cerca de Zaragoza; pero le sacaron de allí y fue consagrado contra su voluntad el año 646. Quedan varias poesias cristianas de él sobre diferentes materias: tambien habia compuesto un tratado de la Trinidad contra los arrianos. Murió el año 658. Su sucesor fue S. Ildefonso, que en su juventud fundó un monasterio de doncellas, y se consagró á Dios en el

Agaliense cuyo abad fue. Llevado despues á Toledo, á pesar suyo, por autoridad del príncipe, fue consagrado obispo de aquella iglesia que gobernó nueve años. Fue enterrado en la de Santa Leocadía á los pies de Eugenio su predecesor. Dejó varias obras divididas en cuatro partes: la primera contenia entre otros el tratado de la virginidad de la santísima Vírgen, que es la única que tenemos. Continuó el catálogo de los hombres ilustres de S. Isidoro (1). S. Julian, que ocupó la silla

(1) Es muy extraño que el autor frances, que sin duda ha registrado monumentos antiguos de nuestra nacion para escribir la parte que concierne á la iglesia española, omita al hablar del gloriosísimo S. Ildefonso el hecho mas notable y extraordinario, á vista del cual, como dice un docto y piadoso escritor, todo lo demas de la vida del santo no se debe echar de menos. Ya habrá entendido el lector que nos referimos á la descension de la santísima Vírgen á la catedral de Toledo para regalar á su querido siervo la casulla preciosa, con que quiso anticiparle en vida el galardon que en el cielo le estaba destinado para despues de su muerte. Y es tanto mas de extrañar la omision de Mr. Receveur, porque el Martirologio romano, haciendo conmemoracion de S. Ildefonso en el dia de su festividad 23 de enero, dice expresamente que por su maravillosa integridad de vida y por ser acérrimo impugnador de los herejes que negaban la pureza de la Vírgen Maria, mereció que la misma señora le diese una blanquísima vestidura. Ademas el monje Herman, que escribió en el siglo XI y que por ser frances debe ser muy conocido de nuestro autor, se expresa asi en una epístola al obispo laudunense:

Casullam pretiosissimam quam B. Dei genitrix S. Ildefonso toletanæ civitatis archiepiscopo dederat ob remunerationem trium libellorum quos de virginitate suâ composuerat.

de Toledo el año 680, habia compuesto tambien muchos escritos, de que no quedan mas que un tratado contra los judios, una obra intitulada Pronósticos ó consideraciones sobre la vida futura, y una historia del

No queremos alegar mas testimonios para comprobacion de un milagro que dentro y fuera de España está pasado, por decirlo asi, en autoridad de cosa juzgada; mas permítasenos que sumariamente refiramos este acontecimiento, glorioso para el santo y de tanto precio para nuestra iglesia, que es deudora de señaladísimas mercedes á la Madre de Dios

Antes de recibir Ildefonso la inestimable vestidura de manos de la Vírgen de las vírgenes, ya habia merecido otra aparicion de esta amante madre. Es el caso que agradecida Maria al fervoroso zelo con que el santo habia salido á la defensa de su integridad virginal en el tratado *De Virginitate Mariæ*, se le apareció cuando Ildefonso estaba en devota oracion, y añade el Cerratense que la Vírgen tenia en la mano el libro de Ildefonso, y que le dió gracias por él.

A este favor secreto se siguió otro público y muy ruidoso. Hallábanse reunidos en la iglesia el rey, el clero con su prelado y el pueblo de Toledo para celebrar la fiesta de santa Leocadia, y estando Ildefonso arrodillado y en oracion, se levantó la santa del sepulcro y fue hácia el santo arzobispo: este salió al encuentro á Leocadia, quien abrazándole dijo en alta voz: *Por la vida de Ildefonso vive mi Señora*.. El pueblo prorumpió en alborozados gritos de gratitud y bendiciones á Dios: el clero entonaba *alleluyas*, y repetia el cántico que poco antes compusiera el santo para la festividad de la vírgen Leocadia: *Speciosa facta es, alleluya; et odor tuus velut balsamum non mixtum*. Entre tanta confusion clamaba tambien Ildefonso; pero era para que le diesen algo con que cortar parte del velo de la santa que tenia agarrado. El rey Recesvinto que estaba allí, le alargó un cu-

rey Wamba. En el segundo libro de los Pronósticos demuestra la existencia del purgatorio con muchas pruebas. Murió el año 690.

S. Fructuoso de Braga fue otro ornamento de la

chillo pequeño con que el santo cortó parte del velo, guardando así la reliquia como el cuchillo en una caja de plata. Luego prosiguió la fiesta con la misma solemnidad y con mas tiernos afectos.

Vengamos ya al gran suceso de la descension de Maria santísima. En el año 656 se decretó en el concilio toledano X que la fiesta principal de la Vírgen en que concibió al Verbo divino, se celebrase solemnísimamente el 18 de diciembre en todas las iglesias; y se atribuye gran parte en esta determinacion á S. Ildefonso que entonces era abad del monasterio Agaliense. Siendo ya prelado instituyó tres dias de letanías con ayuno antes de dicha festividad; concluidos los cuales acudió el santo á media noche á celebrar los maitines de la Vírgen llevando en su compañía mucha gente. Al abrir las puertas los que iban delante vieron un resplandor tan extraordinario que quedaron deslumbrados y hubieron de retirarse. Entonces entró solo Ildefonso, y vió iluminado todo el templo con una luz celestial y presente á la Vírgen purísima, que en premio de lo que su siervo habia trabajado por defender su virginidad, habia bajado de las mansiones de la gloria, y sentada en la misma cátedra en que el santo solia predicar, pronunció esta breve, pero misteriosa plática panegírica de los méritos de Ildefonso: «Ven, querido siervo, recibe de mi mano este pequeño don que te traigo de los tesoros de mi hijo para que le uses en el dia de mi festividad.» Diciendo esto le vistió una casulla, y se volvió al cielo.

En Toledo se conserva con veneracion la piedra que fue peana de la Madre de Dios, y la casulla fue trasladada á Oviedo por estar cerrada en el *Arca de reliquias*.

(Nota de los traductores españoles.)

iglesia de España. Descendia de regia estirpe, y desde sus primeros años mostró una inclinacion decidida á la vida solitaria. Asi que murieron sus padres, recibió la tonsura, dió parte de sus bienes á las iglesias, á los pobres y á sus esclavos á quienes restituyó la libertad, y empleó el resto en la fundacion del monasterio de Compluto, donde reunió una comunidad numerosa; pero cansado de las visitas que recibia, puso un abad en Compluto y se retiró á un desierto. Edificó otros tres monasterios en diferentes lugares, donde se formaron muchos santos obispos, otro en la isla de Cádiz y otro en la costa inmediata. Familias enteras se refugiaban en aquellos piadosos asilos de la penitencia: los padres con sus hijos y las madres con sus hijas entraban en los monasterios de su respectivo séxo. S. Fructuoso queria pasar á Oriente; pero el rey se lo estorbó: contra su voluntad fue consagrado obispo de Braga, y continuó ejerciendo la vida monástica en aquella dignidad. Fundó el monasterio de Montel entre Dumio y Braga, y allí escogió su sepultura. Murió por los años de 670. Poseemos la regla que este santo obispo dió á su monasterio de Compluto, y se parece mucho á la de S. Benito: hay otra regla de S. Fructuoso llamada la regla comun, sin duda porque servia á todos sus monasterios. En ella se halla el modo de gobernar á las diferentes clases de personas que los componian. Los niños eran admitidos desde la edad mas tierna, é instruidos por un monje encargado únicamente de su educacion. Se guardaba una atencion particular con los que ya entraban viejos en el monasterio: dábanseles todos los auxilios necesarios sin dejar de ayudarlos á hacer formal penitencia: se obligaba á que la hicieran rigorosísima á los que habian cometido grandes crímenes antes de su conversion. Esta regla

recomienda cuidadosamente la separacion de los monasterios de uno y otro sexo. Por ella se ve que estos tenian rebaños de ovejas para su subsistencia y para obras de caridad.

El año 653 murió S. Honorato, arzobispo de Cantorbery en Inglaterra, y le sucedió S. Deusdedit, que gobernó aquella iglesia nueve años y cuatro meses. Este último era de la nacion de los sajones orientales, en vez que todos sus predecesores erán extranjeros y probablemente italianos. Despues de una vacante de diez y ocho meses le consagró Itamar, obispo de Rochester. S. Aidano, obispo de Lindisfarne, habia muerto el año 651, y le sucedió otro irlandés llamado Finan que construyó una iglesia catedral de madera segun el uso de su pais. Por esta época se convirtió la nacion de los mercios, gracias al zelo y diligencia de Oswi, rey de Nortumbria. Habia comenzado su reinado quitando la vida á traicion al santo rey Oswino; pero procuró reparar este crímen con sus afanes por la propagacion de la fé y otras muchas buenas obras. Habiendo pedido Penda, hijo del rey de los mercios, la mano de la hija de Oswi, solo le fue concedida con la condicion de bautizarse, y el príncipe declaró que ya estaba dispuesto á hacerlo aun cuando no se casase con la princesa. Habíale inspirado esta resolucion Alfrido, hijo del mismo rey Oswi, que se habia casado con la hermana de Penda, y le patentizó la verdad y felicidad del cristianismo. Penda fue bautizado con todos los señores y soldados de su comitiva por el obispo de Lindisfarne, y llevó de Nortumbria cuatro sacerdotes para instruir á los habitantes de la provincia que gobernaba. El rey Penda, su padre, permitió predicar la fé en todos sus dominios, y los misioneros consiguieron muchas conversiones en poco tiempo. Apoderado Oswi de este pais á

resultas de una guerra que tuvo que sostener con Penda, se aplicó á convertir toda la nacion al cristianismo, y puso un obispo que fue consagrado por el de Lindisfarne. Tambien procuró la conversion de los sajones orientales cuya capital era Londres, y que habian expulsado antes á S. Melito, su obispo, y renunciado á la fé. Su rey era Sigiberto á quien obligó Oswi á abandonar la idolatría: le bautizó el obispo Finan en la casa real de Nortumbria cerca de la gran muralla edificada en otro tiempo por los romanos. A poco le envió Oswi un santo hombre llamado Ceddo, que fue consagrado obispo de Londres, y fundó iglesias en diferentes lugares, y ordenó sacerdotes y diáconos para auxiliarle en las tareas de su ministerio. Tambien estableció una comunidad en Tilaburgo sobre el Támesis, donde hacia practicar la vida religiosa en cuanto eran capaces aquellos nuevos cristianos.

Un dia excomulgó á un pariente del rey por haber contraido un matrimonio ilícito, y prohibió á todos entrar en su casa y comer con él. Convidado el rey Sigiberto á un banquete en casa del excomulgado no tuvo reparo en asistir á él; mas como al tiempo de salir se encontrase con el santo obispo, se apeó del caballo, se postró á los pies de aquel, y le pidió perdon. Ceddo, que tambien iba á caballo, echó pie á tierra, y dijo al rey con la autoridad que le daba su carácter: «Porque no habeis querido absteneros de entrar en la casa de este hombre corrompido, morireis.» En efecto el mismo excomulgado y su hermano, aunque parientes del rey, le mataron; y cuando les preguntaron la causa, no alegaron otra sino que se envilecia perdonando con demasiada facilidad á sus enemigos. En efecto Sigiberto no podia negar el perdon cuando se le pedian, y si este era un defecto, hay que convenir,

dice un historiador, que rara vez se halla en los que ejercen la autoridad soberana.

Aunque Ceddo era obispo de Essex, cuya capital estaba en Londres, no dejaba de ir de cuando en cuando á Nortumbria, su pais, para fortalecer á los fieles. Allí fundó el monasterio de Lestington á instancias y con las dádivas de un hijo de S. Oswaldo llamado Eldivar y reconocido rey de la provincia de Deira. Estableció en este monasterio la regla de Lindisfarne, y nombró abad á su hermano S. Ceadda, despues obispo de los mercios. Tenia otros dos hermanos sacerdotes, uno de los cuales desempeñaba el cargo de capellan en la casa del príncipe Eldivar.

Los misioneros irlandeses habian introducido en la Nortumbría y en las otras provincias donde predicaban, la costumbre usada en su pais de celebrar la Pascua el dia décimo cuarto de la luna cuando este dia era domingo (1). Los cristianos del reino de Kent y los otros

(1) Berault Bercastel, cuyo estilo casi siempre tan obscuro como enfático hace creer que solo imperfectamente entendia las cuestiones que expone, dice que los irlandeses escogian siempre para celebrar la Pascua un domingo cuya víspera solia caer en la noche de la luna décima tercera. Esta frase no puede dar ninguna idea clara de la costumbre de los irlandeses, y aun se parece mucho á una simpleza. Tambien dice que los irlandeses daban mucha importancia á la autoridad de S. Columbano, opuesto tan constantemente al uso de los galos y romanos. Pero el S. Columbano alegado por los irlandeses era el fundador del monasterio de Hy, donde ellos se habian educado, y no el Columbano de las Galias. Esto se evidencia por la respuesta de S. Vilfrido, quien dice expresamente que S. Columbano no conocia la costumbre contraria á la suya.

convertidos por misioneros romanos la celebraban el domingo siguiente al dia décimo cuarto segun la regla de la iglesia universal. Esta diversidad de usos entre las provincias de Inglaterra existia á veces en la misma iglesia ó en la misma familia; de suerte que los unos celebraban la Pascua cuando los otros estaban en domingo de Ramos. Asi el rey Oswi seguia la costumbre de los irlandeses, mientras que la reina, dirigida por un sacerdote de Kent, y el príncipe Alfrido, instruido por S. Vilfrido, se conformaban con la práctica de Roma y de la iglesia católica (1).

S. Vilfrido, natural de Nortumbría y criado en Lindisfarne, pasó á poco tiempo á las Galias para visitar los monasterios mas célebres, y estudiar sus reglas. Luego tuvo la devocion de ir á Roma al sepulcro de los santos apóstoles, y fue de los primeros ingleses que emprendieron esta peregrinacion, tan frecuente despues en aquella nacion. Acompañabale S. Benito Biscop, tambien natural de Nortumbria, que hizo en lo sucesivo cuatro viajes a Roma. Al pasar Vilfrido por Leon contrajo una estrecha amistad con el santo arzobispo Delfin, por otro nombre Hannemundo, que algun tiempo despues fue muerto por órden de Ebroino y es venerado como mártir. En Roma conoció al arcediano Bonifacio, que tuvo una complacencia en instruirle á fondo en la disciplina de la iglesia romana y especialmente en el verdadero cálculo de la Pascua. Luego que volvió á Inglaterra, habiendo sabido Alfrido que iba de Roma, quiso tenerle á su lado, y mandó que le ordenara sacerdote Agilberto, obispo de Wessex, galo de orígen, que seguia el uso de toda la iglesia para la celebracion de la Pascua.

(1) Beda *Hist.* lib. III.—Vit. S. Vilfrid.

Alfrido persuadió despues al rey su padre á celebrar una conferencia para terminar esta diferencia.

La conferencia se tuvo el año 664 en el monasterio de Streneshal, fundado por el rey Oswi y gobernado por Santa Hilda, que fue su primera abadesa Los obispos Agilberto de Wessex, Ceddo de Londres y Colman de Lindisfarne asistieron á ella con muchos sacerdotes ú otros clérigos. Colman sostuvo tenazmente la costumbre de los irlandeses; pero Vilfrido le opuso la autoridad de la tradicion y la universalidad de la disciplina establecida en Roma por el príncipe de los apóstoles, y adoptada sucesivamente en todas las iglesias. Hizo ver que segun la ley antigüa la Pascua no debia comenzar hasta la noche del dia catorce de la luna para continuar al dia siguiente: qûe S. Juan por miramiento á los judíos habia seguido este uso en Asia, en cualquiera dia de la semana que cayese el dia décimo cuarto de la luna; pero que S. Pedro queriendo honrar la resurreccion de Jesucristo habia fijado la fiesta de Pascua en el domingo en la iglesia romana; pero de modo que no comenzase jamás antes de la noche del dia décimo cuarto de la luna del primer mes. Por último citó el decreto del concilio de Nicea que habia confirmado esta antigua costumbre; y como se le objetase la autoridad de S. Columbano, respondió Vilfrido: «¿Puede ser preferido al príncipe de los apóstoles á quien dijo el Señor: Tú eres Pedro, y sobre ésta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y yo te daré las llaves del reino de los cielos?» Al oir estas palabras concluyó así el rey Oswi: «Yo no quiero oponerme á este portero del cielo, y obedeceré sus órdenes, no sea que cuando yo me presente á la puerta del reino celestial no encuentre quien me abra.» Este discurso causó viva impresion á los asistentes, y

casi todos se adhirieron á la práctica comun de la iglesia.

A poco tiempo vacó la silla de Nortumbria, y el príncipe Alfrido quiso promover á ella á Vilfrido y le envió á las Galias para que le consagrasen; pero el rey Oswi que preferia un irlandés, eligió entre tanto á San Ceadda á quien consagró el obispo de Winchester. Vuelto Vilfrido á Inglaterra despues de su consagracion y hallando ocupada la silla se retiró al monasterio de Ripon que habia fundado; pero no dejaba de ejercitar su zelo en diversas provincias, y de trabajar sobre todo en establecer la uniformidad de la disciplina en Nortumbria. Todos los irlandeses que allí habia adoptaron los usos de la iglesia romana ó volvieron á su pais. Fundó muchos monasterios en el reino de los mercios, y fue llamado muchas veces para conferir órdenes en Cantorbery, cuyo obispado habia quedado vacante por muerte de S. Deusdedit.

Egberto, rey de Kent, de acuerdo con Oswi envió un sacerdote inglés á Roma para que el Papa le consagrara obispo de Cantorbery, á fin de que pudiese en virtud de la autoridad de la santa sede ejercer su jurisdiccion sobre toda la iglesia de Inglaterra. Este sacerdote entregó al Papa Vitaliano cartas y presentes de los dos reyes; pero murió de una peste que sobreviuo á poco tiempo de su llegada. Entonces el Papa, despues de responder al rey de Nortumbria exhortándole á permanecer fiel á las reglas y usos de la iglesia romana, trató de buscar un sugeto digno de ocupar la silla de Cantorbery, y llamó del monasterio de Neridan cerca de Nápoles al abad Adriano, africano de nacion, muy instruido en las sagradas letras y en la disciplina eclesiástica, y que sabia perfectamente el griego y el latin. La humildad de Adriano no le permitió aceptar

esta dignidad; pero dijo que podia indicar un sugeto que reunia todas las calidades requeridas. Habia entonces en Roma un monje llamado Teodoro, natural de Tarso de Cilicia, recomendable por su doctrina y piedad. Adriano conociendo su mérito le presentó al Papa, el cual consintió en consagrarle obispo; pero con la condicion de que le acompañase este abad á Inglaterra para trabajar con él en la instruccion de los ingleses, y evitar que introdujese ninguna novedad en aquella iglesia. Teodoro aguardó cuatro meses para que le creciera el cabello á fin de que pudiesen hacerle la corona, porque los monjes griegos se afeitaban enteramente la cabeza. Habiéndole consagrado despues el Papa envió en su compañía como guia é intérprete á Benito Biscop que se hallaba entonces en Roma, á donde habia ido en peregrinacion por la tercera vez despues de haber abrazado la vida monástica en Lerina.

Llegado Teodoro á París fue á ver al obispo Agilberto que por haber residido mucho tiempo en Inglaterra podia darle algunas instrucciones: permaneció una temporada al lado de este obispo; y habiendo sabido Egberto, rey de Kent, que estaba en Francia, envió al punto un señor de su corte para que le acompañara. Tomó Teodoro posesion de su silla de Cantorbery el año 669, y la ocupó veintiuno y cuatro meses: visitó todas las iglesias de Inglaterra con el abad Adriano: dictó en todas partes muy sabias disposiciones, reformó los abusos, y consagró obispos en los lugares en que faltaban. S. Teodoro fue el primer arzobispo de Cantorbery, cuya jurisdiccion reconoció toda la iglesia de Inglaterra, y el principal fundador de aquella célebre escuela de donde salieron despues tantos hombres grandes. En efecto reunió multitud de discípulos en un monasterio gobernado por el abad Adriano, y él mismo

les enseñaba á mas de la santa escritura y la teología los elementos de las ciencias, la poesía, las lenguas griega y latina y el canto romano. Pronto dió esta escuela excelentes maestros á todas las iglesias de Inglaterra.

En el tercer año de su obispado congregó S. Teodoro un concilio en Erford, y para mantener la uniformidad de la disciplina hizo que los obispos de las diferentes provincias admitiesen algunos reglamentos sacados de los antiguos cánones, y que contenian lo siguiente: «Observaremos la Pascua el mismo dia, á saber, el domingo siguiente al dia catorce de la luna del primer mes. Los obispos no se arrogarán derechos sobre las diócesis de otros, y conservarán el lugar correspondiente á su consagracion. Se aumentará su número á medida que crezca el de los fieles. Se congregará concilio todos los años el primer dia de agosto. Los clérigos no serán vagabundos, y no se los recibirá en ninguna parte sin las letras comendatorias de su obispo. Los obispos y clérigos forasteros no ejercerán funcion alguna sin la aprobacion del obispo diocesano. Los obispos no turbarán la quietud de los monasterios, ni les quitarán nada de sus bienes. Los monjes no pasarán de un monasterio á otro sin el permiso de su abad. No se contraerán mas que matrimonios legítimos: no será lícito separarse de su mujer sino por causa de adulterio; y en este caso el verdadero cristiano no puede casarse con otra.»

S. Teodoro como primado puso á S. Vilfrido en la silla de York en lugar de Ceadda, quien sintiendo todo el peso de la dignidad episcopal le dijo: «Si mi eleccion no es legítima, renuncio gustoso una carga que solo acepté por obediencia, y de que me he creido siempre muy indigno.» Teodoro y Vilfrido, admirando su humildad, le dieron el obispado de los mercios que habia vacado

hacia poco por muerte del obispo Jaraman. S. Ceadda fue bien recibido por Vulferio, rey de los mercios, y gobernó al mismo tiempo esta iglesia y la de Lindisfarne. Acostumbraba hacer las visitas á pie; pero San Teodoro le obligó á tomar caballo cuando el camino fuese largo. Habia edificado cerca de la iglesia un monasterio pequeño, á donde se retiraba cuando se lo permitian sus funciones para dedicarse á la lectura de los libros sagrados y á la oracion. Murió este santo obispo el 2 de marzo del año 672, dia en que se venera su memoria: obraronse muchos milagros en su sepulcro. Teodoro consagró obispo de los mercios y de Lindisfarne á Vinfrido, que habia sido diácono en tiempo de Ceadda. Oswi, rey de Nortumbria, habia muerto dos años antes á la edad de cincuenta y ocho: era tal su adhesion á la disciplina de la iglesia romana, que habia resuelto, si se restablecia de una enfermedad, ir á acabar sus dias en Roma para visitar á menudo los santos lugares. Le sucedió su hijo Egfrido. De allí á tres años murió Egberto, rey de Kent, y ocupó el solio su hermano Lotario.

Habiendo sido repuesto S. Vilfrido en la silla de York reparó la iglesia edificada en otro tiempo por San Paulino, la cubrió de plomo y mandó poner vidrios en las ventanas; cosa enteramente nueva en Inglaterra. Ademas del cuidado que tenia de su vasta diócesis gobernaba muchos monasterios; y cada cual viendo el bien que hacia se apresuraba á darle heredades y rentas que él empleaba en establecimientos útiles. Así pasó algunos años tranquilo en su silla; pero luego la reina Ermemburga le cobró aversion, y comenzó á hacer exageradas representaciones al rey sobre el poderío, riquezas y crédito del santo obispo, hasta que inspiró al monarca los mismos sentimientos que ella tenia. El

rey persuadió á Teodoro de Cantorbery que depusiera á Vilfrido, y dividiera la Nortumbria en tres diócesis, para cada una de las cuales se nombró inmediatamente obispo. Vilfrido resolvió ir á pedir justicia al Papa; pero temiendo en Francia las emboscadas de Ebroino, sobornado por los enemigos de aquel para que le prendieran, dirigió su rumbo á la Frisia, cuyos habitantes eran todavía paganos. Su rey Algiso le recibió honrosamente, y le permitió predicar el Evangelio á sus vasallos; y Vilfrido lo hizo con tanto zelo y fruto, que bautizó á casi todos los señores y una multitud del pueblo. Se le mira como el primer apóstol de este pais, que fue evangelizado poco despues por S. Vilebrodo, S. Suitberto, S. Vulfrando y otros misioneros de que hablaremos en adelante. S. Vilfrido llegó á Roma el año 679, y su causa se examinó en un concilio de mas de cincuenta obispos convocados por el Papa Agaton. Leido el pedimento de aquel y las cartas de S. Teodoro sobre este asunto, se decidió que S. Vilfrido fuera repuesto en su silla, y destituidos los obispos entre quienes se habia repartido su diócesis; pero que él mandaria celebrar un concilio para elegir otros que serian consagrados por el arzobispo de Cantorbery, todo só pena de anatema y deposicion contra los eclesiásticos, y de excomunion contra los seglares y aun contra los reyes.

Vuelto S. Vilfrido á Inglaterra con el decreto del concilio de Roma se presentó al rey Egfrido, quien en vez de reponerle le hizo encarcelar, y le despojó de todo sin dejarle mas que el vestido que llevaba puesto. Los milagros que obró el santo obispo no pudieron extinguir el odio violento de la reina, hasta que por fin acometida de una enfermedad repentina temió los efectos de la cólera del cielo, y mandó ponerle en libertad.

S. Vilfrido se aprovechó de ella para ir á predicar la fé al pais de Sussex, cuyo rey acababa de bautizarse; pero cuyos habitantes eran todos paganos. Su predicacion produjo los frutos mas copiosos: muchas veces bautizaba por sí ó por sus compañeros muchos miles de personas en un dia. El rey le dió el territorio de Selsey, donde el santo obispo fundó un monasterio, y luego estableció su obispado. Despues de algunos años de mansion en este reino fue llamado S. Vilfrido al de Wessex por el rey Cedwalla, que renunció la corona á poco tiempo para hacer la peregrinacion de Roma y recibir el bautismo cerca del sepulcro de los santos apóstoles. Su sucesor Ina publicó para su reino un código que contiene varias leyes en favor de la religion (1).

Conociendo S. Teodoro de Cantorbery que se aproximaba su fin quiso antes de morir reconciliarse con S. Vilfrido, y le rogó que pasara á Londres: le pidió perdon de la injusticia que habia cometido con él, y añadió que haria todos los esfuerzos posibles para repararla. Despues escribió sobre este asunto al rey Alfrido, sucesor de su hermano Egfrido, y á Etelredo, rey de los mercios, y no omitió medio alguno para hacer pública su reconciliacion con el santo obispo. En virtud de estas cartas el rey Alfrido llamó á S. Vilfrido en el segundo año de su reinado, es decir, el de 686 y le restituyó sus monasterios y á poco la silla episcopal de York. S. Teodoro murió el año 690 á los ochenta y ocho de edad, y fue enterrado en la iglesia de S. Pedro con sus predecesores. Es el primero de los latinos que compuso una coleccion de cánones para arreglar las penitencias de los diferentes pecados. Muchos le copiaron é hi-

(1) Bed. *Hist.* lib. IV, et V. —Vit. S. Vilf.

cieron colecciones semejantes que se mezclaron despues con la de Teodoro; de modo que ya no se encuentra en su pureza. Lo que es seguramente de él son veintiseis capítulos ú artículos que contienen un sumario de la disciplina de los griegos y de los latinos. Hé aqui lo mas notable de este. Los recien bautizados llevaban por espacio de siete dias el velo que les habian puesto, y se le quitaba un sacerdote. No era permitido á los bautizados comer con los catecúmenos, ni mucho menos con los paganos. El domingo no se iba á caballo ni embarcado, y no se hacia pan. En la vida de S. Cutberto se ve que ni aun la reina montaba en carruaje aquel dia; y las leyes de Ina, rey de Wessex, ahorraban al esclavo obligado por su amo á trabajar el domingo, y reducian el hombre libre á la servidumbre. No se comia sangre ni animales sofocados. Entre los griegos hasta los legos comulgaban los domingos, y eran excomulgados los que faltaban tres veces seguidas. Los recien casados estaban un mes sin entrar en la iglesia, y luego hacian penitencia quince dias antes de comulgar. Las mujeres no entraban en la iglesia hasta pasados cuarenta dias del parto. Las ofrendas por los muertos iban acompañadas de siete dias de ayuno. Los niños que estaban en los monasterios, podian comer carne hasta los catorce años. Los jóvenes podian tomar el hábito monástico á los quince años, y las doncellas á los diez y seis. El abad debia ser elegido por los monjes.-Las penitencias se habian abreviado ya mucho: las mas largas no pasaban de siete años.

El sucesor de S. Teodoro de Cantorbery fue Britualdo, que se consagró el año 693, y ocupó la silla treinta y siete. Hizo varios reglamentos en un concilio que celebró el año siguiente, y en otro del 697. El rey que concurrió á él con los señores, dió fuerza de ley á estos reglamentos, en los que se decretan á mas de las

penas espirituales multas y otros castigos contra los adúlteros, los que trabajan el domingo, los que comen carne los dias de ayuno ó ejercen actos de idolatría. S. Benito Biscop murió el mismo año que S. Teodoro. El rey Egfrido le habia dado un terreno dilatado á la embocadura del rio de Vire, donde fundó un monasterio en el año 674, que tomó el nombre de Viremout. En él expuso al culto público muchas reliquias y santas imágenes que habia traido de Roma, y formó una biblioteca de libros eclesiásticos que se habia proporcionado en sus viajes. Tambien fundó el monasterio de Jarou, á dos leguas de Viremout, en otro terreno que le diera el mismo rey Egfrido. En ambas casas estableció una regla que contenia lo mejor que halló en los diez y siete monasterios que habia visitado. S. Cutberto, obispo de Lindisfarne, habia muerto tres años antes. En su juventud abrazó la vida monástica en la abadía de Mailros, situada en el pais de los mercios, pero habitada por irlandeses: luego fue abad del monasterio de Lindisfarne, de donde salió al cabo de doce años para hacer la vida solitaria en una isla vecina. Allí vivia hacia mucho tiempo cuando le sacaron contra su voluntad para la iglesia de Lindisfarne, cuya silla ocupó solos dos años. Continuó practicando las reglas monásticas, se consagró al cuidado de su rebaño con un zelo infatigable, y obró multitud de milagros, principalmente para la curacion de los enfermos.

No bien fue repuesto S. Vilfrido en su silla, cuando se vió acometido nuevamente. El rey Alfrido queria como su padre arrebatarle una parte de sus monasterios y heredades, y erigió nuevos obispados en su diócesis á pesar suyo. Por fin á los cinco años, es decir, al rededor del 691, se vió forzado el santo obispo á salir de Nortumbria, y se retiró al pais de los mercios,

donde le dió el rey Etelredo el obispado de Lichfeld. Habiendo congregado el rey Alfrido un concilio en el año 703, al que concurrieron casi todos los obispos de Inglaterra, presididos por el arzobispo de Cantorbery; se convidó á S. Vilfrido á asistir á él prometiendo darle satisfaccion; pero no se le cumplió la palabra. Queríanle obligar á encerrarse en su monasterio de Ripon, y él recordó los servicios que habia prestado á la iglesia de Inglaterra, convirtiendo toda la nacion de los nortumbrios á las prácticas de la iglesia romana respecto de la celebracion de la Pascua y la tonsura en forma de corona, enseñándoles los responsorios y cantos alternados, y estableciendo la vida monástica segun la regla de S. Benito: luego declaró que apelaba á la sede apostólica. No tardó en marcharse á Roma, donde el Papa reunió un concilio que destinó muchas sesiones para examinar esta causa. S. Vilfrido alcanzó una sentencia favorable, y volvió á Inglaterra con cartas del Papa para el rey de Nortumbria y para Etelredo, que lo era de los mercios: este acababa de dejar la corona para retirarse á un monasterio, y prometió al santo obispo apoyarle con todo su poder; pero el rey Alfrido declaró que no variaria en nada sus resoluciones. Sin embargo antes de morir recomendó á su sucesor que hiciera justicia á Vilfrido, y el arzobispo de Cantorbery que se habia apresurado á someterse á la decision del Papa, pasó á Nortumbria, y celebró un concilio en el que el rey, los señores y los obispos se reconciliaron con S. Vilfrido, y le restituyeron sus monasterios con sus rentas.

Poco antes de su muerte mandó el santo abrir el tesoro de su monasterio de Ripon á presencia de dos abades y ocho monjes, sus mejores amigos, y sacar todo el oro, plata y piedras preciosas que habia, é hizo cuatro partes: la primera para las iglesias de santa

María y S. Pablo de Roma, la segunda para los pobres, la tercera para los pabordes de sus dos monasterios á fin de que tuviesen con qué hacer regalos á los reyes y obispos, y la cuarta para repartirla á los que le habian seguido en sus viajes. Murió el año 709 á los setenta y seis de su edad. El abad de Ripon mandó celebrar todos los dias una misa rezada por él, y todos los años aniversario.

Bajo el reinado de Moavia continuaron los musulmanes asolando las provincias del imperio. Desembarcaron muchas veces en Sicilia, y se llevaron parte de sus habitantes para establecerlos en Damasco: hicieron una nueva incursion en Africa, de donde sacaron ochenta mil cautivos, invadieron el Asia Menor, y se establecieron en Cizico, desde donde no cesaron de embestir la ciudad de Constantinopla por espacio de siete años. Por fin el célebre ingeniero Calinico destruyó su flota con el fuego griego, y el emperador Constantino despues de otras muchas ventajas ganó una batalla decisiva que costó á los musulmanes treinta mil hombres: entonces el califa Moavia se vió obligado el año 677 no solo á pedir la paz, sino á pagar un tributo. Murió de allí á tres años, y le sucedió su hijo Yesid. Los habitantes del Líbano y de las montañas de la Siria se habian aprovechado de los reveses sufridos por los musulmanes para sacudir su yugo, y se mantuvieron algun tiempo independientes. Entonces tomaron el nombre de maronitas que han conservado despues; pero su orígen no está bien averiguado. La opinion mas probable es que les vino este nombre de un monje llamado Maron, que fue su obispo á fines del siglo VII, despues de haberse refugiado entre ellos con los otros monjes del monasterio de S. Maron, célebre anacoreta, cuya vida escribió Teodoreto.

Habiendo asegurado Constantino Pogonato la tranquilidad del imperio con sus victorias, se dedicó inmediatamente á restituir la paz á la iglesia, turbada habia mucho tiempo en Oriente por la herejía de los monotelitas. Para este efecto se concertó con el sumo pontífice, á quien escribió el año 688, solicitando la reunion de un concilio tan numeroso como fuera posible. El Papa Vitaliano habia muerto el año 672, y le sucedió Adeodato que ocupó la santa sede mas de cuatro años: su pontificado no ofrece nada notable. Dono ó Domno, elegido el año 676, hizo volver la iglesia de Ravena á la obediencia de la santa sede, de la que habia intentado hacerse independiente. El arzobispo Mauro, excomulgado con este motivo por el Papa, tuvo la temeraria audacia de excomulgarle á su vez, y el emperador Constante apoyando este cisma declaró por un edicto exenta la silla de Ravena de la de Roma. Domno consiguió que el emperador Constantino revocase este edicto, y la iglesia cismática tomó el partido de someterse. A este Papa escribió el emperador respecto de los monotelitas; pero Domno habia muerto el 11 de abril del año 678 antes que la carta llegase á Roma. Queriendo su sucesor Agaton entregar á los legados que enviase á Constantinopla, testimonios auténticos y multiplicados de la fé de las iglesias de Occidente; exhortó á los obispos á celebrar concilios particulares en las diversas provincias para condenar el monotelismo, y á diputar obispos á Roma para que suscribieran la carta sinodal que debia enviarse al emperador. Los obispos de las Galias enviaron tres diputados, entre ellos el obispo de Arlés. El arzobispo de Milan redactó una carta sinodal en nombre de su concilio, que luego se leyó y aprobó en el de Roma. El Papa Agaton envió hasta á Inglaterra para que suscribiesen las actas del concilio

celebrado en Roma bajo el pontificado de S. Martin contra los monotelitas; con cuyo objeto tuvo S. Teodoro de Cantorbery un concilio en Hatfeld el año 680: hízose en él una declaracion enteramente conforme á las intenciones del sumo pontífice (1).

Pero antes de recibirla el Papa Agaton reunió un concilio en Roma por Pascua del mismo año, y concurrieron á él ciento veinte y cinco obispos de las diferentes provincias de Italia con los diputados de las Galias y S. Vilfrido que suscribió á nombre de la iglesia de Inglaterra. Se nombraron legados que fuesen á Constantinopla, unos por el Papa y otros por el concilio y como representantes de los obispos de Occidente, segun los deseos del emperador, y se les entregaron dos cartas, la una escrita por el Papa en particular, y la otra que era una letra sinodal, suscrita por el Papa y los obispos en nombre de todo el Occidente. Entrambas exponen con suma claridad y prueban la doctrina católica tocante á las dos operaciones y las dos voluntades con muchos pasajes de la sagrada escritura, de los concilios y de los santos padres. El Papa declara expresamente que en virtud de la promesa hecha á S. Pedro la iglesia romana no se ha apartado jamás de la verdad, y que toda la iglesia católica, los concilios generales y los santos doctores han hecho profesion de seguir su autoridad como regla de fé. «Desde que los obispos de Constantinopla, añade el Papa, quisieron introducir estas novedades heréticas, no han cesado mis predecesores de hacerles amonestaciones y exhortaciones eficaces para persuadirlos á que abandonaran este error, ó por lo menos se abstuvieran de enseñarle.» El Papa y el concilio se disculpan de no haber respondido antes á la car-

(1) Bed. *Hist.* lib. IV. = Paul. Diac. lib. VI. —Anast.

ta del emperador, porque ha habido que dejar tiempo á los obispos de las provincias mas remotas para que enviaran sus diputados á Roma. Por último se recomienda á los legados como encargados de presentar la profesion de fé de todo el Occidente, y se añade que no hay que esperar que brillen por la elocuencia ó las ciencias humanas: «Porque nuestras provincias, dice la carta, estan constantemente agitadas con guerras y rapiñas: las iglesias han sido despojadas de su patrimonio, y nosotros estamos reducidos á ganar el sustento diario con el trabajo de nuestras manos. No nos queda otro bien que la fé, cuyo depósito hemos cuidado de conservar tal como le recibimos de nuestros padres.»

Los legados llegaron á Constantinopla el 10 de setiembre, y en el mismo dia escribió el emperador al patriarca Jorge que convocara á los obispos de su dependencia, y advirtiera á Macario de Antioquía, residente entonces en Constantinopla, que llamase á los de Oriente. El concilio se abrió el 7 de noviembre en un palacio de Constantinopla llamado *Trullus*, y duró hasta setiembre del año siguiente: tuvo diez y ocho sesiones. El emperador asistió á las once primeras y á la última: estaba sentado enmedio con sus principales oficiales, y á su izquierda que era el lado mas honroso, se hallaban los presbíteros Jorge y Teodoro y el diácono Juan, todos tres legados del Papa, y nombrados los primeros en las actas como que presidian el concilio; despues los diputados enviados con ellos en nombre del concilio de Roma, y en seguida el legado de Teodoro, vicario administrador de la silla vacante de Jerusalem. A la derecha estaban los patriarcas de Constantinopla y Antioquía, el legado de Alejandría, el obispo de Efeso y los otros de Oriente. En la primera sesion no hubo mas que cuarenta obispos presentes; pero fueron lle-

gando sucesivamente los de las provincias lejanas, y á la última concurrieron mas de ciento sesenta. El patriarca de Alejandría y el vicario de Jerusalem no habian podido ir en persona porque estaban bajo la dominacion de los musulmanes, y por la misma razon no asistió ningun obispo de sus provincias, ni del Africa. Los legados del Papa hablaron los primeros para exponer el objeto del concilio, y el emperador mandó en seguida á los patriarcas de Constantinopla y Antioquía que se explicasen sobre las novedades introducidas en sus iglesias. Estos respondieron que seguian la doctrina enseñada por los concilios, y que se ofrecian á probarlo. Se discutieron en varias sesiones los pasajes que alegaban en apoyo de sus errores: sus sofismas fueron refutados con mucho vigor: se desentrañaron las sutilezas, se descubrieron los equívocos, y se probó que habian truncado y falsificado los textos de los antiguos doctores y hasta las actas de los concilios. Primeramente presentaron las del concilio general de Efeso, y trataron de apoyarse en un pasaje en que decia S. Cirilo que la voluntad de Jesucristo es omnipotente; pero se les hizo ver que no se trataba mas que de la voluntad divina, y que S. Cirilo no excluia la voluntad humana. En la segunda sesion, celebrada el 10 de noviembre, se leyeron las actas del concilio de Calcedonia, donde se notaron las palabras siguientes de la carta de S. Leon: « Cada naturaleza en Jesucristo hace lo que le es propio con la participacion de la otra: el Verbo opera lo que conviene al Verbo, y la carne lo que conviene á la carne.» Instados los sectarios para que se explicaran acerca de un pasaje tan formal y aprobado por un concilio ecuménico, se escudaron con sutilezas y reticencias que solo sirvieron para descubrir su apuro y su mala fé. En la tercera sesion que se tuvo el 13 de noviembre, se le-

yeron las actas del quinto concilio; y como se habia insertado al principio del ejemplar conservado en Constantinopla la supuesta carta de Mennas al Papa Vigilio sobre la unidad de voluntad; exclamaron los legados que aquellas actas se habian falsificado, porque Mennas habian muerto antes de la celebracion del concilio quinto; y al examinar el libro se reconoció en efecto que se habian añadido tres cuadernos de letra diferente de la de las actas, y ademas estaban puestos delante de un cuaderno que llevaba el número primero, y de consiguiente era el principio del ejemplar auténtico. Con no menor evidencia quedó probado que los herejes habian falsificado tambien dos escritos del Papa Vigilio, añadiendo los términos de una sola operacion.

En la cuarta sesion (15 de noviembre) no se hizo mas que leer las cartas del Papa Agaton y del concilio de Roma, y en las dos siguientes que se celebraron el 7 de diciembre y el 13 de febrero, Macario de Antioquía á nombre de los monotelitas produjo diferentes pasajes de los padres en apoyo de sus errores: los legados despues de declarar que les seria fácil demostrar que aquellos extractos estaban truncados, alterados ó interpretados en un sentido evidentemente falso, pidieron que se leyeran muchos pasajes, donde los padres enseñaban dos voluntades y dos operaciones, y otros de los antiguos herejes que defendian la unidad de voluntad como los monotelitas. Este fue el objeto de la séptima sesion que se tuvo el 13 de febrero del año 681. En la octava (8 de marzo) declaró Jorge de Constantinopla que habiendo verificado los pasajes citados en las cartas del Papa y del concilio de Roma, habia hallado que las citas eran enteramente exactas, y que se adheria plenamente á la doctrina contenida en aquellas cartas. Todos los obispos dependientes de la silla de Constantinopla exclamaron

que profesaban los mismos sentimientos, que recibian las cartas del Papa Agaton; y que anatematizaban á todos los que no admitian mas que una sola voluntad: solo Teodoro de Melitene en Armenia se atrevió á presentar una solicitud en que pedia que no se fallase nada acerca de esta cuestion; y como acusara á algunos obispos de ser los autores de este escrito juntamente con él, se apresuraron á desmentirle, y protestaron que estaban prontos á dar una profesion de fé ortodoxa. En seguida se restableció el nombre del Papa Vitaliano en los dípticos de donde le habian quitado los monotelitas, y el concilio prorumpió en aclamaciones en honor del emperador, del Papa Agaton y del patriarca Jorge. Muchos obispos dependientes de la silla de Antioquia declararon tambien que recibian las cartas del Papa; pero el patriarca Macario perseveró en su apego al monotelismo, presentó una profesion de fé en que trataba de hereje y maniqueo á S. Máximo, y declaró que no confesaria dos voluntades y dos operaciones aun cuando hubieran de cortarle los miembros y arrojarle al mar. Le mandaron dejar su asiento y comparecer de pie ante el concilio: despues comenzó la discusion de los pasajes que habia producido; y leidos muchos, que quedó convicto de haber truncado para alterar su sentido, exclamó todo el concilio: «Anatema al nuevo Dióscoro, al nuevo Apolinar: que sea privado del obispado: que se le quite el palio.» En efecto fue despojado de él, y no volvió á parecer en las sesiones siguientes.

En la novena que se celebró al siguiente dia 8 de marzo, continuó el exámen de los textos recopilados por Macario; y entre otros muchos truncados ó interpretados contra el sentido natural se halló uno de S. Atanasio, en que muy lejos de favorecer el monotelismo, enseñaba expresamente el santo doctor dos voluntades; sobre lo

cual dijo el concilio al presbítero Estevan, monje y discípulo de Macario: «Ya veis que vos y vuestro maestro quedais confundidos con los mismos pasajes que habeis presentado; por tanto os declaramos destituidos de toda dignidad sacerdotal como convictos de haber alterado la doctrina de los santos padres y seguido la de los herejes.» De todas partes se levantó un clamor: «Anatema al nuevo Eutiques;» y el monje Estevan fue expulsado del concilio. En la sesion décima (18 de marzo) se comprobaron los muchos pasajes de los padres citados por los legados, y todos se hallaron enteramente conformes con el texto de las obras que se llevaron de la biblioteca patriarcal de Constantinopla. En seguida se recibió la confesion de fé de Teodoro de Melitene que habia manifestado arrepentimiento, y la de algunos obispos que designó como que habian aprobado su memoria. En la sesion undécima se leyó la carta sinódica de S. Sofronio de Jerusalem contra los monotelitas, y luego algunos escritos de Macario, cuya conformidad con los pasajes de los herejes citados por los legados se hizo ver. En la duodécima se leyó una coleccion de documentos remitidos al emperador por Macario en apoyo de su herejía; á saber, la carta de Sergio á Ciro, metropolitano de Fáside, la del mismo Sergio al Papa Honorio y la respuesta de este Papa, cuyo original latino fue comprobado por un legado; y habiendo declarado despues el concilio que no podria ser repuesto Macario en la silla de Antioquía, los obispos y clérigos dependientes de ella pidieron un nuevo patriarca, y los magistrados prometieron dar cuenta de esta peticion al emperador. Este mandó hacer segun la costumbre un decreto de eleccion para que le fuese presentado, y en virtud de su respuesta comunicada por los magistrados en la sesion siguiente fue elegido patriarca de

Antioquía Teofanes, abad de Baya en Italia, que habia dado pruebas de su zelo é ilustracion refutando con mucha sagacidad los sofismas de Macario y de Estevan su discípulo.

En la sesion décima tercera (28 de marzo) pronunció el concilio su decision en los términos siguientes sobre los documentos que se habian leido en la anterior: «Habiendo examinado las cartas dogmáticas de Sergio tanto á Ciro de Fáside como al Papa Honorio, y del mismo modo la respuesta de este Papa á Sergio, y hallando que se separan absolutamente de la doctrina de los apóstoles y de la enseñanza de los concilios y de los padres, y que por el contrario siguen la falsa doctrina de los herejes; las desechamos en un todo, y las detestamos como propias para corromper las almas. Queriendo tambien proscribir los nombres de aquellos cuyas impiedades condenamos, á saber, Sergio de Constantinopla, Ciro de Alejandría, Pablo, Pirro y Pedro, obispos tambien de Constantinopla, y Teodoro de Faran, todos mencionados y condenados en la carta del Papa Agaton; los declaramos anatematizados, y con ellos creemos deber proscribir y anatematizar á Honorio, en otro tiempo papa de Roma, porque hemos notado en su carta que se conformó en todo con las miras de Sergio, y autorizó su doctrina impía. Tambien hemos examinado la carta sinodal de Sofronio de Jerusalem, y habiéndola hallado conforme con la doctrina de los apóstoles y de los padres, la recibimos como ortodoxa, y decretamos que el nombre de este patriarca sea puesto en los dípticos de las iglesias.» Despues de esta decision mandó el concilio leer varios escritos de las personas condenadas, entre otros la segunda carta de Honorio, y declarando que todos propendian á la misma impiedad, dispuso quemarlos inmediatamente; lo que

fue ejecutado. Se examinaron asimismo las letras sinódicas de los patriarcas de Constantinopla, sucesores de Pedro, y como no se halló en ellas nada favorable al monotelismo, se decidió que se conservasen sus nombres en los dípticos.

En la sesion décima cuarta (5 de abril) se comprobó la falsificacion del concilio quinto por los monotelitas, y se reconoció que habian añadido muchos documentos no solo por la diferencia de letra y la falta de números, sino tambien por el cotejo de muchos ejemplares antiguos y auténticos donde no se hallaban aquellos documentos, y últimamente por algunos testigos que manifestaron los autores y las circunstancias de esta falsificacion. Los documentos de que se trata, eran la supuesta carta de Mennas al Papa Vigilio y dos de este á Justiniano y Teodora. El concilio condenó estos escritos, y pronunció anatema contra los que los habian inventado ó ingerido en las actas del quinto concilio general. Las dos sesiones siguientes se dedicaron á asuntos particulares. En la décima quinta (26 de abril) respondió el monje Policrono, á quien se intimó que declarara su fé por haber sido acusado de monotelismo: «Con obras intente yo explicarme: mandad traer un muerto, y si no le resucito haced conmigo lo que querais.» Se dispuso que la prueba se hiciera en público, á fin de que las personas seducidas por aquel impostor fuesen testigos de su confusion. Se acercó al muerto para rezar algunas oraciones, y los padres del concilio tuvieron la paciencia de estar aguardando muchas horas hasta que al fin se vió obligado á confesar su impotencia. Entonces se le mandó confesar la fé católica, y habiéndose negado á ello, fue anatematizado y expulsado ignominiosamente. Otro monotelita llamado Constantino se presentó en la sesion décima sexta, que se tuvo el 9 de

agosto, y quiso persuadir al concilio que no determinara nada sobre la cuestion de una ó dos voluntades; y habiendo solicitado despues exponer su fé, declaró que Jesucristo antes de su resurreccion habia tenido una voluntad humana; pero que despues no la tenia ya, y que se habia despojado tambien de su cuerpo. No pudiendo el concilio hacerle abjurar este error exclamó: «Esta es la doctrina de Apolinar; anatema al maniqueo;» y al punto fue expulsado de la asamblea este hereje obstinado. En la misma sesion pidió Sergio de Constantinopla que si era posible no se anatematizase nominalmente á Sergio y los otros patriarcas sus predecesores; pero el concilio declaró que no habia lugar á revocar la decision tomada con respecto á él, y de todas partes se levantó un grito: «Anatema á Sergio, á Ciro, á Hónorio y á todos los herejes.»

En la sesion décima séptima (11 de setiembre) se extendió la definicion de fé que fue releida y firmada en la décima octava y última, celebrada de allí á cinco dias. En esta definicion de fé declara primeramente el concilio que se adhiere á los cinco ecuménicos, y cita el símbolo de Nicea y de Constantinopla, y luego nombra las personas que habia condenado anteriormente; á saber, Teodoro de Faran, Sergio, Pirro, Pablo y Pedro de Constantinopla, el Papa Honorio, Ciro de Alejandría, Macario de Antioquía y su discípulo Estevan. Aprueba las cartas del Papa Agaton y del concilio de Roma como conformes con las decisiones de Calcedonia y con la doctrina de S. Leon y S. Cirilo; y despues de una explicacion clara y muy extensa del misterio de la Encarnacion falla que en Jesucristo hay dos voluntades y dos operaciones naturales, y prohibe enseñar lo contrario pena de deposicion para los clérigos y de anatema para los seglares. Suscribieron esta definicion los lega-

dos y ciento sesenta y cinco obispos, y se sacaron cinco copias que firmó tambien el emperador; una para la iglesia de Roma, y las otras para los cuatro patriarcados de Oriente. El concilio la confirmó con multiplicadas aclamaciones, y reiteró los anatemas contra los herejes, y señaladamente contra todos los que acababa de condenar en su decreto. Luego dirigió un discurso al emperador, en el que aprobando de nuevo las cartas del Papa dice que S. Pedro ha hablado por la boca de Agaton. Tambien escribió segun la costumbre una carta sinodal al sumo pontífice, rogándole que confirmara la decision dada en conformidad de sus cartas, segun decia.

El emperador apoyó las decisiones del concilio con un edicto, en que imponia á los contraventores la pena de deposicion si eran obispos, clérigos ó monjes, la de destitucion y confiscacion de bienes si eran empleados, y la de destierro de todas las ciudades si eran simples particulares. Tambien escribió cartas al Papa y á los obispos de Occidente, en las que declaraba que se habia recibido la carta del Papa Agaton como un oráculo de San Pedro. Al mismo tiempo libró el patrimonio de la iglesia romana de muchas imposiciones onerosas, y abolió la costumbre de pagar una suma de dinero por la consagracion del Papa; pero con la condicion de que el electo no se consagraria hasta que el emperador aprobase la eleccion en Constantinopla.

A pocos meses de concluido el concilio murió el Papa Agaton el dia 10 de enero del año 682, en que la iglesia venera su memoria. Leon II que le sucedió el 17 de agosto del mismo año, confirmó el concilio sexto, y con este motivo escribió al emperador una carta fecha 7 de mayo siguiente, en la que se expresa asi: «Habiendo examinado cuidadosamente las actas del concilio, las he-

mos hallado conformes al informe de los legados, y hemos reconocido que ha seguido exactamente la doctrina de los cinco concilios precedentes. Por tanto aprobamos la definicion de fé de este concilio sexto, y la confirmamos con la autoridad de S. Pedro. Anatematizamos á los autores de la nueva herejía, Teodoro de Faran, Sergio etc., y con ellos á Honorio, que en vez de mantener la pureza de nuestra silla apostólica, hizo traicion á la fé por una condescendencia criminal. Así mismo anatematizamos á Macario de Antioquía, su discípulo Estevan, el impostor Policrono y todos sus semejantes. Nos hemos hecho todos los esfuerzos para convertirlos; pero han permanecido obstinados.» Estos mismos sectarios habian solicitado ir á Roma, y en consecuencia los habia relegado el emperador á aquella ciudad, donde mandó el Papa encerrarlos en diferentes monasterios.

Como los obispos de España no habian asistido al concilio sexto, ni al que habia celebrado en Roma el Papa Agaton; su sucesor Leon II les envió la definicion de fé contra los monotelitas con una carta en que participándoles la conclusion del concilio de Constantinopla se expresaba así: «En él se han leido y aprobado las cartas del Papa Agaton y de nuestro concilio, y se ha condenado á Teodoro de Faran, Ciro de Alejandría etc. y al Papa Honorio, que en vez de apagar la llama de la herejía en su orígen, como convenia á la autoridad apostólica, la fomentó con su negligencia.» Para el mismo asunto escribió el Papa una carta particular al arzobispo de Toledo y otra al rey Ervigio, y en esta última habla otra vez de la condenacion de Honorio, de que tambien se hace mencion en la carta sinodal del concilio sexto y en el edicto del emperador para apoyar los decretos de este. Por aquí se ve que no puede

defenderse la opinion de algunos críticos modernos que por su zelo inconsiderado en favor de la memoria de Honorio han asentado sin otra prueba que suposiciones gratuitas y conjeturas frívolas que los griegos habian falsificado las actas del concilio ingiriendo en ellas la condenacion de este Papa. Por lo demas lo que hemos dicho de las cartas de Honorio basta para dar á conocer el motivo y al mismo tiempo el sentido de esta condenacion. Aunque hubiese enseñado en el fondo el dogma católico, como hemos hecho notar, es cierto que habia favorecido la herejía, y hecho traicion á la fé concertándose con los sectarios para imponer silencio á los defensores de la verdad, y proscribir la precision del lenguaje católico como una novedad escandalosa. No debe pues extrañar nadie que el concilio sexto le contase entre los herejes y le condenase como su cómplice y fautor, porque esta calificacion de hereje se aplicaba entonces no solo á los que inventaban ó sostenian una herejía, sino tambien á todos aquellos que sin admitirla la favorecian con una connivencia culpable. Hállase un ejemplo y una prueba de esto en la causa de Acacio de Constantinopla.

Las cartas del Papa Leon II llegaron á España cuando acababan de separarse los obispos por haberse terminado el concilio décimo tercero de Toledo que se celebró á fines del año 683; y como no era posible reunirlos por el invierno, se les remitieron las actas enviadas de Roma, y se difirió su recepcion solemne para el concilio que debia congregarse al año siguiente. Este fue el objeto del décimo cuarto de Toledo reunido el año 684, al que asistieron todos los obispos de la provincia y los diputados de las otras cinco metrópolis, á saber, Mérida, Braga, Sevilla, Tarragona y Narbona. Se comparó la definicion de fé del concilio sexto con la doctrina de los

otros concilios ecuménicos, y hallándola conforme declararon los obispos que recibian este concilio con el mismo respeto que los precedentes, suscribieron su definicion, y enviaron sus suscripciones al Papa con una exposicion de doctrina, en la que reconocian expresamente dos voluntades en Jesucristo. Sin embargo contenía ciertas proposiciones sobre algunos puntos que desagradaron al Papa Benedicto, sucesor de Leon II, y dió quejas á los obispos de España, quienes respondieron en el concilio décimo quinto de Toledo, año de 688, procurando justificar con algunos pasajes de los santos padres aquellas proposiciones, que en efecto podian admitir un sentido recto aun cuando no fuesen absolutamente conformes con el lenguaje recibido en la iglesia. Asi habian asentado que hay tres sustancias en Jesucristo, y se explican diciendo que han querido designar la divinidad el cuerpo y el alma humana. El rey Egica consultó á los obispos sobre dos juramentos que habia prestado y que creia no poder cumplir al mismo tiempo: uno de proteger en toda ocasion á los hijos del rey Ervigio su predecesor, y otro de administrar completa justicia á su pueblo; lo que no podia hacer sin condenar los hijos del rey difunto á restituciones en favor de muchas personas despojadas ú oprimidas injustamente. El concilio decidió que por el primer juramento no habia podido el rey obligarse á una proteccion que violase las reglas de la justicia, y que así debia cumplir en toda su extension el juramento hecho en favor del pueblo. Concurrieron á este concilio sesenta y un obispos presentes, cinco diputados de ausentes, nueve abades y diez y nueve condes.

Casi el mismo número de obispos asistió al décimo sexto de Toledo que se celebró el año 693: se halló el rey en persona con diez y seis condes. Segun la costum-

bre se hizo una exposicion de fé, y luego doce cánones de disciplina: el primero confirmando las leyes promulgadas contra los judíos exime á los que se conviertan, de los tributos que pagaban al fisco: el segundo prohibe todas las supersticiones idolátricas, y en particular los agüeros, los encantos y el culto de los árboles, de las piedras ó de las fuentes. Se manda á los obispos que empleen en las reparaciones de las iglesias rurales la parte de renta que sacaban de ellas segun los cánones, y se prohibe dar varias iglesias á un mismo sacerdote; pero las que son demasiado pequeñas se unirán á otras. Algunos sacerdotes empleaban el pan comun para el sacrificio cortando una corteza en redondo para ofrecerla en el altar. El concilio ordena que usen un pan entero y blanco hecho expresamente y de tamaño proporcionado para que quepa fácilmente en un copon. Por aqui se ve que ya se hacian entonces hostias poco mas ó menos como las que hoy se gastan. Se tomaron diferentes disposiciones para la seguridad del rey y de sus hijos, y se pronunciaron varios anatemas contra todo el que se mezclase en las conspiraciones. Por último se mandó que los obispos de la Galia narbonense que no habian podido asistir á este concilio, suscribiesen sus cánones.

Al año siguiente se celebró el décimo séptimo de Toledo, en el que se hicieron ocho cánones. Se manda á los obispos que practiquen la ceremonia del lavatorio de pies el jueves santo; y se ve que en este mismo dia se desnudaban los altares como se ejecuta todavía. El concilio prescribe letanías y rogativas públicas todos los meses por las necesidades de la iglesia y del estado. Ordena tambien que los judios de España, como convictos de haber conspirado con los musulmanes contra el estado, sean despojados de sus bienes, reducidos á completa servidumbre, y repartidos á los cristianos segun la

voluntad del rey. Este es el último concilio de Toledo cuyas actas tenemos, y aun faltan en él las suscripciones de los obispos. Otro que se celebró en Zaragoza tres años antes, hizo cinco cánones, entre los cuales es notable el primero que prohibe á los obispos hacer la dedicacion de las iglesias en dia que no sea domingo, y el quinto que declara que las viudas de los reyes no solamente no podrán volver á casarse segun la prohibicion del concilio décimo tercero de Toledo, sino que ademas estarán obligadas á tomar el hábito de religiosas y encerrarse en un monasterio por el resto de sus dias. La razon que da el concilio es que quedándose en el mundo estarian expuestas á insultos: quizá como el reino era electivo se queria poner un impedimento mas eficaz á su matrimonio con algunos señores que hubieran podido aprovecharse de él para excitar revueltas y usurpar la corona. En los ciento cincuenta años sucesivos apenas hallamos monumentos tocante á la iglesia de España, cuya nacion pasó al dominio de los musulmanes á principios del siglo VIII.

El Papa S. Leon II habia muerto el año 683 despues de uno de pontificado, y le sucedió al siguiente Benedicto II que no ocupó la santa sede mas que unos diez meses. Como su consagracion se habia diferido mucho tiempo por la necesidad de enviar el decreto de eleccion á Constantinopla para obtener el consentimiento del emperador; esta circunstancia determinó á Constantino Pogonato á dar un rescripto permitiendo que en lo sucesivo se consagrase sin tardanza el Papa electo: probablemente queria decir que bastaria enviar el decreto de eleccion al exarca de Ravena, porque pronto veremos que este magistrado exigió una suma de dinero por dar su consentimiento. El mismo emperador para mantener la iglesia de Ravena en la dependencia de la

santa sede habia ordenado anteriormente que el obispo electo tuviese obligacion de ir á Roma para que le consagrara el Papa; y con esta ocasion suprimió Leon II los derechos que los arzobispos de aquella ciudad acostumbraban pagar á la iglesia romana por la recepcion del palio.

Juan V, de nacion sirio, sucedió al Papa Benedicto II el 23 de julio del año 685. Habia sido legado del Papa Agaton en el concilio VI, y á su mucha instruccion juntaba una prudencia rara y una gran firmeza. Su eleccion segun la antigua costumbre, interrumpida habia mucho tiempo, se hizo por unánime aclamacion en la iglesia de Letran, de donde fue conducido al palacio pontifical. Le consagraron como á Leon II los obispos de Ostia, Porto y Veletri. Confirmó en un concilio un decreto del Papa S. Martin, que obligaba á los obispos de Cerdeña á ir á Roma á consagrarse segun la antigua costumbre, interrumpida por algun tiempo á consecuencia de un privilegio otorgado al obispo de Caller para hacer estas consagraciones. El Papa Juan V no ocupó la silla apostólica mas que un año. A su muerte se formaron dos partidos que estuvieron divididos mucho tiempo sobre la eleccion de sucesor. El clero proponia al arcipreste Pedro, y el ejército se declaraba por el presbítero Teodoro. Por fin despues de muchas negociaciones inútiles el clero, renunciando á su candidato, eligió al presbítero Conon, anciano venerable, de costumbres sencillísimas y ajeno de toda intriga. Luego que fue elegido, los magistrados y principales ciudadanos aprobaron esta eleccion con sus aclamaciones, y al cabo de algunos dias la consintió tambien el ejército viendo la concordia del clero y del pueblo. Pero el nuevo Papa murió á los once meses de pontificado, y se reprodujeron las divisiones. En su última enfermedad ha-

bia hecho legados considerables en favor del clero y de los monasterios. El arcediano Pablo prometió al exarca de Ravena darle estas sumas si hacia que le eligieran Papa. El exarca aceptó el contrato y al punto envió oficiales á Roma para que cooperaran á aquella eleccion; por cuya causa estuvo vacante la santa sede cerca de tres meses. Una parte del pueblo eligió al arcediano Pablo, y otra al arcipreste Teodoro; pero como ninguno de los dos partidos queria ceder, los principales magistrados, muchos obispos y la mayor parte del clero, milicia y pueblo convinieron en elegir al presbítero Sergio, natural de Sicilia y originario de Antioquía; y consiguieron á pesar de todos los obstáculos introducirle en el palacio pontifical de Letran. El arcipreste Teodoro se sometió al instante: Pascual resistió mucho tiempo, y muy á pesar suyo fue á prestar homenaje á Sergio. Persuadió al exarca de Ravena que fuera en persona á apoyar sus pretensiones; pero habiendo llegado este á Roma y encontrado á Sergio reconocido por todo el mundo, no pudo hacer nada en favor de Pascual. Sin embargo no dejó de exigir las cien libras de oro que este le habia prometido por consentir en la consagracion de Sergio, el cual despues de muchas representaciones inútiles tuvo que satisfacer la odiosa codicia del exarca. Sergio ocupó la santa sede hasta principios del siglo siguiente. El arcediano Pascual fue depuesto á poco tiempo por causa de magia, y encerrado en un monasterio donde murió impenitente (1).

S. Kiliano propagaba entonces las luces del Evangelio en la Franconia. Era natural de Irlanda y de noble familia, y sus virtudes acompañadas de una instruc-

(1) Anast. *Vit. Pontif.* — Paul. Diac. *Hist.* lib. V.

cion sólida le elevaron á la silla episcopal; pero aunque querido de su pueblo y clero resolvió abandonar su pais por ir á predicar la fé á los idólatras. Habiendo penetrado hasta Vurtzburgo en Baviera con algunos discípulos suyos, y observando la buena índole de los habitantes, juzgó que podria ejercitar su zelo con fruto, y comunicó el pensamiento á sus compañeros; «pero antes, dijo, vamos á Roma á los sepulcros de los santos apóstoles: presentémonos al sumo pontífice, y si nos da su licencia volveremos aquí á predicar el Evangelio.» El Papa Conon se cercioró de la virtud y doctrina de Kiliano, y le confirió la jurisdiccion sobre los pueblos que iba á convertir. El santo volvió á Vurtzburgo con el presbítero Colman y el diácono Totnan y predicaron con mucho fruto. El duque Gosberto quiso oirlos y se convirtió con gran multitud de su pueblo. Habiase casado este duque con la mujer de su hermano, y viéndole S. Kiliano bien afirmado en la fé, le declaró que aquel matrimonio no era legítimo. «Hasta ahora no me habeis propuesto nada tan difícil, respondió Gosberto; pero una vez que he sacrificado todo lo demas por amor del Dios supremo, dejaré tambien mi mujer si no me es lícito conservarla.» Esta, animada de muy diferentes disposiciones, no pensó mas que en satisfacer su venganza, y aprovechándose de la primera ausencia del duque, que tuvo que partir á poco tiempo para la guerra, mandó asesinar una noche á S. Kiliano y sus compañeros. Este crímen no quedó impune: el mismo asesino se descubrió, porque corrió por todas partes diciendo que Kiliano le abrasaba con un fuego insufrible, y luego se puso furioso y se despedazó con los dientes hasta quitarse la vida. La duquesa fue poseida del demonio, y murió de allí á poco enmedio de una horrible agitacion.

La iglesia de Francia experimentó los funestos efectos del desórden y de la especie de anarquía en que se hallaba sumido el reino por la debilidad de los reyes y las usurpaciones de los ministros de palacio, Ebroino, que desempeñaba este cargo en tiempo de Teodorico II, expulsó á muchos obispos de sus iglesias y los reemplazó con otros, fieles á sus intereses. Procuró tambien dar las sillas vacantes á sus criaturas; con lo que pudo reunir, como se ha visto, una asamblea de obispos bastante dóciles para condenar á S. Leodegario. S. Aigulfo, abad de Lerina, se habia grangeado el odio de algunos monjes indisciplinados, que intentaron primeramente asesinarle, y habiendo inducido luego á un señor comarcano á que fuese á saquear el monasterio, arrebataron al abad y á los monjes mas adictos á él, los embarcaron, les cortaron la lengua y les arrancaron los ojos, y despues los condujeron á una isleta donde acabaron de quitarles la vida. Refiérese este acontecimiento al año 677.

En el de 680 fue asesinado Dagoberto II, rey de Austrasia, por unos conjurados partidarios de Ebroino. Fundó aquel muchos monasterios en Alsacia, y es venerado como mártir en Stenay, lugar de su sepultura. Los pueblos de Austrasia, que detestaban la tiranía de Ebroino, no quisieron reconocer al rey Teodorico, y eligieron por su jefe á Pipino de Heristal, que llegó á ser asi el duque soberano de este reino. S. Audoeno, arzobispo de Ruan, restableció la paz turbada por este rompimiento entre los franceses de Austrasia y los de Neustria, llevó la nueva al rey Teodorico, y murió á poco tiempo en Clichy, cerca de Paris, el año 683. Habia suplicado al rey que le diera por sucesor á Ansberto, abad de Fontenelle, deseado por todo el clero y pueblo de Ruan. El rey

llamó á Ansberto só pretexto de consultarle, porque este santo abad era su confesor, é hizo que le consagrara S. Lamberto, arzobispo de Leon y su predecesor en la abadía de Fontenelle. S. Ansberto se habia distinguido por su piedad en la corte de Clotario III, donde habia desempeñado el cargo de canciller. Estaba desposado con una jóven tan esclarecida por su sangre como opulenta, la cual le manifestó los deseos que tenia hacia mucho tiempo de consagrar á Dios su virginidad. Ansberto consintió sin vacilar, y dejando secretamente la corte se retiró al monasterio de S. Vandrilo. Luego que fue abad edificó tres hospitales para los pobres y los enfermos: la misma caridad ostentó durante su episcopado. No fue menor su zelo para la conservacion y reparacion de las iglesias, á cuyo efecto abandonó todos los derechos que podia alegar sobre los curatos. Convocó el año 689 un concilio á que asistieron quince obispos, entre ellos los metropolitanos de Reims y de Tours: en él concedió un privilegio de exencion al monasterio de Fontenelle con la condicion de que los monjes observasen la regla de S. Benito, y que si faltaban quedarian sujetos á las reformas de los obispos reunidos. S. Ansberto se hizo sospechoso á Pipino, que le confinó al monasterio de Aumont sobre el Sambra, donde edificó á los religiosos con sus mortificaciones y oracion contínua; y despues de haberse justificado completamente obtuvo permiso para volver á su iglesia; pero murió cuando se disponia á partir el año 698. Su cuerpo fue llevado á la abadía de Fontenelle.

Pipino de Herístal, proclamado duque soberano de Austrasia, habia forzado despues de una victoria á Teodorico, rey de Neustria, á recibirle como ministro de palacio, y este título le revistió de una autoridad omnímoda en los dos reinos. Teodorico III murió el año

691, y su muerte no llamó la atencion mas que la de un simple particular. Dejó dos hijos, Clodoveo III que le sucedió, y Childeberto III que recibió tambien el título vano de rey despues de la muerte de su hermano ocurrida el año 695 (1).

El emperador Constantino Pogonato habia fallecido en el de 685 con los sentimientos de respeto que habia profesado constantemente á la iglesia romana. Poco antes de morir envió las cabelleras de sus hijos Justiniano y Heraclio á Roma, y el Papa las recibió solemnemente á presencia del clero y tropas. Esta era una especie de adopcion usada en aquel tiempo, y el que recibia la cabellera de un jóven era mirado como su padre. A Constantino sucedió su primogénito Justiniano II que solo tenia diez y seis años: libró los patrimonios de San Pedro de muchos impuestos, y decretó la restitucion de las tierras y siervos de la iglesia romana retenidos en prendas por la milicia (2).

Como los dos últimos concilios generales no habian hecho cánones de disciplina, los orientales quisieron suplir esta falta; á cuyo efecto convocó el emperador Justiniano un concilio el año 692 que se llama *in Trullo* porque se reunió como el sexto en el mismo salon de palacio, y *quinisexto* porque los griegos han pretendido que se considere como continuacion y complemento del quinto y sexto. Asistieron á él doscientos once obispos, entre ellos los dos patriarcas Jorge de Antioquía y Pablo de Constantinopla que presidió. Se queria formar un cuerpo de disciplina que sirviese á toda la iglesia, y se distribuyó en ciento y dos cánones. Primeramente se hace profesion de conservar la fé de los após-

(1) Fredegar. Chron.—Vit. S. Aud.
(2) Paul. Diac. lib. IV, cap. LIII.—Niceph. Chron.

toles y de los seis concilios generales, y de condenar los errores y las personas que ellos condenaron. En seguida se especifican los antiguos cánones que se quieren conservar y confirmar; á saber, los ochenta y cinco atribuidos á los apóstoles, los de Nicea, Ancira, Neocesarea, Gangres, Antioquía, Laodicea, los concilios ecuménicos de Constantinopla, Efeso y Calcedonia, los de Sardica, Cartago y otro celebrado en Constantinopla en tiempo de Nectario cuyas actas no poseemos. Se aprueban tambien las epístolas canónicas de S. Dionisio y S. Pedro de Alejandría, de S. Gregorio Taumaturgo, de S. Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Niseno, S. Gregorio Nazianzeno, S. Anfíloco, Timoteo, Teófilo y S. Cirilo, los tres obispos de Alejandría, de Gennadio de Constantinopla; por último un cánon publicado por S. Cipriano y observado en Africa por una costumbre particular de esta provincia. Es imposible conocer por esta vaga indicacion de qué cánon se trata.

Despues de estos preliminares principia el concilio por las reglas concernientes á la pureza del clero. Se prohibe ascender á las órdenes á los que han sido casados dos veces, á los que han tenido concubinas, ó casádose con viudas, mujeres repudiadas, prostitutas, comediantas ó esclavas. Se renueva la prohibicion que los antiguos cánones hacen á los clérigos de tener mujeres extrañas en su compañía. Se prescribe á los obispos, ya esten casados ó no, que guarden perfecta continencia, y se pronuncia la pena de deposicion contra los que continúen habitando con las mujeres con quienes antes se hubiesen casado. Tambien se prohibe, pena de deposicion, á todos los clérigos ordenados *in sacris* que se casen despues de recibir las órdenes; pero se permite á todos los subdiáconos, diáconos y presbíteros ya casados que

conserven á sus mujeres y que usen del matrimonio, excepto los dias en que celebren los santos misterios. No se los quiere obligar á prometer que se separarán de sus mujeres por no imprimir, segun se dice, una marca de reprobacion al matrimonio que Dios instituyó y bendijo con su presencia, y aun se pronuncia la pena de deposicion contra los que quieran obligarlos á esta separacion. Pero si el pretexto que se alega tuviera algun fundamento, no se concibe cómo el concilio podria prohibir á los obispos lo que permite á los presbíteros, ó entredecir á estos el matrimonio despues de recibir las órdenes, porque evidentemente podria aplicarse asimismo igual pretexto á todos los casos. Se ve pues que estos reglamentos no son menos extraños por su inconsecuencia que por su novedad. El concilio intenta autorizarse con el canon VI de los atribuidos á los apóstoles, que prohibe al obispo ó presbítero abandonar á su mujer só pretexto de religion: pero fuera de que este canon no tiene ninguna autenticidad, y ademas nada indica que deba entenderse en el sentido de una cohabitacion; es claro que el concilio cae tambien en una inconsecuencia, porque establece una distincion entre los obispos y presbíteros, cuando aquel canon sujeta á unos y otros á la misma regla. Hablando el concilio en otro canon de los sacerdotes que se hallan entre los bárbaros, lo que probablemente debe entenderse de los sacerdotes de Italia y de las otras provincias de Occidente, se expresa así: «Si creen que deben elevarse á mayor altura que el canon de los apóstoles, y hacer mas de lo que está mandado separándose de sus mujeres de comun consentimiento, les prohibimos vivir con ellas para que muestren así que su promesa es efectiva. Sin embargo no les concedemos este permiso sino á causa de la debilidad de su ánimo y de la inconstancia de las cos-

tumbres extranjeras.» Es decir, que el concilio mira la continencia como una imperfeccion, y con todo la impone como una obligacion á los obispos, sin duda porque la eminencia de su dignidad los obliga á una vida mas perfecta. ¿Puede verse una contradiccion mas patente? Pues á pesar de eso estos cánones han servido de regla á la iglesia griega desde entonces, y estan en vigor aun en el dia.

El concilio prohibe á todos los clérigos entrar en las tabernas, asistir á los espectáculos, ya del teatro, ya de las carreras de caballos, y llevar ni aun yendo de viaje otro traje que el que conviene á su estado; lo que demuestra que el clero de Oriente se distinguia ya entonces por su traje, y en otro canon se ve que llevaba el cabello corto. Se reproduce el de Calcedonía relativo á las prerogativas de la silla de Constantinopla. Las incursiones de los musulmanes habian impedido que muchos obispos tomasen posesion de las iglesias para que habian sido consagrados: á estos se les conservó su categoría con la potestad de conferir órdenes, y de ahí viene el orígen de los obispos *in partibus infidelium*. Se prohibe bautizar ó celebrar el oficio en los oratorios domésticos sin permiso del obispo, y ausentarse de la iglesia tres domingos consecutivos pena de deposicion para los clérigos y de excomunion para los legos. El que comulga no ha de recibir la eucaristía en un vaso de oro, sino en sus manos cruzadas una sobre otra, porque no hay materia tan preciosa como el cuerpo del hombre que es el templo del Espíritu Santo. En cuaresma se celebrará todos los dias la misa de los presantificados, excepto los sábados, los domingos y la fiesta de la Anunciacion. Se dirá siempre la misa en ayunas, aun el jueves santo. Toda la semana de Pascua será una fiesta contínua, y no habrá ningun espectáculo. Se

ayunará el sábado santo hasta media noche; pero no los otros sábados ni aun en cuaresma, y el concilio quiere obligar á la iglesia romana á variar la costumbre contraria. Se prohibe hacer agapes ni ningun tráfico en el recinto de las iglesias. Ya se sabe que á las iglesias estaban contiguos muchos edificios comprendidos en un mismo recinto. Se permite recibir á los monjes á la edad de diez años. Queda prohibido tolerar en las poblaciones los vagos que se decian ermitaños (1). Védase toda pintura deshonesta bajo pena de excomunion, y con la misma el bañarse con las mujeres, el tener lugares de disolucion, el rizarse los cabellos con esmero, y el jugar juegos de azar. Son condenados los farsantes, los bailarines, los adivinos y los charlatanes de toda clase. Queda prohibido á los hombres el disfrazarse de mujeres, y al revés, y tambien el uso de las máscaras.

(1) Berault Bercastel dice que el concilio prohibe tolerar vagos que solo tenian de religiosos el cabello largo y el traje negro, porque habiendo visto en Fleury que estos cristianos vagamundos llevaban este traje, se figuró que era el de los religiosos; pero precisamente es lo contrario, porque el concilio manda que tomen el hábito de los religiosos y se tonsuren los cabellos; y en efecto ya hemos visto que los monjes griegos se afeitaban enteramente la cabeza. El mismo autor cita como exordio del famoso canon trece, que permite á los presbíteros conservar sus mujeres, unas palabras que hay al principio del tercero, donde se trata de una cosa muy diferente. Pero como Fleury cita estos dos cánones de seguida, Berault Bercastel se figuró que no componian mas que uno solo; y asi compuso su historia como ya se ha visto, limitándose á copiar á Fleury, muchas veces sin inteligencia.

Tales son los puntos mas notables del concilio *in Trullo*. El emperador Justiniano suscribió el primero con bermellon que era un privilegio de su dignidad: se dejó un hueco para la firma del Papa, y luego suscribieron los patriarcas y todos los demas obispos. Anastasio dice que los legados del Papa firmaron tambien; pero no se hallan sus suscripciones en las actas, y en todo caso no hubiera bastado el título de apocrisiario para tomar parte á nombre del Papa en un concilio en que debian hacerse unos reglamentos tan nuevos. El emperador Justiniano quiso obligar al Papa Sergio á suscribir este concilio, y le remitió un ejemplar firmado por él, por los patriarcas y los demas obispos; pero el Papa no quiso leerle, ni aun abrirle. El emperador irritado envió uno de sus oficiales á Roma, que se llevó á Constantinopla á Juan, obispo de Porto, y á Bonifacio, consejero de la santa sede. Tambien trató de arrancar al Papa de su residencia; pero se sublevaron el pueblo y el ejército y lo impidieron: el oficial del emperador, comisionado para ejecutar esta tropelía, tuvo que esconderse debajo del lecho del Papa para no ser víctima de la exasperacion popular, y se vió forzado á huir ignominiosamente. El Papa Sergio murió el año 701 despues de haber extinguido los restos del cisma causado por la cuestion de los tres capítulos en la provincia de Istria.

La tiranía y crueldades de Justiniano le habian hecho aborrecible en todo el imperio. Queriendo ensanchar su palacio con nuevos edificios resolvió derribar una iglesia contigua, y propuso al patriarca Calinico que hiciera oraciones para este objeto. El patriarca respondió que habia oraciones para la fundacion de las iglesias y no para su destruccion. A poco tiempo mandó el emperador al gobernador de Constantinopla que

le asesinara una noche, y que acuchillara una parte del pueblo; pero en aquella misma noche estalló una insurreccion, y subió al trono Leoncio que habia hecho la guerra en Oriente con buen suceso. Justiniano fue preso y conducido al hipodromo por un gentío inmenso que pedia su muerte á gritos. Mas el nuevo emperador se contentó con mandarle cortar la nariz y enviarle desterrado al Quersoneso. Habiéndose apoderado los musulmanes de Cartago, Leoncio envió al Africa al patricio Juan en el año 695, y logró arrojarlos de todas las plazas que ocupaban; pero volvieron al año siguiente con fuerzas mas crecidas, recobraron á Cartago y las demas ciudades, y extinguieron asi la dominacion romana en Africa donde se estableciera el año 350. Despues de esta pérdida, temiendo el ejército el enojo de Leoncio, proclamó emperador á Absimaro á quien dió el nombre de Tiberio. Este se presentó inmediatamente en Constantinopla, hizo cortar la nariz á Leoncio, y le encerró en un monasterio. Esto pasaba el año 698: Leoncio habia reinado unos tres años, y Absimaro reinó siete. Uno y otro fueron condenados despues á muerte por Justiniano que consiguió recobrar el trono. Desde esta época casi no se sabe nada de la iglesia de Africa, que subsistió todavía algunos siglos en un estado de decadencia.

LIBRO XX.

Desde el principio del siglo VIII hasta el reinado de Carlo Magno.

DE 700 Á 768.

El cristianismo apenas se extendió en Europa mas allá de las provincias que habian formado parte del imperio romano. La Turingia y la Baviera, sometidas á la dominacion de los francos por Teodorico, hijo de Clodoveo, recibieron entonces la luz del Evangelio, que se debilitó mas adelante por diversas causas, sin cesar de propagarse; mas el resto de la Germania y las otras provincias septentrionales estaban todavía entregadas á todas las supersticiones del paganismo á fines del siglo VII. Algunos años antes de esta época S. Kiliano predicó la fé en Vurtzburgo, donde fue martirizado con sus compañeros. S. Vilfrido convirtió cierto número de idólatras en la Frisia, y es mirado como su primer apóstol. A poco tiempo otros misioneros fueron á continuar la obra del santo obispo en aquella provincia, y durante el curso del siglo VIII salieron de la iglesia de Inglaterra una multitud de predicadores zelosos que se

internaron en la Alemania para trabajar en la conversion de los germanos, de quienes los ingleses traian su orígen.

En el año 686 intentó S. Egberto, de noble familia inglesa, pasar á la Frisia para propagar la fé ya establecida por S. Vilfrido; pero apenas habia salido del puerto cuando le detuvo una horrible borrasca que le expuso á perecer, y creyendo que Dios no le llamaba á aquel ministerio, se volvió á Irlanda donde habia abrazado la vida monástica mucho tiempo antes, y vivió hasta el año 729, trabajando útilmente en atraer los irlandeses cismáticos á la disciplina de la iglesia romana. Vicberto, uno de sus compañeros, aportó á la Frisia, y estuvo predicando el Evangelio dos años; mas viendo que no alcanzaba ningun fruto, abandonó esta mision y se volvió á la vida monástica. Entonces S. Egberto escogió otros doce misioneros, siendo los principales S. Vilibrordo, discípulo suyo, y S. Suitberto, abad del monasterio de Dacor, en los confines de Escocia. Habiendo arribado á la Frisia el año 690, fueron recibidos con júbilo por Pipino de Heristal, duque de Austrasia, que acababa de conquistar al duque Ratbodo la Frisia citerior entre el Rin y el Mosa. Los envió á predicar el Evangelio á sus nuevos vasallos, los protegió con todo su poder y cooperó á su ministerio con los favores que concedia á los que abrazaban la fé; de suerte que en poco tiempo convirtieron multitud de idólatras: despues juzgando oportuno dar el título de obispo á S. Suitberto, hizo que pasara á Inglaterra para que recibiese la consagracion episcopal. A su vuelta pasó al pais de los bructeros que habitaban las cercanías de Colonia y convirtió á muchos. Pero derrotado este pueblo de alli á poco tiempo por los sajones idólatras se dispersaron los nuevos cristianos, y S. Suitberto fue á buscar á Pipino,

quien le dió para su retiro una isla en el Rin: allí fundó el santo obispo un monasterio que en adelante se llamó Kaiserswert, es decir, isla del emperador; y en él murió el año 713 (1).

S. Vilibrordo fue comisionado á Roma para traer las reliquias que habian de ponerse en las iglesias que se edificaran, y volvió despues con cartas de Pipino que rogaba al sumo pontífice consagrase al santo misionero por obispo de los frisones. En efecto el Papa Sergio le dió la consagracion episcopal con el palio y el título de arzobispo en el año 696. S. Vilibrordo estableció su silla en Utrecht, y en cerca de cincuenta años que continuó predicando en la Frisia, obró una multitud de conversiones por su zelo y milagros. Emprendió llevar la fé á la parte de la Frisia que obedecia al duque Ratbodo, y al pais de los daneses; pero halló los pueblos tan obstinados en sus errores, que no esperando alcanzar ningun fruto se volvió á ejercer su apostolado al pais sometido á Pipino.

La fama de las tareas de S. Vilibrordo movió á San Vulfrando á pasar tambien á la Frisia para predicar la fé á los idólatras. Tomó por compañeros algunos monjes de la abadía de Fontenelle, y se adelantó hasta los estados de Racbodo en los Paises Bajos, donde no tardó en recoger los frutos de su predicacion, convirtiendo entre otros á un hijo de aquel duque que murió á pocos dias de bautizado. Era costumbre entre aquellos bárbaros inmolar víctimas humanas elegidas por suerte en honor de sus dioses: S. Vulfrando intentó abolir tan horrible costumbre, y pidió muchas veces la vida de los infelices que iban á perecer; pero siempre se le daba esta

(1) Beda, *Hist.* lib. V. — *Vit. S. Villibrod.*

respuesta: «Si tu Cristo puede librarlos, te los dejaremos.» El santo obispo aceptó esta condicion, se puso inmediatamente á orar, y los libró milagrosamente. Un jóven sacrificado de aquella manera habia sido ahorcado, y la cuerda se rompió al cabo de algunos instantes: otros dos habian sido arrojados al mar, y las olas se retiraron súbitamente y los dejaron vivos en la playa. Estos milagros obrados públicamente determinaron á muchos idólatras á abrazar el cristianismo El mismo duque Ratbodo se dispuso á recibir el bautismo, y ya habia entrado en el baptisterio cuando se le ocurrió preguntar á S. Vulfrando si los reyes y príncipes de la nacion de los frisones estaban en el paraiso ó en el infierno: el santo le respondió que habiendo muerto en la idalatría, no podia dudarse de su condenacion; á lo que repuso el duque: «No consentiré yo separarme de los príncipes mis predecesores, para habitar con un vil populacho en vuestro reino celestial.» Inmediatamente salió del baptisterio, añadiendo que queria permanecer fiel á las costumbres de sus antepasados; lo que hizo en efecto, y hasta persiguió á los cristianos y restableció la idolatría en la Frisia citerior que habia reconquistado despues de la muerte de Pipino. Sin embargo quiso mas adelante conferenciar con S. Vilibrordo para buscar un medio de abrazar el cristianismo sin renunciar á su religion. El santo respondió á sus enviados: «Despues que vuestro príncipe ha despreciado las advertencias de nuestro hermano Vulfrando, ¿cómo podré yo esperar que reciba las mias? Yo le he visto esta noche atado con una cadena ardiente, y estoy cierto de que está ya en la condenacion eterna.» Con todo no dejó de ponerse en camino para ir á su encuentro; pero supo á poco que habia muerto sin bautismo. Esto sucedió el año 729. S. Vulfrando despues de haber predicado cinco años en

la Frisia, y hecho que se nombrara quien le sucediese en la silla de Sens, se retiró al monasterio de Fontenelle, donde murió el año 720.

La iglesia naciente de Inglaterra no se distinguia menos por su adhesion á la santa sede que por su zelo en favor de la propagacion de la fé. Anteriormente se ha visto que la autoridad pontificia hizo cesar las persecuciones que sufria S. Vilfrido. Cenredo, rey de los mercios, que se habia declarado su protector, dejó á poco tiempo el trono á ejemplo de su predecesor Etelredo, y pasó á Roma con Ofra, rey de los sajónes orientales, para abrazar la vida monástica. Muchos ingleses distinguidos por su nacimiento y riquezas, despues de renunciar á todas las esperanzas del mundo para consagrarse enteramente á Dios, emprendian tambien el viaje de Roma por devocion, á fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles, y estudiar las reglas de la fé y de la disciplina en la fuente misma.

Los antiguos bretones se obstinaban como los escoceses é irlandeses en conservar su costumbre particular tocante á la celebracion de la Pascua. S. Adelmo, abad de Malmesbury y luego obispo de Schirburn, escribió contra sus errores y los dispuso felizmente á conformarse con los usos de la iglesia universal. Pertenecia aquel á la familia real de Wessex, y se educó en el monasterio de Cantorbery, donde aprendió las lenguas griega y latina bajo la direccion del abad Adriano. De vuelta á su pais entró monje en el monasterio de Malmesbury, fundado habia poco por Maidulfo, sabio solitario irlandés que para buscar su subsistencia se puso á enseñar á los jóvenes de la comarca, muchos de los cuales abrazaron la vida monástica bajo su conducta. Adelmo edificó á aquella comunidad con su fervor y sobre todo con sus austeridades. A veces se metia en una

fuente donde le llegaba el agua hasta los hombros en noches de invierno, y allí permanecia mientras rezaba el salterio. Fue muy hábil, no solamente en las artes liberales, sino tambien en las ciencias, con particularidad en el derechó romano, las matemáticas y la astronomía. Cundió tanto su nombradía, que de todas partes de la Gran Bretaña y hasta de Francia iban á oir sus lecciones. Es el primer inglés que se aplicó con algun fruto á la poesía latina. Tambien compuso canciones en la lengua nacional para la instruccion del pueblo, y las cantaba él mismo en las plazas públicas para atraer asi á la multitud á quien cansaban los sermones. Le ordenó sacerdote Leutero, obispo de Wessex, quien le nombró abad de Malmesburi el año 675 á ruegos de los otros abades de su diócesis. Cuando estaba al frente de este monasterio compuso su tratado contra los errores de los bretones por órden de un concilio. Muerto San Heddo, sucesor de Leutero en el año 705, como el número de los fieles fuese cada dia en aumento, se dividió la diócesis de Wessex en dos obispados, el de Winchester y el de Schirburn, y S. Adelmo fue consagrado para esta última silla por Brituoldo, arzobispo de Cantorbery, que habia sido su discípulo. Murió el santo el año 709 á los cuatro de obispado. Nos quedan dos tratados suyos de la virginidad, uno en prosa y otro en verso, donde describe las virtudes de muchos santos, entre otros de S. Benito, cuya regla habian adoptado los monjes de Inglaterra (1).

S. Adamnano y S. Ceolfrido contribuyeron por su parte á atraer los irlandeses y escoceses á la disciplina general de la iglesia. El primero era sacerdote y abad

(1) Beda, *Hist.* lib. V. — *Vit. S. Adelm.*

del célebre monasterio de Hy. Diputado á Alfrido, rey de Nortumbria, para los asuntos de su nacion, visitó los monasterios de Viremount y de Jarow, cuyo abad era S. Ceolfrido; y viendo este su piedad y modestia, le exhortó con vivas instancias á que renunciara las costumbres particulares de los irlandeses para adoptar los usos de Inglaterra, conformes con la práctica de Roma y de todo el mundo cristiano, y le dijo en particular acerca de la tonsura clerical: «Hermano mio, tú que aspiras á la corona inmortal, ¿por qué llevas una imperfecta en la cabeza? Si deseas asociarte á la gloria de S. Pedro en el cielo, ¿por qué imitas la tonsura del que aquel anatematizó?» En efecto era entonces una creencia muy comun, sin que se sepa su orígen y fundamento, que Simon el Mago habia llevado una tonsura en forma de media corona en la parte anterior de la cabeza, como la de los irlandeses, y que S. Pedro habia establecido el uso de la corona entera con su ejemplo. Adamnano respondió: «Sábete, hermano mio, que si yo llevo la corona de Simon, no dejo de detestar sus errores.» Y como era igualmente ilustrado que virtuoso, movido de las razones de Ceolfrido, se decidió á adoptar la disciplina de la iglesia universal, prefiriéndola á los usos particulares de su pais, y determinó á la mayor parte de los irlandeses á seguir su ejemplo; pero no pudo persuadir á los monjes de Hy, ni á los otros que dependian de esta comunidad. Solo de allí á muchos años, es decir, el de 716, cedieron á las exhortaciones é ilustracion de S. Egberto que se habia retirado á aquel monasterio. S. Adamnano murió hácia el año 705. Habia escrito la vida de S. Columbano el Anciano, primer abad del monasterio de Hy, y compuesto una descripcion de los santos lugares segun la relacion de un obispo de las Galias que habia hecho la peregrinacion

á Jerusalem. Todavía poseemos estas dos obras (1).

S. Ceolfrido, discípulo y sucesor de S. Benito Biscop, era igualmente célebre por su zelo é ilustracion. Aumentó las rentas de sus monasterios, construyó varias capillas en ellos, proporcionó muchas obras preciosas á la biblioteca, y alcanzó del Papa Sergio un privilegio de exencion, que confirmaron en un concilio los obispos de Inglaterra. Los pictos ó escoceses convertidos por las predicaciones de S. Columbano el Anciano habian seguido las costumbres de los irlandeses por la autoridad de aquel: hácia el año 710 queriendo su rey Nayton atraerlos á la disciplina católica, recurrió á San Ceolfrido y le pidió instrucciones sobre este punto y algunos arquitectos para construir una iglesia de piedra segun la forma usada en Roma, porque hasta entonces los pictos no habian tenido mas que iglesias de madera. San Ceolfrido le escribió una larga carta, donde trata la cuestion de la Pascua con mucha ciencia, y demuestra que debe celebrarse segun el uso de la iglesia católica, es decir, el domingo despues del dia décimo cuarto de la luna del primer mes. En cuanto á la forma de la tonsura conviene en que es una cosa indiferente en sí misma; pero sostiene que estando autorizado el uso de la corona entera con el ejemplo de S. Pedro debe preferirse á la media corona que llevó Simon el Mago. El rey Nayton hizo leer esta carta á presencia de los señores y de los personajes mas doctos de su reino, é hincado de rodillas dió gracias á Dios por las sólidas instrucciones que

(1) Se observa que por una excepcion singular el abad del monasterio de Hy ejercia una especie de jurisdiccion en toda la provincia, y hasta los obispos estaban sujetos á él. Beda. *Hist.* lib. III, cap. IV.

acababa de recibir: luego mandó que todos sus vasallos se conformasen con ellas en lo sucesivo. Esta órden se ejecutó en todas partes: los clérigos variaron la forma de su tonsura y adoptaron la corona entera, y para fijar la fiesta de Pascua se sustituyó al ciclo de ochenta y cuatro años que se habia usado hasta entonces, el de diez y nueve admitido en toda la iglesia. S. Ceolfrido agobiado de vejez resolvió dejar el cargo de abad é ir á concluir sus dias en Roma, á donde habia hecho una peregrinacion en su juventud con S. Benito Biscop. Púsose en camino á pesar de los ruegos y lágrimas de los monjes; pero al llegar á Francia cayó malo y murió en Langres el año 716. Entre los muchos discípulos de S. Ceolfrido se distingue el venerable Beda, de quien hablaremos mas adelante (1).

Mucho tiempo habia que la iglesia de Francia se resentia de los desórdenes ocasionados en el reino por la ambicion de los ministros de palacio. Era muy frecuente ver sentarse en las sillas episcopales á sugetos indignos por la intriga, la simonía y el favor de los grandes: los bienes de las iglesias y los monasterios estaban expuestos á las usurpaciones de los legos; y este fue uno de los motivos que alegó Pipino para invadir la Neustria y declarar la guerra al rey Teodorico. Protestó que le habian movido especialmente las quejas que recibia todos los dias acerca de estas expoliaciones. Pero el afecto que mostró al clero no atajó del todo tamaños desórdenes. Despues de la muerte de Ebroino habia expulsado al intruso Faramundo de la silla de Maestricht, y repuesto á S. Lamberto que vivia retirado en el monasterio de Staveloes hacia siete años. El santo obispo resti-

(1) Beda, *Hist.* lib. V. — *Vit. S. Adamn. et S. Ceolfr.*

tuido á los votos de su clero y pueblo volvió á ejercer sus funciones con nuevo zelo, trabajó en la conversion de los idólatras que aun quedaban en las inmediaciones de Maestricht, y ganándolos insensiblemente con sus virtudes destruyó muchos templos é ídolos. Pero tenia que sufrir las vejaciones contínuas de dos señores que usurpaban los bienes de su iglesia, y se hacian intolerables por su violencia. Al fin los parientes y amigos de S. Lamberto, apurada la paciencia y sin dar oidos mas que á su indignacion, resolvieron matarlos. Un señor llamado Dodon, que era pariente de los muertos y estaba agregado á la servidumbre de Pipino, se encargó de vengar la muerte de aquellos en la persona del obispo, y reuniendo una tropa de gente armada le fue á acometer en la aldea de Leodio, á una legua de Tongres sobre el Mosa. Viéndose S. Lamberto asi amenazado, cogió una espada para defenderse en el primer movimiento; pero casi al punto la arrojó al suelo; y como sus sobrinos se dispusieran á rechazar la violencia, los exhortó á sufrir con resignacion el castigo de la muerte que habian cometido, y despues se puso de rodillas para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Los asesinos entraron en la casa, degollaron á todos cuantos encontraron, y uno de ellos atravesó con un dardo al santo obispo en la habitacion en que estaba orando. Asi murió S. Lamberto por los años de 708 á los cuarenta de obispado. Su cuerpo, enterrado en Maestricht, fue trasladado de allí á poco á una iglesia construida en el lugar mismo de su muerte, y los muchos milagros que alli se obraron atrajeron un concurso inmenso de fieles; de modo que la aldea de Leodio ó Lieja llegó á ser en breve tiempo una ciudad considerable. Luego se trasladó alli la silla episcopal, que desde Tongres lo habia sido ya á Maestricht.

El sucesor de S. Lamberto fue S. Huberto, su discípulo: descendia de una familia noble de Aquitania, y habia servido en su juventud en la corte del rey Teodorico, donde llevó una vida mundana y disipada. Cuéntase que un dia de fiesta solemne yendo de caza durante el oficio, vió un ciervo que llevaba una cruz en la cabeza, y oyó una voz que le amenazaba con el infierno si no se convertia, y que inmediatamente se apeó del caballo, y resolvió obedecer aquella advertencia del cielo. Sea lo que quiera de este hecho referido por un autor anónimo, lo cierto es que habiéndose presentado en la corte de Austrasia, le atrajo al lado de S. Lamberto la fama de sus virtudes y entró en su clero. Huberto habia sido casado y tenia un hijo llamado Floriberto, que le sucedió en el obispado.

Por este mismo tiempo pereció tambien de muerte violenta S. Tetrico, obispo de Auxerre. Habia sido abad del célebre monasterio de S. German, de donde salieron hasta catorce obispos de aquella diócesis en diferentes épocas. Gobernó la iglesia de Auxerre quince años, y en el primero celebró un sínodo en que se arregló el órden segun el cual habia de ir el clero de las diferentes parroquias á celebrar el oficio en la catedral, cuyo clero sin duda no era bastante numeroso. El ecónomo ó administrador de los bienes de la iglesia y el mayordomo de la casa episcopal estaban encargados de suministrar las retribuciones al clero que se hallaba de servicio. Este uso existia ya en la iglesia de Auxerre desde el siglo anterior. S. Tetrico fue muerto por su propio arcediano hácia el año 709, y despues de su muerte estuvo vacante tres años la silla episcopal.

Al mismo año se refiere la muerte de S. Bonito, obispo de Clermont. Era natural de esta ciudad y de familia nobilísima, y despues de haber ejercido el cargo

de referendario ó canciller en la corte de Sigeberto II, fue nombrado gobernador de la Provenza. Ya entonces se distinguia por sus virtudes, dándose al ayuno y á la oracion, rescatando los cautivos y reconciliando á los enemigos. Su hermano Avito que habia sucedido á S. Proyecto en la silla de Clermont, designó por sucesor suyo á Bonito con el consentimiento de su iglesia, y Pipino que gobernaba el reino bajo el nombre de Teodorico, se apresuró á aprobar aquella eleccion. Promovido S. Bonito á la dignidad episcopal redobló sus austeridades hasta pasar dos ó tres dias seguidos y á veces cuatro sin comer. Prolongaba sus vigilias para entregarse á la lectura y á la meditacion, daba grandes limosnas, ejercia la hospitalidad y celebraba conferencias con sus sacerdotes para instruirlos en la ciencia eclesiástica. Asi gobernó unos diez años; pero luego habiendo concebido algunas dudas sobre la regularidad de su eleccion, por haber sucedido á su hermano que aun vivia, pasó al monasterio de Solignac cerca de Limoges, á consultar con S. Tillon, discípulo de S. Eloy, y conformándose humildemente con la decision de un simple religioso, dejó su iglesia y tomó el hábito monástico en la abadía de Manlieu, fundada algun tiempo antes por S. Giriés, uno de sus predecesores. Es creible que tuvo mucha parte en un escrito sólido que publicaron entonces los monjes de esta abadía para combatir las herejías de Novaciano y Joviniano que acababan de reproducirse en la diócesis de Clermont. S. Bonito distribuyó todos sus bienes á las iglesias y monasterios, y al cabo de un año de retiro marchó á Roma á visitar los sepulcros de los santos apóstoles. Al pasar por Leon reconcilió al arzobispo con el duque de Borgoña. Fue recibido con honrosa distincion por Ariberto, rey de los lombardos, que se encomendó á sus oraciones, y atri-

buyó á ellas la victoria que por entonces consiguió de un competidor á la corona. S. Bonito rescató gran número de cautivos durante su peregrinacion, dió abundantes limosnas y obró muchos milagros. De vuelta á Francia se detuvo en Leon, donde murió á los cuatro años: sus reliquias fueron llevadas á su antigua iglesia de Clermont.

Childeberto III que habia sucedido á su hermano Clodoveo en el trono de Francia, murió el año 711, y dejó la corona á su hijo Dagoberto III que solo reinó cuatro años. A su muerte proclamaron los franceses de Neustria á un hijo de Childerico II, que tomó el nombre de Chilperico. Muerto este el año 720, le sucedió Teodorico IV, hijo de Dagoberto III. Pipino, duque de Austrasia, habia fallecido el año 714. Su hijo Carlos Martel tuvo que sostener una guerra contra Chilperico, que intentó reducir la Austrasia: le ganó muchas victorias, hizo proclamar rey á un hijo de Teodorico III con el nombre de Clotario, y habiendo muerto este á poco tiempo, obligó Carlos á Chilperico á que le reconociera como ministro de palacio, con cuyo título ejerció toda la autoridad real. No siguió las reglas de conducta observadas por su padre con el clero; y en vez de proteger las iglesias de la injusticia y la codicia, las despojó de sus bienes para enriquecer á sus guerreros. Habiendo querido apoderarse de la ciudad de Reims, cuando estaba en guerra con Chilperico, se lo impidió la firmeza del obispo S. Rigoberto, que rehusó abrirle las puertas, y cuando Carlos llegó á ser dueño de aquella, le expulsó de su silla, y puso en su lugar á Milon, clérigo de tonsura, que disfrutaba ya el obispado de Tréveris y poseyó injustamente estas dos sillas importantes por espacio de cuarenta años.

Por esta época cayó España bajo la dominacion de

los musulmanes, y la iglesia quedó reducida al estado mas deplorable. El rey Witiza que habia sucedido á su padre Egica el año 701, mandó celebrar un concilio en Toledo, de que no quedan actas ni cánones, y señaló el principio de su reinado con algunos actos de clemencia; pero abandonándose despues á sus pasiones, todo lo desordenó con su tiranía y licencia desenfrenada. Tuvo muchas mujeres á un tiempo, sin contar el gran número de concubinas, y su ejemplo seguido primero por los grandes cundió al pueblo y hasta al clero. Gonderico, prelado ilustre por su santidad y milagros, ocupaba entonces la silla de Toledo, y mientras vivió, su zelo y prudencia evitaron una parte del mal; pero su sucesor Sinderedo contribuyó á aumentar el desórden, y por complacer á Witiza no se avergonzó de maltratar á los eclesiásticos mas venerables que habian tenido valor para oponerse á las injusticias del rey y echarle en cara sus crímenes. Las vejaciones llegaron á ser tan escandalosas, que resolvieron aquellos apelar al Papa. Entonces Witiza, temiendo las resultas de esta apelacion, prohibió obedecer las constituciones apostólicas, y no se limitó á permitir, sino que mandó á todos los clérigos que tuvieran una mujer ó una concubina, y aun muchas si querian. En seguida con doble desprecio de los cánones dió en vida de Sinderedo el arzobispado de Toledo á su hermano Opas, que ya ocupaba la silla de Sevilla: restituyó la libertad á los judios condenados á servidumbre bajo el reinado anterior, por haber conspirado con los musulmanes de ultramar; y otorgó á las sinagogas privilegios mas amplios que los que disfrutaban las iglesias. Por último despues de haber quitado la vida á Favila y hecho sacar los ojos á Teodofredo, uno y otro de regia estirpe, mandó derribar las murallas de las ciudades mas importantes por temor de una rebelion.

Entretanto Roderico ó Rodrigo, hijo de Teodofredo, se puso á la cabeza de los descontentos, derrotó á Witiza, le hizo sacar los ojos, y fue proclamado rey por los grandes en el año 711. Pero no tardó en imitar los desórdenes de su predecesor, y en el ardor de sus vergonzosas pasiones robó el honor á la hija del conde D. Julian, gobernador de la ciudad de Ceuta, que poseian los godos en la costa de Africa. Deseoso este de vengar la injuria determinó á los musulmanes á pasar á España para conquistarla. Consiguieron muchas ventajas sobre Rodrigo, y por fin ganaron una batalla decisiva en que se cree pereció este rey voluptuoso: luego se adelantaron hasta Toledo, cuyo obispo Sinderedo se habia fugado. El usurpador Opas entregó la ciudad al general musulman, que quitó la vida á los principales ciudadanos, y prosiguiendo su marcha victoriosa ejerció donde quiera las mismas crueldades. Entraba las ciudades á saco, á veces las incendiaba y hacia degollar hasta las mujeres y los niños. Por este medio esparció un terror tan grande, que las plazas que aun se sostenian se rindieron á toda prisa y pidieron la paz. De alli á algun tiempo la viuda de Rodrigo se casó con el gobernador musulman con la condicion de que ella y los cristianos habian de ejercer libremente su religion (1). Los árabes hicieron capital á Córdoba que lo habia sido en tiempo de los romanos. Asi concluyó el año 713 la dominacion de los godos en España donde habia durado unos trescientos.

(1) Se llamaron mozárabes los cristianos que quedaron en las provincias de España sujetas á los infieles, y de ahí viene el nombre de mozárabe dado á la liturgia española.

Una parte de los habitantes refugiados en las montañas de Asturias consiguieron mantenerse independientes, y en el año 718 eligieron por soberano á Pelayo, hijo de Favila, á quien Witiza quitó la vida. Los cristianos de Toledo habian llevado á aquellas montañas una arca de reliquias traidas antiguamente de Jerusalem, que miraron siempre como su salvaguardia. Algunos años mas adelante se depositó en Oviedo, donde los reyes de Asturias fijaron su residencia. Habiendo sabido los sarracenos la eleccion de Pelayo quisieron persuadirle á que se sometiera; á cuyo efecto enviaron á su general Alcaman y al intruso Opas, que por su inteligencia con aquellos no habia dejado de contribuir á la ruina de su patria. Seguialos un ejército numeroso, y llevaban presentes con el objeto de aterrarle si no le ganaban. Pero Pelayo informado de su llegada se habia retirado con los suyos á la famosa cueva de Covadonga, consagrada por la veneracion de los pueblos á la madre de Dios; y como Opas al acercarse á él le exhortase á reconocer el poder de un enemigo vencedor á quien no habian podido resistir todas las fuerzas de los godos, respondió el príncipe: « Esperamos que de lo interior de estas montañas salga la salvacion de España, y que Dios despues de habernos castigado no nos negará su misericordia. Por eso no tememos esa multitud de infieles.» Entonces volviéndose el obispo Opas al ejército de los sarracenos, gritó: « Avanzad: solo á la fuerza reduciremos á estos furiosos;» y en el acto arrojaron los bárbaros una nube de saetas y de piedras que dando en la roca de la caverna se volvian contra ellos: al mismo tiempo salieron los cristianos con un valor sobrehumano y embistieron al ejército enemigo, hicieron gran carnicería en él, y ahuyentaron á los que quedaron vivos: fue muerto el general Alcaman, y Opas cayó pri-

sionero. De la montaña se desgajó un enorme peñasco sobre algunos de los fugitivos y los precipitó en el rio que corre al pie de aquella. Despues de esta victoria que se miró como un milagro, Pelayo con su reducido ejército fue á caer sobre las tropas de Munuza que se habia fijado en un distrito de Asturias. El general árabe perdió la vida en la batalla, y su ejército fue derrotado en términos que no quedó un solo moro en toda la provincia. Entonces se reunieron los cristianos de todas partes, repoblaron las ciudades, reedificaron las iglesias, y dieron á Dios solemnes acciones de gracias. No pudiendo los sarracenos forzarlos en las montañas intentaron á lo menos quitarles lo que los godos habian poseido hasta entonces al otro lado de los Pirineos. Tomaron á Narbona y algunas otras plazas el año 719, y de allí á dos fueron á sitiar la ciudad de Tolosa; pero la socorrió y libró Eudo, duque de Aquitania, que derrotó el ejército de aquellos. Pronto los veremos hacer nuevas tentativas, llevando el espanto y la desolacion á una parte de Francia, y sucumbir al cabo por los esfuerzos reunidos del mismo duque y de Carlos Martel (1).

El Papa Sergio habia muerto el año 701. Dispuso que se cantara el *Agnus Dei* en la misa mientras se partian las hostias para la comunion. Su sucesor Juan VI murió al principio del año 705. Durante su pontificado fue asolada la Campania por Gisulfo, duque lombardo de Benevento, que no contento con el pillaje se llevó una multitud de cautivos. El Papa envió sumas considerables para rescatarlos, y determinó al duque á retirarse con sus tropas. Este mismo Gisulfo dió á tres hermanos descendientes de una familia noble de Benevento un terreno cerca de las fuentes del rio Vulturno,

(1) Roderic. lib. II. — Sebast. Salmant.

donde fundaron el célebre monasterio de S. Vicente. Juan VII, de nacion griego como Juan VI, fue promovido á la dignidad pontificia el 1.° de marzo del año 705. Justiniano que en el mismo logró recuperar el trono, envió á este Papa las actas del concilio quinisexto por mano de dos metropolitanos con una carta en que le rogaba que congregase un concilio en Roma para confirmar lo que aprobase en dichas actas, y desechar lo que le disgustase. El Papa sin explicarse le devolvió el ejemplar tal como le habia recibido; pero esta conducta, tachada de debilidad por unos y mirada como un acto de prudencia por otros, no puede pintarse como una aprobacion del concilio quinisexto, y en todos casos no podia producir otro efecto ni llevar otro objeto que permitir ó mas bien tolerar su observancia en las iglesias de Oriente. Juan VII alcanzó que Ariberto, rey de los lombardos, restituyera á la santa sede los Alpes cotianos, es decir, del monte Genevre y del monte Cenis, usurpados por aquella nacion habia mucho tiempo. Murió este Papa el 17 de octubre del año 707, y le sucedio Sisinnio, sirio de nacion, el 18 de enero siguiente; pero no ocupó la silla apostólica mas que veinte dias. A su muerte fue elegido Constantino, tambien sirio, que gobernó la iglesia siete años. Era el séptimo Papa elegido sucesivamente entre los originarios de la Grecia ó de la Siria.

Justiniano despues de once años de destierro en el Quersoneso habia hallado medio de eludir la vigilancia de sus guardias y escaparse á la Bulgaria, de cuyos habitantes esperaba auxilio para recobrar el solio. Estando en alta mar sobrevino una horrible borrasca, y un criado suyo le dijo: «Prometed á Dios que si os restituye el imperio perdonareis á vuestros enemigos.» Justiniano le respondió encolerizado: «Al contrario, que Dios

me quite la vida si perdono á uno siquiera.» Conseguido el socorro que solicitaba, marchó en derechura á Constantinopla, penetró en la ciudad por un acueducto, se apoderó de Absimaro y de Leoncio, su predecesor, los mandó pasear cargados de cadenas por toda la ciudad y llevarlos despues al hipodromo, donde les tuvo puesto el pie sobre la garganta por espacio de una hora entre los aplausos de la multitud, y por último hizo que los decapitaran á entrambos. Al patriarca Callinico le envió desterrado despues de mandar sacarle los ojos, y puso en su lugar á un recluso llamado Ciro que le habia predicho su restauracion.

Ignórase con qué objeto y por qué motivo quiso tener una conferencia con el Papa Constantino. Algunos autores conjeturan con bastante verosimilitud que fue relativa á los decretos del concilio quinisexto, y que el Papa aprobó los que eran conformes á la disciplina de la iglesia romana. Como quiera, Justiniano le llamó á Oriente el año 710 y le esperó en Nicomedia. Le hizo grandes obsequios, quiso recibir la comunion de su mano, le pidió que intercediera por sus pecados, y renovó todos los privilegios concedidos á la iglesia. El Papa recibió en todas partes testimonios de veneracion, y volvió á Roma despues de un año de ausencia. Nótase otra circunstancia en que Justiniano á pesar de sus vicios habia ostentado mucho zelo y fidelidad á la iglesia romana. Felix consagrado obispo de Ravena por el Papa Constantino habia querido rechazar la autoridad de la santa sede, y á este efecto se habia concertado con los magistrados de la ciudad. El emperador dió órden al ejército de Sicilia para marchar contra Ravena. Felix y sus cómplices cargados de cadenas fueron enviados á Constantinopla: á aquel le sacaron los ojos y le desterraron al Ponto. Mas luego se le levantó el destierro, y

habiéndose sometido al sumo pontífice fue repuesto en su silla (1).

Las desgracias de Justiniano, lejos de cambiar su carácter, habian irritado su genio cruel y vengativo. Un ejército que habia enviado contra el Quersoneso con órden de llevarlo todo á sangre y fuego, se rebeló el año 711 y proclamó emperador á un armenio llamado Bardanes, que tomó el nombre de Filipico. Inmediatamente se dirigió á Constantinopla, se apoderó de Justiniano, y mandó cortarle la cabeza que envió á Roma. Tiberio, hijo de Justiniano, se habia refugiado en una iglesia, y con una mano estaba agarrado al altar y con otra á la verdadera cruz; pero fue arrancado de aquel asilo, y degollado á presencia de su abuela la emperatriz Anastasia. En él concluyó la familia de Heraclio, que habia ocupado el trono por espacio de un siglo.

Bardanes ó Filípico era monotelita, y un recluso inficionado de la misma herejía le habia predicho mucho tiempo antes que lograria el imperio, añadiendo que entonces deberia, para obedecer la órden de Dios, abolir el concilio sexto, y que con esta condicion seria su reinado largo y próspero. Bardanes se lo prometió con juramento; pero cuando vió encumbrado al solio á Leoncio fue á buscar al recluso, quien le renovó la prediccion y la repitió otra vez despues de la coronacion de Absimaro. Habiendo verificado el acaso esta prediccion, Filípico cumplió su palabra, y antes de entrar en el palacio imperial mandó quitar el cuadro del concilio sexto que estaba en el vestíbulo. Inmediatamente convocó un nuevo concilio donde fue condenado aquel, y echó de sus sillas á muchos obispos que rehusaron suscribir á su conciliábulo, entre otros á Ciro,

(1) Anast. *Vit. pontif.* — Teoph. — Niceph.

patriarca de Constantinopla, en cuyo lugar puso á Juan monotelita. Restableció en los dípticos los nombres de Sergio, Honorio y los otros reprobados por el concilio sexto, y mandó quemar públicamente una copia de las actas de este que se halló en palacio, escrita de puño del diácono Agaton, notario y bibliotecario de la iglesia mayor de Constantinopla. El recluso que le habia predicho el imperio, quedó ciego en el mismo dia. Dos años mas adelante el diácono Agaton hizo de su puño otra copia de las actas del concilio sexto, y añadió una advertencia en que declara que tambien él habia escrito las copias de la definicion de fé que se enviaron con las suscripciones del concilio á Roma y á las sillas patriarcales, y que estaban escritas en letras eclesiásticas, es decir, probablemente en una forma de escritura distinta de la de las actas vulgares.

Filípico envió las de su conciliábulo á Roma con una carta en que exponia abiertamente su herejía. El Papa las rechazó con indignacion, y para hacer patente la fé de la iglesia romana se erigió en la basílica de San Pedro un cuadro que representaba los seis concilios generales. El pueblo se negó á reconocer á Filípico como emperador, y no quiso que se pusiera su imágen en la iglesia, ni que se pronunciara su nombre en los santos misterios, ni permitió siquiera recibir la moneda acuñada con su busto. Llegó hasta el punto de intentar rechazar á mano armada al gobernador de Filípico, y un combate empeñado para este efecto delante de palacio hubiera tenido las consecuencias mas graves, si el sumo pontífice no hubiese enviado algunos obispos con la cruz y el libro de los Evangelios para apaciguar á la multitud. A poco se supo que Filípico habia sido depuesto: que le habian sacado los ojos; y que al dia siguiente, que era el de Pentecostes del año 713, habia

sido proclamado emperador Artemio, primer secretario de estado, quien tomó el nombre de Anastasio. Al mismo tiempo los obispos presentes en Constantinopla y el clero de la ciudad habian promulgado de nuevo el concilio sexto, y vuelto á colocar su cuadro entre los otros cinco en el paraje de donde Filípico le habia quitado. Anastasio que era católico, envió inmediatamente su profesion de fé al sumo pontífice; y por su parte el patriarca Juan de Constantinopla escribió una carta al Papa, en que aparentaba ser católico. y decia que á pesar de su resistencia le habian obligado á aceptar la silla patriarcal, y que no habia omitido medio alguno para contener las malas inclinaciones de Bardanes. Confesaba en términos formales dos voluntades y dos operaciones en Jesucristo, y hablando de las actas del concilio sexto decia: « Aunque Filípico quemó la copia que habia en palacio no ganó nada, porque guardamos otras por nuestra parte suscritas igualmente por los obispos y el emperador, y tenemos particularmente el ejemplar escrito de puño de Pablo, que despues fue obispo de esta iglesia.» Por último suplicaba al sumo pontífice que le perdonara lo pasado y le enviara letras sinódicas en señal de comunion. No parece que recibiese respuesta. De allí á dos años fue depuesto, y trasladado á su silla German, obispo de Cízico. El acta de esta traslacion declaraba que se habia hecho por el voto del clero, senado y pueblo de Constantinopla en presencia de muchos obispos y del apocrisiario ó legado de la santa sede. German era hijo de un patricio condenado á muerte por cómplice en el asesinato del emperador Constante, y él habia quedado eunuco en castigo del delito de su padre. Podia imputársele el haber protegido el monotelismo en el reinado anterior; pero reparó esta debilidad con una retractacion sincera, y mas

adelante le veremos distinguirse por su zelo en defensa de las santas imágenes (1).

No ocupó Anastasio mucho tiempo el trono. Habiendo sabido que el califa Soliman hacia grandes preparativos para acometer á los romanos, quiso anticipársele, y armó una gran flota, cuyo mando dió á Juan, diácono de la iglesia de Constantinopla, que era al mismo tiempo tesorero general del imperio. Las tropas reunidas en la isla de Rodas se amotinaron, mataron á su general, y tomando despues el camino de Constantinopla, proclamaron emperador á Teodosio, recaudador de tributos en la Anatolia. Anastasio, incapaz de resistirles, abdicó el imperio y se hizo monje despues de haber reinado tres años escasos: tampoco reinó Teodosio mas que catorce meses. Leon el Isáurico que se hallaba al frente de su ejército, le obligó á ceder el imperio y á ordenarse clérigo. Estas frecuentes revoluciones ocasionaron la decadencia de los estudios, y fueron un manantial de desórdenes y calamidades. El imperio se habia debilitado tanto, que los musulmanes hacian sus correrías hasta las puertas de Constantinopla.

Tambien ellos habian sido víctimas de discordias y guerras civiles por mucho tiempo; pero hácia la mitad del último siglo habia logrado Abdelmelic sojuzgar el Egipto y la Arabia que habian sacudido el yugo de los califas de Siria hacia muchos años. Abdelaziz, hermano de aquel y gobernador de Egipto, mandó hacer el padron de los monjes y les exigió un dinar ó un sueldo de oro por cabeza. Este era el primer tributo que se les imponia. Queriendo Valid, hijo y sucesor de Abdelmelic, construir una mezquita en Damasco, hizo derri-

(1) Anast. — Theoph. — S. Niceph. *Hist.* — Zonar.

bar la iglesia mayor dedicada á S. Juan. Cuéntase que ofreció por ello cuarenta mil dinares á los cristianos, y que habiendo rehusado estos abandonar á la profanacion el lugar santo á precio de oro, Valid se apoderó de la iglesia sin darles nada. Algunos años mas adelante dirigieron los cristianos sus reclamaciones al califa Omar, fundándolas en las promesas y seguridades del general musulman que se habia apoderado de Damasco; y despues de muchas contestaciones se convino en que los musulmanes no estaban obligados á restituir la iglesia de que se habian apoderado; pero que desistirian de sus pretensiones sobre todas las demas y sobre los monasterios de la ciudad y sus alrededores. Omar llevaba el zelo por su religion hasta el fanatismo. Con ocasion de un terremoto prohibió el uso y hasta la introduccion del vino en las ciudades, y no omitió diligencia para pervertir á los cristianos. Eximia de tributos á los apóstatas, y á veces mandaba quitar la vida á los que permanecian firmes en la fé; de suerte que hubo muchos mártires bajo su reinado. Prohibió recibir el testimonio de un cristiano contra un musulman, y por último envió una carta dogmática al emperador Leon para persuadirle que abrazára la secta de Mahoma. Murió este califa el año 720, tercero de su reinado, y le sucedió Yezid, hijo de Abdelmelic (1).

El Papa Constantino falleció el 9 de abril del año 715, y á los cuarenta dias fue elegido Gregorio II que ocupó la santa sede cerca de diez y seis años. Desde su niñez se habia educado al lado del Papa Sergio y habia seguido al Papa Constantino en su viaje á Oriente, donde admiró á Justiniano por la sabiduria y precision de sus respuestas sobre muchos puntos que discutió con él.

(1) Elmac. *Hist. Sarrac.* — Abulf. *Hist. univ.*

Reunia á la pureza de costumbres un talento superior, y durante su pontificado dió muchas y señaladas pruebas de zelo, prudencia é ilustracion. La Italia sufria frecuentes estragos de los lombardos que se apoderaron entonces de la ciudad de Cumas, y no quisieron restituirla por mas instancias que les hizo el Papa. Ofreciólesé por su rescate treinta libras de oro, y aunque la ciudad fue reconquistada no dejó de darles la suma prometida. Es de notar que iba un subdiácono á la cabeza de las tropas que recobraron la ciudad de Cumas, y en la misma época se hallan otros muchos ejemplares de eclesiásticos que llevaban las armas, sobre todo en las guerras contra infieles. Algunos años mas adelante Luitprando, rey de los lombardos, marchó contra Roma, y ya estaba á punto de hacerse dueño de ella, cuando se detuvo por un respeto religioso en vista de las representaciones del sumo pontífice que salió á exhortarle á la paz. Ya veremos en lo sucesivo cómo se unió á los romanos para defender al Papa de las usurpaciones del exarca de Ravena. Habiendo sabido Luitprando que los sarracenos profanaban las reliquias de S. Agustin en Cerdeña, les envió embajadores con gruesas sumas para que le entregaran aquel precioso depósito, que colocó en la iglesia de un monasterio próximo á la ciudad de Pavía, capital de su reino.

Enmedio de los desórdenes ocasionados por la guerra no omitió el Papa Gregorio II ninguna diligencia para hacer florecer la disciplina monástica en Italia; á cuyo efecto pensó el año 718 en restablecer el monasterio del monte Casino arruinado por los lombardos hacia ciento y cuarenta, y cometió este cuidado á algunos religiosos del monasterio de Letran que fundaran en otro tiempo los del monte Casino. Su jefe era Petronax, piadoso ciudadano de Brescia, que habiendo ido á Ro-

ma por devocion abrazó la vida monástica: uniéronse á algunos solitarios que habitaban las ruinas del monasterio, y pronto formaron una comunidad floreciente. Esta casa llegó á ser el centro y la residencia principal de la órden de S. Benito, y Petronax fue el sexto abad de ella. Gregorio restauró la antigua iglesia de S. Martin, donde levantó un altar en honor de los santos Faustino y Jovita, martirizados en Brescia, y trasladó el brazo de uno de ellos; lo que se nota como uno de los primeros ejemplos de dividir las reliquias en Occidente. Aun en la ciudad de Roma habia muchos monasterios arruinados y abandonados: el Papa los reparó y los pobló de monjes que iban á cantar el oficio diurno y nocturno à las iglesias inmediatas. Tambien hizo un monasterio de un hospital de ancianos que habia detrás de la iglesia de Santa María la Mayor, donde los nuevos religiosos tuvieron obligacion de celebrar el oficio. Por último despues de la muerte de su madre Honesta consagró á Dios su propia casa y edificó desde los cimientos un monasterio en honor de santa Agueda, al que dió muchas fincas y diversos ornamentos de plata maciza y de un peso considerable (1).

Como en Italia eran frecuentes los matrimonios de los romanos ó de los lombardos con parientas ó con personas consagradas á Dios; el Papa Gregorio II para reformar estos abusos congregó un concilio el año 724, al que asistieron veinte y dos obispos y catorce presbíteros. De los diez y siete cánones que se hicieron, los primeros pronuncian anatema contra cualquiera que se case ya con una sacerdotisa, diaconisa ó religiosa, ya con su sobrina, cuñada, prima, suegra y generalmen-

(1) Anast. *Vit. Greg. II.*—Paul. Diac. lib. V. *c. 14.*

te con cualquiera parienta ó afin. Llamábase sacerdotisa la mujer del que habia sido sacerdote, y le estaba prohibido contraer otras nupcias aun despues de muerto su esposo. Los otros cánones condenan á los que se casen con su comadre, á los que hayan arrebatado una doncella ó una viuda, á los que hayan consultado á los adivinos, servidose de encantos ó practicado otras supersticiones, á los que hayan usurpado bienes pertenecientes á la iglesia, y por último á los clérigos que se dejen crecer el cabello.

Las misiones de la Germania fueron tambien objeto de la solicitud particularísima del sumo pontífice. En el año 716 dió al obispo Martiniano que partia para la Baviera con un presbítero y un subdiácono de la iglesia romana, una instruccion en que son de notar las reglas siguientes: «Celebrareis una junta de los principales de la nacion de acuerdo con el duque de la provincia: examinareis á los sacerdotes y demas clérigos: dejareis que ejerzan sus funciones aquellos cuya fé sea pura y se hayan ordenado canónicamente, y cuidareis de hacerlos observar las tradiciones de la iglesia romana. En cuanto á los otros ministros que reconozcais indignos, los pondreis entredicho y les dareis sucesores. Atendereis á que en cada iglesia se celebren la misa y oficiòs del dia y de la noche con las lecciones de la Escritura. Estableccreis obispados cuya extension y circunscripcion arreglareis teniendo consideracion con la jurisdiccion de cada duque; y si hay tres sillas ó mas, reservareis la principal para un arzobispo. Reunireis tres obispos para consagrar otros nuevos por la autoridad de la sede apostólica Si hallais un sugeto digno de ocupar la silla metropolitana, nos le enviareis con cartas de vuestra parte ó le acompañareis vos mismo. Si no hallais ninguno capaz, nos lo par-

ticipáreis para enviar uno de aqui. Encargareis á los obispos que no confieran órdenes ilícitas ni extra tempora: que velen por la conservacion de los bienes de la iglesia y hagan cuatro partes de ellos segun la costumbre; y por último que no administren el bautismo sino en las fiestas de Pascua y Pentecostes fuera de los casos de necesidad.» El resto de la instruccion era concerniente á diversos puntos de dogma ó de disciplina, principalmente respecto del matrimonio, las observancias supersticiosas y los sortilegios usados entre los germanos.

La Baviera tenia ya dos ilustres obispos, S. Ruperto ó Roberto de Salzburgo y S. Corbiniano de Frisinga, uno y otro de orígen frances. S. Roberto era de la estirpe real y fue primero obispo de Worms. Llamado por Teodon, duque de Baviera, para predicar la fé en esta provincia, envió al punto algunos de sus discípulos y no tardó él en seguirlos. Convirtió y bautizó al duque y muchos de sus vasallos, recorrió el pais hasta las fronteras de la Pannonia baja, y fijó su silla en Salzburgo, donde edificó una magnífica iglesia con un claustro para los religiosos encargados de celebrar el oficio todos los dias. Luego volvió á Francia á buscar nuevos misioneros, y se llevó doce con su sobrina Erentrudis que se habia consagrado á Dios: fundó para ella un monasterio en una montaña cercana que tomó el nombre de Nonneberga. El santo obispo continuó sus tareas apostólicas con tanto fruto como zelo, y murió el año 718 despues de haber nombrado un sucesor capaz de sostener su obra.

S. Corbiniano, natural de Chartres cerca de Paris, se encerró desde su juventud con sus criados en una casa contigua á la iglesia, y la convirtió en un monasterio pequeño. Una multitud de personas atraidas por la fama de sus virtudes acudieron á visitarle para edificar-

se con sus ejemplos y pedirle instrucciones. Los señores mas principales le llevaban ofrendas, y él las distribuia inmediatamente á los pobres. Su nombradía llegó á oidos de Pipino, ministro de palacio, que se encomendó á sus oraciones. Temiendo al fin Corbiniano que las visitas y presentes de los seglares fuesen causa de perdicion para su alma, dejó la celda al cabo de catorce años, y marchó á Roma para manifestar sus escrúpulos al padre comun de los fieles. Sorprendido el Papa de su mérito, le consagró obispo, sin asignarle ninguna silla particular; y considerando la relajacion deplorable en que habian caido las iglesias de las Galias por la fatalidad de los tiempos, quiso poner remedio con una mision extraordinaria, y dió el palio á Corbiniano con potestad de predicar por todas partes. El santo obispo se sometió, aunque con mucha repugnancia, y volvió á predicar en las diferentes provincias de Francia, donde su zelo produjo los mas felices resultados, tanto en los pueblos como en los monjes y el clero. Pero su humildad se sobresaltó de nuevo con la veneracion de que era objeto, y se retiró á su antiguo monasterio, donde moró siete años; y como su fama iba en aumento resolvió volver á Roma á fin de conseguir permiso del Papa para renunciar el obispado y vivir del trabajo de sus manos bajo la direccion de un superior en cualquíera monasterio donde fuese desconocido. Pasó por la Baviera, y allí se detuvo algun tiempo para afirmar en la fé aquel pueblo recien convertido: fue muy bien recibido por el duque Teodon y su hijo Grimoaldo, que hicieron inútiles esfuerzos para que se quedara en sus estados. Llegado Corbiniano á Roma por segunda vez en el año 717 se echó á los pies del sumo pontífice, y le expuso de una manera patética el objeto de sus deseos. El Papa, no teniendo por conveniente

acceder á ellos, reunió un concilio donde se resolvió á una voz que Corbiniano debia continuar su ministerio. Tomó pues el santo obispo el camino de la Baviera y halló guardada la frontera por gente del duque Grimoaldo, que habia dado órden de no dejarle pasar sin que prometiese ir á buscarle. Corbiniano se vió en la precision de dirigirse al palacio del duque; pero envió á decirle que no le veria á menos que no rompiese antes el matrimonio incestuoso que habia contraido con la viuda de su hermano. Grimoaldo despues de cuarenta dias de término cedió al cabo á las incesantes exhortaciones del santo obispo, que se mantuvo inflexible en su negativa. Los dos esposos prometieron separarse y fueron á confesar su culpa á los pies de Corbiniano, que les puso las manos en la cabeza, hizo la señal de la cruz y les impuso en penitencia limosnas, ayunos y oraciones: luego consintió comer con ellos. Estableció su silla en Frisinga, donde edificó una iglesia en honor de la santísima Vírgen é instituyó monjes para que celebraran el oficio. Murió de allí á unos doce años, es decir, el de 230 (1).

Por esta misma época comenzaba á propagarse la fé en las regiones vecinas por las predicaciones de San Bonifacio, que mereció el título de apóstol de la Germania á causa de sus dilatados y fructuosos afanes. Era natural del pais de Wessex en Inglaterra, y su primer nombre fue Winfrido; pero el Papa Gregorio II al consagrarle obispo le dió el de Bonifacio con el cual es mas conocido. Abrazó la vida monástica en su juventud, é hizo tales progresos en las ciencias, que en cuanto concluyó sus estudios le encargó el superior de la en-

(1). *Vit. S. Corbin. Act. SS. Bened.* Tom. V.

señanza. Ordenado despues sacerdote á la edad de treinta años fue llamado muchas veces á los concilios por los obispos de la provincia á causa de su zelo y luces. Pasó á la Frisia con otros dos monjes hácia el año 716 para trabajar en la conversion de los infieles; pero no pudiendo entonces esperar ningun fruto por las malas disposiciones del duque Ratbodo, volvió á su monasterio, y á poco tiempo marchó á Roma con cartas de recomendacion de su obispo que era Daniel de Winchester, célebre por su virtud y doctrina. El Papa Gregorio II recibió á Bonifacio con júbilo, y habiéndole examinado para cerciorarse de su capacidad y de su fé le dió reliquias y la potestad de predicar el Evangelio en todos los pueblos infieles á donde pudiera llegar, mandándole que en la administracion del bautismo se conformara con las reglas prescritas en la iglesia romana. Con esta comision, cuya fecha es del año 719, predicó Bonifacio algun tiempo en la Turingia, y habiendo sabido la muerte del duque Ratbodo pasó á la Frisia donde permaneció tres años. S. Vilibrordo, ya de edad avanzada, le designó por su sucesor; pero Bonifacio se excusó con que el Papa le habia destinado á las naciones de la Germania oriental; y en efecto partió para la Hesse donde convirtió en poco tiempo muchos millares de infieles. Entonces fue cuando se le agregó S. Gregorio de Utrecht que fue uno de sus discípulos mas célebres. Era de familia nobilísima, y se hallaba por casualidad en el monasterio de Falz cerca de Tréveris, fundado y gobernado por su abuela, hija del rey Dagoberto II, cuando se presentó Bonifacio pidiendo hospitalidad de paso para la Hesse. Aunque Gregorio no tenia mas que quince años se conmovió tanto con los discursos del santo misionero, que resolvió seguirle sin que le disuadieran las reflexiones de su abuela, ni le arredra-

ran las dificultades del viaje. Hallaron la Turingia asolada por los sajones, y el pueblo era tan pobre que se vieron reducidos á mantenerse del trabajo de sus manos. A veces el temor de los paganos los obligaba á refugiarse en las poblaciones con los habitantes del campo hasta que se reunian fuerzas suficientes para repelerlos (1).

A poco tiempo envió Bonifacio un compañero suyo á Roma con una carta en que daba cuenta al Papa de su mision y le consultaba sobre algunas dificultades. El Papa le llamó á él y le consagró obispo, y luego le entregó una coleccion de cánones para que le sirvieran de reglas, y varias cartas de recomendacion dirigidas á Carlos Martel y á los obispos, señores y pueblos de la Germania. Todavía se conserva la fórmula del juramento que hizo Bonifacio al consagrarse, prometiendo conservar siempre la pureza de la fé católica, perseverar inviolablemente adicto á la unidad de la iglesia, estar sumiso á la autoridad de la santa sede, evitar la comunion de los obispos que infringiesen los cánones, y denunciarlos al Papa si no podia él por sí impedirlo. Este juramento estaba escrito de su puño, y le puso sobre las reliquias de S. Pedro. Bonifacio sacó órdenes de Carlos Martel para todos los obispos, duques, condes y otros oficiales, á fin de asegurar el libre ejercicio de su ministerio, y se volvió á la Hesse donde dió la confirmacion á los nuevos cristianos y convirtió á muchos idólatras. En seguida marchó á la Turingia, y su zelo consiguió el mismo resultado. Parte de la poblacion era ya cristiana, y hacia mucho tiempo que tenian obispos y sacerdotes; pero algunos de estos perjudicaban á los pro-

(1) *Vit. S. Bonif.—Epist. Greg. II.*

gresos de la fé con su mala conducta y vida escandalosa. Bonifacio experimentó todo género de contradicciones por parte de ellos; pero llegó á triunfar por su firmeza. Reanimó la fé de los cristianos, convirtió y bautizó á muchos idólatras, reparó gran número de iglesias, y edificó sobre el rio de Or, donde los misioneros no tenian mas que algunas tiendas para refugiarse, un monasterio que por esta razon se llamó de Ordof. Su nombradía atrajo multitud de compañeros de la Gran Bretaña, que se diseminaron para propagar la fé por los pueblos y aldeas.

Hácia esta época recibió una carta de Daniel de Winchester, su antiguo obispo, con instrucciones muy sabias tocante al modo de convertir á aquellos bárbaros. « No debeis, le decia, impugnar directamente las genealogías de sus falsas divinidades: concededles que nacieron las unas de las otras de la misma manera que los hombres, para demostrarles así que no existian antes. Cuando se vean precisados á confesar que sus dioses han tenido un principio, preguntadles si el mundo le ha tenido tambien, ó si ha existido siempre. Si le dan un principio, que añadan por quién fue criado. Ciertamente antes de la creacion del mundo no encontrarán morada donde hayan podido subsistir sus dioses engendrados y corporales; porque yo entiendo por mundo no solamente esta tierra y el cielo visible, sino todos los espacios que pueden imaginar los paganos. Si sostienen que el mundo es eterno, preguntadles quién le gobernaba antes que naciesen sus dioses, y cómo pudieron estos sojuzgar un mundo que subsistia antes que ellos: cuál es el primer orígen del primer dios y de la primera diosa: si nacen todavía nuevas divinidades, ó si los dioses no engendran ya, y en este último caso por qué ha cesado su fecundidad: que si deben engen-

drar siempre, llegando á ser infinito el número de los dioses, cómo harán los hombres para venerarles á todos ó para discernir á lo menos los mas poderosos á fin de no desatender su culto. Por lo demas haced estas objeciones con dulzura, y dedicaos despues á demostrar la excelencia de la doctrina cristiana, á fin de ilustrar á los paganos sin irritarlos, y moverlos á que se ruboricen de sus supersticiones; pero sin humillarlos.»

S. Bonifacio consultó al obispo Daniel respecto de los eclesiásticos escandalosos, cuyos desórdenes y errores ponian un grande obstáculo á su mision; y aquel sabio prelado le aconsejó que sufriese con paciencia á ejemplo de los santos lo que no podia evitar, añadiendo que no se debe admitir á las funciones sacerdotales y á la direccion de las almas á los sacerdotes homicidas ó impúdicos; pero que basta no comunicar con ellos en las cosas santas, porque segun la observacion de S. Pablo no se podria interrumpir el trato de la vida con todos los malos sin salir de este mundo.

El sumo pontífice, á quien el santo misionero daba cuenta exacta de las dificultades y triunfos de su mision, le envió una respuesta enteramente semejante en una decretal fecha del año 726 que contiene otras muchas decisiones importantes. Las dos primeras son concernientes al matrimonio. Gregorio II declara que en rigor no deberia consentirse entre parientes; pero que por usar de indulgencia con los bárbaros recien convertidos puede permitírseles casarse despues del cuarto grado. Añade que si una mujer resulta para siempre inhábil para el matrimonio por alguna enfermedad, no deberá impedirse que el marido se case con otra, con tal que suministre los auxilios necesarios á la enferma. Esta decision ha parecido sorprendente á algunos teólogos, porque no han reflexionado que en el caso

propuesto se trataba de un impedimento permanente que habia precedido al matrimonio y quitado la facultad de consumarle. El Papa declaró en esta carta, conforme á la regla de S. Benito, que los niños de menor edad ofrecidos por sus padres en los monasterios quedan verdaderamente consagrados á Dios por esta ofrenda, y no deben tener libertad para salir á casarse en lo sucesivo.

Los sarracenos asolaban entonces las provincias meridionales de la Francia con sus incursiones, y ejercian los mas horribles estragos por todas partes. Habiendo invadido la Aquitania en el año 725, se apoderaron de muchas ciudades, entre otras Alby y Rhodez; pero fueron rechazados por Eudo, duque de aquella provincia, que les mató, segun se dice, trescientos setenta y cinco mil hombres en una sola batalla. Esta derrota no los arredró. Volvieron á los años siguientes bajo la conducta de Abderramen; pasaron el Ródano en el de 731, arrasaron la Provenza, y dividiéndose luego en dos cuerpos de ejército avanzaron por un lado á orillas del Ródano y del Saona hasta el rio de Yonna, tomaron á Arlés, Aviñon, Valencia, Leon, Besançon, Chalons y Auxerre, y por fin fueron á sitiar á Sens. El arzobispo de esta ciudad era S. Ebbon, primeramente monje y despues abad de S. Pedro el Vivo, que hizo con su pueblo una salida vigorosa contra los musulmanes y los derrotó. Conseguida esta victoria dejó la silla episcopal, y se volvió á la soledad á pasar el resto de sus dias. Por otro lado Abderramen en persona invadió la Aquitania, se apoderó de muchas ciudades, arruinó algunas, deshizo al duque Eudo en una batalla, y se adelantó hasta Poitiers. Carlos Martel que habia usurpado toda la autoridad real con el título de ministro de palacio, estaba entonces en guerra con el duque Eudo,

nieto del rey Chariberto, que aspiraba á la independencia. Pero el temor del enemigo comun los reconcilió: juntaron sus tropas para acometer á los sarracenos, y despues de pasar muchos dias en escaramuzas dieron una batalla general en que sufrieron los bárbaros una completa derrota. Abderramen fue muerto, y los restos de su ejército huyeron; con todo los vencedores no se atrevieron á perseguirlos, temerosos de alguna emboscada. Esta famosa batalla dada cerca de Poitiers el año 732 atajó los progresos de los musulmanes y á poco recobró Cárlos Martel todo lo que aquellos habian ocupado en las Galias. Todavía trataron en lo sucesivo de hacer algunas invasiones que fueron reprimidas prontamente (1). Pero las iglesias se resintieron mucho tiempo de sus estragos. Se ignora la sucesion de los obispos de la mayor parte de las ciudades que habian ocupado los bárbaros, y se cuentan tambien muchos mártires.

Todos los monjes de Lerina, excepto algunos de los mas jóvenes, que habia enviado á Italia su abad San Porcario, permanecieron en el monasterio cuando arribaron los sarracenos á aquella isla despues de la toma de Arlés: eran unos quinientos. Habiendo escondido las reliquias de su iglesia, se prepararon con la comunion para morir: los bárbaros trataron primeramente de hacerlos abjurar la fé con amenazas, promesas y tormentos; pero viéndolos inflexibles, los mataron á todos, excepto cuatro de los mas agraciados de rostro, que encerraron en la nave de su comandante. Despues derribaron la iglesia y arrasaron todos los edificios. Mas habiendo podido escaparse los cuatro religiosos cautivos volvieron á Lerina, llamaron á los que estaban en Italia, y reedificaron insensiblemente el monasterio. Cua-

(1) Roderic. *Hist. arab.*—Contin. Fredeg. cap. CVIII.

renta religiosas de S. Salvador cerca de Marsella tuvieron valor de desfigurarse el rostro cortándose la nariz por no exponerse á perder su castidad, y los soldados furiosos las asesinaron á todas.

S. Teofredo, abad de Carmeri en la diócesis de Puy, previendo la llegada de los bárbaros, mandó á sus religiosos que se retiraran al bosque inmediato con todo lo que pudieran llevarse; pero él no quiso abandonar su monasterio. Los sarracenos le encontraron solo orando á la puerta de la iglesia, é intentaron forzarle á descubrir el asilo de los monjes; y como se resistiese le maltrataron tan cruelmente que murió á los pocos dias. S. Mileto, abad de Luxeuil, fué martirizado con todos sus monjes. El monasterio estuvo quince años sin abad, y cesó la salmodia perpetua. Los infieles arruinaron ó saquearon gran número de monasterios: tambien quemaron muchas iglesias, y esparcieron el terror por todas partes con sus asesinatos y devastaciones. Redoblaron tambien su crueldad despues que los derrotó Carlos Martel, y degollaron en su asilo á todos los cristianos que encontraban. S. Pardoco era entonces abad de un monasterio recien fundado en Gueret, capital de la Marca. Temerosos los monjes del furor de los sarracenos que se dirigian por aquella parte, huyeron é instaron al santo para que se escapara con ellos; pero declaró que no saldria en vida del monasterio. Un criado que se habia escondido en las inmediaciones, apenas avistó á lo lejos á los enemigos, corrió á avisar al santo abad, quien se postró en tierra é hizo esta oracion: «Señor, disipa esa nacion cruel y bárbara, y no permitas que profane la puerta de tu casa.» Al punto se detuvieron los sarracenos, y despues de deliberar mucho tiempo entre ellos tomaron otro camino.

En Inglaterra murió S. Britualdo, arzobispo de

Cantorbery, el año 731, y le sucedió Tatuino que falleció á los tres años, siendo reemplazado por Nortemio, monje y sacerdote de Londres. Despues de la muerte de S. Vilfrido ocupó la silla de York el obispo Juan, de quien cuenta muchos milagros el venerable Beda. Vilfrido el jóven que le sucedió el año 717, renunció el obispado en el de 732 para retirarse á un monasterio, y mandó consagrar en su lugar á Egberto, hermano del rey de Nortumbria. Egberto gobernó la iglesia de York por espacio de treinta y cuatro años. Gregorio II le concedió el palio y la dignidad arzobispal que no habian gozado sus predecesores, y asi fue el segundo arzobispo de York contando á S. Paulino por el primero.

En el tercer año de su obispado le escribió el venerable Beda una carta, en que se hallan muchas circunstancias que merecen notarse, sobre el estado de la religion en Inglaterra. «Evitad, le dice, las conversaciones inútiles, y aplicaos á meditar las santas escrituras, principalmente las epístolas de S. Pablo á Timoteo y á Tito, el Pastoral de S. Gregorio y sus homilias sobre los Evangelios. No imiteis á ciertos obispos que no tienen á su alrededor mas que personas dadas á los placeres y al regalo, ocupadas únicamente en distraerlos con pláticas frívolas. Como vuestra diócesis es tan grande que no podeis recorrerla toda en el curso del año; poned sacerdotes en cada pueblo para instruirle y administrarle los sacramentos: encargadles sobre todo que cuiden de que todo el mundo sepa á lo menos de memoria el símbolo y la oracion dominical, y que los que no saben el latin, ya sean clérigos, ya legos, los recen en lengua vulgar, con cuya mira los he traducido en inglés. Se dice que en muchas aldeas de las montañas no se ha visto jamás un obispo que ejerza sus funciones pastorales, ni

nadie que los instruya; y sin embargo ninguna de estas aldeas está exenta de tributos en favor del obispo. Así lejos de predicar gratuitamente segun el precepto de Jesucristo se recibe sin predicar el dinero que prohibió tomar. El mejor medio de remediar todos los desórdenes es multiplicar el número de obispos. Por eso el Papa S. Gregorio, escribiendo al arzobispo Agustin, mandó instituir doce obispos cuyo metropolitano fuese el de York. Os aconsejo que completeis este número con el concurso del rey; y porque no es fácil hallar bastantes lugares propios para la creacion de estas sillas, se podrian tomar al efecto algunos monasterios, confiriendo á los monjes, para obviar sus reclamaciones, el derecho de elegir por sí el obispo ya de entre ellos, ya en el territorio de la nueva diócesis. Ya sabeis que hay muchos lugares que llevan el nombre de monasterios sin que se practique ninguna observancia religiosa: que algunos seglares, despues de alcanzar terrenos del rey só pretexto de fundaciones monásticas, aseguran su propiedad á sus herederos, se establecen allí con su mujer, hijos y vasallos, reciben monjes vagabundos, hacen una vida licenciosa, y quieren reunir al título de abad el de gobernador ú oficial. Seria pues un gran bien emplear en un santo objeto unos establecimientos que son orígen de escándalos, ó que por lo menos son inútiles á la iglesia y al estado.» Este abuso reinaba tambien en otros parajes, y Beda dice que en Inglaterra se observaba hacia unos treinta años. En seguida exhorta al arzobispo á instruir cuidadosamente á los fieles tocante á la fé y á las costumbres, y á recomendarles sobre todo la frecuente comunion segun la práctica de Italia, de las Galias, de la Grecia y del Oriente. «Pero entre vosotros, añade, los legos estan tan distantes de esta loable costumbre, que los mas piadosos

no comulgan mas que por Navidad, la Epifanía y la Pascua, aunque hay infinitas personas de una vida muy pura, de toda edad y sexo, que podrian comulgar todos los domingos y en las fiestas de los apóstoles y mártires, como lo habeis visto practicar en Roma.»

Beda nació en Nortumbria hácia los confines de la Escocia el año 673. A la edad de siete le pusieron sus padres en el monasterio de Viremout que dirigia S. Benito Biscop, y mas adelante pasó á Jarow bajo la direccion de S. Ceolfrido, y allí pasó el resto de sus dias. Dividió toda su vida entre el estudio, la oracion y el trabajo manual, de que nadie estaba dispensado en aquel monasterio. A poco tiempo adquirió grandes conocimientos en las lenguas griega y latina, en la astronomía y en todas las ciencias eclesiásticas. Fue ordenado diácono á la edad de diez y nueve años por dispensa, aunque los cánones exigian veinticinco, y á los treinta ascendió al sacerdocio. Desde entonces se aplicó principalmente á trabajar en la santa escritura, y por exhortacion de muchos personajes célebres que conocian su mérito, publicó sucesivamente unas explicaciones de la epístola de S. Juan y del Apocalipsis, unos comentarios sobre los Actos de los apóstoles, los Evangelios de San Marcos y S. Lucas, las epístolas de S. Pablo y muchos libros del antiguo testamento. Escribió la historia eclesiástica de Inglaterra á instancias del abad Albano, discípulo de S. Teodoro de Cantorbery, que se encargó de proporcionarle excelentes memorias sobre los orígenes de aquella iglesia primacial. El presbítero Nortelmo, que hizo el viaje de Roma, le trajo tambien copias auténticas de las cartas de S. Gregorio y de otros muchos Papas. Daniel, obispo de Winchester, le suministró memorias relativas á las iglesias de Wessex y Sussex. Los monjes de Lestington le manifestaron lo que concernia

á la conversion de los mercios é ingleses orientales. En cuanto al reino de Nortumbria, ademas de lo que sabia por sí mismo, consultó á muchas personas instruidas, principalmente á los monjes de Lindisfarn. Esta historia se divide en cinco libros: el primero se extiende desde la conquista de la Bretaña por los romanos hasta la muerte de S. Gregorio el Grande: los otros comprenden lo que habia pasado desde esta época hasta el año 731. Añadió á su historia un compendio cronológico que contiene la fecha de los principales hechos, y termina con un catálogo de sus obras. Nos quedan de él ademas de las que acabamos de citar, un martirologio muy célebre, la vida de varios santos, entre otras la de S. Ceolfrido y Benito Biscop, un tratado del equinoccio y del año bisiesto para hallar el dia de la Pascua, algunos tratados sobre las ciencias y las artes liberales, muchas homilías y algunas otras obras menos importantes. Su nombradía ha hecho que se le atribuyan muchas que no son suyas. El tratado de los tiempos ó de las seis edades del mundo le atrajo cargos muy fuertes, y hasta le expuso á ser acusado de herejía por algunas personas ignorantes. Era una opinion muy comun que provenia originariamente de los judios, que la duracion del mundo estaba limitada á seis mil años, formando seis épocas de mil años cada una, y que la venida del Mesías se habia fijado en la sexta. Como en este tratado preferia Beda con S. Gerónimo la cronología del texto hebreo á la de los Setenta; se le acusó de que prestaba armas á los judios y daba márgen á creer que no habia venido aun el Mesías, porque el texto hebreo no cuenta cinco mil años hasta el nacimiento de Jesucristo. Beda se justificó con una carta apologética, en que hizo ver que la opinion vulgar no tenia ningun fundamento, y que debia fijarse por conjeturas la época del fin del

mundo que Dios ha querido ocultarnos. Este ilustre doctor murió el año 735 á los setenta y tres de su edad. Estaba traduciendo el Evangelio de S. Juan en inglés, y todavía dictó algunos trozos el dia de la Ascension, que fue el último de su vida. A la hora de nona conociendo que se aproximaba su fin, llamó á los sacerdotes del monasterio, les hizo algunas dádivas, se encomendó á sus oraciones y sacrificios, mandó que le tendieran en el suelo, y exhaló el último suspiro cantando el *Gloria Patri.* La iglesia le cuenta entre los santos; pero se le distingue mas comunmente con el título de venerable que se daba entonces á los monjes mas santos, y es enteramente idéntico al de reverendo que hoy se da á todos los religiosos.

La lectura de la historia de Beda hizo tal impresion en Ceodulfo, rey de Nortumbria, á quien aquel la habia dedicado, que abdicó la corona en el año 737, y entró monje en Lindisfarne bajo la direccion de S. Cutberto. Dió muchas heredades y considerables sumas á este monasterio; pero con esta ocasion se relajó la antigua observancia, porque se permitió el uso de vino y cerveza, en vez que antes no se bebia mas que agua y leche. Aquel príncipe murió al cabo de veintidos años, y mereció por sus virtudes ser colocado en el número de los santos. Hácia la misma época Ina, rey de los sajones occidentales, abrázó la vida monástica con el consentimiento de su mujer Etelburga, que entró asimismo religiosa. Ina habia hecho la peregrinacion de Roma algunos años antes, y fundado en aquella ciudad un colegio inglés, para cuyo sosten impuso un tributo de un sueldo por cada casa en su reino.

La herejía de los iconoclastas, una de las mas funestas que han afligido á la iglesia, se habia propagado en Oriente, y hacia cada dia nuevos progresos por la

influencia y tiranía de Leon el Isáurico que se habia declarado su protector. Este error tuvo orígen entre los eutiquianos, y le adoptaron los musulmanes; cuya ignorancia tachaba de idolatría el culto de las imágenes. Un judio de Laodicea en Fenicia fue á buscar al califa Yesid, sucesor de Omar, el año 723, y le prometió larga vida si destruia la idolatría en sus estados borrando todas las imágenes de las iglesias y vasos sagrados de los cristianos y todas las figuras que servian de ornamento de las ciudades. El califa comunicó órdenes al efecto; pero murió al año siguiente, y su sucesor la revocó. Walid su hijo que reinó diez y ocho años despues, mandó quitar la vida al impostór en los tormentos. Otro judio habia seducido á muchas personas en la Siria, fingiéndose el Mesías. Con esta ocasion dió órdenes el emperador Leon para obligar á los judios á bautizarse: del mismo rigor usó con los montanistas, muchos de los cuales desesperados se quemaron en sus iglesias. Sin embargo este príncipe adoptó las preocupaciones de los judios y musulmanes contra las imágenes, y le mantuvieron y confirmaron en ellas algunos obispos y un sirio llamado Veser, que apresado por los musulmanes apostató por alcanzar su libertad. Leon miró una erupcion volcánica ocurrida en el archipiélago el año 726 como una señal de la cólera de Dios, irritado, segun él decia, del honor que se tributaba á las imágenes de Jesucristo y de los santos. Creyendo bastante afirmada su autoridad con las victorias que habia ganado á los sarracenos, determinó manifestar públicamente su herejía, y á principios del año siguiente declaró en presencia del pueblo y del senado que no se podian hacer imágenes ni venerarlas sin incurrir en la idolatría. Los murmullos que de todas partes se levantaron, no le dejaron pasar adelante, y aun se vió obligado á moderar sus aventu-

radas proposiccines. El patriarca German con especialidad mostró el horror que semejante doctrina le causaba, y oponiéndole la práctica de la iglesia que habia aprobado el culto de las imágenes en todo tiempo, protestó que estaba pronto á dar su vida por defenderlas.

Entre los obispos fautores de los iconoclastas se distinguia particularmente Constantino, obispo de Nicolae, en Frigia, que se habia mostrado el primero y mas ardiente propagador de esta herejía S. German habia tentado todos los medios de atraerle, y aun se conserva una carta que escribió á Juan de Sinnadio, metropolitano de aquel obispo, para participarle el resultado de una conferencia que habia tenido con este objeto. Despues de exponer los sentimientos de Constantino, refiere el santo patriarca lo que le respondió en estos términos: «La fé del cristiano y su adoracion no se refieren sino á Dios segun está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y á él solo servirás. Nosotros no adoramos á las criaturas, no lo permita Dios, ni tributamos á siervos como nosotros los homenajes que únicamente se deben á la majestad divina. Cuando nos postramos ante los príncipes de la tierra como el profeta Natan ante David, no es para adorarlos; y cuando permitimos hacer imágenes no es para alterar la pureza del culto divino, ni las hacemos para representar la divinidad invisible, que los ángeles mismos no pueden comprender. Pero porque el Hijo de Dios se dignó de hacerse hombre por nuestra salvacion, hacemos nosotros la imágen de su humanidad para fortalecer nuestra fé y mostrar asi que tomó realmente nuestra naturaleza. Saludamos y reverenciamos sus imágenes para recordarnos la memoria de su Encarnacion. Igualmente trazamos la imágen de su santa madre para hacer presente que siendo mujer de

la misma naturaleza que nosotros, concibió y parió al Todopoderoso. Honramos tambien á los apóstoles, los mártires, los profetas y todos los santos que se han hecho amigos de Dios para siempre, y recordamos por medio de sus imágenes la memoria de sus virtudes para movernos á imitarlas. No nos figuramos que participan de la naturaleza divina, ni les damos el culto de adoracion que no se debe mas que á Dios, sino solamente queremos manifestar los sentimientos de respeto que profesamos hácia ellos, y grabar por medio de la pintura las verdades que nos enseñaron por la predicacion, porque hallándose unida nuestra alma á un cuerpo, necesitamos recurrir á medios sensibles para hacer mas viva impresion en ella. Este obispo nos ha declarado por fin delante de Dios que admitia esta creencia, y que no diria ni haria nada en contrario. Asi todo lo que teneis que hacer es leer esta carta en su presencia, y obligarle á que dé formalmente su adhesion »

Las impiedades de Constantino habian excitado una indignacion general en su provincia, y si al parecer desistió de ellas en Constantinopla fue por evitar ó suspender la condenacion de que se veia amenazado. Era portador de la carta escrita por el patriarca á su metropolitano; pero se guardó bien de entregarla ó remitirla. Apenas lo supo S. German, le reprendió fuertemente y le entredijo toda funcion episcopal hasta que entregase la carta y firmase su retractacion. Tenemos otra carta del santo patriarca, escrita á Tomas de Claudiópolis, que tambien se habia declarado contra las imágenes. Echale en cara primeramente su disimulacion, y se queja de que habiendo guardado silencio sobre este punto en las conferencias que habian tenido juntos, mandó despues quitar las imágenes de su iglesia con gran escándalo de los pueblos, y dió asi un pre-

texto á las calumnias de los infieles. «No es nuevo, añadia, que los judios y los idólatras nos hagan cargos en esta parte sin otro designio que calumniar nuestra fé, porque poco cuidado les da apartarnos de las obras de los hombres, siendo asi que su culto no tiene otro objeto. ¿No se sabe que los musulmanes veneran supersticiosamente la piedra negra de la Casauba en la Meca, á donde miran como un deber ir en peregrinacion? Los idólatras se figuran hacer un Dios, cuya existencia está unida á la figura que le representa, y el cultó que le dan abunda en disoluciones. Pero cuando nosotros adoramos las imágenes de Jesucristo, no se dirije nuestro culto á la materia ni á los colores, sino á Dios invisible que reina en la gloria del Padre. Estas imágenes y las de los santos no sirven mas que para excitarnos á la virtud, como lo harian los discursos de los hombres de bien. Si esta antigua costumbre nos llevara á la idolatría, ¿cómo no habia de haberse abrogado en los concilios ecuménicos que se han celebrado desde el fin de las persecuciones, y que han hecho decretos sobre objetos mucho menos importantes? El que prometió á los apóstoles estar con ellos hasta el fin de los siglos, extendió esta promesa á los obispos que debian gobernar la iglesia despues de los apóstoles. Y una vez que declaró que estaria enmedio de dos ó tres reunidos en su nombre, ¿hubiera abandonado sin inspiracion unas asambleas tan numerosas convocadas para tratar de los intereses de la religion?» S. German responde despues á las objeciones de los iconoclastas, y hace ver que el culto dado á las imágenes se refiere al mismo Dios. Por último para demostrar la santidad de este culto alega los milagros que se ha complacido Dios en obrar por medio de las imágenes y señaladamente por una de la santísima Vírgen en Sozópolis de Pisidia. No habla mas

que de las imágenes de pintura porque no había otras en las iglesias, segun el uso que los griegos conservan aun; pero los principios que sienta deben aplicarse tambien á las estatuas y esculturas.

El santo patriarca no dejó de escribir al Papa sobre una cuestion tan importante, y Gregorio II aplaudió en su respuesta el vigor con que defendia la doctrina de la iglesia. «Esta, le dice, piensa y obra como vos; y ¿quien se atreverá á acusarla de haber incurrido en el error ó en la supersticion? Se llaman ídolos los retratos fantásticos de lo que no es, de lo que no existe mas que en las fábulas y en la imaginacion de los paganos. Si las profecías no se cumplieron con la Encarnacion del Hijo de Dios, no debe pintarse lo que no ha sido; pero una vez que todo ha pasado realmente, que Jesucristo nació, hizo milagros, padeció y resucitó, ¡ojalá que el cielo y la tierra con todos los objetos que encierran, se empleasen en referir estas maravillas de palabra, por escrito ó por la pintura!»

El atentado de Leon contra las imágenes causó tal escándalo en todo el imperio, que los pueblos de la Grecia y de las islas vecinas tomaron ocasion de ahi para rebelarse. Agaliano, que mandaba en aquella provincia, marchó con una flota contra Constantinopla el año 727 para proclamar un nuevo emperador; pero fue derrotado completamente y se arrojó al mar por no caer en manos del vencedor. Este triunfo estimuló al emperador Leon para perseguir á los católicos. Como era demasiado ignorante para comprender la diferencia del culto relativo y del culto absoluto, tachaba de idólatras á la multitud de obispos y fieles, y desechaba con las imágenes la intercesion de los santos y la veneracion de las reliquias. Redobló sus esfuerzos para seducir al patriarca German, quien por su parte no omitió dili-

gencia para hacerle abandonar su impiedad, recordándole que habia prometido al tiempo de coronarse no innovar en manera alguna la tradicion de la iglesia. Pero este juramento no hizo mella en el emperador, quien procuró en sus conversaciones con el patriarca tenderle lazos y arrancarle algunas palabras ofensivas para tener un pretexto de deponerle como sedicioso. Ayudábale Anastasio, discípulo del santo, que habia entrado en el partido de los iconoclastas con la promesa de la silla de Constantinopla. Inútiles fueron las reflexiones de S. German á este discípulo ambicioso; y como al entrar un dia juntos en la habitacion del emperador le hubiese pisado la túnica Anastasio que iba detrás, le dijo el santo: «No os apresureis demasiado: pronto entrareis en el hipodromo.» Mas adelante se verá el cumplimiento de esta prediccion.

El emperador celebró un consejo á principios del año 730, y extendió un edicto en forma contra las imágenes, y estrechó fuertemente al patriarca para que suscribiese á él; pero S. German se resistió con firmeza, declarando que mas queria perder su dignidad que consentir en innovaciones sacrílegas. El emperador enfurecido con esta resistencia hizo que le arrojaran del palacio patriarcal unos hombres armados que le trataron bárbara é indignamente: retiróse German á una casa de campo de sus padres, y allí murió el año 733 á la edad de mas de ochenta. Habia compuesto algunos escritos de que no quedan sino fragmentos. En su lugar fue elegido Anastasio, y teniendo ya el emperador un patriarca de toda su devocion comenzó á ejecutar á la fuerza el decreto contra las imágenes.

Habia en el vestíbulo de palacio una muy venerada que representaba á Jesucristo en la cruz: decíase que Constantino el Grande la habia mandado ha-

cer en memoria de la cruz que se le apareció en el cielo, y se contaban muchas maravillas de ella. El emperador envió á su escudero Jovino para romperla: inútiles fueron los esfuerzos de unas mujeres que se hallaban presentes para impedir aquel sacrilegio; mas cuando el oficial subido en una escalera estaba descargando hachazos sobre la santa imágen, tiraron de la escalera, le dejaron caer y le mataron. Sin embargo la imágen fue destruida, y en su lugar mandó el emperador poner una simple cruz que los iconoclastas no tenian reparo en honrar con tal que no hubiese figura humana. Las mujeres y otras diez personas fueron condenadas al último suplicio: la iglesia griega las venera como mártires (1).

El emperador, ignorante y enemigo de las ciencias, persiguió en especial á los hombres distinguidos por sus luces, y abolió las escuelas de sagradas letras, entre otras la que existia cerca de la biblioteca de palacio. Esta, fundada en tiempo de Constantino y enriquecida con un número considerable de volúmenes, estaba encargada á un hombre de raro mérito, que tenia á sus órdenes otros doce bibliotecarios para enseñar gratuitamente la religion y las ciencias profanas. La capacidad de estos era reconocida tan universalmente, que los emperadores se habian impuesto la ley de no emprender nada sin consultarlos. Leon empleó inútilmente las promesas y las amenazas para hacerlos aprobar su herejia, y al fin habiéndolos encerrado en la biblioteca, mandó poner al rededor haces de leña y la quemó con los libros y los bibliotecarios. Luego quiso obligar á todos los habitantes de Constantinopla á destruir las imágenes en las iglesias ó en otra parte; y como los mas se resistian á obedecer, dió orden de cortar la cabeza

(1) Theoph. *Chron.*— Greg. III. Epist.

á muchos, asi clérigos como monjes ó legos, y mutilar á otros infinitos; de modo que en esta ocasion hubo multitud de mártires.

No contento con ejercer sus impiedades en Oriente envió tambien á Italia el decreto contra las imágenes amenazando al Papa si se oponia á su ejecucion. Ya habia intentado muchas veces asesinarle para poner en su lugar un pontífice mas sumiso á su voluntad; y no habiéndole salido bien las conspiraciones secretas ordenó al exarca de Ravena que enviara tropas á Roma para deponerle. Pero los romanos con el auxilio de los lombardos tomaron tal actitud que se frustró la empresa. Apenas tuvo el Papa noticia del decreto enviado por el emperador, resolvió oponerse con todo su poder, y dirigió circulares á todas partes para exhortar á los cristianos á rechazar aquella nueva herejía. Por su parte los pueblos y el ejército de Italia se sublevaron y pisotearon las imágenes de un emperador que no perdonaba la de Jesucristo. Muchas ciudades del imperio se sometieron á los lombardos, quienes se aprovecharon de estos movimientos para extender su dominacion y hacerse dueños de Ravena, cuyo exarca, aunque sostenido por una parte del pueblo, habia perecido en un motin ocasionado por sus atentados contra las imágenes. Por fin casi toda la Italia resolvió por deliberacion comun elegir otro emperador y conducirle á Constantinopla para su coronacion; pero el Papa contuvo este levantamiento y aun escribió á Urso, duque de la Venecia, exhortándole á hacer todos sus esfuerzos para recobrar á Ravena y restituirla al emperador. Entretanto Exhilarato, duque de Nápoles, habiendo persuadido á los pueblos de la Campania que se sometieran al decreto de Leon, quiso conspirar contra la vida del Papa; pero los romanos le cogieron á él y á

su hijo, los mataron á los dos y expulsaron despues al duque de Roma que les era sospechoso. El patricio Eutiquio, sucesor de Exhilarato, renovó la misma tentativa, y los romanos estaban resueltos á quitarle tambien la vida si no los hubiera contenido el Papa; pero anatematizaron á aquel patricio y se obligaron todos con juramento á defender al Papa hasta la muerte. El rey Luitprando y los duques lombardos prestaron el mismo juramento á pesar de todas las promesas que les hizo Eutiquio para atraerlos á su partido. El papa redobló sus oraciones y limosnas, y ordenó ayunos y procesiones para alcanzar el favor del cielo; y al paso que daba gracias al pueblo por la devocion que le manifestaba, y le confirmaba en el horror á la herejía de los iconoclastas, no dejaba de exhortarle á la fidelidad hácia el emperador. Así habla Anastasio en la vida de este pontífice, y Paulo diácono en su historia de los lombardos; sin embargo los historiadores griegos Teofanes, Cedreno y Zonaras afirman que el Papa Gregorio II, despues de haber excomulgado al emperador Leon, hizo que la Italia se sustrajera de su dominacion, y la puso bajo la proteccion de los franceses. Pero debe creerse con preferencia á los autores que escribieron en Italia.

El Papa Gregorio desechó las cartas sinódicas de Anastasio que habia ocupado la silla de Constantinopla por profesar la nueva herejía, y le escribió que si no volvia á la fé católica seria privado del sacerdocio. Este zeloso pontífice murió de allí á poco tiempo á principios del año 731, y por sus virtudes ha sido puesto en el número de los santos. Se ve por las cartas que nos quedan de él, que aun habia dos patriarcas de Aquileya, uno residente en Friul para los paises sometidos á los lombardos, y el otro en Grado, en el territorio de los

romanos. A uno y otro les escribió que se contuvieran estrictamente en los límites de su jurisdiccion y no dieran pretexto á guerras entre los dos pueblos con usurpaciones. Mientras se celebraban las exequias de Gregorio II, todo el pueblo de Roma como por inspiracion divina arrebató por fuerza al presbítero Gregorio que asistia á ellas, y le sentó inmediatamente en la silla pontifical que ocupó cerca de once años. Era este Papa originario de Siria; pero sabia muy bien el griego y el latin, se expresaba con facilidad, y predicaba con mucho nervio y elocuencia: estaba perfectamente instruido en las santas escrituras, y era recomendable por sus virtudes, en especial por su afabilidad, su prudencia y su caridad para con los pobres. Los autores antiguos le llamaron Gregorio el Jóven para distinguirle de su predecesor con quien han solido confundirle los griegos.

Al principio de su pontificado escribió dos cartas sólidas y elocuentes al emperador Leon en respuesta de las que este habia enviado á Roma para la ejecucion de su decreto contra las imágenes. Hácele presente en primer lugar que en los diez años primeros de su reinado no se le habia ocurrido tachar de idolatría un culto autorizado por la práctica de toda la iglesia. «Aun tenemos, le dice, las cartas marcadas con vuestro sello y firmadas de vuestro puño con el bermellon, en las que profesais nuestra fé en toda su pureza, y condenais á cualquiera que se aparte de la tradicion de los padres. ¿Por qué intentais ahora abolir lo que los padres y concilios respetaron, y escandalizar con vuestras innovaciones no solamente á los cristianos sino á los infieles?» Procura despues hacerle entender que el culto de las imágenes se refiere en definitiva á la divinidad, y no tiene otro fin que levantar nuestros corazones á

Dios por medio de los objetos sensibles: le reprocha el haber despreciado los consejos y las luces del santo patriarca German por dar oidos á unos ignorantes despreciables, y recordándole que Constantino Pogonato hizo ejecutar las decisiones del concilio VI y se sometió á ellas el primero, añade: «Aprended por este ejemplo que no toca á los emperadores sino á los obispos el decidir en materia de religion. Asi como los prelados que gobiernan la iglesia, se abstienen de los asuntos políticos; los emperadores deben abstenerse de los asuntos eclesiásticos, y encerrarse en los límites de su autoridad. Nos proponeis congregar un concilio general; mas no lo juzgamos oportuno. Vos sois quien promoveis los desórdenes que afligen á la iglesia: estaos quieto, y cesarán los escándalos. Creeis amedrentarnos amenazándonos con arrebatarnos de Roma y tratarnos como al Papa S. Martin; pero despues de las sublevaciones que han excitado en Italia vuestros atentados sacrílegos, y cuando los lombardos han invadido ó amenazado todas vuestras ciudades, ¿no sabeis que necesitais vos mismo de la mediacion de los Papas para conservar los débiles restos de vuestro imperio en Occidente? ¿Qué puedo yo temer de vos? Me basta ir á una legua de Roma hácia la Campania para estar fuera de vuestro poder.» En la segunda carta responde el Papa Gregorio con la misma energia á todas las pretensiones del emperador, y hace resaltar admirablemente la distincion del imperio y del sacerdocio, manifestando que los obispos reciben de Jesucristo un poder independiente que se ejerce sobre las almas para purificarlas ó sujetarlas á penas espirituales, y que os príncipes, lejos de tener el derecho de entrometer-e en las cosas santas ó administrarlas, no pueden ni un participar de ellas sin el ministerio sacerdotal.

Llevó estas cartas á Constantinopla el presbítero Jorge, quien no tuvo valor de presentárselas al emperador, y volviéndose á Roma confesó su debilidad: el Papa congregó un concilio para deponerle; con todo á ruego de los obispos se contentó con imponerle penitencia, y le despachó á Constantinopla con las mismas cartas. Mas el emperador mandó detenerle en Sicilia donde permaneció Jorge por espacio de un año. Habiéndolo sabido el Papa reunió un concilio en Roma el año 732, al que asistieron noventa y tres obispos, entre otros el patriarca de Grado y el arzobispo de Ravena: tambien fueron admitidos los sacerdotes, diáconos y todo el clero de Roma, los magistrados y hasta el pueblo. En este concilio se decretó que cualquiera que despreciando el uso de la iglesia tocante al culto de las santas imágenes las destruyera ó profanara, ó hablara de ellas con desprecio, fuese privado de la participacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la comunion de la iglesia. El Papa notificó al emperador esta decision por cartas; pero el defensor Constantino que las llevaba, fue detenido como el presbítero Jorge y encerrado en una estrecha prision de donde no salió hasta de allí á un año. Toda la Italia en cuerpo dirigió una representacion al príncipe hereje que se negó á recibirla: por último otras cartas del Papa tampoco produjeron ningun efecto. Al contrario el emperador cada vez mas irritado envió una flota á Italia; pero una borrasca la dispersó y destruyó casi enteramente. Aumentó en un tercio la capitacion de la Sicilia y la Calabria donde subsistia aun su dominacion, y confiscó en todo el territorio de su obediencia el patrimonio de S. Pedro que ascendia á mas de doscientas mil libras. Persiguió á los católicos con nuevo encarnizamiento en Oriente, condenándolos á destierro, prision y tormen-

tos; pero sin sentenciarlos á muerte porque no fuesen honrados como mártires. Los griegos han insertado en sus martirologios los nombres de los que padecieron en esta persecucion de los iconoclastas; pero puede ser que hayan contado algunos que padecieron en tiempo de otros príncipes, y en efecto se ha confundido á veces á Leon el Isáurico con Leon el Armenio, que no reinó hasta el siglo siguiente (1).

La fé católica tenia entontes un elocuente defensor, tanto mas capaz de servir útilmente á la religion, cuanto que no estaba bajo la dominacion del emperador. Llamabase Juan, por sobrenombre Crisorrhoas entre los griegos y Mansur entre los árabes; pero entre los latinos se le conoce mas con el de Damasceno porque era natural de Damasco. Su padre tan distinguido por sus virtudes como por su opulencia cuidó de instruirle en todas las ciencias y sobre todo en la de la religion. Su mérito determinó al califa á elegirle, aunque cristiano, para consejero suyo; pero Juan dimitió mas adelante este empleo, y renunció todos sus bienes por abrazar la vida religiosa en el monasterio de S. Sabas cerca de Jerusalem. Se ordenó sacerdote en edad avanzada, y murió por los años de 760.

En cuanto tuvo noticia del decreto del emperador Leon contra las imágenes, escribió un discurso en defensa de estas, en el que responde con tanta energía como verdad á todas las objeciones de los iconoclastas. Sienta primeramente como principio que prescindiendo de la Escritura basta la tradicion constante y universal para autorizar el culto de las santas imágenes: que en efecto la iglesia no puede equivocarse, ni puede sospechársela de un error tan detestable como la idolatría.

(1) Anast. *Vit. Greg. III.*—Teoph. *Chron.*

Entrando luego en materia hace ver que la prohibicion de tener imágenes, impuesta á los judios, iba dirigida solamente á apartarlos de dar á las criaturas y á las cosas sensibles el culto que no se debe sino á Dios: que la causa, ademas de la inclinacion de aquel pueblo á la idolatría, era la imposibilidad de expresar con figuras ó colores la naturaleza incorpórea de la divinidad; pero que habiéndose hecho Dios visible con tomar nuestra naturaleza es permitido representar su nacimiento, bautismo, pasion, sepultura, resurreccion y los otros misterios de la Encarnacion. Despues distingue dos especies de culto, uno soberano ó de latría, que pertenece y se tributa solo á Dios, y el otro relativo é inferior, que damos con la mira de Dios á sus amigos y siervos ó á las cosas que le estan consagradas. «¿Creis, pregunta este ilustre doctor, que Dios se contradice en lo que manda? Si prohibe toda imágen, ¿por qué hace cubrir el propiciatorio con querubines formados por la mano de los hombres? El tabernáculo entero ¿no era, como dice el Apóstol, la figura y la sombra de las cosas celestiales? El sagrado madero de la verdadera cruz, el Calvario, el santo sepulcro, los evangelios, la santa mesa, el oro y la plata de que se hacen las cruces y los vasos sagrados, en fin el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, todo esto ¿no es material? Suprimid pues el culto y la veneracion de todas estas cosas, ó convenid que se pueden honrar las imágenes de Dios encarnado y de sus amigos. El ceñidor y hasta la sombra de los apóstoles curaba á los enfermos y arrojaba á los demonios; ¿por qué su imágen no ha de ser un objeto de veneracion? O no venereis nada material, ó guardaos de conmover los límites puestos por nuestros padres. Ha habido hasta aquí algunos obispos y emperadores igualmente distinguidos por su piedad y luces: se han tenido muchos con-

cilios: ¿de dónde procede que nadie hasta vos ha clamado contra el uso de las imágenes? No consentiremos que se varíe lo que se ha creido y practicado anteriormente, y que nuestra fé varíe segun los tiempos, para que los infieles no la miren como una cosa arbitraria, sin fundamento y sin regla.» S. Juan Damasceno cita al fin de este discurso algunos pasajes de S. Basilio, S. Juan Crisóstomo y otros muchos padres en favor del culto de las imágenes; y como los iconoclastas se autorizaban con una carta atribuida á S. Epifanio en que decia que él habia destruido una imágen en su iglesia, responde que no es cierta la autenticidad de esta carta: que ademas el santo obispo pudo obrar así para corregir algunos abusos; y por último que el uso de las imágenes perpetuado siempre en su iglesia prueba bastantemente que no trató de abolirlas. A este discurso siguieron á poco tiempo otros dos, en los cuales S. Juan Damasceno explanó las mismas razones, y presentó tambien muchos pasajes de los padres contra la doctrina de los iconoclastas. Clamó sobre todo vigorosamente á ejemplo del Papa contra las pretensiones y atentados sacrílegos del emperador, demostrando que no toca á los príncipes sino á los obispos solos fallar en materias de religion. Nos quedan otras muchas obras de este ilustre doctor sobre el dogma, la moral ú otros asuntos. El mas considerable de sus escritos dogmáticos es el tratado de la fé ortodoxa, que contiene el conjunto de la teología explicada segun el método de Aristóteles, y que ha servido de modelo á la mayor parte de nuestros autores eclesiásticos. Está dividido en cuatro libros: el primero trata de la naturaleza de Dios y sus atributos y del misterio de la Trinidad; el objeto del segundo son las obras de la creacion, á saber, los ángeles, el hombre y el mundo. S. Juan Damasceno se extiende mucho en ha-

blar de las facultades del hombre y en particular de la libertad: al mismo tiempo trata de la Providencia: demuestra que las acciones humanas, aunque objeto de la presencia divina, no estan sujetas á una predestinacion necesitante; y concluye este libro con lo que mira á la caida del hombre. En el tercero trata de la Encarnacion, y en el cuarto de los sacramentos, de la oracion, del culto de los santos y de las imágenes y de algunas otras cuestiones particulares. Acerca de la Eucaristía se hallan los testimonios mas claros y formales sobre la presencia real y la transustanciacion. Entre las otras obras dogmáticas citaremos un diálogo entre un cristiano y un musulman, otro entre un católico y un maniqueo, varios tratados contra los eutiquianos y los monotelitas y un discurso sobre la utilidad de la oracion por los muertos. Tambien puede ponerse en esta clase el tratado de las herejías, en que defiende la doctrina católica contra las novedades de los sectarios. Este libro comprende ciento y tres herejías en otros tantos capítulos, de los cuales los ochenta primeros no son mas que un compendio de S. Epifanio. S. Juan Damasceno expuso las principales máximas de la moral en su obra intitulada *Paralelos*, en la que á las reglas sacadas de la Escritura se siguen pasajes explicatorios de los padres. Tambien compuso una lógica y otros escritos sobre la filosofía. Por último quedan varias homilías y algunas obras de piedad del mismo, y es el autor de una parte de los himnos que cantan los griegos en su oficio.

El Papa Gregorio III, para confirmar mejor la fé de los pueblos contra el escándalo causado por los iconoclastas, multiplicó las santas imágenes en muchas iglesias de Roma que reparó y enriqueció de vasos de oro y de muchos ornamentos preciosos. Mandó poner seis columnas de mármol en la basílica de S. Pedro, y los ar-

quitrabes cubiertos de plata sostenian por un lado la figura del Salvador con sus apóstoles, y por otro la de su santa madre con muchas vírgenes. Hizo construir un oratorio en honor de todos los santos en la misma iglesia al lado de los hombres, y puso muchas cruces y una imágen de la santa Vírgen que llevaba una corona guarnecida de piedras preciosas En el oratorio del pesebre en Santa María la Mayor colocó una estátua de la Vírgen con su hijo, y en la iglesia de S. Andrés una estátua de este apóstol, las dos de oro y piedras preciosas. Dispuso que de su palacio se suministraran las luces y oblatas para celebrar la misa en las iglesias de los cementerios en las fiestas de los mártires. Tambien asignó ofrendas á la iglesia de S. Pablo para las cinco misas que se decian todos los dias, y edificó, reparó ó dotó muchos monasterios imponiendo á los religiosos la obligacion de cantar los oficios diurno y nocturno en las iglesias contiguas. Por último para velar por la seguridad del pueblo reedificó una parte de las murallas de Roma, y por una suma cuantiosa rescató del poder del duque de Espoleto un castillo que servia para hostilizar el territorio del imperio.

Habiendo sabido S. Bonifacio la eleccion de Gregorio III, le escribió para darle cuenta de su mision y consultarle sobre varios puntos. El Papa le concedió el palio y el título de arzobispo, y le envió reliquias y otros presentes con una carta en que responde á sus consultas. Le encomienda que nombre obispos segun las necesidades de los fieles: que extinga la costumbre de comer carne de caballo, subsistente entre los bárbaros convertidos: que imponga la penitencia de los homicidas á los que vendan sus esclavos á los paganos para inmolarlos: que disuada en cuanto pueda á los nuevos cristianos de contraer cuartas nupcias; y que prohiba

los matrimonios entre parientes hasta el séptimo grado. Asimismo manda bautizar en nombre de la santísima Trinidad á los que hayan sido bautizados por paganos, ya tal vez porque estos confiriesen el bautismo á nombre de sus ídolos, ya por otras razones que hacian dudosa su validez; porque no ha llegado á nuestros dias la consulta de S. Bonifacio para conocer las circunstancias de los casos propuestos (1).

Por este tiempo fundó el santo misionero los monasterios de Frislar y de Hamamburgo en la Hesse, y puso por abad en el primero á S. Wigberto, sacerdote inglés, que habia ido á auxiliarle en sus tareas. Estos dos monasterios debian servir las iglesias que habia fundado en los mismos lugares. Despues pasó á la Baviera, cuya iglesia habia perturbado un hereje llamado Ermenvolf despues de la muerte de S. Corbiniano, y procuraba atraer el pueblo á las supersticiones de la idolatría. San Bonifacio le condenó segun los cánones y le obligó á salir del pais; y restablecida la disciplina en todas partes volvió á su mision. De allí á poco tiempo escribió sobre los impedimentos del matrimonio á Nortelmo, arzobispo de Cantorbery, rogándole que le enviara copia de las cuestiones del obispo S. Agustin con las respuestas de S. Gregorio el Grande, en que se decia que los fieles pueden casarse en el tercer grado. «Pero examinad cuidadosamente, añadia, si este escrito es de S. Gregorio, porque los que custodian los archivos de la iglesia romana, aseguran que despues de haberle buscado entre las otras cartas del mismo Papa no le han encontrado. Os pido tambien vuestro parecer sobre el matrimonio de un hombre que ha sacado un niño de pila, con la madre

(1) *Vit. S. Bonif. — Epist. Greg. III.*

de este ya viuda. Los romanos mandan á las partes separarse, y dicen que en tiempo de los emperadores cristianos se castigaria como un crímen capital semejante matrimonio. Os ruego me comuniqueis lo que hayais aprendido sobre este punto en los cánones de los padres ó en la Escritura.» Consultó á un obispo de Nortumbria sobre la misma cuestion, y envió estas cartas por el presbítero Eoba, su discípulo, que llegó á ser obispo de Utrecht. Este presbítero llevó muchas cartas de los mas altos personajes de Inglaterra, entre otros de los reyes de Wessex y Estanglie, que se encomendaban á las oraciones de S. Bonifacio.

Este hizo su tercer viaje á Roma en el año 738, y pasó la mayor parte de él en la Italia. Por todas partes recibió muestras extraordinarias de respeto de los pueblos, que salian presurosos á su encuentro, y le acompañaban por obsequiarle. El Papa le recibió con distincion, le colmó de presentes, y al tiempo de su partida le entregó cartas de recomendacion, en las que exhortaba á todos los obispos y abades á que le dieran operarios apostólicos para su mision. Mandó en particular á los obispos de la Germania, á saber, Vigon de Augsburgo, Luidon de Spira, Rodulfo de Constanza, Vivilon de Passau y Adda de Strasburgo, que reconocieran la autoridad del santo arzobispo, que se reunieran con él en concilio, y tomaran medidas para acelerar los progresos de la fé y mantener la pureza de la disciplina. Durante su mansion en Roma persuadió el santo misionero á varios ingleses que fueran á auxiliarle, entre otros á S. Vilibaldo y S. Vunebaldo, hermanos, que eran sus parientes. Estos habian ido á Italia por los años de 720 con su padre Ricardo que murió en Luca, donde es venerado como santo. A los dos años hizo Vilibaldo la peregrinacion de la tierra santa, y volvió á los siete

á ejercitarse en la práctica de las virtudes monásticas bajo la direccion del abad Petronax en el monte Casino. Vunebaldo permaneció siete años en Roma instruyéndose en las ciencias eclesiásticas, y luego volvió á Inglaterra, de donde llevó á poco tiempo otro hermano cuyo nombre se ignora. Convidado por S. Bonifacio para tomar parte en sus tareas, no tardó en seguirle con su hermano y otros muchos ingleses, entre los cuales se cita á S. Sebaldo, que es venerado como apóstol de Nuremberga. Pronto fue á reunirse con ellos S. Vilibaldo por órden del sumo pontífice á quien le habia pedido S. Bonifacio.

De vuelta á Germania el santo arzobispo se detuvo algun tiempo en la Baviera, de donde hizo echar á varios seductores, que tomando falsamente el título de sacerdotes ú obispos, pervertian á los pueblos con su mala doctrina y los escandalizaban todavía mas con su vida licenciosa. Dividió la provincia de acuerdo con el duque en cuatro diócesis, cuyas sillas fijó en Salzburgo, Frisinga, Ratisbona y Passau: puso en esta última á Vivilon, consagrado ya por el Papa, y él consagró obispos para las otras tres iglesias. Dió cuenta de lo que acababa de hacer al Papa Gregorio III, el cual confirmó la ereccion de los nuevos obispados. «Damos gracias á Dios, le decia el sumo pontífice, porque habeis convertido hasta cien mil almas en la Germania con la ayuda de Carlos, príncipe de los franceses; pero como estos cristianos forman todavía el menor número en esas regiones, debeis predicar donde quiera que Dios os abra camino, y consagrar obispos por nuestra autoridad en los lugares que os parezca conveniente.»

Viendo Luitprando, rey de los lombardos, que el poder imperial se debilitaba de dia en dia en Italia, trató de aprovecharse de las circunstancias para exten-

der su dominacion; y só pretexto que los romanos habian favorecido á los duques de Espoleto y Benevento, á quienes acusaba de rebelion, invadió las provincias del imperio, se apoderó de cuatro ciudades, y fue á sitiar á Roma. El Papa Gregorio III, no esperando ningun auxilio del emperador, se dirigió á Carlos Martel, y en el año 741 le envió embajadores con reliquias y otros presentes para reclamar su proteccion, prometiéndole en recompensa y á nombre del senado y pueblo que le reconoceria por soberano, le conferiria el consuladó, y renunciaria á la dependencia del emperador. «Estamos sumidos, le escribia, en la mas profunda afliccion por la violencia de los lombardos que nos han despojado de lo poco que nos quedaba para el sústento de los pobres y la conservacion de las iglesias: han arruinado las granjas de S. Pedro, y llevadose todo el ganado que habia. En vano hemos solicitado vuestra ayuda, y aquellos no cesan de insultarnos diciéndonos: «Habeis recurrido á Carlos: que venga ahora con sus franceses á sacaros de nuestras manos.» No creais los informes falsos de los lombardos, y para cercioraros de la verdad enviad aqui alguna persona de confianza que vea con sus ojos la persecucion que sufrimos, el oprobio de la iglesia, el saqueo de sus bienes y las lágrimas de los peregrinos.» El Papa concluia suplicándole encarecidamente por el juicio de Dios que no prefiriera la amistad de los lombardos á la del príncipe de los apóstoles (1).

Las guerras á que estaba expuesta la Francia, no permitian á Carlos Martel romper con los lombardos y conceder al Papa los auxilios que solicitaba. Los sarra-

(1) Greg. III. *Epist.* — Fredeg. lib. III. — Ann. Met.

cenos habian invadido la Galia narbonense y la Proven-
za en el año 737, y expulsados volvieron en el de 739 con mas crecidas fuerzas y tomáron á Marsella, Aviñon, Embrun, Viena y otras varias ciudades. Para rechazarlos reclamó Carlos Martel la ayuda del rey Luitprando que acudió presuroso con todo su ejército. Los sarracenos no se atrevieron á arriesgar una batalla, y Carlos recobró todas las plazas que habian ocupado. A la vuelta de esta expedicion recibió la embajada del Papa: inmediatamente despachó dos diputados á Roma con el encargo de entregarle magníficos presentes, y hacer algunas representaciones al rey Luitprando sobre sus injustos procederes; pero no pasó mas adelante su intervencion. Extenuado con las fatigas de la guerra y los afanes del gobierno, cayó peligrosamente enfermo, y sintiendo acercarse su fin, dividió el reino entre sus dos hijos Carlomano y Pipino. Al primero que era el primogénito, le tocó la Austrasia con las provincias mas allá del Rin, y á Pipino la Neustria y el resto de la Francia. Carlos Martel murió en Quercy-Sur-Oise el año 741, despues de haber ejercido la autoridad soberana por espacio de veintiseis, y fue enterrado en la iglesia de San Dionisio cerca de Paris, á la que habia hecho dones considerables. Tambien se ve por las cartas del Papa Gregorio III que habia enviado muchas dádivas á la iglesia romana; sin embargo se le acusa de haber usurpado los bienes eclesiásticos para enriquecer á sus guerreros: en efecto dió gran parte de los bienes de la iglesia de Auxerre á seis príncipes bávaros, y las iglesias de Viena y de Leon estuvieron sin obispos muchos años por haber sido despojadas. S. Euquerio de Orleans fue arrojado de su silla porque se oponia con libertad á estas usurpaciones, y en el siglo siguiente se supuso que el santo obispo habia visto el alma de Carlos Martel atormentada en el infierno por

la expoliacion de las iglesias. Esta vision se mira generalmente como una fábula; pero prueba á lo menos la realidad de los cargos que dieron márgen á su invencion.

El Papa S. Gregorio III murió á los pocos dias de Carlos Martel, y le sucedió Zacarías, de nacion griego, estimado generalmente por su instruccion y virtudes, y que ostentó la bondad de su corazon colmando de beneficios á aquellos que le habian agraviado antes de ser pontífice. El nuevo Papa envió embajadores al rey Luitprando, y luego fue él en persona á buscarle; y á fuerza de exhortaciones le determinó á restituir las cuatro ciudades que habia ocupado, y á ajustar la paz por veinte años con el ducado de Roma. Tambien alcanzó la restitucion de los patrimonios de S. Pedro, algunos de ellos usurpados hacia mucho tiempo, y la libertad de los cautivos hechos en las guerras anteriores. Dos años mas adelante embistió el rey Luitprando la ciudad de Ravena, y el exarca imploró la mediacion del sumo pontífice, que envió inmediatamente sus legados con presentes para el rey en demanda de la paz. No habiendo logrado esta diputacion el efecto apetecido, pasó el Papa Zacarías en persona al campamento de los lombardos, y venciendo la tenaz resistencia del rey le determinó á retirar sus tropas y á entregar las plazas de que ya se habia apoderado. Luitprando murió al año siguiente 744: habia reinado cerca de treinta y dos. Aunque hay que imputarle ciertos procedimientos en que los intereses de la religion fueron sacrificados á los de la política; sin embargo tuvo las virtudes de un buen príncipe, y se distinguió sobre todo por su piedad y copiosas limosnas. Su sucesor Hildebrando no reinó mas que siete meses, y luego le depusieron los lombardos, y eligieron en su lugar á Rachis, duque de Friul.

El emperador Leon el Isáurico murió el año 741, el mismo que Carlos Martel y Gregorio III, y le sucedió su hijo Constantino, apellidado Coprónimo, porque habia manchado la pila bautismal mientras su bautismo, y ademas mereció este cognomento, tanto por sus inclinaciones depravadas, como por sus costumbres disolutas. Era grosero, brutal, impúdico y sanguinario: se jactaba de sus disoluciones, y tenia gusto en restregarse con estiercol y orin de caballo. Era enemigo de las imágenes como su padre, y aun se le acusó de despreciar á Jesucristo mismo y darse á las prácticas de la magia. Sus vicios le habian hecho tan aborrecido, que desde el principio de su reinado formó su cuñado Artabaso un partido considerable contra él. Se divulgó la voz que Constantino habia perecido en un combate con los sarracenos, é inmediatamente el pueblo de Constantinopla manifestó su alegria, anatematizó á aquel, y proclamó emperador á Artabaso que restableció el culto de las santas imágenes. El patriarca Anastasio le coronó en la iglesia mayor, y juró públicamente sobre el madero de la verdadera cruz que Constantino no creia en la divinidad de Jesucristo, y le miraba como una simple criatura venida al mundo del mismo modo que los otros hombres. Mas al año siguiente volvió Coprónimo con un ejército numeroso, y habiéndose apoderado de Constantinopla, mandó sacar los ojos á Artabaso y á Anastasio y pasear á este último por el hipodromo en un asno que andaba hácia atras segun la prediccion de S. German; pero no juzgó conveniente quitarle la silla, porque estaba seguro de su baja complacencia (1).

Los musulmanes se aprovecharon de estas divisio-

(1) Theop. *Chron.* — Niceph. *Breo. Hist.*

nes para desparramarse por las provincias del Asia menor, de donde arrebataron gran número de cautivos. Poco tiempo antes el califa Hescham habia mandado quitar la vida á todos los prisioneros de guerra que no quisieron renegar de su religion. En esta ocasion hubo multitud de mártires, entre los cuales se distinguió Eustatio, hijo del patricio Marino, por su denuedo, que Dios honró con milagros. Sin embargo aquel mismo califa tomó cariño á Estevan, monje sirio, recomendable por su piedad, y propuso á los cristianos que le eligieran por su patriarca; y estos mirando como un beneficio de la Providencia una disposicion tan favorable, eligieron efectivamente al monje Estevan para la silla de Antioquía que estaba vacante hacia cuarenta años por la oposicion de los musulmanes. La iglesia patriarcal de Alejandría y las otras sillas de Egipto y de la Nubia estaban ocupadas por los jacobitas ó eutiquianos hácia cien años, y los melquitas tenian que recurrir al arzobispo de Tiro para la consagracion de su patriarca. Estos últimos estaban ademas inficionados de la herejía de los monotelitas; pero su patriarca Cosme abjuró este error con todo el pueblo, se mostró zelosísimo defensor del culto de las imágenes, y consiguió órdenes del califa Hescham para la restitucion de la iglesia patriarcal y de las demas ocupadas por los jacobitas. La silla de Jerusalem despues de una larga vacante se proveyó en un patriarca llamado Juan, cuyas virtudes y doctrina han merecido los elogios de S. Juan Damasceno.

Tambien hubo muchos mártires bajo el reinado de Walid II que sucedió á su tio Hescham el año 743. Mandó cortar la lengua á Pedro, metropolitano de Damasco, porque combatia los errores de los musulmanes y maniqueos, y luego le envió desterrado á la Arabia. Habiendo caido enfermo Pedro de Mayume, fue visitado por los magis-

trados árabes, con quienes tenia relaciones como director de los tributos, porque aquellos dominadores ignorantes se veian obligados muchas veces á cometer los cargos públicos á los cristianos. «Pido á Dios, les dijo, que os recompense vuestra amistad hácia mí, y quiero que seais testigos de mi testamento que es este: cualquiera que no cree en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo, en la Trinidad consustancial, se hace digno de los suplicios eternos, como Mahoma, vuestro falso profeta, precursor del Antecristo.» Asi les estuvo hablando mucho tiempo, y ellos le escucharon tranquilamente porque le miraban como un enfermo delirante; pero cuando sanó, como continuase combatiendo el Coran, le cortaron la cabeza.

Walid fue muerto á los quince meses de reinado, y su muerte dió lugar á turbulencias que duraron muchos años, y produjeron al fin un cambio de dinastía. Abdalla, llamado Abul-Abbas, hizo que le proclamaran califa en Arabia el año 749, y despues de apoderarse al siguiente de la Siria y del Egipto, mandó quitar la vida al califa Mirwan y á los otros miembros de la familia de los Ommiadas que reinaba desde Moavia. Solo Abderramen, nieto del califa Hescham, logró escaparse á España, donde tomó el título de Emir-Al-Mumenin, es decir, príncipe de los fieles. Asi el califato quedó dividido como el imperio musulman, y mientras que la dinastía de los Ommiadas se mantenia en Occidente, pasó la soberanía de Oriente á la familia de los Abbassidas que descendia de Abbas, tio de Mahoma. Durante estas guerras civiles el emperador Constantino quitó á los musulmanes muchas ciudades de Siria, cuyos habitantes transportó á Constantinopla ó á la Tracia, y luego puso otra vez toda la Armenia bajo la potestad imperial (1).

(1) Elmac. lib. II. — Roderic. — Theoph.

Los sarracenos de España, debilitados por las pérdidas que habian tenido en Francia, veian tambien que de dia en dia se iban estrechando los límites de su dominacion con las conquistas de los cristianos refugiados en Asturias. Alfonso llamado el Católico les ganó muchas victorias y les tomó hasta treinta ciudades, entre otras, Lugo en Galicia, Braga en la Lusitania, Salamanca, Astorga y Leon. Pasó á degüello todos los sarracenos que las habitaban, y transportó los cristianos á su reino; de modo que aquellas ciudades quedaron desiertas; pero despues repobló algunas, edificó ó reparó muchas iglesias, y puso un obispo en Leon. Murió Alfonso el año 757 á los diez y ocho de reinado. En el resto de España se mantenia el cristianismo bajo la dominacion de los árabes, y puede juzgarse del estado en que se hallaba, por una acta de salvaguardia que dieron dos generales sarracenos á los habitantes de Coimbra y de las inmediaciones en el año 734. Dice este documento que los cristianos pagarán doble tributo que los musulmanes, y ademas cien libras de peso de plata por una catedral, veinticinco por cada una de las otras iglesias, y cincuenta por un monasterio: que tendrán un magistrado cristiano en Coimbra y otro en Agreda para que les administren justicia: que podrán establecer otros jueces en los lugares pequeños; pero que ninguna sentencia de muerte podrá ejecutarse hasta que recaiga la confirmacion del juez árabe; y que si un cristiano entra en una mezquita ó habla contra Mahoma, será precisado á hacerse musulman pena de muerte. Los sacerdotes no dirán misa sino á puerta cerrada, pena de diez libras de plata. Añádese que el monasterio de Lorban no pagará nada, porque sus monjes muestran de buena fé la caza, y reciben bien á los musulmanes (1).

(1) Sandov. *Hist.* — Sebast. Salmant.

Habiendo arreglado S. Bonifacio los asuntos de la iglesia de Baviera, volvió á su mision ordinaria y erigió tres obispados nuevos, uno en Buraburgo para la Hesse, otro en Erfort para la Turingia, y el tercero en Wurzburgo para la Franconia. Se lo participó al Papa Zacarías en una carta que le escribió consultándole sobre diversos puntos de disciplina, y pidiendo instrucciones para la celebracion de un concilio que se proponia congregar en sus estados el príncipe Carlomano, porque hacia mas de ochenta años que los franceses no habian tenido concilios, ni arzobispos, de donde habian resultado muchos y graves abusos; de suerte que las mas de las sillas episcopales estaban entregadas como bienes profanos á legos avaros, á clérigos licenciosos ó á arrendadores públicos. Estos son los términos de la carta de S. Bonifacio, que solo debe entenderse de las dos provincias germánicas de este lado del Rin, donde no habia habido metropolitano desde S. Amando, obispo de Worms.

El Papa Zacarías aprobó la ereccion de los tres obispados nuevos y la celebracion del concilio, añadiendo que debia entredecirse de toda funcion á los obispos, presbíteros y diáconos que hubiesen caido en el adulterio ó la fornicacion, que hubiesen derramado sangre de cristianos ó de infieles, ó que hubiesen incurrido en otras irregularidades declaradas por los cánones. Algunos de aquellos obispos y sacerdotes disolutos que habian tenido hijos despues de ordenados, suponian haber sacado permiso en Roma para ejercer sus funciones. «No creais á esos impostores, dice el Papa, y proceded contra ellos con todo el rigor de las leyes canónicas.» Acerca de que un lego de distincion suponia haber obtenido dispensa del último Papa para casarse con la viuda de su tio, que ademas era su parienta en tercer grado, y habia hecho voto de castidad antes del matrimo-

ñio, responde el Papa Zacarías: «Dios nos libre de creer que nuestro predecesor haya concedido semejante permiso. De la santa sede no procede nada que sea contrario á los cánones. En cuanto á las supersticiones del primer dia del año, los agüeros y otras observancias paganas que decís se practican en Roma cerca de la iglesia de S. Pedro, sabed que la santa sede no ha cesado de condenarlas; y porque se renovaban bajo nuestro pontificado las hemos suprimido todas, á ejemplo de Gregorio nuestro predecesor, por medio de una constitucion de que os enviamos copia.» Por estas consultas y respuestas se ve qué impresion producia en aquellos bárbaros el ejemplo de lo que se practicaba en Roma, y por qué S. Bonifacio interponia la autoridad de la santa sede para con ellos. Como pensaba en nombrar su sucesor, el Papa le respondió: «No podemos consentir que en vida vuestra se elija un obispo en vuestro lugar, porque es contra todas las reglas; pero á la hora de la muerte podreis designar vuestro sucesor á presencia de todo el mundo, y vendrá aquí á consagrarse. En esto os concedemos lo que negariamos á otro cualquiera.»

El concilio propuesto por Carlomano se reunió en abril, y concurrrieron á él cinco obispos á mas de S Bonifacio, á saber, S. Burchardo, de nacion inglés, primer obispo de Würzburgo, S. Vilibaldo, elegido primer obispo de Eichstadt en el año anterior, Dadan, sucesor de S. Vilibrordo en la silla de Utrech, Vitta, obispo de Buraburgo y Adda de Strasburgo. Se mandó tener todos los años un concilio para la reforma de los abusos, y restituir á las iglesias los bienes que les habian sido arrebatados, y se tomaron otras muchas disposiciones concernientes las mas á la conducta de los clérigos. Se les prohibe llevar armas, pelear é ir á la

guerra, á no que sean elegidos para desempeñar las funciones de su ministerio cerca del príncipe ó los soldados, ó como se expresa el concilio, para decir misa y oir la confesion. Tambien se les prohibe cazar ó correr los bosques con perros, y tener gavilanes ó alcones. Los sacerdotes culpables de fornicacion, despues de ser azotados hasta derramar sangre, serán encerrados por dos años para hacer penitencia á pan y agua. Los otros clérigos y monjes tomarán tres disciplinas, y serán encerrados por un año. Todos los sacerdotes estarán sujetos al obispo diocesano, y cada año por la cuaresma deberán sufrir un exámen y dar cuenta de su fé y de su ministerio. Los obispos y sacerdotes desconocidos, de cualquiera parte que procedan, no podrán ejercer sus funciones sin la aprobacion del obispo y su consejo. Los sacerdotes y diáconos no deben llevar capas como los legos, sino solamente la casulla, que era entonces su vestidura ordinaria. Se prescribe á los monjes y monjas que sigan la regla de S. Benito. Por último se manda á los obispos que con auxilio del conde extingan entre los fieles todas las supersticiones paganas, los agüeros, las suertes, la adivinacion, los sacrificios, las víctimas, las hogueras y otras ceremonías semejantes practicadas en honor de los mártires cerca de las iglesias (1).

El Papa Zacarías confirmó los decretos de este con-

(1) La convocacion de este concilio es el primer acto público en que se usa la era de la Encarnacion adoptada por Dionisio el Pequeño en el ciclo pascual. Antes se ponia la fecha de los años del monarca reinante. Tambien se da por primera vez en este concilio el título de capellan á algunos de los clérigos agregados á la servidumbre del príncipe.

cilio en una carta dirigida á todos los franceses, en la que los felicita por haber echado á los sacerdotes cismáticos, homicidas y concubinarios, añadiendo que si tienen pastores exentos de crímenes y obedecen en todo á Bonifacio, legado de la santa sede, conseguirán no solamente las recompensas de la otra vida, sino tambien en esta la victoria sobre los infieles. Habiendo recibido S Bonifacio cartas de Cutberto, arzobispo de Cantorbery, por este mismo tiempo, le comunicó sus decretos añadiendo lo siguiente: «Hemos mandado que se lean los cánones en el concilio que debe tenerse cada año, y que el metropolitano vigile sobre los otros obispos, y les advierte que á la vuelta del concilio reunan á los sacerdotes y abades de sus diócesis para encargarles la observancia de dichos cánones; y por último que cada obispo dé cuenta al concilio de los abusos que no haya podido corregir.» Despues le hace algunas advertencias, y manifiesta que las peregrinaciones de Inglaterra á Roma eran muy peligrosas para la virtud de las mujeres, la mayor parte de las cuales se dejaban corromper en el camino; de modo que en pocas ciudades de las Galias, de Francia y de Lombardía dejaba de haber alguna inglesa prostituida. Tambien le exhorta á predicar enérgicamente contra los legos que se apoderaban de los monasterios, y se queja del lujo que comenzaba á introducirse en las casas religiosas.

Conforme á los estatutos del concilio precedente el príncipe Carlomano convocó uno el primero de marzo del año 743 en Liptine, residencia real en el pais de Cambray: le presidió S. Bonifacio con otros dos legados del Papa. En él se resolvió que en razon de las guerras presentes, y para atender á la manutencion de las tropas, podria el príncipe retener y dar por tiempo y á título de censo una parte de los bienes eclesiásticos, con

la condicion de pagar una renta anual á la iglesia ó al monasterio, y de restituir á las iglesias pobres todos sus bienes y rentas. Se prohibió vender esclavos cristianos á los paganos: se confirmaron los antiguos cánones tocante á los impedimentos del matrimonio; y por último se vedaron con pena de multa las supersticiones paganas, de las que se hace una larga enumeracion que da á conocer la índole y costumbres de aquellos bárbaros. Algunas fórmulas que se hallan en seguida de los cánones, pueden dar tambien una idea de la lengua alemana en aquella época.

En el año 744 tuvo tambien el príncipe Pipino un concilio en Soissons para las provincias de su obediencia: se hallaron en él veinte y dos obispos presididos por S. Bonifacio, y asistió Pipino en persona con los principales señores. Se tomaron poco mas ó menos las mismas resoluciones que en los concilios de Germania. Fue condenado el hereje Adalberto de quien hablaremos en seguida. Se instituyeron obispos en las sillas vacantes ó usurpadas, particularmente en las provincias de Sens y de Reims, y fueron nombrados metropolitanos de estas dos ciudades Abel y Ardoberto, para quienes pidió S. Bonifacio el palio; pero el primero no pudo tomar posesion de la iglesia de Reims, donde se mantenia todavía el usurpador Milon, que segun hemos visto sustituyó á S. Rigoberto. S. Bonifacio dió cuenta al Papa Zacarías de lo que se habia hecho en este concilio, y de allí á poco tiempo le nombró el pontífice legado de la santa sede en todas las Galias.

Otro concilio celebrado al año siguiente en los estados de Carlomano condenó de nuevo al impostor Adalberto y á otro hereje llamado Clemente, y depuso á Gevilieb, obispo de Maguncia. Habia sucedido este á su padre Geroldo, obispo guerrero que fue herido de muer-

te en un combate con los sajones: tambien él tomó las armas contra estos bárbaros, y habiendo atraido al matador de su padre á una conferencia le mató de una estocada. Nadie vituperó esta atroz perfidia, y Gevilieb continuó desempeñando las funciones episcopales. Pero en cuanto lo supo S. Bonifacio, hizo que el concilio le condenara, y Gevilieb despues de resistir algun tiempo, viendo que la autoridad secular apoyaba la determinacion de la eclesiástica, tomó el partido de someterse, y luego abandonó á la iglesia cuanto poseia, á excepcion de una heredad donde vivió catorce años en el retiro y la práctica de buenas obras.

S. Bonifacio escribió al Papa Zacarías rogándole que confirmara las decisiones de estos concilios, y señaladamente la condenacion de los herejes Adalberto y Clemente, cuyo error le manifestó. Adalberto, galo ó frances de orígen, fingia haber recibido su mision de Jesucristo mismo, y enseñaba á sus secuaces una carta que aseguraba haber caido del cielo en Jerusalem, y unas reliquias que le habia llevado un ángel desde las extremidades del mundo, segun él decia, añadiendo que por su medio podia conseguir de Dios todo lo que le pidiese. Primeramente sedujo á gran número de aldeanos con sus artificios y falsos milagros, y luego habiendo ganado á fuerza de dinero algunos obispos ignorantes y vagabundos que habian conseguido consagrarse sin tener asignada ninguna silla, abandonaba las antiguas iglesias con desprecio, y levantaba cruces ó edificaba oratarios en el campo, donde se reunia en tropa el pueblo para venerarle como un santo. Se comparaba á los apóstoles, consagraba iglesias en honor de él, repartia sus propias uñas y cabellos como reliquias, y decia á la multitud que iba á postrarse á sus pies para confesarse: «Conozco vuestros pecados mas secretos sin

necesidad de que os acuseis de ellos: volved en paz á vuestras casas, y estad seguros de que os son perdonados.»

Clemente, de nacion escocés, despreciaba la tradicion y la doctrina de la iglesia, desechaba las decisiones de los concilios y las explicaciones de los padres, aprobaba los matrimonios contraidos entre parientes á pesar de la prohibicion de los cánones, y sostenia, que Jesucristo al bajar á los infiernos habia librado á todos los condenados sin exceptuar á los idólatras. Hacia una vida escandalosa como Adalberto, y aunque habia tenido dos hijos adulterinos, no por eso dejaba de arrogarse el derecho de ejercer las funciones episcopales. Estos dos herejes, entredichos y privados del sacerdocio por el concilio de Germania, fueron presos por la autoridad del príncipe Carlomano; pero perseveraron con obstinacion en sus errores.

El Papa Zacarías, recibida la carta de S. Bonifacio, tuvo un concilio en el palacio de Letran el 25 de octubre del año 745, y se hallaron en él siete obispos, diez y siete presbiteros y los demas clérigos de Roma. Primeramente se leyó aquel documento, despues la vida de Adalberto en que se decia que habia sido santificado en el vientre de su madre, y por fin la carta que fingia el fanático haber bajado del cielo, y que principiaba así: «En el nombre de Dios esta es la carta de nuestro señor Jesucristo, la cual cayó en Jerusalem, fue hallada por el arcángel S. Miguel en la puerta de Efrem, y copiada por el presbítero Ycoré que la envió á la ciudad de Jeremías al presbítero Talasio, el cual á su vez la envió á Arabia al presbítero Leoban, y este al presbítero Macruis en la ciudad deVelsania, y Macruis la envió á la montaña del arcángel S. Miguel de donde ha llegado por las manos de un angel á la ciudad de Roma

al sepulcro de S. Pedro donde estan las llaves del reino de los cielos.» Leido este documento extravagante y una oracion compuesta por Adalberto en el mismo estilo, opinó unánime el concilio condenar estos escritos y á sus autores, y confirmando la sentencia pronunciada contra Adalberto y Clemente, los depuso del sacerdocio con anatema contra ellos y sus partidarios si no abjuraban sus errores.

El Papa Zacarías envió las actas de este concilio á S. Bonifacio con una carta en que aprobaba las resoluciones de los concilios de Germania, señaladamente el permiso concedido al príncipe para retener temporalmente una parte de los bienes de la iglesia á fin de atender á los gastos de las guerras contra infieles. Confirmó tambien la deposicion de Gevilieb, añadiendo que habia escrito á los príncipes franceses acerca de los eclesiásticos depuestos, que en vez de hacer penitencia en los monasterios iban á la corte á solicitar bienes de la iglesia. Por último aprobó la determinacion de erigir una silla metropolitana para S. Bonifacio y la eleccion de colonia para establecerla; pero despues se prefirió la ciudad de Maguncia, y á peticion de los señores franceses restituyó el Papa á esta el título de metrópoli que habia tenido en tiempo de los romanos, y sujetó á ella los obispados de Tongres, Colonia, Worms, Spira, Utrecht y las provincias germánicas donde Bonifacio habia establecido la fé. Como el santo arzobispo pensaba en retirarse y pedia un sucesor por no poder desempeñar las penosas funciones episcopales, á causa de su avanzada edad; el Papa á fin de disuadirle de esta idea le permitió nombrar un coadjutor, y le aconsejó que disminuyera sus tareas: que velara por la conservacion de la disciplina y la celebracion de los concilios; pero que cometiera á otros el cuidado de predicar el Evangelio

en los lugares que él les designase. Le recomendó en particular que congregara un concilio para leer unos reglamentos enviados al príncipe Pipino en respuesta á una consulta sobre diferentes puntos de disciplina: eran aquellos unos cánones sacados de los concilios ó decretales de los papas, concernientes á la jurisdiccion episcopal, las costumbres del clero, la penitencia de los homicidas y los impedimentos del matrimonio (1). Un concilio reunido en Roma algun tiempo antes publicó quince cánones sobre la misma materia, y entre ellos es de notar el que manda á los obispos de Italia pasar á Roma todos los años por mayo, y otro que prohibe á los clérigos llevar trajes seglares ó el cabello largo.

Dos sacerdotes de Baviera habian consultado al Papa Zacarías si debia reiterarse el bautismo administrado por un sacerdote que no sabiendo latin alteraba de este modo la terminacion de las palabras: *Baptizo te in nomine Patria et Filia et Spiritua Sancta.* El Papa decidió contra la opinion de S. Bonifacio que proviniendo semejante alteracion únicamente de la ignorancia de la lengua, no destruia la validez del bautismo, porque no alteraba ni en el espíritu del ministro, ni para los asistentes el sentido de las palabras, que no dejaban de expresar suficientemente el nombre de las personas divinas. Uno de aquellos sacerdotes llamado Virgilio se jactó á su vuelta de Roma de que el Papa le destinaba la primera silla que vacase, y trató de sembrar la discordia entre S. Bonifacio y el duque de Baviera. Tambien se le acusaba de enseñar que habia otro mundo y otros hombres debajo de la tierra, otro sol y otra luna. El Papa escribió á S. Bonifacio que si Virgilio

(1) Zachar. *Epist. VII et seq.*

sostenia en efecto esta opinion, era menester convocar un concilio para deponerle del sacerdocio y echarle de la iglesia. Pero ya se ve que no se trataba precisamente de la creencia en los antípodas, y que los términos condenados por el sumo pontífice contenian un error manifiesto.

S. Bonifacio tuvo que invocar la autoridad de la santa sede con motivo de los desórdenes que se perpetuaban en la Germania á pesar de sus esfuerzos. Quejóse de que le rodeaban una multitud de impostores y vagabundos, culpables de homicidios, adulterios y otros crímenes abominables, que tomaban el título de sacerdotes y obispos sin estar ordenados legítimamente, y turbaban la iglesia y escandalizaban á los fieles. Muchos esclavos fugitivos se tonsuraban, y transformándose de repente en ministros de la iglesia, celebraban juntas con desprecio de los obispos en las casas de los seglares, que los apoyaban para no ser reprendidos por sus costumbres criminales. El Papa escribió al santo arzobispo que los privara del sacerdocio y los encerrara en monasterios para acabar su vida en la penitencia. Al mismo tiempo aprobó una profesion de fé que S. Bonifacio le habia enviado en nombre de muchos obispos de Francia, y le felicitó porque los habia atraido á la unidad de la santa sede. En otra carta escrita poco tiempo despues le permitió ordenar sacerdotes á los veinticinco años en caso de necesidad, y señaló en una memoria particular en qué parajes del canon de la misa debian hacerse signos de cruz. Por último le concedió un privilegio para el monasterio de Fulda, que le declaraba exento de cualquier otra jurisdiccion que la de la santa sede; de suerte que ningun obispo podria ni aun celebrar misa sino con el consentimiento del abad.

Este monasterio, donde S. Bonifacio deseaba acabar

sus dias, habia sido fundado algunos años antes por San Sturmio, uno de sus discípulos mas fieles, natural de Baviera é hijo de padres nobles y cristianos que le pusieron bajo la direccion del santo arzobispo, y este le educó en el monasterio de Frislar. Aqui se distinguió por su aplicacion al estudio, su fervor, su humildad y otras virtudes. Ordenado sacerdote á peticion de la comunidad comenzó á predicar á los pueblos de las inmediaciones, y obró muchos milagros para la curacion de los enfermos y libertad de los posesos. Despues de haber ejercido su ministerio por tres años, concibió deseos de retirarse á la soledad, y con permiso de S. Bonifacio se internó en un bosque espacioso en compañía de otros dos monjes, y allí construyeron unas chocitas que cubrieron de cortezas de árboles. Estos fueron los principios del monasterio de Hiersfield. Algunos años despues S. Sturmio fué á buscar á S. Bonifacio, que temiendo la proximidad de los sajones, aconsejó á su discípulo que buscara un retiro mas lejano. Se embarcó pues con dos compañeros, y subió el rio de Fulda para descubrir un sitio cómodo; pero no habiendo hallado ninguno despues de tres dias de viaje, volvió á Hiersfield Luego Bonifacio le llamó á Frislar, y le dijo que continuara buscando, porque Dios habia preparado una morada á sus siervos en aquel desierto. Esta vez partió Sturmio solo, montado en un asno, y se detenia donde le cogia la noche, sin otra precaucion que rodear su cabalgadura de una especie de valla hecha con ramas de árboles, y él despues de hacer la señal de la cruz se dormia tranquilamente. Un dia encontró una tropa de bárbaros que se contentaron con burlarse de él sin hacerle daño. Al cabo halló un paraje tal cual le deseaba, y S. Bonifacio le pidió al príncipe Carlomano para fundar un monasterio; «cosa que nadie, añadia en su carta, ha

emprendido en las fronteras orientales de vuestros estados.» Carlomano le hizo donacion auténtica de aquel terreno, y persuadió á los señores de la comarca que cedieran tambien los que poseian en los cercanías.

S. Sturmio comenzó la fundacion con siete religiosos en marzo del año 744: S. Bonifacio le llevó despues muchos operarios que ayudaran á los monjes á edificar la iglesia y desmontar el terreno. Se puso al monasterio el nombre del rio de Fulda, sobre el cual fue edificado. El santo arzobispo volvió al año siguiente, y continuó visitándole todos los años mientras pudo. Nombró abad á S. Sturmio, dió sabias instrucciones á los monjes, y les hizo convenir en no beber mas que cerveza floja, renunciando para siempre el vino. En lo demas se siguió la regla de S. Benito, y para estudiar su espíritu, visitó S. Sturmo los monasterios mas célebres de Italia, y principalmente el del monte Casino. La nueva comunidad creció rápidamente: muchas personas de distincion fueron á consagrarse á Dios con todos sus bienes, y el santo abad tuvo el consuelo de contar bien pronto cuatrocientos monjes sin los novicios (1). Esta abadía llegó á ser una de las escuelas mas famosas del Occidente en los siglos VIII y IX.

S. Bonifacio fundó tambien un célebre monasterio de religiosas en la Germania por medio de su parienta santa Lioba. Esta se habia consagrado á Dios desde sus primeros años en el monasterio de Vinburn en Inglaterra, juntaba á su mucha piedad un talento superior, y adquirió tantos conocimientos en la literatura, que componia versos latinos. El santo arzobispo la llamó á Germania con permiso de su abadesa, y edificó un monasterio pa-

(1) *Vit. S. Sturm. — Vit. S. Liob.*

ra ella en el lugar de Biscofheim, diócesis de Maguncia. Allí se formó en poco tiempo una comunidad numerosa, de donde salieron abadesas para otros muchos monasterios.

La solicitud de S. Bonifacio no se limitaba á las iglesias de Francia y Germania. Escribió á Etelbaldo, rey de los mercios, acerca de los escándalos que daba á su pueblo: despues de elogiar su caridad y zelo en reprimir las violencias y mantener el órden y la justicia en sus estados, añadia: «Hemos sabido con sentimiento que empañais el brillo de estas grandes calidades con la incontinencia, y que en vez de casaros con una mujer legítima vivís en la licencia hasta con religiosas. No ignorais la enormidad de este crímen condenado tantas veces en la Escritura, y contado entre los que excluyen del reino de los cielos; crímen que castigan rigorosísimamente hasta los paganos de la Sajonia. Si una doncella ha deshonrado la casa paterna; si una mujer es infiel á su marido, la obligan á veces á ahorcarse, y despues de quemar su cadáver, ahorcan al corruptor sobre la hoguera: otras veces reunen una tropa de mujeres que pasean á la culpable por los pueblos, y despues de cortarle los vestidos hasta la cintura la desgarran con látigos ó puñales hasta que cae muerta.» Le hacia presente el efecto pernicioso de su ejemplo sobre la nacion inglesa, tan desacreditada ya por la disolucion en Francia y en Italia; y por último le acusaba de que usurpaba los bienes de los monasterios, y toleraba las vejaciones de los señores á los monjes y clérigos. Al mismo tiempo escribió sobre este asunto á Egberto, arzobispo de York, y al presbítero Herefrido, en quien tenia el rey gran confianza.

Etelbaldo se aprovechó de estas advertencias, y dos años mas adelante (el de 747) congregó un concilio na-

cional en Cloveshou para la reforma de las costumbres: asistieron á él Cutberto, arzobispo de Cantorbery, tres obispos del pais de los mercios y otros ocho de las diferentes provincias de Inglaterra. Se leyeron dos cartas del Papa Zacarías y la de S. Bonifacio á Cutberto, las homilías de S. Gregorio y los decretos de los padres, y luego se hicieron treinta cánones que se reducen casi todos á confirmar las antiguas reglas de disciplina. El décimo obliga á los sacerdotes á adquirir la instruccion necesaria para explicar en lengua vulgar el símbolo, la oracion dominical, la misa y las palabras empleadas en la administracion del bautismo y de los otros sacramentos: el décimo tercero prescribe que se observen las fiestas de todo el año segun el martirologio romano: en el vigésimo tercero se exhorta á la frecuente comunion, no solamente á los monjes, sino tambien á los niños que viven todavía en la inocencia, y á las personas adultas que hacen una vida regular: el vigésimo sexto, exhortando á la limosna, vitupera el abuso que empezaba á introducirse de querer dispensarse por este medio de las penas canónicas que imponia el sacerdote para la satisfaccion de los pecados; y el vigésimo séptimo condena igualmente á los que cumplian sus penitencias por otras personas pagadas para ayunar ú orar por aquellas: «porque fuera de que la penitencia, dice el concilio, debe remediar las culpas pasadas, y servir de preservativo contra la recaida, es justo que la misma carne que pecó sea castigada; y si fuera lícito satisfacer por otro, tendrian los ricos mas facilidad para la salvacion que los pobres contra la palabra expresa del Evangelio.

En el mismo año tomó el príncipe Carlomano la resolucion de renunciar al mundo y abrazar la vida monástica: siempre habia dado muestras de su piedad y

amor á la religion, y despues de haber ganado muchas victorias á los sajones y alemanes, sintiendo haber sido causa de que perecieran gran multitud de rebeldes en el año anterior, dejó sus estados á su hermano Pipino, y partió para Roma, donde recibió el hábito monástico de mano del Papa. En seguida se retiró al monte Soracte con algunos de sus mas fieles servidores, y edificó un monasterio en honor del Papa S. Silvestre, quien se decia haber estado oculto allí durante las persecuciones. Pero como los señores franceses que iban á Roma turbaban su retiro con las frecuentes visitas, pasó al monte Casino, donde se obligó segun la regla á pasar el resto de sus dias. Se sujetó á las observancias monásticas mas humildes, y se le vió servir en la cocina, cultivar las tierras y guardar los ganados como los otros religiosos.

Con la renuncia de Carlomano Pipino era el único que quedaba investido de la autoridad soberana en el reino de Francia. Habia hecho coronar antes á Childerico III, príncipe jóven é incapaz, que no tuvo mas que el título vano de rey como sus predecesores. En cuanto aquel creyó que no necesitaba de esta fantasma, pensó en aprovecharse de las circunstancias y del afecto de los franceses para ocupar por sí el trono, y fue proclamado rey en una asamblea de la nacion en marzo del año 750 segun unos, y 752 segun otros. Algunos autores afirman que fue consagrado por S. Bonifacio de Maguncia, aunque no se hace mencion alguna de esta circunstancia en la vida del santo. Añádese que Pipino antes de coronarse envió á Roma á S. Burchardo de Wurzburgo y á Fulrado, capellan mayor de palacio, para consultar al Papa Zacarías, y que este Papa respondió que para el buen órden convenia dar el título de rey al que ejercia toda la potestad de tal. Pero muchos críticos po-

nen en duda la autenticidad de esta respuesta, que solo traen algunos analistas poco acordes entre sí; ademas no se halla ningun indicio de ella ni en las cartas del Papa Zacarías, ni en su vida escrita por Anastasio el Bibliotecario y por Flodoardo (1). Como quiera, Pipino fue reconocido por unánime consentimiento, y en él empezó la segunda dinastía de los reyes de Francia. A Childerico, último monarca merovingio, le afeitaron la cabeza y le encerraron en el monasterio de S. Bertino, donde murió á poco tiempo sin dejar descendencia.

Pipino mostró mucho zelo por la religion. Cuidó de [illegible]

(1) Se hace mencion de esta embajada y de esta respuesta en los anales de Loisel, de Metz, de S. Bertino, de Fulda etc. Por otra parte Eginhardo afirma en la vida de Carlo Magno, cuyo secretario fue, que la deposicion de Childerico y la eleccion de Pipino se hicieron por la autoridad del Papa Estevan, sucesor de Zacarías. Por último Teofanes supone que el Papa Estevan absolvió á Pipino de la violacion del juramento de fidelidad que habia prestado á Childerico. Es casi cierto que Eginhardo se equivoca cuando hace intervenir á este pontífice en la deposicion de Childerico; pero su error pudo dar ocasion á los analistas posteriores á él para atribuir la respuesta de que se trata, al Papa Zacarías, porque admitiendo la intervencion del Papa segun su testimonio, debieron naturalmente sustituir el nombre de Zacarías al de Estevan, que todavía no ocupaba la santa sede cuando la eleccion de Pipino. Este error de Eginhardo prueba ademas suficientemente que la embajada enviada al Papa y la respuesta que se le atribuye, no eran unos hechos tan notorios que nadie pudiera equivocarse: ahora bien, cuando se habla de circunstancias que no excluyen por necesidad toda posibilidad de equivocacion ó de ignorancia, es lícito poner en

nombrar obispos á sugetos de mérito, escogidos en los monasterios ó entre los clérigos de palacio, con el consentimiento del Papa Zacarías y el concurso de los señores y del clero. Por consejo de Bonifacio restituyó la mitad ó la tercera parte de los bienes á las iglesias, prometiendo restituirles el todo en cuanto lo permitieran las circunstancias. En Verberic celebró un concilio el año 753, en el que se hicieron veintiun cánones de disciplina, concernientes los mas al matrimonio. Es de notar que el parentesco era un impedimento dirimente hasta el tercer grado inclusive; pero en el cuarto no lo era mas que impediente. Se ve tambien que la peniten-[illegible]

duda el testimonio de forjadores de crónicas, que segun la observacion de Montesquieu sabian de la historia de su tiempo poco mas ó menos lo que los aldeanos saben hoy de la del nuestro. Ademas suponiendo auténtica la respuesta que se achaca al Papa Zacarías, no se ve cuál pueda ser el objeto de ninguna censura fundada y formal. Por una parte no hace mas que enunciar un principio político de una evidencia incontestable, porque es contrario á la esencia del gobierno monárquico que el título de rey pertenezca á una persona, y la potestad real á otra. Por otra parte la familia de Pipino estaba en posesion de la autoridad soberana hacia mucho tiempo, y la nacion se hallaba habituada á obedecerle. Los reyes no sólo no tenian ya poder, sino que reinaban únicamente con el beneplácito, y en cierto modo por la eleccion de los ministros y grandes del reino. Teodorico IV no habia tenido sucesor en vida de Carlos Martel. En una palabra el derecho hereditario á la corona se hallaba abolido de hecho; y en el estado de envilecimiento en que habia caido la dignidad real, parece que el bien público exigia un cambio de dinastía.

cia de ciertos crímenes, principalmente del incesto y del adulterio, consistía en parte en la interdiccion del matrimonio para siempre. Algunos autores han sospechado que los obispos de este concilio estaban poco instruidos en la doctrina del Evangelio tocante á la inviolabilidad del matrimonio, porque en ciertos casos se permite casarse otra vez á uno de los esposos; pero es creible que debe entenderse únicamente despues de muerto el otro; y este permiso que podria parecer al pronto superfluo, no lo parecerá ni causará admiracion despues de lo que acabamos de decir sobre la interdiccion del matrimonio como una consecuencia de la penitencia.

El Papa Zacarías habia muerto en marzo del año anterior. Reedificó casi de nuevo el palacio de Letran, é hizo dádivas considerables á muchas iglesias, particularmente á la de S. Pedro, cuyo altar adornó con un paramento tejido de oro y pedrería, que representaba la Natividad de nuestro Señor. Aumentó en mas del doble las pensiones anuales de los clérigos, y distribuyó abundantes limosnas á los pobres, á los enfermos y á los peregrinos. Habiendo sabido que unos mercaderes venecianos habian comprado gran número de esclavos cristianos en Roma para llevarlos á Africa y venderlos á los infieles; prohibió este odioso tráfico, devolvió el dinero á los mercaderes, y puso á los cautivos en libertad. Por último se nota entre las circunstancias de su pontificado el descubrimiento de la cabeza de S. Jorge, que encontró encerrada en una urna en el palacio patriarcal, y trasladó solemnemente á la diaconía del santo mártir, donde se obraron muchos milagros.

En cuanto murió el Papa Zacarías, fue elegido para sucederle el presbítero Estevan, que tomó posesion del palacio patriarcal de Letran; pero murió súbitamente á los cuatro dias antes de ser consagrado; por cuya razon

no se le cuenta ordinariamente entre los Papas. En seguida fue nombrado un diácono tambien llamado Estevan, que ocupó la santa sede mas de cinco años. Era recomendable por su zelo y caridad. Al principio de su pontificado rehabilitó cuatro hospitales de Roma, abandonados habia mucho tiempo, y fundó otro para los pobres. Mandó edificar otros dos *extramuros*, los dotó ricamente, y los unió á las diaconías de la Santisima Vírgen y de S. Silvestre.

Los lombardos repetian sin cesar sus acometidas contra los débiles restos del imperio en Italia. Habiendo sitiado su rey Rachis á Perusa el año 750, fue en busca suya el Papa Zacarías, y con sus exhortaciones y presentes le determinó á levantar el sitio. Tanta mella hicieron los discursos del pontífice en el ánimo del rey, que á los pocos dias abdicó este la corona para abrazar la vida monástica. Recibió el hábito de mano del Papa, y se retiró al monte Casino, donde trescientos años despues existia una viña que llevaba su nombre, porque la habia plantado él, y cultivadola con sus manos. Su mujer Tasia y su hija Ratrudis fundaron un monasterio de religiosas en las inmediaciones con permiso del abad Petronax, y pasaron santamente el resto de sus dias. En el mismo año renunció al mundo Anselmo, duque de Friul, y fundó en el territorio de Módena el monasterio de Fanan, y de allí á dos años el de Nonántula, cuyo abad fue nombrado por el Papa Estevan. Le dirigió por espacio de cincuenta años, y tuvo á sus órdenes mil doscientos monjes sin los niños y los novicios. Fundó tambien muchos hospitales, ya con sus propios bienes, ya con las dádivas del rey Astolfo, que se habia casado con su hermana. Anselmo ha sido puesto en el número de los santos por sus virtudes.

El sucesor de Rachis en el trono de los lombardos

fue su hermano Astolfo, que aprovechando la debilidad de los griegos, y viendo ocupadas las tropas del imperio contra los árabes, sitió la ciudad de Ravena y se apoderó de ella. El exarca Eutiquio huyó á Constantinopla, y asi concluyó el exarcado de Ravena ó de Italia, que habia durado unos ciento ochenta años desde el reinado de Justino el Jóven. Continuando Astolfo sus conquistas quiso tambien apoderarse del ducado de Roma. Esta ciudad con su territorio conservaba una especie de independencia desde la sublevacion de Italia contra Leon el Isáurico, y no pudiendo esperar nada de los emperadores que mas bien pensaban en oprimirla que en socorrerla, unas veces amenazada por los exarcas y otras por los lombardos, se habia sostenido contra unos y otros por la proteccion de los sumos pontífices, á quienes habia encomendado su defensa. Llamados por las circunstancias y por el voto del senado y del pueblo á ejercer el protectorado de este ducado habian venido á ser sus verdaderos soberanos, por decirlo asi. El Papa Estevan envió una diputacion al rey, la que le determinó al pronto á firmar un tratado de paz por cuarenta años como habian hecho anteriormente Luitprando y Rachis. Pero Astolfo violó este tratado al cabo de algunos meses, y amenazó pasar á degüello á todos los romanos si no se sometian á su dominacion y no le pagaban un tributo anual, despidiendo sin oirlos siquiera á los abades de S. Vicente y del monte Casino, que el Papa diputó para pedirle la continuacion de la paz. Tambien eludió con negociaciones la peticion del emperador para que restituyera Ravena y las otras ciudades del exarcado. Entonces escribió el Papa al emperador rogándole, como tantas veces se habia hecho ya, que fuera con un ejército á librar á Roma é Italia. Al mismo tiempo imploró el auxilio del cielo con procesio-

nes solemnes, en las que todo el pueblo iba descalzo y con la cabeza cubierta de ceniza. Se habia atado á la cruz el tratado de paz concluido y roto por los lombardos, y entre otras reliquias se llevaba una imágen de Jesucristo que se creia no ser obra de ningun hombre. Conducíala el mismo pontífice en hombros. Esta procesion se hacia todos los sábados.

Por fin viendo el Papa Estevan que no podia contener al rey de los lombardos ni con ruegos, ni con presentes, y que no habia que esperar ninguna ayuda de los griegos; tomó el partido de recurrir á Pipino, y despues de exponerle su situacion en una carta muy patética que remitió secretamente por un peregrino, le rogó que enviara una embajada á Roma para persuadir al sumo pontífice que fuera á avistarse con él. Tambien escribió á todos los duques franceses exhortándolos á que acudieran en socorro de S. Pedro, y les prometia de su parte que su piedad seria recompensada en este mundo y en el otro. Pipino accedió solícito á los deseos del Papa, y envió á Crodegando, obispo de Metz, y al duque Ancario para rogarle que pasara á Francia. El emperador por su parte habia enviado un embajador á Italia con cartas en que recomendaba al Papa que en compañia de aquel diputado fuera á buscar al rey de los lombardos, y le pidiera las ciudades arrebatadas al imperio. Recibidas estas cartas el Papa pidió un salvoconducto á Astolfo para él y su comitiva, y se disponia á partir cuando llegaron á Roma los embajadores franceses. El Papa se puso en camino en octubre del año 753, seguido de una multitud de ciudadanos de Roma y de las otras ciudades, que no podian contener las lágrimas y procuraban disuadirle de este viaje. Cuando estuvo cerca de Pavía, le notificó el rey que no tuviera el atrevimiento de pedir la restitucion

de Ravena ó de las otras ciudades del exarcado: el Papa respondió que ningun temor le quitaria hacer aquella peticion; y en efecto apenas llegó, instó con todas veras al rey para que restituyera al imperio lo que le habia arrebatado injustamente; pero fueron inútiles todas sus instancias. Entonces declaró que habia resuelto ir en busca de Pipino que le enviaba á llamar por sus embajadores, y estos estrecharon al rey para que dejara partir al Papa. El rey tan sorprendido como irritado de este proyecto no perdonó diligencia para desbaratarle; pero no se atrevió á oponerse abiertamente. El Papa Estevan marchó á toda prisa el 15 de noviembre, acompañado de los obispos de Ostia y Nomento, de cuatro presbíteros, tres diáconos y muchos clérigos de la iglesia romana.

En Francia fue recibido con las muestras de la mas profunda veneracion. Fulrado, capellan mayor de palacio y abad de S. Dionisio, salió a su encuentro con el duque Rotardo hasta el monasterio de Agaune, y le condujo á Pontion en Champaña donde debia recibirle Pipino. Al príncipe Carlos, hijo primogénito del rey, se le dió órden de salir á esperar al Papa á tres jornadas, y Pipino mismo salió á una legua. En cuanto se incorporó á él, se postró con la reina su esposa, sus hijos y los señores de su comitiva, y aun caminó algun tiempo al lado del caballo del pontífice sirviéndole de escudero. El Papa entonó cánticos de accion de gracias á Dios, que se continuaron hasta Pontion á donde llegaron el 6 de enero del año 754. Entonces hizo magníficos presentes al rey y á los señores. Mas al dia siguiente se presentó con todo su clero cubierto de ceniza y de cilicio, se echó á los pies de Pipino, y no quiso levantarse hasta que el rey y los señores le hubieron asegurado que librarian á los romanos de la tirania de los

lombardos. El rey le prometió con juramento satisfacer sus deseos y hacer restituir todas las plazas arrebatadas á los romanos: en seguida mandó conducirle al monasterio de S. Dionisio, donde se habian tomado todas las disposiciones necesarias para que pasara cómodamente el invierno.

El Papa asistió á la asamblea de los señores que se celebró en Quiercy-Sur-Oise despues de las fiestas de Pascua (1). Allí se resolvió enviar una expedicion á Italia para la libertad de los romanos, y Pipino prometió por una acta solemne en su nombre y en el de los príncipes Carlos y Carlomano, sus hijos, dar á la santa sede las ciudades y territorio usurpados por los lombardos. Durante su mansion en Quiercy respondió Estevan á una consulta sobre diversos puntos de disciplina, concernientes los mas á los impedimentos del matrimonio y su indisolubilidad. Tambien se hallan varios artículos relativos al bautismo, y se ve la prueba de que todavía se daba ordinariamente por inmersion. Algunos críticos han sentado que el Papa reconocia al parecer la validez del bautismo administrado con vino en caso de necesidad; pero es evidente que está alterado el texto, y que solo la supresion de una palabra fácil de restablecer ha dado márgen á esta imputacion (2). De-

(1) Estas asambleas anuales de los señores se celebraban antes el 1.° de marzo; pero Pipino fijó el primer dia de mayo, y de ahí vino el nombre de *Campo de Mayo* que se sustituyó al de *Campo de Marzo.*

(2) El Papa decide que el sacerdote que á falta de agua ha bautizado con vino un niño en peligro de muerte, no es culpable si el niño no es bautizado de nuevo. Por la omision de la conjuncion *si* presenta el texto un sentido entera-

bemos notar tambien en la respuesta del Papa un artículo, en que confirma los antiguos cánones declarando que las acusaciones contra los presbíteros y diáconos debian juzgarse en un concilio (1).

De allí á algun tiempo el Papa de vuelta á S. Dionisio cayó tan peligrosamente enfermo, que llegó á desesperarse de su vida; pero una mañana cuando se creia que espirara amaneció súbitamente curado, y en una carta que se le atribuye, cuenta que por la noche habia tenido una vision en que se le apareció S. Dionisio con S. Pedro y S. Pablo, le aseguró su curacion, y le mandó se levantara para celebrar una misa en accion de gracias y consagrar el altar del monasterio en honor de los dos apóstoles. En efecto hizo esta consagracion al dia siguiente 28 de julio que era domingo, y á esta ceremonia se siguió otra mas memorable. El Papa consagró y ungió con oleo á Pipino y sus dos hijos Carlos y Carlomano y á la reina Bertrada, y en seguida prohibió á todos los señores franceses y á sus descendientes, en virtud de la autoridad apostólica y pena de excomunion, que eligiesen reyes en otra familia, y para asegurar mas la proteccion de Pipino y sus hijos hácia la santa sede, les confirió el título de patricios de los romanos; lo que debe notarse como un acto y una prueba de la soberanía sobre el ducado de Roma de que se hallaban ya investidos los Papas por el voto unánime del senado y del pueblo segun se ha visto. Por último se cree que el bautizo de los dos

mente diferente. Ademas muchos críticos sostienen que este artículo y algunos otros se ingirieron despues en la respuesta del Papa.

(1) Anast. *Vit. Pontif.* — Fredeg. contin. — Ann. metens. et Bertin. — *Epist.* Steph. II.

príncipes se difirió hasta entonces, y que el Papa fue su padrino. Pipino habia intentado repudiar á la reina Bertrada para casarse con otra muger de quien estaba enamorado, pero cedió á las amonestaciones paternales del sumo pontífice; y tal vez para evitar este divorcio fue consagrada Bertrada con el rey su esposo.

Inmediatamente que llegó el Papa á Francia, envió Pipino embajadores al rey de los lombardos exhortándole á dejar en paz á los romanos y restituir las ciudades que habia usurpado. Astolfo no quiso admitir estas condiciones, y previendo qué se trataria de forzarle obligó al abad del monte Casino á enviar al príncipe Carlomano á Francia para disuadir á su hermano Pipino del proyecto de llevar la guerra á Italia. El príncipe hizo todos sus esfuerzos; pero Pipino persistió en su resolucion, y de acuerdo con el Papa dispuso que entrara Carlomano en un monasterio de Viena donde murió al año siguiente. El rey por consejo del Papa envió hasta tres veces diputados al rey Astolfo antes que las tropas emprendieran la marcha, y el Papa por su parte le escribió conjurándole por los motivos mas poderosos que accediera á las justas reclamaciones de la iglesia y del imperio. Todas estas diligencias quedaron sin efecto. Entonces Pipino rompió las hostilidades, forzó el paso de los Alpes, derrotó el ejército de los lombardos, y redujo á Astolfo á encerrarse en Pavía donde fue al punto á sitiarle. El Papa hizo todavía nuevas tentativas para economizar la sangre cristiana, y logró al cabo ajustar un tratado por el que prometieron los lombardos con grandes juramentos restituir inmediatamente Ravena y las otras ciudades del imperio. Pipino tomó rehenes, y se retiró al instante con sus tropas, no obstante el parecer del Papa, que le suplicaba no lo hiciese hasta que se cumpliera el tratado.

No bien habia salido de Italia el ejército frances, cuando el rey de los lombardos, lejos de restituir las ciudades prometidas, embistió de nuevo el ducado de Roma, á cuya ciudad puso sitio el 1.° de enero del año 755, y amenazó llevarlo todo á sangre y fuego si no se le abrian las puertas y se le entregaba el Papa. Túvola sitiada tres meses dando asaltos todos los dias y arrasando los campos comarcanos. Mientras duró el sitio, el Papa envió sucesivamente varios diputados con cartas para Pipino, cuyo auxilio imploraba asi en su nombre como en el de los romanos, y le representaba en los términos siguientes los excesos cometidos por los lombardos: «Han incendiado las iglesias, roto las imágenes, arrebatado los ornamentos de los altares para su uso, robado los vasos sagrados, y profanado la santa Eucaristía mezclándola entre el botin y tomándola como un alimento ordinario despues de sus comidas. Han maltratado á golpes á los monjes, violado á las religiosas, y quitado la vida á muchas. Han abrasado todas las haciendas de la iglesia y de los romanos, se han llevado los ganados, han arrasado las tierras sembradas y arrancado de raiz las viñas. Han degollado á muchos siervos, á los otros se los han llevado cautivos, y han quitado á los hijos de los brazos de sus madres para matarlos. Los mismos paganos no han causado tantos males (1).»

Por último el Papa Estevan recurrió en esta época á un expediente de que no se halla otro ejemplo en la historia de la iglesia, y que sirve para dar á conocer las costumbres y la índole de aquella época. A fin de hacer mas impresion en el ánimo del rey y de los franceses les escribió á nombre del mismo S. Pedro, á quien hacia hablar como si la carta hubiera sido realmente su-

(1) *Epist.* Steph. II.—Anast. *Vit. Pontif.*

ya. Esta principiaba así: «Pedro, llamado al apostolado por Jesucristo, hijo de Dios vivo, á los excelentes príncipes Pipino, Carlos y Carlomano, á los obispos y abades, á los duques, á los condes y á todo el pueblo frances, salud y bendicion.» El apostol los conjuraba despues por todos los motivos de la religion y en nombre de la santísima Virgen, de los ángeles, de los mártires y de todos los santos que acudieran en ayuda de la iglesia y á libertar la ciudad de Roma, prometiéndoles si obedecian pronto todas las prosperidades de esta vida ademas de la recompensa de la otra. «Pero si no lo haceis, añadia, sabed que por la autoridad de la santísima Trinidad y el poder de mi apostolado sereis privados del reino de los cielos y de la vida eterna.» Algunos críticos han puesto en duda la autenticidad de este documento, cuyo estilo no parece conforme con el de las cartas del Papa Estévan; y otros han censurado la forma y el fondo de él, reprochando al Papa el haber usado de ficcion, desviado de su sentido las promesas de la sagrada escritura, y empleado los motivos mas santos de la religion para los asuntos temporales. Pero me parece que estos cargos son por lo menos muy exagerados. Aquí no hay mas ficcion que en cualquiera prosopopeya oratoria; y en cuanto á lo demas en una reclamacion dirigida no solamente á forzar á un príncipe ambicioso á cumplir sus juramentos y respetar los tratados, sino tambien á protejer la persona del sumo pontífice abiertamente amenazada, y á sustraer los bienes de la iglesia y el patrimonio de los pobres de la codicia de un usurpador injusto, sin duda debe verse algo mas que asuntos temporales. Pipino instado tan estrechamente por el Papa volvió á entrar en Lombardía con todas sus tropas, sitió de nuevo á Astolfo en Pavía, y le redujo á pedir cuartel y á prometer ejecu-

tar fielmente el tratado del año anterior. En esto llegaron á Roma unos embajadores de Constantinopla, y fueron en busca de Pipino para pedir á nombre del emperador las ciudades usurpadas por los lombardos; pero Pipino respondió que habiendo combatido por los intereses de la iglesia y no por los de los hombres, nadie le persuadiria jamás que quitára á S. Pedro lo que le habia dado. Asi hizo una donacion perpetua y solemne de las ciudades del exarcado á la iglesia romana y á todos los Papas: contábase entre ellas Ravena, Rimini, Ancona y Bolonia. Luego el abad Fulrado, encargado de sacar estas ciudades del poder de los lombardos, hizo que restituyeran veintidos; y depositó sus llaves con la donacion de Pipino sobre la confesion de S. Pedro.

El rey Astolfo murió al año siguiente; y le sucedió Desiderio, duque de Toscana, que subió al trono á pesar de los partidarios de Rachis por la proteccion de los franceses y del Papa Estevan, á quien habia prometido llevar á cabo el tratado hecho con Pipino, y restituir las ciudades que aun quedaban en poder de los lombardos. En efecto restituyó algunas, entre otras la de Ferrara, y el Papa al comunicar la eleccion de Desiderio á Pipino le rogó que instara sin tardanza al nuevo rey á que cumpliese su promesa. Con todo Desiderio retuvo todavía varias ciudades de las que se habia comprometido á restituir, y aun intentó mas adelante recobrar las que ya habia entregado: por otra parte el emperador de Constantinopla hizo diversas tentativas para entrar otra vez en posesion de Ravena; de suerte que el Papa Pablo, sucesor de Estevan, se vió obligado muchas veces á reclamar con vivísimas instancias la ayuda de los franceses para defender los derechos de la iglesia romana de las usurpaciones de los griegos ó de los lombardos.

S. Bonifacio, arzobispo de Maguncia, continuaba ejerciendo las penosas funciones de su apostolado á pesar de sus años y achaques. Tuvo que reparar mas de treinta iglesias quemadas por los paganos, y esta circunstancia le impidió por algun tiempo dar cuenta de los asuntos de la Germania al Papa Estevan; pero por fin le escribió en el año 754 pidiéndole sus consejos y proteccion. Le consultó en particular sobre la conservacion de la silla episcopal de Utrecht, porque el obispo de Colonia pedia su supresion y reclamaba la ciudad de Utrecht como desmembrada de su diócesis. Tal vez esta reclamacion del obispo de Colonia movió á S. Bonifacio á pasar entonces á la Frisia, donde convirtió y bautizó á muchos paganos. Luego volvió á Maguncia y designó por su sucesor al presbítero Lulio, uno de sus discípulos mas fieles. Con este motivo escribió al abad Fulrado rogándole que obtuviese la aprobacion de Pipino; y uno de los motivos que alegó, fue la necesidad de nombrar un obispo zeloso y caritativo que atendiese á satisfacer como él lo habia hecho las necesidades de los sacerdotes empleados en la frontera de los paganos, que se proporcionaban con dificultad su subsistencia. Al mismo tiempo solicitaba la proteccion del monarca francés en favor de sus discípulos, sacerdotes ó monjes, extranjeros los mas, y ocupados todos en servicio de la iglesia ó en la instruccion de los niños. «Temo, le decia, que despues de mi muerte se vean reducidos á dispersarse, y pierdan los pueblos la fé de Jesucristo.» Obtenido el consentimiento de Pipino, S. Bonifacio consagró arzobispo de Maguncia á Lulio, y al regresar á la Frisia le encargó que se dedicara con zelo á la conversion de los pueblos y á acabar las iglesias comenzadas en la Turingia, particularmente la de Fulda; y que cuidara de enterrarle en esta. «Preparad, añadió, todo lo necesario

para mi viaje, y no os olvideis de poner con mis libros una mortaja para enterrarme.» Habiendo llamado á la abadesa santa Lioba, su parienta, la exhortó á no salir del pais, aunque era extranjera, y á mantener la mas escrupulosa disciplina en su monasterio. La recomendó al arzobispo Lulio y á los ancianos del monasterio de Fulda que estaban presentes, y les ordenó que los enterraran á ambos en la misma sepultura.

Por fin se embarcó en el Rin para bajar á la Frisia con Eoban, obispo de Utrecht, y otros diez compañeros, tres sacerdotes, tres diáconos y cuatro monjes: hizo una multitud de conversiones, derribó los templos de los idólatras, y construyó muchas iglesias. Estaba acampado á orillas del rio de Bourde, y un dia que esperaba á unos neófitos para darles la confirmacion, apareció por la mañana una tropa de paganos furiosos, que acometieron las tiendas de los misioneros. Los criados se pusieron en actitud de rechazar á aquellos bárbaros; pero el santo obispo llamó á sus clérigos, y tomando las reliquias que siempre llevaba consigo, dijo á los criados: «Hijos mios, cesad de pelear: por fin ha llegado el dia que esperaba hace tanto tiempo: poned vuestra confianza en Dios, y conseguireis la recompensa prometida á los mártires.» Al punto los paganos mataron á los misioneros y á sus sirvientes en número de cincuenta y dos personas, saquearon las tiendas y altercaron entre sí por la reparticion del botin, dando márgen esta disputa á un combate en que perecieron muchos. Apenas se supo el martirio del santo obispo, cuando cayeron los cristianos sobre los idólatras en su propio territorio, asolaron el pais y se llevaron gran número de cautivos. Fueron muertos muchos paganos, y los mas de los que sobrevivieron volvieron en sí y se convirtieron.

S. Bonifacio fue martirizado el año 755 á los setenta

y cinco de edad y treinta y seis de obispado: su cuerpo, enterrado primeramente en Utrecht, fue trasladado á poco tiempo á Maguncia y despues á la iglesia de Fulda. Nos quedan una porcion de cartas suyas, y se le atribuyen tambien unos estatutos ó reglamentos en treinta y seis artículos, de los cuales algunos son dignos de conocerse. En el cuarto se declara que un sacerdote no debe ir á ninguna parte sin llevar consigo el santo crisma, el oleo bendito y la Eucaristía, á fin de estar siempre pronto á ejercer sus funciones. En el vigésimo séptimo se decide que deben ser bautizados sin escrúpulo aquellos cuyo bautismo es dudoso; pero usando de esta protestacion: «Yo no te rebautizo; pero si no estás bautizado, te bautizo.» Este es el primer ejemplo del bautismo bajo condicion de que hay noticias.

Entre los muchos discípulos de S. Bonifacio los mas célebres son S. Burchardo de Vurtzburgo, S. Lullo de Maguncia, S. Sturmio, abad de Fulda, S. Vilibaldo, obispo de Ecihstadt, que escribió la vida de su maestro, y S. Gregorio que gobernó la iglesia de Utrecht despues de la muerte de S. Eoban. Gregorio no era mas que simple sacerdote y abad de un monasterio de esta ciudad; pero por su zelo y virtudes le designaron el rey Pipino y el Papa Estevan para continuar el apostolado de S. Bonifacio en la Frisia. Ya se ha visto que estuvo unido al santo arzobispo desde sus mas tiernos años, y le acompañó en su segundo viaje á Roma, de donde trajo muchos volúmenes de las santas escrituras. Se distinguió constantemente por su fervor, desinterés y paridad. Habiendo sido muertos dos hermanos suyos en un bosque, le fueron entregados los asesinos para que los castigara como quisiera segun las leyes bárbaras que dejaban la venganza á los parientes del muerto; pero

ellos perdonó y los envió á lugar seguro para librarlos de las pesquisas de los otros parientes. Formó un gran número de operarios evangélicos, entre los cuales se distinguen S. Ludgero, que escribió su vida, y S. Lebvino, que predicó mas adelante el Evangelio á los sajones segun veremos (1).

S. Bonifacio debe ser considerado no solo como el apostol de la Germania, sino como el restaurador de la disciplina en Francia. A la influencia de su zelo y de su ejemplo hay que atribuir los reglamentos que se hicieron sobre esta materia en los diferentes concilios de esta época. Pipino celebró uno de casi todos los obispos de Francia el año 755 en Verneuil, y entre otros varios cánones previene el cuarto que haya dos concilios todos los años, uno en la primavera y otro por el mes de octubre; y que los metropolitanos llamen á este segundo los obispos, abades y sacerdotes que tengan por conveniente. Los demas cánones que merecen notarse, declaran que una abadesa no pueda tener dos monasterios: que los monjes no puedan salir sin permiso del abad, como no sea para pasar con el consentimiento del obispo de una comunidad relajada á otra donde se observe mejor la regla: que los monasterios reales, es decir, los fundados por los reyes, den cuenta de sus bienes al rey, y los otros al obispo. Todos los peregrinos quedan exentos del derecho de peaje. Se prohibe á los obispos, á los abades y á cualquiera persona recibir ningun salario por administrar justicia. Se manda que todos los matrimonios se hagan públicos: se entredice toda relacion con los excomulgados só pena de incurrir en la misma censura; y por último se prescribe á todos los que

(1) *Vit. et epist. S. Bonif. — Vit. S. Greg.*

llevan la tonsura eclesiástica, que se retiren á un monasterio ó vivan como clérigos bajo la jurisdiccion del obispo.

Otro concilio celebrado de allí á cuatro años en Compiegne hizo tambien varios reglamentos de disciplina, casi todos relativos á los impedimentos del matrimonio. El décimo sexto declara que la lepra es una causa de disolucion del matrimonio, y permite al cónyuge sano volverse á casar; pero probablemente se trata de una lepra anterior al matrimonio, la cual se considera en este canon como un impedimento dirimente. Este concilio era una de las asambleas generales en que asistian los señores con los obispos. En él prestó homenaje al rey Pipino Tasillon, duque de Baviera, jurando sobre las reliquias de la capilla real, y despues fue con los señores bávaros á confirmar el juramento sobre los sepulcros de S. Dionisio, S. German y S. Martin. En esta asamblea recibió Pipino embajadores de Constantinopla que iban á solicitar su alianza, y entre otros presentes le llevaban un órgano; cosa que todos los historiadores han notado, porque es el primero que se vió en Francia. Se conservan algunos otros reglamentos de disciplina, hechos bajo el reinado de Pipino en un concilio que se cree haberse celebrado en Metz, sin que se sepa en qué año: contienen las mismas disposiciones sobre poco mas ó menos que los concilios de Verneuil y Compiegne.

S. Crodegando, obispo de Metz, contribuyó tambien al restablecimiento de la disciplina con la regla que dió á los clérigos de su iglesia, y que fue el modelo de los reglamentos que á poco tiempo decretaron los concilios para la reforma del clero. Este santo obispo era natural del Brabante y descendiente de ilustre familia, y habia ejercido el cargo de canciller en la corte de Carlos

Martel. Por su talento y virtudes fue promovido á la silla de Metz en el año 742, y la ocupó veinticuatro. Se distinguió por su zelo y caridad, y fundó varios monasterios, entre otros el de Gorse, donde depositó las reliquias de S. Gregorio que obtuvo del Papa Pablo, y las de los santos Nabor y Nazario. Puso las de este último en el monasterio de Loresheim, recien fundado cerca de Worms, y de que fue primer abad su hermano Gondelando. Adoptaron luego la regla de S. Crodegando todos los canónigos, es decir, los clérigos agregados al servicio de las iglesias episcopales, y de ahí les vino especialmente el nombre de canónigos que antes se daba á todos los clérigos. Esta regla, tomada en gran parte de la de S. Benito y de los usos de la iglesia romana, establecia la vida comun para los clérigos con ciertas observancias que se asemejaban á las de los monjes en cuanto lo permitia la diferencia de las profesiones. Asi los canónigos no estaban obligados á una pobreza absoluta, sino que dando la propiedad de sus fincas á la iglesia, podian reservarse el usufructo y disponer de sus muebles. Los que eran sacerdotes, podian disponer tambien de las limosnas que les daban por la misa, la confesion ó la asistencia de los enfermos, á no ser que estas limosnas se hubiesen dado para la comunidad. Estaban aposentados en un claustro, y dormian en dormitorios comunes donde cada cual tenia su cama. Podian salir de dia; pero debian volver para la hora de completas, porque luego no se abria mas la puerta, y los que no habian vuelto entonces tenian que aguardar la hora de los nocturnos ó maitines para entrar por la iglesia con los fieles. Jamás entraba en el claustro ninguna mujer, ni aun ningun seglar sin permiso. Los criados y trabajadores no podian dormir en él. Los nocturnos se cantaban á las dos de la mañana; y las otras horas del oficio esta-

ban distribuidas según los usos de la iglesia romana. Los canónigos guardaban el lugar correspondiente á la antigüedad de sus órdenes. Durante el oficio estaban de pie; pero los ancianos y achacosos podian apoyarse en un baston con permiso del obispo. Habia siete mesas en el refectorio: la primera para el obispo y sus convidados, la segunda para los sacerdotes, la tercera para los diáconos, la cuarta para los subdiáconos, la quinta para los clérigos menores, la sexta para los abades y los que el superior tenia por conveniente sentar á ella, y la séptima para los clérigos de fuera que comian en la comunidad los dias festivos. Todos los canónigos, excepto el arcediano y los que ejercian oficios de la casa, hacian la cocina por turno. La regla determina el número y la clase de platos segun las estaciones; pero no tasa la cantidad de pan. Se hacian dos comidas, excepto los dias de ayuno, y fuera del tiempo de cuaresma no se prescribia la abstinencia sino en épocas ó en dias determinados, á saber, todos los dias desde Pentecostes hasta S. Juan y desde S. Martin hasta Navidad, el viernes solamente desde Pascua hasta Pentecostes, y los miércoles y viernes el resto del año. Los canónigos eran vestidos á expensas de la comunidad, á no ser que tuviesen beneficios. En lo demas la regla no determina la forma ni el color de los hábitos; pero se cree que eran largos y blancos, segun el uso que parece se conservó en el clero hasta el siglo XII. La comunidad era gobernada por el obispo, y bajo sus órdenes por el arcediano y primicerio. Habia canónigos nombrados para los diferentes empleos, y en particular para la asistencia de los enfermos. Todos los clérigos estaban obligados á confesarse con el obispo dos veces al año, á saber, durante la cuaresma y desde mediados de agosto hasta 1.º de noviembre: en el resto del año podian confesarse con sa-

cerdotes aprobados por él. El castigo de las culpas leves, como llegar tarde al oficio, quedaba á la discrecion del superior: en cuanto á las mas graves, como la desobediencia, la rebelion, la embriaguez, la murmuracion, la transgresion del ayuno ó de cualquier otro precepto; la regla prescribia dos amonestaciones secretas, luego una pública, y si todo esto no bastaba, la excomunion y los castigos corporales. En cuanto á los grandes crímenes, como la impudicicia, el homicidio, el robo y otros semejantes, se castigaban con disciplina y prision, y despues el culpable quedaba tambien sujeto á la penitencia pública.

S. Crodegando habia recibido el palio y el título de arzobispo del Papa Estevan, y con esta calidad presidió el año 765 un concilio ó asamblea general de la nacion en Attigms-Sur-Aisne, diócesis de Reims. Hallaronse en él veintisiete obispos y diez y siete abades. Solo queda de este concilio una promesa recíproca, por la que se obligaron cuando muriese uno de ellos á que cada cual mandaria á sus sacerdotes rezar cien salterios y celebrar cien misas, y ellos celebrarian por sí treinta. En otros concilios de esta época se encuentran promesas semejantes. S. Crodegando murió al año siguiente, y fue enterrado en el monasterio de Gorse.

El Papa Estevan II habia muerto el año 757, y poco antes habia concedido á Fulrado, abad de S. Dionisio, un privilegio en virtud del cual podian los monjes de aquella abadía, exentos de la jurisdiccion diocesana, tener un obispo particular que gobernase los otros monasterios fundados por Fulrado. Los Papas otorgaron el mismo privilegio á otras abadías célebres, y la de Fulda le ha gozado casi hasta nuestros dias. El sucesor de Estevan fue su hermano el diácono Pablo, que se consagró al mes de haber vacado la santa sede, y la

ocupó diez años. Habiase hecho recomendable por todas las virtudes. y sobre todo por su caridad para con los menesterosos. Distribuia abundantes limosnas, y muchas veces iba de noche á visitar á los pobres enfermos, llevándoles el alimento y los otros socorros que necesitaban. Tambien visitaba á los presos, y libraba á sus expensas á los que lo estaban por deudas. Cuando se sentó en la cátedra pontifical construyó una iglesia dedicada á los papas S. Estevan y S. Silvestre en su casa paterna, y para celebrar el oficio divino fundó una comunidad de monjes griegos que probablemente se habian refugiado en Roma por evitar la persecucion de Constantino. En esta iglesia y en otras varias depositó muchas reliquias que sacó de los antiguos cementerios, cuyos oratorios se habian arruinado con el tiempo ó por los estragos de los lombardos. Asi que fue elegido Papa, escribió al rey Pipino solicitando su proteccion en favor de la iglesia romana, y durante su pontificado tuvo que recurrir muchas veces, como ya hemos dicho, á la intervencion de este monarca para defender de los griegos y lombardos el patrimonio temporal de la santa sede. Nos quedan gran porcion de cartas que escribió con este motivo; pero no entra en nuestro plan, ni tendria tampoco interés el darlas á conocer por menor (1).

El emperador Constantino Coprónimo perseguia entonces á los defensores de las santas imágenes en Oriente. La rebelion que estalló al principio de su reinado, y las guerras que tuvo que sostener despues con los sarracenos, le habian forzado á suspender sus violencias por algun tiempo; pero en cuanto vió afirmado su gobierno, continuó con ardor sus proyectos sacrílegos, y

(1) Anast. *Vit. Pontif.* — *Epist.* Paul.

no perdonó diligencia para darles feliz cima. Primeramente trató de ganar al pueblo de Constantinopla, y luego seguro de las disposiciones de muchos obispos y contando con la debilidad de los demas, convocó un concilio el año 754, é hizo que le presidieran Gregorio de Neocesarea y Teodosio de Efeso, ambos partidarios declarados de los iconoclastas. Concurrieron trescientos treinta y ocho obispos; pero no hubo ningun patriarca de Oriente, ni nadie de su parte, y se habian guardado muy bien de pedir el concurso ó á lo menos el consentimiento del sumo pontífice. Sin embargo aquella asamblea no dejó por eso de tomar el título de concilio ecuménico en su llamada definicion de fé, que es lo único que nos queda de ella. Combatese largamente el culto de las imágenes con diferentes sofismas, y se prohibe hacer ó conservar ninguna, ya en las iglesias, ya en las casas particulares pena de deposicion para los clérigos y de anatema para los monjes y seglares sin perjuicio de las otras penas señaladas por las leyes imperiales. Sin embargo se confirmó la doctrina de la iglesia tocante al culto de los santos, y se confiesa expresamente que se los debe honrar y dirigirlos nuestras oraciones conforme á la tradicion. Por último fueron condenados con anatema S. German de Constantinopla, Jorge de Chipre y S. Juan Damasceno. Como la silla de Constantinopla estaba vacante por muerte de Anastasio, el emperador nombró para ella á Constantino, obispo de Sileya, y habiéndole proclamado patriarca en la última junta de su conciliábulo le revistió él mismo del palio y de los otros ornamentos de su dignidad. El emperador y los obispos publicaron el decreto de este conciliábulo en la plaza pública de Constantinopla, y luego se envió á todas las provincias con órden de ejecutarle. Al punto se esparcieron los iconoclastas y los

emisarios de la corte por las iglesias, los oratorios y hasta por las casas particulares destruyendo en todas partes las imágenes, borrando las pinturas religiosas en las paredes de las iglesias y los grabados en los vasos sagrados, y maltratando indignamente á los que se negaban á aprobar estas profanaciones.

La persecucion se ejerció especialmente contra los monjes á quienes detestaba sobremanera el emperador, y siempre los designaba con el epíteto de abominables. Procuró por todos medios excitar el odio ó el desprecio público contra ellos: empleó las amenazas y las promesas para hacerlos apostatar: quitó la vida á muchos en los tormentos, condenó á otros al destierro ó á prision, y prohibió á todos sus vasallos bajo las penas mas severas, abrazar en adelante la vida religiosa. La mayor parte de los monasterios fueron destruidos ó transformados en cuarteles, y confiscadas sus rentas: casi todos los monjes de Constantinopla y los alrededores se salieron del imperio y se refugiaron en las orillas del Ponto Euxino, en la isla de Chipre ó en la Palestina, y otros en Roma y en Italia. El tirano mandó matar á azotes á S. Andrés de Creta, llamado el Calibita, el año 761 en el circo de S. Mammante de Constantinopla: su cadáver fue arrojado al mar; pero las hermanas del mártir pudieron sacarle y le enterraron secretamente en un sitio llamado Crisis, cuyo nombre se le ha dado tambien. Entre los otros monjes á quienes Coprónimo mismo mandó quitar la vida, se cita el recluso Pedro que espiró sajado á azotes con un vergajo, y Juan, abad de Monagria, que fue metido en un saco y echado al mar por no haber querido conculcar la imágen de Jesucristo. Las mismas crueldades se repetian en todas las provincias. El gobernador de la isla de Creta mandó prender y llevar á su presencia al abad Pablo, y po-

niendo á un lado la imágen de Jesucristo crucificado y al otro los instrumentos del suplicio, le intimó que escogiera entre conculcar aquella imágen ó perecer en los tormentos. El santo abad se postró respetuosamente delante de la imágen, y entonces le desnudaron y le clavaron todos los miembros entre dos maderos muy apretados, y luego le colgaron con la cabeza hácia abajo sobre una gran hoguera que le consumió enteramente. El gobernador de Asia prendió fuego al monasterio de Pelicito cerca de Efeso, y ejerció las mas horribles crueldades con los monjes. A treinta y ocho de estos los encerró en las bóvedas de un edificio viejo, cuya entrada se tapió para que murieran de hambre: quitó la vida á otros muchos azotándolos con varas ó quemándolos en hogueras; y en cuanto á los que dejó con vida los mutiló cortándoles la nariz ó abrasándoles la barba con pez. En todas partes estaban llenas las cárceles de confesores, y sobre todo de monjes, á quienes habian sacado los ojos, quemado el rostro ó cortado las manos, la nariz ó las orejas, y que llevaban en todo el cuerpo las señales de la sangrienta flagelacion que habian sufrido (1).

Pero la víctima mas ilustre fue S. Estevan, abad del monasterio de S. Auxencio cerca de Nicomedia. Sus eminentes virtudes y su vida austera eran la admiracion de los otros solitarios, y le daban grande influencia. Su celda que estaba á alguna distancia del monasterio, era una especie de gruta muy estrecha y tan baja, que tenia que estar encorvado: ademas se hallaba medio descubierta, de modo que estaba expuesto á todas las inclemencias del cielo. Su vestido consistia en una sim-

(1) Theoph. *Chron.* — Conc. Nic. II. — *Vit. S. Steph.*

ple túnica de piel, debajo de la cual llevaba un cinturon de hierro con una cadena en forma de cruz que bajaba desde los hombros hasta los riñones. Coprónimo trató de ganar al santo abad, y por los años de 763 le envió el patricio Calixto con órden de entregarle algunos presentes en nombre del emperador, y persuadirle por todos los medios que suscribiera la definicion del conciliábulo de Constantinopla; pero Estevan declaró que no lo consentiria jamás: que estaba pronto á derramar hasta la última gota de su sangre por el culto de las imágenes; y que ni aun queria recibir los presentes de un príncipe hereje. Enfurecido el emperador con esta respuesta, envió inmediatamente tropa á las órdenes del patricio para que le sacase de su celda y le encerrase en el monasterio hasta que se determinara de su suerte. Los soldados tuvieron que llevarle, porque la abstinencia y el hábito de estar arrodillado le habian paralizado de tal modo las piernas que apenas podia menearlas. Permaneció encerrado seis dias sin tomar ningun alimento, y al séptimo obligado el emperador á partir precipitadamente al pais de los búlgaros con quienes estaba en guerra, le envió otra vez á su celda. El estado del santo abad habia enternecido y edificado tanto á los soldados, que al separarse de él se encomendaron con instancia á sus oraciones.

En esto denunciaron al emperador que Estevan proferia expresiones injuriosas contra él, que le trataba de hereje, y que mantenia un comercio criminal con una religiosa del monasterio que habia al pie del monte de S. Auxencio cerca del de los monjes. Era esta una viuda distinguida, que no teniendo hijos se habia determinado por los consejos del santo abad á vender sus bienes para abrazar la vida monástica. El patricio Calixto habia ganado con dinero ó promesas á un monje

apóstata y á una esclava de aquella religiosa para apoyar la acusacion, y en efecto declararon que la religiosa subia por la noche á la celda del santo abad. El emperador hizo comparecer á la religiosa llamada Ana, y no perdonó diligencia para arrancarle una confesion contra la virtud de Estevan. De vuelta ya en Consantinopla la citó á nueva comparecencia, y enseñándole una porcion de vergajos dijo que todos se emplearian en su cuerpo si no confesaba el comercio infame de que era acusada; pero ella se mostró invencible: al punto la levantaron unos soldados por los brazos y la tuvieron asi mientras que otros la golpeaban fuertemente en el vientre y en la espalda. Cuando la creyeron muerta, mandó el emperador llevarla á uno de los monasterios de Constantinopla, y no se volvió á hablar mas de esta religiosa.

Al dia siguiente llamó Coprónimo á su confidente Jorge y le obligó á pasar á la celda del santo abad fingiendo gran estimacion hácia la vida religiosa y pidiendo entrar en su monasterio, y que en cuanto recibiera el hábito volviese á palacio. Jorge se presentó en efecto, y como Estevan le opusiese la prohibicion del emperador, él insistió en los peligros que corria su salvacion en una corte herética: dijo al santo abad que repulsándole se haria responsable de su perdicion: y por último le instó tanto que logró la admision en el monasterio. Estevan engañado con estas apariencias le cortó los cabellos al cabo de tres dias, y le dió el hábito monástico. Entretanto el emperador reunió el pueblo en la plaza del hipodromo para quejarse de que los monjes seducian á sus cortesanos, añadiendo que por sus oraciones y su confianza en Dios no tardaria Jorge en volver. En efecto este se escapó muy pronto del monasterio, y cuando estuvo de vuelta, convocó Co—

prónimo nueva junta en que le despojó del hábito monástico que llamaba hábito de tinieblas, porque era negro: sucesivamente le quitaron con burlas impertinentes el escapulario, la capilla, el ceñidor y la especie de banda que llevaban los monjes al cuello y cruzaba por el pecho: luego las pisoteó el populacho, y tendido Jorge en tierra le echaron un cubo de agua como para purificarle. Inmediatamente envió el emperador unos soldados al monte de S. Auxencio, que expulsaron á los monjes, y redujeron á cenizas la iglesia y el monasterio. S. Estevan fue arrancado de su gruta, y le llevaron á rastra hasta el mar maltratándole de palabra y de obra, escupiéndole en el rostro, y despedazándole las piernas por entre las zarzas y cambroneras: luego le embarcaron para conducirle á un monasterio cerca de Crisópolis, donde quedó encerrado con grillos. Por órden del emperador fueron allí cinco obispos y varios oficiales para obligarle á suscribir la definicion del conciliábulo de Constantinopla: al pronto se enternecieron hasta el punto de derramar lágrimas viéndole tan extenuado con los padecimientos; pero en cuanto manifestó su resistencia y los acusó de que perturbaban la iglesia con novedades sacrílegas, un obispo y uno de sus guardias se encolerizaron y le dieron puntapies, y dos senadores conteniendo estas violencias dijeron al santo abad que escogiera entre someterse ó perder la vida. «Mi vida es de Jesucristo, respondió, y seré dichoso si muero por su culto; pero veamos la definicion de vuestro concilio.» Habiendo leido un obispo el título de ella concebido en estos términos: definicion del santo concilio séptimo ecuménico; repuso Estevan: «¿Cómo puede llamarse santo un concilio que ha profanado las cosas santas, y cuyos partidarios niegan abiertamente el título de santos á los apóstoles y mártires? ¿Cómo llamais ecumé-

nico á un concilio que no ha sido aprobado ni por los patriarcas de Alejandría, Antioquia y Jerusalem, ni sobre todo por el obispo de Roma, sin el cual no es lícito arreglar los asuntos eclesiásticos? Por último ¿cómo puede llamarse séptimo concilio el que no concuerda con los seis precedentes?» Un obispo le preguntó al punto en qué contravenia su definicion á los seis concilios, y S. Estevan respondió: «¿No se celebraron en iglesias? ¿Y no habia en aquellas iglesias imágenes reverenciadas por los padres?» Tuvieron que convenir en esto, y entonces arrancando el santo abad un profundo suspiro pronunció estas palabras: «Cualquiera que no adore á Jesucristo en las imágenes que le representan segun su humanidad, sea anatema.» Los comisarios se retiraron confusos, y el emperador enterado del resultado de esta conferencia decretó en el acto el destierro del santo á la isla de Proconese cerca del Helesponto.

S. Estevan habia pasado diez y siete dias en Crisópolis sin tomar ningun alimento, negándose á tocar el que le enviaban de parte del emperador, porque no queria recibir nada de un excomulgado. Antes de su partida curó al superior del monasterio desauciado ya por los médicos. Habiendo sabido sus discípulos el lugar de su destierro, fueron á reunirse con él, excepto dos que habian apostatado. Su madre y hermana dejaron su monasterio y fueron á establecerse en la isla de Proconese, donde murieron las dos al año siguiente. El santo abad habitó primeramente en una caverna bastante agradable á la orilla del mar, y luego mandó hacer una celda muy estrecha donde se encerró para continuar sus austeridades. Los milagros que obró aumentaron muy pronto su reputacion. Curó á un ciego de nacimiento con solo decir estas palabras: «En

nombre de Jesucristo á quien tú adoras en sus imágenes, recibe la facultad de ver.» Una mujer de Cízico le llevó su hijo poseido del demonio hacia nueve años, y él le libró haciéndole adorar la imágen de Jesucristo. Del mismo modo curó á una mujer noble de Heraclea en la Tracia, que padecia un flujo de sangre hacia siete años. Obró otros muchos milagros, principalmente en favor de los que se hallaban en peligro en el mar. Cuando se levantaba una tempestad, se pónia él en oracion con sus monjes, y muchas veces pasado el peligro iban los viajeros á darle gracias, y publicaban que le habian visto guiar y salvar su nave. Pero el prodigio mas ruidoso fue la curacion de un soldado tullido de medio cuerpo, que conducido á presencia del santo recobró en el acto la salud venerando una imágen de Jesucristo y de la santísima Vírgen. Este acontecimiento llegó á noticia del emperador, quien preguntó al soldado en tono áspero si persistia en la idolatría. El soldado postrándose á sus pies protestó que habia sido seducido y dijo anatema á las imágenes. Esta culpable cobardía le valió el grado de centurion; pero al volverse á su casa fue derribado en tierra y pisado por su caballo con tanta violencia que murió de resultas.

El emperador se irritaba cada vez mas contra Estevan, quien, segun decia él, se aprovechaba de su libertad para sostener y propagar la idolatría. Mandó pues llevarle á Constantinopla y encerrarle en la prision de los baños con esposas en las manos y maniotas en los pies. De allí á algunos dias le hizo comparecer á su presencia, y arrebatado de cólera exclamó: «Ved quién es el miserable que se atreve á ultrajarme. Dime, ¿por qué razon tienes la audacia de tratarme de hereje?» «Porque habeis condenado, respondió el santo,

las santas imágenes que han sido aprobadas y veneradas en todo tiempo por los padres, y que levantan nuestra alma al cielo y sirven para recordarnos lo que representan. Pero vos confundiendo lo sagrado y lo profano osais dar el nombre de ídolos á las imagenes de Jesucristo y de su santa madre, y no os horrorizais de conculcarlas y entregarlas á las llamas.» «Imbecil, replicó el emperador, ¿acaso ofendemos á Jesucristo conculcando sus imágenes?» Entonces S. Estevan sacando una moneda que tenia escondida debajo de los hábitos, preguntó si seria culpable por pisar la imágen de los emperadores, y luego tiró la moneda al suelo y la pisó. Los cortesanos se precipitaron sobre él como fieras; pero el emperador los contuvo y dió órden de conducir al santo á la cárcel del pretorio para ser juzgado en forma como reo de lesa majestad.

S. Estevan halló en la prision trescientos cuarenta y dos monjes, los unos sin ojos, los otros con la nariz, las manos ó las orejas cortadas, y los mas con la barba quemada y el cuerpo todo lacerado. A todos los felicitó y dió gracias á Dios por su valor, confundiéndose él como si nó hubiese padecido nada; y los confesores por sù parte, mirándole como su maestro, escuchaban sus instrucciones con respeto y le descubrian todos los pliegues de su corazon. Todos juntos celebraban regularmente los oficios, de suerte que la cárcel vino á ser un monasterio. La mujer de un carcelero admirada de las virtudes de S. Estevan fue á echarse á sus pies, le pidió su bendicion, y le rogó que la permitiera atender á sus necesidades. El santo se resistió al principio, porque la tenia por iconoclasta y no queria comunicar con herejes; pero cuando ella le hubo dado pruebas de su fé mostrándole unas imágenes de la Virgen y de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo que conser-

vaba con respeto, aceptó sus ofertas; y desde entonces le llevaba la mujer unas seis onzas de pan con un poco de agua todos los sábados y domingos. Este fue todo su alimento en once meses que estuvo preso. Cuarenta dias antes de su muerte llamó á la mujer del carcelero, le dió gracias por sus buenos oficios, y añadió que estando próximo el fin de su vida no necesitaba ya ningun alimento. De nuevo la llamó la víspera de su muerte, y devolviéndole las imágenes que le habia dejado, dijo á presencia de todos los monjes que al dia siguiente partiria para otro mundo y delante de otro juez. Coprónimo celebraba entonces la fiesta pagana de las brumales en honor de Baco, llamado Brumo por los antiguos romanos; porque aquel príncipe, aunque trataba de idolatría el culto de las imágenes, se daba á todas las supersticiones y aun practicaba la magia. Estando ocupado en hacer las libaciones usadas en aquella fiesta fueron á decirle que Estevan habia convertido la cárcel en monasterio: que pasaban las noches cantando salmos; y que acudia una multitud de los habitantes de Constantinopla á recibir su bendicion. Coprónimo dió inmediatamente órden de conducir al santo abad al otro lado del estrecho al lugar destinado para el suplicio de los criminales, y luego mudando de resolucion dijo: «Me persuado que Estevan desde que está preso nada desea tanto como que le corten la cabeza, y es menester darle una muerte mas penosa;» y mandó volverle á la prision. Por la noche llamó á dos cortesanos y les dió órden de pasar á la cárcel, ponderar al santo abad la gracia que le habia hecho el emperador, y pedirle en cambio un poco de condescendencia, y á la primera palabra de negativa ó de censura que se le escapase, herirle con tal violencia que muriese á poco tiempo. Los dos cortesanos trataron en efecto de vencer la constancia de Este-

van; pero viendo que su fé era invencible, quedaron penetrados de un respeto tan profundo que se postraron para besarle los pies y pedir su bendicion. No tardó en saberlo el emperador, y en cuanto amaneció el dia siguiente salió al vestíbulo de palacio gritando que estaba vendido, encolerizándose contra los monjes, y quejándose de no tener quien cumpliera sus órdenes. Apenas manifestó sus deseos y pronunció el nombre de Estevan, corrió á la prision un tropel de gente y pidió á gritos que se les entregase el santo abad. Este se habia despedido por la mañana de los monjes, y despojándose de todas sus vestiduras monásticas sin conservar mas que la túnica de piel por no exponer aquellas á las irrisiones sacrílegas del populacho. Presentóse á la multitud diciendo: «Yo soy el que buscais.» Al punto le derribaron en tierra, le ataron cuerdas á los pies, y asi le arrastraron por las calles dándole puntapies, pedradas y palos. Al pasar por delante de un oratorio de San Teodoro al lado de la primera puerta del pretorio, levantó un poco la cabeza apoyándose en las manos, y volvió los ojos al cielo. Un tal Filomato exclamó: «Ved el abominable que quiere morir como un mártir;» y cogiendo un émbolo de las bombas que habia allí para los incendios, descargó tan fuerte golpe sobre la cabeza del santo que quedó muerto en el acto. Tambien cayó el matador rechinando los dientes y agitado cruelmente por el demonio que le atormentó hasta el fin de su vida. Continuaron los amotinados arrastrando el cadáver del santo mártir y golpeándole con un furor increible; de suerte que se salieron los intestinos y las carnes se cayeron á pedazos. Para aumentar la turba de los asesinos sacaron á los muchachos de las escuelas, y el que no queria unirse á la multitud era declarado enemigo del emperador. Por último se arrojó el cadáver en una

fosa destinada á la sepultura de los criminales en el terreno de una antigua iglesia. Concluida esta hazaña los cortesanos fueron á dar cuenta al emperador, quien manifestó su alegría con grandes carcajadas. El martirio de S. Estevan ocurrió el 28 de noviembre del año 766 ó 767. La iglesia honra su memoria con el nombre de S. Estevan el Jóven para distinguirle del protomártir.

Algun tiempo antes habia exigido Coprónimo á todos sus vasallos un juramento general de no tributar ninguna especie de culto á las imágenes. El patriarca Constantino subió á la tribuna de la iglesia catedral para hacer este juramento sobre la verdadera cruz en presencia del pueblo, y convidado despues á la mesa del emperador comió carne con desprecio de la profesion monástica que habia abrazado. Una multitud de católicos de todas condiciones, clérigos, seglares, oficiales, soldados, magistrados, magnates y simples ciudadanos, padecieron la muerte, la mutilacion ó el destierro por su adhesion al culto de las santas imágenes. Muchos fueron condenados por haber visitado á S. Estevan, y encomiado su firmeza: hácese particular mencion de dos patricios á quienes cortaron la cabeza por este motivo, y de otros varios personajes distinguidos, á quienes despues de sacarles los ojos desterraron á paises remotos donde recibian cada año cien azotes con un vergajo. Eran desterrados despues de azotados con varas los que tenian parientes monjes, ó llevaban el traje negro; y como el emperador habia mandado hacer una pesquisa rigorosa, el deseo de agradarle ó de satisfacer venganzas particulares produjo una porcion de delaciones. En el año 766, despues de haber preso una multitud de monjes, discurrió un medio para difamar la profesion monástica, y fue hacerlos atravesar la plaza del

Hipódromo con una mujer cada uno de la mano á presencia de un populacho desenfrenado que los llenó de injurias y los hizo sufrir todo género de ultrajes. Prohibió invocar á la Vírgen ó á los santos, y cualquiera que segun la costumbre de los cristianos pronunciaba estas palabras en caso de desgracia: Madre de Dios, ayudadme; cualquiera que asistia á los oficios de la noche ó se distinguia por otros actos de piedad, era tratado de abominable y castigado como enemigo del emperador. Asimismo prohibió la veneracion de las reliquias é hizo desenterrar y quemar las mas reverenciadas y arrojar al mar el cuerpo de santa Eufemia, célebre por muchas curaciones milagrosas; pero esta reliquia conservada por un nuevo prodigio se encontró en la isla de Lemnos. La iglesia de la santa se convirtió en taller para fabricar armas, y los operarios exoneraban el vientre en el santuario. Casi todas las iglesias de los mártires fueron destinadas á usos profanos (1).

El patriarca Constantino á pesar de su baja complacencia no pudo librarse de la crueldad de Coprónimo, qué sospechando hubiese revelado una conversacion en que aquel príncipe habia mostrado su inclinacion al nestorianismo, dispuso que le acusaran unos clérigos y seglares, le envió desterrado, y nombró en su lugar al eunuco Nicetas, esclavon de orígen, á fines del año 766. Al siguiente mandó conducir á Constantino á la capital, y despues de azotado cruelmente con varas, se procedió á la ceremonia de su degradacion en la iglesia de Santa Sofía. Allí se leyó delante del pueblo una memoria que contenia sus crímenes, y á cada capítulo de acusacion le daban un bofeton en el rostro: despues le hicieron subir á la tribuna, y el patriarca Nicetas envió unos

(1) Teoph.—Cedren.—*Vit. S. Steph.*

obispos que le quitaron el palio, le anatematizó, y le mandó salir de la iglesia hácia atrás. Al dia siguiente le afeitaron la cabeza y la barba, le vistieron una túnica de lana sin mangas, le montaron al revés en un asno cuya cola llevaba entre las manos, y asi atravesó toda la plaza del hipodromo: despues le pusieron el pie en la garganta, y le abandonaron á los insultos del populacho hasta el fin del espectáculo. A los pocos dias envió el emperador unos patricios para que le preguntaran si tenia á aquel por ortodoxo, y qué pensaba del concilio celebrado recientemente contra las imágenes: el infeliz creyendo conseguir el perdon respondió que la fé del emperador era pura, y que habia hecho bien en celebrar el concilio. «Eso es lo que queriamos hacerte confesar, dijeron los patricios: ahora vé al suplicio.» En seguida le llevaron al patíbulo para cortarle la cabeza, y la colgaron de las orejas en uña plaza pública donde estuvo expuesta por tres dias.

Desde este instante redobló Coprónimo su furor contra los católicos, á muchos de los cuales mandó arrojar al mar metidos en sacos con enormes piedras para que se fueran á fondo: hizo prender á un famoso estilita llamado Pedro, atarle por los pies y arrastrarle por la ciudad para que espirara con el mismo género de suplicio que S. Estevan. De allí á algun tiempo reunió el gobernador de Anatolia una multitud de monjes y religiosas en Efeso, y habiéndolos llevado á un llano los mandó en nombre del emperador que dejaran en el acto el hábito monástico y se casaran pena de ser desterrados y privados de la vista. Inmediatamente se ejecutó la sentencia en aquellos que se mostraron firmes; pero muchos apostataron, y el gobernador los trató como amigos. Mas adelante vendió todos los monasterios con los vasos sagrados y los otros objetos que allí habia:

quemó todos los relicarios y castigó á los que los llevaban: quitó la vida á muchos monjes, mutiló de diversas maneras á otra multitud de ellos, y no dejó ninguno en su gobierno. El emperador le manifestó su satisfaccion, lo cual movió á los otros gobernadores á imitarle; de modo que se encrueleció la persecucion en todas las provincias y no se mitigó hasta la muerte de Coprónimo ocurrida en el año de 775.

Este príncipe habia conocido la necesidad de justificarse á los ojos de los occidentales respecto de las innovaciones escandalosas que sostenia con su tiranía; para cuyo objeto envió embajadores al rey Pipino, que los recibió en la asamblea ó concilio de Gentilly en el año 767 á presencia de los legados del Papa. Allí se discutieron las cuestiones de las imágenes y de la procesion del Espíritu Santo, porque los griegos por via de recriminacion acusaban á los latinos de que erraban tocante á la Trinidad, enseñando que el Espíritu Santo procede del Hijo y del Padre, y les hacian un cargo de haber añadido la palabra *Filioque* al símbolo de Constantinopla. Se ignora lo que se determinó en esta asamblea. En lo demas los atentados de los iconoclastas, condenados mucho tiempo antes por la santa sede, suscitaban tambien reclamaciones generales en los patriarcados de Alejandría, Antioquía y Jerusalem. Teodoro, patriarca de esta última ciudad, declaró expresamente en la carta sinódica que escribió segun costumbre, que seguia las tradiciones apostólicas con respecto al culto de los santos y la veneracion debida á sus imágenes. Esta carta se envió al Papa Pablo despues de aprobada por los otros dos patriarcas y por los principales metropolitanos del Oriente. Algun tiempo antes los tres patriarcas y los obispos de su dependencia habian condenado y anatematizado de comun consentimiento al obispo de Epifanía en la Siria,

que se habia declarado á favor de los iconoclastas (1).

Hacia muchos años que los cristianos de Oriente sufrian infinitas vejaciones de los musulmanes. Teodoro, promovido á la silla patriarcal de Antioquía hácia el año 750, fue acusado á poco tiempo de mantener relaciones con el emperador, y desterrado con este falso pretexto por Salem, gobernador de Siria y tio del califa Almanzor. Este mismo gobernador prohibió en el año 756 edificar nuevas iglesias, exponer cruces en público ó hablar de la religion cristiana con los árabes: confiscó y puso en venta los tesoros de las iglesias: aumentó los tributos que pagaban los cristianos, y se los exigió hasta á los monjes reclusos y los estilitas. Abdalla, hermano de Salem, prohibió á los cristianos tener escuelas y reunirse de noche en las iglesias, y mandó quitar las cruces de ellas. Los árabes prohibieron tambien á los cristianos llevar los registros públicos; pero bien pronto tuvieron que confiárselos de nuevo por no poder ellos llevarlos: tal era su ignorancia.

En España Froila, rey de Asturias y sucesor de Alfonso el Católico, ganó muchas victorias á los musulmanes y estableció un obispado en Oviedo, donde fijaron los reyes godos su residencia algunos años mas adelante. Aquella ciudad habia comenzado por un monasterio que se fundó para depositar las reliquias de S. Vicente, porque los cristianos de Valencia expulsados por los árabes se llevaron por mar las reliquias del santo mártir á la provincia de los Algarbes, cerca del promontorio que tomó el nombre de Cabo de S. Vicente, y de allí se repartieron aquellas á diferentes lugares de España. Refiérese al reinado de Froila el orígen de otros varios

(1) Theoph. *Chr.*—Conc. Nic. II. *act.* III.

monasterios. Este príncipe mató á su hermano por su propia mano, y él murió tambien violentamente el año 768 á los once de reinado: le sucedió Aurelio, su primo hermano.

El Papa S. Pablo habia fallecido en junio del año 767, décimo de su pontificado. En una carta á Pipino enumera varios libros que enviaba á este príncipe, á saber, un antifonario, un libro de responsorios, las obras atribuidas á S. Dionisio Areopagita, la dialéctica de Aristóteles, una geometría, un tratado de ortografía y una gramática. Este antifonario y este libro de responsorios sirvieron para propagar mas el uso del canto romano en las iglesias de Francia, y á poco tiempo se sustituyó casi en todas partes la liturgia romana á la galicana. A la muerte del Papa se siguieron los mayores desórdenes. Un duque llamado Tolon fue á Roma con gente armada, é hizo elegir Papa á su hermano Constantino que era un seglar, le puso en posesion del palacio de Letran, y obligó al obispo de Preneste á conferirle la tonsura y las órdenes y consagrarle. Este obispo en castigo de su sacrílega debilidad fue acometido á pocos dias de una enfermedad que le dejó paralítico. Constantino ocupó la silla de Roma mas de un año; y este es el primer ejemplo de semejante intrusion. Con la esperanza de ganar á Pipino le escribió sucesivamente dos cartas anunciándole su eleccion, y rogándole que no diera fé á los informes desfavorables que pudieran enviarle sobre este suceso; pero no recibió respuesta. Por último Cristoval, primicerio de la santa sede, y su hijo Sergio, tesorero, resolvieron expulsar al indigno usurpador de la silla pontificia, y habiendo conseguido algunos auxilios de los lombardos, se apoderaron de Roma, dispersaron á los partidarios de Constantino, y le redujeron á buscar un asilo en su

oratorio: despues los obispos, el clero, la milicia y el pueblo romano eligieron de comun consentimiento al presbítero Estevan, que fue consagrado el 7 de agosto del año 768. Pero antes fue llevado Constantino á la basílica de Letran, donde los obispos y presbíteros le depusieron arrancándole la estola y cortándole las sandalias. El pueblo, no dando oidos mas que á su indignacion en los primeros momentos, cometió violencias y crueldades contra el intruso y sus fautores, que pueden mirarse como el justo castigo de sus crímenes. A Teodoro, obispo y *vicedómino* de Constantino, le sacaron los ojos, le cortaron la lengua y le encerraron en un monasterio, donde murió de hambre. Tambien sacaron los ojos á Constantino y á su hermano Pasivo, cuyos bienes se dieron al pillaje. Al tribuno Gracilis le arrancaron los ojos y la lengua; y el presbítero Valdiperto sufrió el mismo suplicio, de cuyas resultas murió. Acusábanle de haber querido deshacerse de Cristoval y entregar Roma á los lombardos. El Papa Estevan que no habia podido impedir estas violencias, quiso proceder segun las reglas canónicas á juzgar á Constantino, y escribió á Pipino pidiéndole que enviara algunos de los obispos mas sabios de Francia á un concilio que se proponia tener en Roma; pero cuando llegó Sergio con las cartas del Papa, ya no existia Pipino que murió el 24 de setiembre del año 768 á la edad de cincuenta y cuatro. Algunos dias antes en una asamblea de los señores y de los obispos, celebrada en S. Dionisio, habia repartido sus estados entre sus dos hijos Carlos y Carlomano: el primero fue célebre con el nombre de Carlo Magno. Pipino mostró constantemente mucho zelo por la religion y grande adhesion á la santa sede: entre otros monumentos de su piedad se cita la fundacion de la famosa abadía de Prom en la diócesis de

Tréveris, y una carta que escribió á S. Lubio, arzobispo de Maguncia, prescribiendo se hicieran rogativas públicas para dar gracias á Dios por la abundancia de los frutos de la tierra. Es de notar en esta carta que manda á todos pagar el diezmo, quieran ó no, porque en su orígen los diezmos eran limosnas voluntarias; y aunque el segundo concilio de Macon, celebrado el año 585, hizo un canon para que fuesen obligatorios, solia suceder que el pueblo se resistia á pagarlos sobre todo en los paises recien convertidos, donde las iglesias no tenian apenas otras rentas.

TABLA CRONOLÓGICA

de los papas, emperadores, reyes de Francia y España, escritores eclesiásticos, principales concilios, sectarios mas notables y persecuciones desde el año 565 hasta el 768.

PAPAS.

NOMBRES.	FECHA DE SU ELECCION.	FECHA DE SU MUERTE.
Juan III.	18 de julio 560.	13 de julio 563.
Benedicto Bonoso.	5 de junio 574.	13 de julio 578.
Pelagio II.	15 de noviembre 578.	8 de febrero 590.
S. Gregorio el Grande.	8 de febrero 590.	12 de marzo 604.
Sabiniano.	Setiembre 604.	22 de febrero 606.
Bonifacio III.	19 de febrero 607.	11 de noviembre 607.
Bonifacio IV.	25 de agosto 608.	7 de mayo 615.
S. Deusdedit.	13 de noviembre 615.	3 de diciembre 618.
Bonifacio V.	25 de diciembre 619.	22 de octubre 625.
Honorio I.	27 de octubre 625.	12 de octubre 638.
Severino.	28 de mayo 640.	1.° de agosto 640.
Juan IV.	24 de diciembre 640.	14 de octubre 642.
Teodoro.	24 de noviembre 642.	13 de mayo 649.
S. Martin.	5 de julio 647.	16 de octubre 655.
Eugenio I en vida de su predecesor.	8 de setiembre 654.	1.° de junio 657.
Vitaliano.	30 de julio 657.	27 de enero 672.
Adeodato.	22 de abril 672.	Junio 676.
Dono.	2 de noviembre 676.	10 de abril 678.
S. Agaton.	Junio 678.	10 de enero 682.
S. Leon II.	17 de agosto 682.	3 de julio 6[illegible].
Benedicto II.	26 de junio 684.	7 de mayo 685.
Juan V.	23 de julio 685.	1.° de agosto 686.
Conon.	21 de octubre 686.	26 de setiembre 687.
Sergio.	15 de diciembre 687.	8 de setiembre 701.
Juan VI.	28 de octubre 701.	9 de enero 705.
Juan VII.	1.° de marzo 705.	17 de octubre 707.
Sisinnio.	Enero 708.	7 de febrero 708.
Constantino.	Marzo 708.	9 de abril 715.

NOMBRES.	FECHA DE SU ELECCION.	FECHA DE SU MUERTE.
S. Gregorio II.	19 de mayo 715.	10 de febrero 731.
Gregorio III.	18 de marzo 731.	Noviembre 741.
Zacarías.	Noviembre 741.	Marzo 752.
Estevan II.	Marzo 752.	25 de abril 757.
S. Pablo.	29 de mayo 757.	28 de junio 767.

EMPERADORES DE ORIENTE.

Justino II murió el año. 578
Tiberio II. 582
Mauricio. 602
Focas.. 610
Heraclio.. 641
Constantino.. . . . 641
Constante II. . . . 668
Constantino Pogonato. 685
Justiniano II expulsado en. 695
Leoncio. 698
Absimaro. 705
Justiniano II. . . . 611
Filípico. 713
Anastasio II. . . . 716
Leon Isáurico. . . . 741

REYES DE ESPAÑA.

Atanagildo muerto el año. 567
Liuva cedió el cetro de España á su hermano Leovigildo el año. 570
Leovigildo murió. . . 576
Recaredo. 691
Liuva.. 603
Witerico. 610
Gundemaro.. . . . 612
Sisebuto. 621
Suintila depuesto el año. 631
Sisenando muerto en . . . . 635 ó 637
Chintila.. 640
Tulga. 642
Chindasvinto. . . . 649
Recesvinto. 672

Wamba renunció en. 681
Ervigio murió en.. . . 687
Egica. 701
Witiza. 711
Rodrigo.. 714
Pelayo. 737
Favila. 739
Alfonso el Católico. . 758
Froila. 763

REYES DE FRANCIA.

Chereberto, rey de Paris. 567
Gontran, rey de Orleans. 593
Chilperico, rey de Soissons. 584
Sigeberto, rey de Metz. 575
Teodorico II, rey de Borgoña. 613
Teodeberto II, rey de Austrasia.. . . . 612
Clotario II. 628
Dagoberto I.. 638
Sigeberto II, rey de Austrasia.. . . . 656
Clodoveo II, rey de Neustria.. . . . 656
Childerico, rey de Austrasia. . . 673
Clotario III, rey de Neustria.. . . . 670
Dagoberto II, rey de Austrasia. . . . 679
Teodorico III. . . . 691
Clodoveo III. . . . 695
Childeberto II.. . . . 711
Dagoberto III.. . . . 715
Chilperico II. 720
Teodorico IV. 737
Childerico III depuesto en. 752
Pipino el Breve muerto en. 768

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS.

Gregorio de Tours. . 595
S. Juan Climaco. . .
Fortunato hácia. . . . 609
Anastasio Sinaita.. .
Juan Mosco hácia. . 620
S. Isidoro de Sevilla.. 636
S. Sofronio. . . . .
S. Máximo.. 662

CONCILIOS PRINCIPALES.

PRINCIPALES SECTARIOS.

Mahoma.. 622
Monotelitas hácia.. . 630
Los iconoclastas comienzan á declararse contra las santas imágenes en.. . . 726

PERSECUCIONES.

Persecucion de Leovigildo, rey de los visogodos en España 686 y 687.
Persecucion de Cosroas, rey de Persia, en 626.
Persecucion ejercida por los iconoclastas en tiempo de Leon el Isáurico y Constantino Coprónimo desde el año 726 al 775.

TABLA

De las principales materias contenidas en este tomo.

CAPITULO XVII.

Desde la muerte de Justiniano hasta la de S. Gregorio el Grande.

LIBRO XVIII.

Desde la muerte de S. Gregorio el Grande hasta la conquista de la Siria y del Egipto por los musulmanes.

LIBRO XIX.

Desde la conquista de Oriente por los musulmanes hasta fin del siglo séptimo.

LIBRO XX.

Desde principios del siglo octavo hasta el reinado de Carlo Magno.







